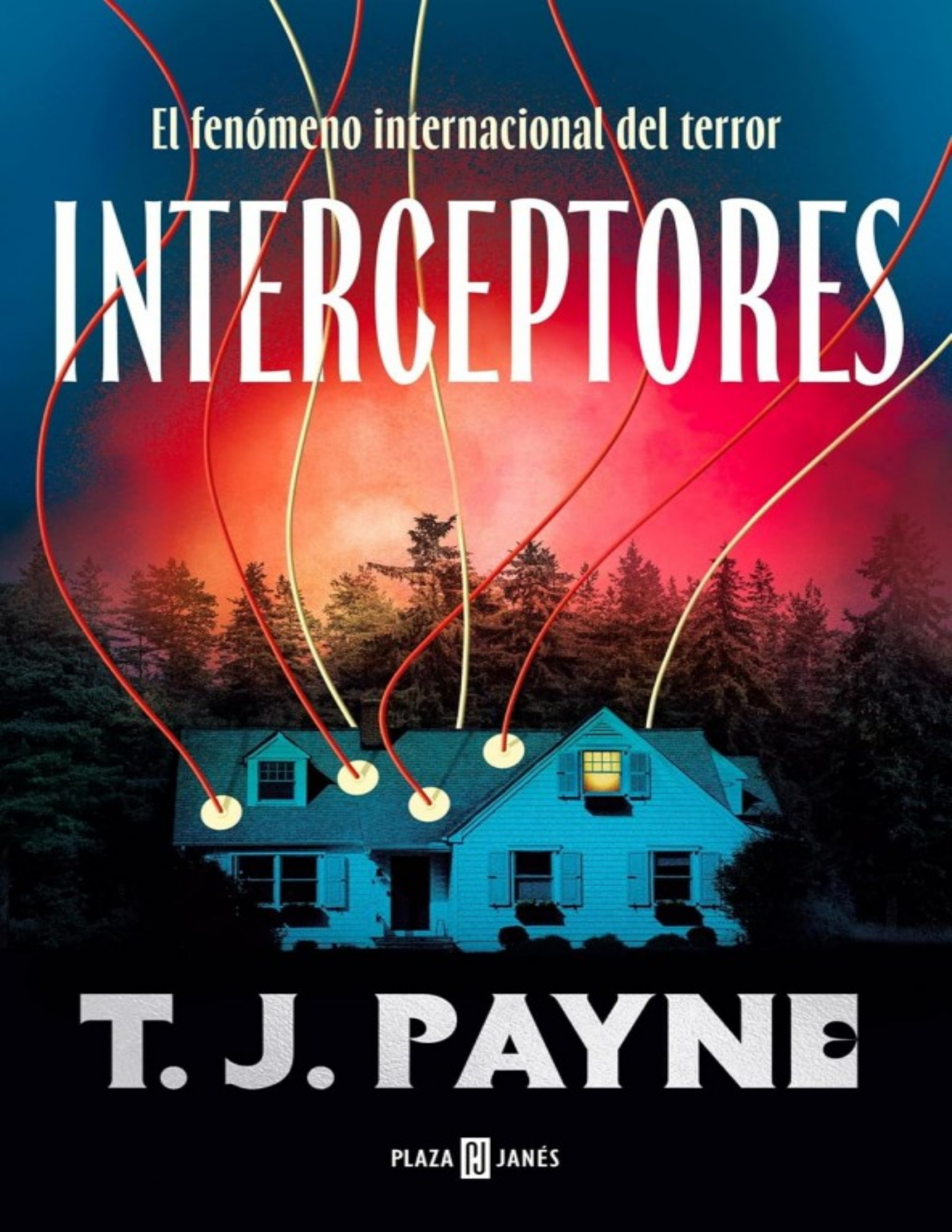
El fenómeno internacional del terror

# INTERCEPTORES



## T. J. PAYNE

PLAZA JANÉS

T. J. PAYNE

# Interceptores

Traducción de
María del Puerto Barruetabeña Diez

PLAZA JANÉS

# Prólogo

No veo nada.

Solo oscuridad.

Aunque, cuando no hay otra cosa con la que compararla, ¿se puede decir que esa negrura total es oscuridad? ¿O más bien… la nada?

Tampoco siento nada.

Es posible que esté tumbada.

Pero no noto el suelo duro contra la espalda.

Y puede que esté vestida.

Pero no percibo las fibras de las prendas rozándome la piel.

Mi mente le dice a una pierna que se mueva.

Pero no sé si esa extremidad recibe el mensaje.

Mi mente le dice a un brazo que se levante.

Aunque mi cerebro pone todo su empeño, no sé si mis músculos responden. Tal vez tengo el brazo en alto, porque ha obedecido la orden de mi cerebro, pero no hay forma de saberlo.

Mi mente le dice a la mano que me toque la cara.

Quizá lo hace.

O quizá no.

A continuación le pido a la mano que me dé un golpe en la cara, una buena bofetada.

Nada.

Le mando que estire los dedos y me clave las uñas en la mejilla.

Que rasque. Que las hunda con fuerza. Que arranque la piel. Que encuentre las terminaciones nerviosas y tire de ellas. Que aparte músculos y tendones hasta llegar al hueso. El de la mandíbula. O el del pómulo. Cualquiera. Que encuentre algo.

Dedos, envolved el hueso, exijo.

Y ahora arrancadlo.

Tirad.

Seguid tirando.

Provocadme un dolor que sí pueda notar.

Que me demuestre que estoy viva.

Pero sigo sin sentir nada.

Dedos, palpad la cara, continúo. Encontrad los ojos. Y apretad. Hundíos hasta el fondo. Intentad alcanzar la pupila, los nervios. Profundizad hasta que despertéis alguna respuesta sensorial.

Quizá la mano me está obedeciendo. Tal vez está hurgando en la carne de mi cara como un topo que escarba en la tierra. Tal vez ya está arrancando trozos a puñados y lanzándolos por todas partes.

No lo sé.

Puede que jamás lo sepa.

Grito. No por el dolor, sino porque mis oídos no oyen lo que sale de mi boca. Así que grito más fuerte. No dejo de hacerlo. Me animo a chillar en cualquier tono o frecuencia que sea capaz de penetrar en mis oídos inútiles.

Pero sigo sin oír nada.

Es posible que ni siquiera haya gritado. O que continúe igual, que no haya dejado de hacerlo.

Ni siquiera oigo ese rumor casi imperceptible de las habitaciones silenciosas. Ni el latido del corazón en mis oídos ni el aire que me atraviesa la nariz para llegar a los pulmones. Tampoco siento nada.

A ratos me preocupa que sea porque no respiro, que me esté asfixiando. Entro en pánico. Creo que boqueo en busca de aire, pero no hay forma de saber cómo responde mi cuerpo porque no puedo confirmarle a mi mente que sí, que sigo viva y respirando, que introduzco aire en los pulmones y la sangre corre por mis venas.

No sé cuánto tiempo llevo ahí, así, sin sentir nada. Ya no estoy encadenada a conceptos como el espacio y el tiempo. Recuerdo que soy alguien. O lo fui. Pero no sé quién.

Es más fácil olvidarlo. Es menos doloroso.

Me he aferrado a los recuerdos todo lo que he podido porque eran lo único que había en mi mente. Aunque no eran tangibles, eran reales, algo que podía imaginarme utilizando para encontrarle sentido a quién soy (o era) y a cuál es mi lugar en el mundo.

Pero esos recuerdos se desvanecieron hace mucho.

Solo me acuerdo de que una vez los tuve.

Ahora solo hay oscuridad.

Nada más que oscuridad.

Bueno…

No solo.

Empieza siendo algo difuso, como una única boya a lo lejos, en medio de un mar oscuro. Solo un puntito de luz que sube y baja. Es pequeño. Diminuto. Ni siquiera estoy segura de si realmente está ahí. Tal vez sea solo algo que tengo en el ojo, el eco de un pigmento que mi cerebro no acaba de abandonar.

Después llega un ruido, amortiguado y lejano.

Es como si un tren de sonido viniera hacia mí a una velocidad increíble. Cada vez suena más alto y traquetea dentro de mi cabeza cuando se acerca.

Chillo de nuevo y esta vez sí oigo mis gritos.

El sonido me atraviesa los oídos como un picahielos.

Y entonces esa lucecita minúscula crece de repente, se vuelve fuerte y se descompone en un caleidoscopio de color y movimiento que me llena la visión. Me hace daño, así que intento cerrar los ojos, pero no puedo. Estoy acostumbrada a que el cuerpo no responda a las órdenes de mi mente, pero esto es diferente. Siento que los párpados intentan cerrarse, bloquear esa luz fuerte y penetrante, pero algo los retiene y los obliga a permanecer abiertos. Cuanto más lo intento, más punzadas de dolor siento.

Me doy cuenta de que tengo los párpados sujetos con unos ganchos.

Ellos me los han puesto ahí.

Me están obligando a mirar.

Noto que me agarran. Sus manos se me clavan en la piel, que primero hormiguea y después late de dolor. Han despertado mis terminaciones nerviosas y el dolor, ardiente y cegador, me recorre la piel, las venas, los músculos, como si un vendaval estuviera avivando un infierno ya abrasador.

Recorro el interior de la boca con la lengua. Noto el sabor a menta y a bilis, que es demasiado para mí y hace que se me revuelva el estómago. Siento que mis entrañas se retuercen y se estremecen, y enseguida unas burbujas de un líquido ácido se me escapan por la boca. Me llega a la nariz un olor desagradable, que se queda ahí pegado e inicia un nuevo ciclo de náuseas.

Ellos están provocando esto.

Me han abierto los ojos para quemármelos con la luz.

Me han abierto los oídos para atravesármelos con el sonido.

Me han abierto los nervios para hacerlos arder.

No sé quiénes son «ellos».

Si me concentro, llego a detectarlos en la periferia de mi visión, aunque me cuesta. Hay tanta luz que no veo bien. Mi mente registra unos retazos vagos del concepto del infierno. A veces creo que es ahí donde estoy, torturada por un diablo con una maldad que mi mente alterada no es capaz de comprender.

Pero, cuando mi visión se aclara un poquito, veo que los que juegan conmigo no son monstruos ni demonios.

Son hombres. Y mujeres.

A veces los oigo llamarse por su nombre.

No saben que los escucho. Ni que los entiendo. Ni que recuerdo vagamente el concepto de nombre. De identidad.

Repiten en voz alta un nombre en particular.

«Joe».

«Joe Gerhard».

Él es quien manda en este sitio.

Están a sus órdenes.

Me producen dolor porque él lo manda.

Cuando el dolor termina y vuelvo a la oscuridad, allí es donde busco a Joe Gerhard.

Da igual cuánto tiempo tenga que seguir buscándolo y lo lejos que tenga que ir mi mente para llegar hasta él; voy a encontrar a Joe Gerhard.

Y también a sus seres queridos.

Y los voy a torturar.
Les infligiré dolor.
Y después a él.
A Joe Gerhard. El señor de mi infierno.

# 1

Carson tenía prisa.

Maniobró con el carrito, que era demasiado ancho, por la puerta de acero inoxidable, que era demasiado estrecha. Había poco más de un centímetro de holgura a cada lado del carrito y, además, tenía que levantarlo para pasar por encima del pequeño escalón del umbral.

Se quejaba a menudo de los «contenedores de pañales», como llamaban los enfermeros a sus carritos de trabajo, y decía que había que rediseñarlos para que cumplieran mejor su función. Tenían que ser más pequeños, ligeros y manejables para esos espacios de trabajo tan reducidos. Si no tuvieran que pelearse con esas malditas moles cada vez que cruzaban una de las puertas estancas, los celadores se ahorrarían varios minutos en cada ronda. Aunque fuera poco tiempo, multiplicado por varios días, semanas y meses, se ahorrarían cientos de horas de trabajo. Solo con unos carros nuevos.

Pero, por muy alto que lo dijera, o por mucho que insistiera en los fallos de diseño, no lograba que nada cambiara.

Alguien le dijo una vez que era más fácil conseguir que el Congreso aprobara una ley que lograr que la Compañía diera el visto bueno a un cambio de equipamiento. Había que realizar estudios,

enviar auditores, conseguir la financiación de forma encubierta y, por último, canalizarla a través de varias empresas fantasma.

Era un milagro que alguna vez se hiciera algo, pensó.

Cuando empezó a trabajar allí, dos años antes, Carson asumió que lo hacía en un lugar con recursos ilimitados; solo el proceso de verificación de historial que tuvo que pasar, que duró muchos meses, ya tenía que costar decenas de miles de dólares. Pero enseguida se dio cuenta de que todo estaba sujeto con alambre y cinta adhesiva, y no por falta de conocimientos tecnológicos, sino porque era más fácil y barato arreglárselas con el alambre y la cinta que con la paralizante burocracia.

Por fin consiguió meter el carrito en la diminuta cámara y dejó que la puerta de acero se cerrara a su espalda.

Hecho eso, tocaba esperar.

Las luces de la pequeña cámara de sellado se encendieron en rojo y parpadearon. Tras él, la puerta por la que acababa de entrar dejó escapar un siseo, empezó a pitar, emitiendo un ruido que parecía el de un taladro neumático, y la junta se hinchó para asegurar la estanqueidad total entre esa cámara y la instalación principal. El proceso tardaba un minuto.

Carson suspiró mientras esperaba.

Llevaba reloj, pero no podía mirarlo. Lo tenía tapado con la manga de su «traje lunar» azul.

Mientras esperaba a que la entrada se cerrara herméticamente y que la cámara de sellado alcanzara la suficiente presión, siguió su rutina de coger un tubo flexible amarillo enroscado que colgaba del techo y engancharlo al traje.

Con otro siseo, su traje se llenó de oxígeno y se infló con aire a presión hasta que él acabó pareciéndose a un Hombre de Malvavisco azul.

El ruido del aire al entrar en el traje y la capucha ahogaba cualquier otro y lo hacía sentir como si fuera un buzo de aguas profundas.

Pensó que toda esa pantomima era absurda. En la Planta habían copiado el diseño, el equipamiento y el conjunto de procedimientos de unos laboratorios de bioseguridad de nivel cuatro dedicados al estudio de patógenos susceptibles de utilizarse como arma biológica, como el ébola. Eran virus muy contagiosos y por eso requerían un nivel extremo de precaución al manipularlos.

Pero no había patógenos así en estas instalaciones.

No se dedicaban a eso.

Los diseñadores habían cogido de aquí y de allá laboratorios, listas de comprobación y procedimientos que no encajaban del todo con la misión del lugar. Seguramente era más fácil y más barato. Siempre se preguntaba si a los diseñadores les habían dicho con exactitud qué estaban diseñando o si se habían limitado a improvisar.

Muy típico.

Los atajos del pasado le estaban amargando la vida a Carson en el presente. Cada irritante retraso, que no se produciría si alguien de arriba lo escuchara alguna vez, suponía un riesgo de llegar tarde a su cita.

Deseaba con todas sus fuerzas impresionar a la chica con la que había quedado esa noche. Por su foto de perfil, parecía guapa, mucho más que la mayoría de las que solían responderle, al menos.

Y, por los mensajes que habían intercambiado, daba la sensación de tener una personalidad graciosa y sarcástica.

Demasiado buena para él, sin duda.

Si quería conquistarla, necesitaba lavarse bien antes, lo que implicaba que tenía que acabar su trabajo con margen suficiente para poder desinfectarse y coger el ascensor de las 17.30 a la superficie. Si tenía que esperar al de las 18.00, no le daría tiempo de volver a casa para darse una ducha.

La capucha del traje y la máscara hacían que le sudara la cabeza y se le quedara el pelo grasiento. Además, siempre salía de la Planta apestando a mierda y a lejía. Tal vez tenía esos olores siempre metidos en la nariz y ella ni se daría cuenta, pero, por si acaso, quería disponer de un rato para ponerse presentable.

La Compañía no prohibía explícitamente las relaciones sentimentales. Ni siquiera por internet. Pero el personal siempre andaba murmurando que la Compañía vigilaba y vetaba ese tipo de interacciones. Él había notado que, a veces, conocía a una chica en una app y enseguida, de forma misteriosa, se interrumpían todas las comunicaciones. Sabía que el *ghosting* existía en el mundo real, pero con frecuencia se preguntaba si la mano invisible de la Compañía había revisado el historial de la chica, la había calificado como no apta y había intervenido para impedir que eso siguiera adelante.

Otros empleados habían llegado a elucubrar que la Compañía activaba de forma remota el micrófono de sus teléfonos móviles para espiarlos cuando estaban con su cita. En ese trabajo no era raro que te llegara una amonestación o sanción un poco vaga, y al final te dabas cuenta de que solo podía derivarse de algún comentario que habías hecho en privado.

Pero Carson no se creía esas historias.

La Compañía no era omnipotente. Si lo fuera, ya habría comprado carritos «contenedores de pañales» más maniobrables para sus empleados. A él más bien le parecían un poco incompetentes. Poderosos, sí, pero también desorganizados, ignorantes y demasiado misteriosos como para ser eficientes.

La luz de la cámara de sellado por fin se puso verde.

Carson desconectó del traje el tubo amarillo de oxígeno y dejó que volviera por su propia inercia a enroscarse en el techo. Se acercó a la segunda puerta de acero inoxidable. Como le habían enseñado, miró por la ventanita cuadrada de cristal para comprobar la celda antes de entrar.

En el interior todo parecía estar en orden. No había peligros ni amenazas inminentes.

Acercó su tarjeta a la consola que había junto a la puerta, que se desbloqueó con un fuerte chasquido.

Giró la manilla y abrió la puerta estanca. Tuvo que pelear un poco con ella porque la diferencia de presión del aire la empujaba y la volvía a cerrar.

La dejó abierta, agarró el carrito y maniobró para meterlo dentro.

Entró él también e inspeccionó el espacio.

Cerca de la puerta había un ventanal alargado que daba al pasillo, donde otros trabajadores estaban ocupados con sus tareas y empujaban los carritos contenedores de pañales en sus rondas por las demás habitaciones. De vez en cuando pasaba un guardia armado que estaba de patrulla. Ninguno de ellos prestó atención a Carson porque estaban concentrados en su trabajo.

Cuando la puerta se cerró y quedó sellada tras él, se enganchó otro tubo de oxígeno. El siseo del gas volvió a saturarle los oídos. Cruzó el espacio. Sus botas dejaban leves impresiones en el suelo blanco acolchado. Era como caminar sobre una colchoneta de gimnasio. Cuando empezó en ese trabajo, la combinación del traje voluminoso, el tubo enganchado y el suelo blando hacía que siempre tropezara y trastabillara, pero con el tiempo se había acostumbrado a las peculiaridades de esa tarea.

Miró a la mujer con la bata de hospital que estaba tumbada en el suelo.

—Buenas tardes, Bishop —saludó—. Espero que no te importe que haya venido más pronto de lo habitual. Tengo una cita importante esta noche. Y es un bombón.

Bishop estaba tumbada boca arriba, meciéndose de un lado a otro. Los ojos, muy abiertos, le sobresalían en la cabeza afeitada. No parecía tenerlos fijos en nada en particular. Tampoco es que fuera capaz de hacerlo. No veía nada.

Las manos, enfundadas en unas manoplas protectoras parecidas a las de cocina, se movían, se sacudían y arañaban el aire. De vez en cuando se llevaba la mano a la cara y se tocaba la mejilla y después los ojos, pero un segundo después la desplazaba hacia otro lugar.

En ocasiones movía la boca, la abría y la cerraba, en un movimiento a caballo entre la intención de formar alguna palabra y la de morder con fuerza.

De su garganta salió un suave gemido. Se le quedó como atascado en los labios durante unos segundos y después aumentó deprisa de intensidad hasta transformarse en un alarido desgarrador y agónico. Era el tipo de sonido que Carson se imaginaba que haría

una *banshee*. Un segundo después, tan rápido como había aumentado, se apagó hasta convertirse en un leve quejido.

Esos ruidos solían alterar mucho a Carson, aunque se hubiera reído de ellos durante las jornadas de orientación del personal. Incluso imitó esos gritos quejumbrosos unas cuantas veces durante la hora de la comida. El jefe del departamento le había echado la bronca por hacerlo y también había registrado la amonestación por escrito. Pero ninguno de sus potenciales futuros empleadores llegaría a verla. Desaparecería en el mismo vacío que todos los papeles, emails o manuales de instrucciones que había en ese lugar y que nadie volvería a ver ni a citar siquiera.

Esos ruidos, los sonidos como de asfixia y los gritos agudos que hacían esas criaturas, se le colaban en el subconsciente. En los primeros meses en ese trabajo, cada vez que oía aullar el viento contra el tejado de su apartamento, a él le parecía el inicio de un grito. Y, cuando oía el gluglú del desagüe de su baño, medio atascado, el mismo ruido que hacía Bishop cuando se le llenaba la garganta de su propia saliva, Carson esperaba que de la tubería saliera un chillido de intensa agonía.

Con el tiempo consiguió ignorar los ruidos que hacían, aunque nunca logró bloquearlos del todo. Se convenció de que simplemente eran así. De hecho, los gemidos y los gritos tenían que ser buenos para los pulmones y los músculos vocales, porque así los mantenían activos. Y seguro que en algún momento les harían falta.

Ese día, Bishop podía desgañitarse si quería, pero no iba a dejar que eso lo ralentizara. Rebuscó en el carrito y luego se volvió para mirarla. Tenía en la mano izquierda un paquete de toallitas de bebé

y en la derecha una bolsa de goteo intravenoso llena de algo que parecía salsa de manzana.

—¿Primero el baño? ¿O la cena? —preguntó.

Bishop siguió moviéndose de lado a lado, panza arriba, mientras daba manotazos en el aire como un gato borracho, ajena a la presencia de Carson.

—Creo que el baño primero —le dijo.

Volvió a meter las cosas en el carrito y lo acercó a Bishop.

—Vamos a hacer un trato tú y yo. Sé que no te gusta esto y a mí tampoco. ¿Por qué vamos a perder el tiempo poniéndote las correas? Vas a ser buena, ¿a que sí? ¿Qué te parece si nos ponemos manos a la obra cuanto antes?

Ella formó con la boca un círculo amplio. Y entonces aulló.

—Totalmente de acuerdo —respondió Carson—. Vale, pues sin correas.

Así podría ahorrarse unos minutos. Sujetarle los brazos y las piernas a las anillas incrustadas en el suelo acolchado era otro de esos procedimientos que allí no tenían mucho sentido. Tal vez sería una buena idea si estuvieran en una prisión, en una institución de salud mental o en cualquier otro sitio donde los pacientes fueran peligrosos, pero ¿allí? Esas criaturas eran inofensivas. De hecho, nunca había visto a ninguna de pie. Se pasaban todo el día rodando por el suelo y agitando los brazos. Al parecer, dejarles utilizar los músculos en esos movimientos espontáneos hacía que vivieran más tiempo, pero Carson no creía que fueran ni mucho menos peligrosos.

Se agachó a su lado. Con un movimiento decidido que había repetido mil veces, le agarró con una mano la pierna con la que pataleaba y metió la otra debajo de la bata del hospital.

—¿Qué nos vamos a encontrar aquí hoy?

Sacó un grueso pañal de debajo de la bata.

—Oh, qué rico.

Lo lanzó con una mano como en un gancho de baloncesto. El pañal dibujó un arco perfecto en el aire y aterrizó con un sonoro ruido húmedo en la basura de su carrito de pañales.

—¡Dos puntos!

Después volvió a meter la mano, esta vez con la toallita, y la limpió. Utilizó una…, dos…, tres…, cuatro toallitas, hasta que vio que el cuadradito de tejido salía limpio del todo, sin rastro de marrón. Hizo una bola con las toallitas, las metió en una bolsa de plástico y la tiró al cubo de basura.

Después sacó más toallitas del carrito. Agarró con fuerza el brazo derecho de Bishop para que dejara de moverlo. Soltó el cierre que le sujetaba la manopla de protección y se la quitó.

Los dedos que acababa de liberar se estiraron en el aire y después se flexionaron como si fueran garras.

Le limpió todo el brazo, aprovechando para darle un masaje en los músculos. Canturreaba en voz baja para bloquear los gemidos y los gritos ocasionales de Bishop.

Cuando terminó, le soltó el brazo y se desplazó para hacerle lo mismo en la pierna derecha.

Bishop torció la boca.

—No siento nada… Ellos me han hecho esto… Él me ha hecho esto.

Carson la miró, desconcertado.

—¿Qué?

—Él te quiere, Kate… Eres su punto débil…

Durante un segundo, Carson se quedó sentado ahí, sin saber qué hacer. Solo las había oído hablar, es decir, pronunciar palabras y frases de verdad, durante las sesiones de sintonización. El resto del tiempo murmuraban cosas ininteligibles y chillaban.

Al principio pensó que la máscara y el siseo del oxígeno del traje le habían jugado una mala pasada en los oídos. O que era una broma. Alguien habría colado por ahí un *walkie-talkie* y fingía que esa era la voz de Bishop; por eso no quiso mostrar una reacción exagerada. No quería hacer nada que lo convirtiera en blanco de burlas por una broma absurda.

Así que se sentó al lado de Bishop y se puso a limpiarle despacio la pierna, aunque sin apartar la vista de sus labios. Su boca no dejaba de moverse ni de retorcerse. Eran movimientos musculares comunes, aunque eso no hacía que esas sonrisas raras que se le quedaban resultaran menos inquietantes.

Entonces lo vio. La mandíbula, los labios y la lengua de Bishop se movieron, pero no de forma aleatoria. Formaron palabras.

—Sé que lo conoces. Se llama Joe. Joe Gerhard —dijo ella.

No dejaba de mirar a la pared, como si hubiera alguien más en la celda y fuera a esa persona a quien se dirigía.

Carson miró a la cámara que había en un rincón. ¿Habrían oído eso en el centro de control?

Cogió su *walkie-talkie* del carrito y lo acercó a la capucha.

—Hola, ¿Control? Estoy en la celda de Bishop y está diciendo unas cosas muy raras.

—¿Qué cosas? —preguntó la voz del otro lado.

—Ha dicho que…

Miró a Bishop. En el poco tiempo que había tardado en ir a coger el *walkie-talkie*, había cambiado de postura por completo. Ya no se mecía de lado a lado ni sacudía las manos. Había dejado de mover la cabeza. Parecía atravesarlo con los ojos, como si viera algo en su interior. Aunque no llegaban a centrarse en la cara de Carson, él notó la mirada.

—Te veo —le dijo a Carson.

Entonces Bishop extendió la mano derecha, que seguía sin el guante de seguridad.

Y con ella le agarró la capucha del traje.

—¡Suéltame! ¡Bishop, suelta! —gritó Carson.

Con un movimiento brusco, ella le arrancó la capucha y la máscara de la cara.

Carson, llevado por el pánico, respiró el aire de la celda. Se levantó y corrió hacia la puerta.

—¡Ayuda! Que alguien me ayu… —Arrastraba las palabras.

Cada bocanada de aire que respiraba convertía sus piernas en gelatina, hasta que cedieron bajo su peso. Cayó de rodillas. Con toda la fuerza que pudo reunir, logró levantarse. Pero solo llegó a dar un paso antes de que los músculos dejaran de sostenerlo y acabó de nuevo en el suelo. Intentó arrastrarse, pero sus manos estaban blandas, como peces muertos, y solo pudo agitarlas.

—Ayudazzzmee…, por favoz… —Intentó llamar la atención de los de fuera.

Solo le salió un susurro porque su boca no era capaz de articular palabras y no tenía suficiente aire en los pulmones para gritar.

Se le nubló la vista.

La oscuridad se cerró sobre él poco a poco por ambos lados hasta que solo le quedó delante un puntito de luz. Era como si su mundo se hubiera convertido en uno de esos televisores antiguos que mantenían un leve reflejo de la imagen durante un par de segundos después de apagarlos. Intentó fijarse en esa imagen, utilizarla para concentrarse y actuar con la urgencia que exigía lo que tenía entre manos.

Ya no oía los gemidos de Bishop.

Ni el siseo del aire que atravesaba los conductos.

Lo único que le llegaba a los oídos era un pitido de alta frecuencia continuo, pero que se iba desvaneciendo despacio. Resonó en la oscuridad de su mente, como si, flotando en un mar negro, escuchara la sirena de un barco que se alejaba a gran velocidad.

Hasta que al final…, nada.

Silencio.

Oscuridad.

Durante un momento le pareció que sentía algo en la espalda.

Primero fue como un dolor agudo.

Después, más bien un picor.

A continuación, solo un hormigueo.

Y al final, nada.

Lo que fuera que había tenido en la espalda ya no estaba ahí.

Carson ya estaba a la deriva en ese mar sin sentir, oír ni ver nada.

Cuando Carson quedó tirado en el suelo, Bishop se abalanzó sobre él.

Las sacudidas de sus manos, antes erráticas y casi graciosas, de repente adquirieron un propósito claro y violento.

Se incorporó para sentarse y le clavó las uñas con furia.

La mano que no llevaba guante fue directa a por su traje, una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que atravesó la tela con los dedos. Era como un topo haciendo un agujero en la tierra, cavando sin parar. Puso todo su reducido peso en esas manos que no paraban de escarbar.

Arrancó el traje exterior y siguió con la camiseta que llevaba debajo.

Por fin llegó a la carne de su espalda.

Sin reducir el ritmo de las manos, le clavó las uñas y fue arrancando grandes trozos de piel. Rasgaba huesos y órganos.

Sin detenerse.

Perforando.

Haciendo un agujero que atravesaba el cuerpo del hombre.

Unas luces rojas parpadeaban en la celda y en el pasillo.

La gente de fuera chillaba y daba órdenes a gritos.

Pero Bishop siguió con su tarea.

Su cara estaba impasible. Sus ojos se movían sin parar, mirando alrededor, aunque no veían ni se fijaban en nada en particular.

Y seguía ahondando.

Atravesando la piel.

El músculo.

Los tendones.

El hueso.

Escarbó y arañó hasta que llegó al suelo acolchado que había debajo del cuerpo destrozado de Carson.

Y entonces tampoco paró.

# 2

Joe Gerhard caminaba arriba y abajo por su despacho.

Aunque, en realidad, todo ese «caminar» no era para tanto; solo consistía en desplazar su enorme corpachón cinco pasos en una dirección, antes de toparse con una pared de hormigón beis, para después girar y dar otros cinco hacia el otro lado.

El despacho era estrecho, sin ventanas, y allí siempre hacía demasiado frío por culpa del aire reciclado. Pero al menos era un sitio cerrado, donde Joe podía practicar su discurso en privado.

—Es mi deber hacerles saber que mi personal no ha *tenío*… —Se detuvo y tomó nota mental para corregir esa pronunciación—. No ha tenido un fin de semana libre desde marzo. —Sacudió la cabeza y dijo entre dientes—: «Tenío» no es una palabra… «Tenío» no es una palabra… «Tenío» no es una palabra.

Llevaba veinte años en una lucha constante con su acento de Virginia Occidental. Una de sus colegas, Hannah, bromeaba diciendo que Joe debería echar una moneda en una hucha cada vez que dijera «tenío» o «habío». Él se reía al oírlo, pero sabía que tenía razón. Daba igual lo persuasivos que fueran los argumentos o las réplicas que les diera a los altos cargos de Washington D. C.; si se le escapaba un solo «habío», eso les recordaría al instante que él no había ido a Yale ni a Harvard ni a West Point, como ellos. Lo

consideraban un cateto al que se veían obligados a seguir ascendiendo porque se le daba muy bien el trabajo.

Pero nunca dejaría de ser un cateto sin título universitario.

—Mis colegas no han tenido un fin de semana libre desde marzo —repitió desde el principio, intentando poner lo que él creía que era un acento propio de universidad pija—. Eso está generando un entorno de trabajo de una calidad insatisfactoria.

Se detuvo.

—Joder, no hay quien entienda tanto pijerío. A la mierda. —Y, con un encogimiento de hombros, lo intentó de nuevo—. A ver, pónganse en mi lugar. Yo entiendo que es complicado encontrar personal para un sitio como este, de verdad que lo comprendo, pero, cuando envío solicitudes de personal, se quedan atascadas en algún agujero negro bien lejos, en sus oficinas. Ya hace casi dos años que tengo tres puestos de limpieza sin cubrir, que están marcados como «pendientes de supervisión». He tenido que poner a doctores en activo, médicos de verdad, con su título y todo, a limpiar de rodillas y con lejía la mierda de los suelos. Es inaceptable. La moral está baja y cada día cae un poco más, como un peso muerto. Así que dejen de ponerme palos en las ruedas. Tengo que proteger a mi equipo. Son como mis hermanos. ¿Con quién tengo que hablar para que suelten los billetes? —Se quedó callado un instante—. Cabrones arrogantes y presumidos…

Sonrió para sus adentros.

¡PIII!

Era el *walkie-talkie* que estaba en su mesa, sobre un soporte. Joe lo cogió.

—Aquí Gerhard.

—¡Joe! Está ocurriendo algo en la celda de Bishop. ¡Carson está herido! —La voz era la de la doctora Hannah Chao.

Joe encendió el monitor del ordenador.

Las imágenes de las cámaras de seguridad llenaron la pantalla. La mayoría eran de personas tumbadas boca arriba en celdas acolchadas, que rodaban y agitaban las manos en el aire. Pero las de los pasillos mostraban un pánico generalizado. Los empleados iban corriendo de acá para allá junto a la escena de la emergencia, muchos con uniforme médico, pero algunos también con chaleco antibalas y un rifle en la mano.

Joe procesó toda la información en un solo segundo.

Amplió la imagen de una de las cámaras de seguridad. En la pantalla vio a Bishop en el centro de la celda, escarbando con las uñas en un bulto deshecho en el suelo. Iba sacando algo rojo y pegajoso que tiraba detrás de ella mientras seguía con su tarea. A su alrededor, sobre la superficie acolchada impermeable, se estaba formando un charco de sangre.

Volvió a oír la voz de Hannah por el *walkie-talkie*.

—Estoy en la puerta exterior. Llevo traje y máscara. Voy a entrar.

—Mantenga su posición, directora médica —ordenó Joe—. Seguridad, ¿posición?

—Estamos en la puerta estanca de la celda dos —contestó un hombre por el *walkie-talkie*—. Máscaras puestas. La puerta se ha abierto y la presión se ha optimizado. Listos para incursión.

Joe miró el monitor. Un equipo de tres guardias, armados y con máscaras de gas, esperaba en la puerta estanca. El líder puso la mano en la manilla, esperando a que se encendiera la luz verde.

—Seguridad, tiene permiso para entrar en la celda dos —prosiguió Joe—. Pero no están autorizados a utilizar fuerza letal. Deben inmovilizar a la Antena, pero sin causarle lesiones ni neutralizarla en ninguna circunstancia. ¿Entendido?

—No utilizar fuerza letal. Afirmativo.

—Adelante —ordenó Joe.

—Entrando en la celda dos.

Tras esas palabras, Joe vio que los guardias con las máscaras de gas abrían la puerta y entraban en tromba a la celda. Se colocaron a ambos lados de Bishop antes de agarrarla y apartarla de Carson.

No se resistió. Ni siquiera se dio cuenta de que estaban allí. Incluso cuando la inmovilizaron contra el suelo, las manos de Bishop seguían escarbando en el aire, pero allí sus movimientos parecían inocentes e inofensivos.

—Tengo la máscara puesta —insistió Hannah—. Voy a entrar.

—Directora médica, mantenga su posición en el pasillo —repitió Joe—. No entre hasta que la celda dos esté asegurada.

—¡Dios, Joe! ¡Deja que vea cómo está Carson!

—Mantenga la posición.

Miró las imágenes de las cámaras. Hannah estaba en el pasillo con la máscara. Se puso a caminar con las manos en la cabeza, mirando por la ventana de inspección de la celda, pero obedeció las órdenes y no intentó entrar.

—Seguridad, comprueben las constantes vitales del señor Phillips en cuanto puedan —pidió Joe a continuación.

Por la radio solo se oyó un largo silencio.

Joe no apartó la vista de las imágenes. Dos de los guardias le pusieron correas a Bishop en los tobillos y en las muñecas. El tercero

se arrodilló junto al cuerpo de Carson.

—Es imposible que haya sobrevivido con una pérdida de sangre así —dijo el guardia—. Está muerto. Lo siento, Hannah.

Joe vio a la doctora caer de rodillas y después sentarse en medio del pasillo y enterrar la cabeza entre las manos, sobrepasada por la escena.

—Mierda —la oyó decir bajito por el micrófono.

Joe inspiró hondo.

—Control, siga grabando durante treinta minutos más. Quiero que el archivo tenga nuestra respuesta y toda la limpieza sin editar. Después, transmítalo a la central.

—Entendido, jefe. —Llegó la respuesta—. ¿Y qué hacemos con el caso 10598?

—¿Qué pasa? —preguntó Joe.

—Está todo preparado en la celda ocho. ¿Procedemos?

Joe cerró la ventana del baño de sangre de la celda dos y abrió otra de la celda ocho para ver el trabajo que hacían ahí.

Había personal médico, celadores y técnicos alrededor de un hombre sujeto a una silla con sensores por todo el cuerpo. Le habían colocado un muro de pantallas enormes a pocos centímetros de la cara. Unos ganchos metálicos le mantenían los ojos abiertos. El hombre ni lo notaba ni le importaba; los ojos no dejaban de dar vueltas y miraban a todas partes sin fijarse en nada.

Joe cogió el teléfono y pulsó el botón del intercomunicador.

«Atención, personal», dijo.

Oyó su voz resonando en los pasillos cuando el sistema de megafonía emitió su mensaje en todas las estancias y los departamentos de la Planta.

«Soy Joe Gerhard, el supervisor del Emplazamiento B —continuó —. Se ha producido un incidente en el nivel dos. Por eso, hoy no vamos a recopilar interceptaciones. Retiren los equipos y el equipamiento. Personal no esencial, abandone el nivel dos».

Apagó el intercomunicador. Pensó durante un segundo antes de acercar de nuevo el dedo al botón. Tras esa breve pausa, lo encendió otra vez.

«Para los que no lo sepan todavía, sí, es cierto, alguien ha perdido la vida —continuó, intentando mantener la voz firme y serena—. Es un día triste para toda nuestra pequeña familia. Sé que todos conocéis las reglas, pero os las voy a recordar una vez más. No podéis contactar con los familiares del fallecido sin la aprobación de la Compañía. Ni dinero ni tarjetas ni llamadas telefónicas. Esperad hasta que Recursos Humanos convoque una reunión con todo el personal para informar sobre los temas de conversación autorizados. Si queréis hacer algo…».

Se arrepintió enseguida de esa última frase. La Compañía no iba a permitir que ninguno de ellos hiciera nada. Debían limpiar los registros de empleo de Carson. Había rumores de que, cuando se producían situaciones como esa, la Compañía contrataba a actores para que fingieran ser los compañeros de trabajo y los supervisores del fallecido. Y eran ellos quienes asistían al funeral y presentaban sus respetos en casa de los familiares. Joe no se creía que pudieran llegar tan lejos, pero sí era consciente de que todos los que trabajaban con Carson tendrían prohibida cualquier comunicación.

Tras una larga pausa llena de expectación, por fin dijo al micrófono: «Si queréis hacer algo, rezad por él».

Y volvió a apagar el intercomunicador. A continuación cogió el *walkie-talkie*.

—Ahora bajo.

Joe se levantó de la mesa y salió del despacho.

# 3

Cruzó la puerta del despacho y salió al pasillo del nivel uno.

Con la práctica que le había dado tener que apagar cientos de fuegos en sus diez años de carrera, caminó rápido y con energía, pero sin llegar a echar a correr. Como indicaban claramente los muchos carteles colgados en las paredes de color beis, correr estaba prohibido.

El nivel uno era el que alojaba las oficinas de la Planta, donde trabajaba el personal de cuello blanco. O, en el caso de Joe, los obreros que habían ido ascendiendo a puestos de oficina; siempre era mucho más fácil ascender desde dentro.

Unas fuertes luces fluorescentes iluminaban el pasillo desde lámparas de jaula fijadas al techo. Las bombillas, que emitían una luz fría «diurna», se suponía que debían estimular a los trabajadores, porque imitaban la luz del sol natural, pero no engañaban a nadie. La falta de ventanas y el zumbido de los ventiladores que reciclaban el aire sin cesar impedían que ningún miembro del personal olvidara que estaba a muchos metros bajo tierra.

A todos los efectos, aquello era un búnker, una tumba de hormigón enterrada bajo tierra.

El lugar siempre desprendía un fuerte olor a lejía que perduraba tras la limpieza nocturna completa. Los zapatos de Joe, con el movimiento rápido de sus pies, chirriaban en el suelo de linóleo sellado e inmaculado. Como no había nada para amortiguar el ruido y las puertas de las oficinas debían permanecer cerradas en todo momento, el chirrido rebotaba contra las paredes del pasillo y hacía que el sitio pareciera aún más vacío.

Según se acercaba a la puerta del ascensor, al final del pasillo, fue dejando atrás unos pósters grandes que colgaban de las paredes. Estaban diseñados al estilo de los carteles clásicos de la Segunda Guerra Mundial, del tipo «¡Cuidado! Las paredes oyen» o «Nosotras podemos».

Pero en ellos aparecía gente moderna.

Los mensajes eran sencillos.

«Tu trabajo salva vidas».

«Si no se lo dirías al director Kim, no se lo digas a NADIE».

Joe pasó por delante de los pósters. Lo había hecho tantas veces a lo largo de los años que su mente ya no registraba ni su existencia ni sus mensajes.

Llegó al ascensor y pasó su tarjeta de identificación por la consola.

Mientras aguardaba, sus ojos se posaron en el último cartel, como le ocurría a menudo cuando le tocaba esperar ese ascensor tan insoportablemente lento.

En la ilustración había una mujer con su hija, sentadas a la mesa del comedor. Sonreían mientras cenaban. El texto decía: «Haz tu trabajo para que ellas estén seguras».

La central había enviado ese cartel para que lo colgaran más o menos cuando ascendieron a Joe a supervisor de la Planta. No le

prestó mucha atención entonces, a pesar de que a menudo se sorprendía a sí mismo mirándolo. Pero, en cierto momento, se dio cuenta de que la madre de la imagen llevaba el pelo negro peinado con la raya en medio y que las puntas se le curvaban un poco hacia arriba a la altura de los hombros. Era exactamente como llevaba el pelo Kate, su exmujer.

La niña sonriente no era nada femenina y llevaba el pelo recogido en una coleta sencilla que dejaba ver un rostro alegre salpicado de pecas. Igual que la hija de Joe, Riley. Y tenía la misma edad que ella cuando él aceptó el ascenso, hacía unos diez años.

Antes del divorcio.

Muchas veces se preguntaba si en la central habían encargado ese cartel expresamente pensando en él. En sus ojos. Para recordarle a todas horas el objetivo de la Planta y los riesgos de su trabajo.

Al principio, esa idea le pareció absurda, pero uno de los oficiales de seguridad, que había sido miembro de las Fuerzas Aéreas, le contó una historia. El hombre le dijo que el ordenador a bordo de la mayoría de los aviones de combate sabe cuándo la nave está en caída libre irreversible. Entonces emite advertencias parpadeantes para que el piloto se eyecte. Pero los pilotos son hombres duros, los mejores de entre los mejores, así que en ocasiones, por exceso de confianza o masculinidad mal entendida, creen que pueden corregir la trayectoria y salvar el avión. La mayoría de las veces mueren en el intento.

Las Fuerzas Aéreas se dieron cuenta de que perdían demasiados pilotos en accidentes de forma innecesaria. Así que intentaron algo nuevo. Cuando un avión entraba en caída irreversible, en vez de tener un mensaje electrónico impersonal que ordenaba: «¡EYECTAR!

¡EYECTAR!», le reproducían al piloto una vocecita pregrabada que decía: «Papi, eyéctate, por favor».

El sonido de la voz infantil invalidaba el impulso del hombre más duro. De repente, al oírla, los pilotos se volvían más proclives a dejar que el avión se estrellara para salvar la vida.

Era el poder de la paternidad; los instintos de protección superaban a cualquier otro. Por eso Joe estaba seguro de que la central había diseñado ese cartel a propósito para él. Y lo habían puesto para que lo viera todos… los… malditos… días. Un recordatorio de que necesitaba hacer bien su trabajo para proteger a la familia que tenía en casa.

Y siempre que, sin excepción, tenía un momento para posar la vista en ese cartel, sentía una mezcla de felicidad y tristeza.

¡PING!

Las puertas se abrieron y Joe entró.

Ese ascensor solo tenía tres botones, que llevaban al vestíbulo, al nivel uno y al nivel dos.

Pulsó el botón del nivel dos.

Las puertas se cerraron, el mecanismo se activó y el enorme ascensor de servicio descendió todavía más bajo tierra.

Tras varios segundos, se detuvo y se abrió de nuevo.

Joe salió al pasillo del nivel dos.

Había celdas de retención a ambos lados, seis a la izquierda y otras seis a la derecha. Cada una tenía una puerta y una ventana de inspección grande por la que se veían tanto el interior como a su ocupante.

El diseño del nivel dos consistía en una extraña mezcla de laboratorio, hospital y prisión. Debido a las enormes paredes de

cristal de vigilancia, a ese nivel lo habían apodado el Acuario, para disgusto de Joe. No sabía por qué le molestaba tanto ese nombre; tal vez porque le preocupaba que estuvieran comparando a las valiosas Antenas con una especie de peces estrafalarios, y eso le parecía una forma de infravalorar el trabajo que hacían allí.

En el otro extremo del pasillo, vio que los guardias armados y el personal médico se arremolinaban alrededor de la ventana de inspección de una de las celdas.

Con su paso rápido tan bien ensayado, se dirigió hacia allí.

Mientras pasaba ante las diferentes celdas, miró a izquierda y derecha para comprobar el estado de los ocupantes. La costumbre. Siempre que recorría ese pasillo, intentaba recopilar toda la información visual posible sobre la salud y el bienestar de las Antenas. Sabía que, a sus espaldas, muchos miembros del personal se burlaban de su particular forma de caminar girando la cabeza sin parar, pero se tomaba con filosofía las risitas y las imitaciones del «cabeceo de Gerhard». Le gustaba el ejemplo que daba. Siempre alerta. Siempre observando a las Antenas.

Esas rápidas miradas suyas no le revelaron ninguna anomalía.

En cada celda, las Antenas, todas con la cabeza afeitada, una bata de hospital y manoplas protectoras en las manos, estaban tumbadas en el suelo, rodando despacio de un lado al otro.

Algunas apenas se movían, pero eso era normal.

Otras tenían arrebatos furiosos de arañar y patalear, como si fueran ratones en sus estertores finales tras quedar clavados al suelo por las garras de un depredador. Eso también era normal.

Algunas de las Antenas gemían.

Algunas chillaban.

Algunas hablaban un galimatías ininteligible.

Normal, normal, normal.

Encima de las grandes ventanas de inspección colgaban unos carteles artesanales de madera. Estaban decorados con flores y tenían los nombres tallados en letra cursiva. Parecían más propios del jardín de una profesora de tercero de primaria a la que le gustaba coleccionar casitas para pájaros.

Los carteles identificaban a los ocupantes de cada celda.

«Hola, mi nombre es DIETRICH».

«Hola, mi nombre es FROST».

«Hola, mi nombre es VASQUEZ».

«Hola, mi nombre es DRAKE».

Joe siguió pasando por delante de todos ellos de camino a la celda del fondo.

«Hola, mi nombre es BISHOP».

Cuanto más se acercaba, más evidente resultaba la carnicería. Dejó de mirar las otras celdas. El horror de la escena en la celda de Bishop empezó a calarle hondo.

Las celdas estaban iluminadas con luces fluorescentes que se reflejaban en las paredes y en los suelos blancos acolchados. Atravesaban las ventanas de inspección y hacían que el pasillo quedara muy iluminado, casi como si fuera de día. Al salir del ascensor, Joe muchas veces necesitaba un tiempo para adaptarse a tanta claridad. Aunque eso no molestaba a las Antenas; sus ojos no podían registrar las ondas lumínicas ni aunque miraran directamente al sol el tiempo suficiente para quemarse las retinas.

Pero la luz que salía de la celda del fondo del pasillo era más tenue. Tenía un tono rojizo, como si el sol se hubiera puesto en esa

habitación y solo allí. Era del color de la luz reflejada en litros y litros de sangre.

Joe dejó atrás las últimas celdas. Esperaba oír el rumor habitual de las conversaciones del equipo médico y de los guardias allí reunidos, pero casi todos se mantenían en silencio, mirando la escena en estado de shock.

Redujo el paso al acercarse al grupo.

—No es necesario que estemos todos aquí, compañeros —dijo al llegar.

Se giraron para mirarlo. Nadie discutió.

—Todos los que no tengáis que cumplir un encargo específico de vuestro departamento tenéis que acabar lo que estéis haciendo y volver al nivel uno.

Con un gesto de asentimiento y una mirada triste de despedida hacia el interior de la celda de Bishop, los miembros del personal se dirigieron por el pasillo hacia el ascensor.

—Daos prisa, chicos —los animó Joe, dando unas palmadas.

Como siempre, el personal obedeció. Aceleraron el paso y todos, obedientes, abandonaron la zona.

Joe sacó su *walkie-talkie*.

—Control, aquí Gerhard. He sacado a todo el personal no esencial del nivel dos. De ahora en adelante, bloquead el ascensor. Nadie puede entrar en este nivel a no ser que yo lo autorice.

—Afirmativo, Joe. Ascensor bloqueado hasta nuevo aviso.

De repente había tanto silencio en el pasillo que Joe oyó su propio suspiro. Menudo día. Menudo lío. Menuda pérdida.

Respiró hondo y dio los últimos pasos, largos y pesados, para mirar por la ventana de inspección de la celda de Bishop. Se quedó

allí parado, contemplando la escena.

Dentro había varios celadores que intentaban recoger la sangre con toallas, pero solo lo estaban embadurnando todo más. Algunos de los guardias estaban examinando con detenimiento la puerta, las ventanas y las correas.

Mientras, Bishop estaba tumbada en una esquina, sujeta con correas y bien vigilada. Tenía la mirada perdida e intentaba mover las piernas y los brazos atados. Tenía la bata blanca empapada en sangre. También se le veían salpicaduras en la cara y pegotes en el pelo cortísimo que le cubría la cabeza rapada.

Las manos y los brazos, que tiraban de las correas mientras daba unas sacudidas juguetonas, estaban teñidos del mismo rojo apagado. Durante un segundo, Joe se preguntó por qué Bishop tenía las uñas tan largas. Era como si le hubieran hecho la manicura; largas y curvadas, parecían uñas postizas de los salones más glamurosos. Entonces se agitaron cuando movió la mano y Joe se dio cuenta de que lo que veía no eran sus uñas, sino tiras de carne de Carson que se le habían pegado e incrustado en los dedos.

La piel ondeaba cada vez que ella se movía, como banderas en lo más alto del mástil de un barco en alta mar.

Joe finalmente miró el cuerpo de Carson, que estaba en el centro de la celda. El celador había quedado boca abajo. Tenía un enorme agujero que le cubría toda la espalda. Si Bishop hubiera tenido una pala, no habría podido vaciarle mejor el torso.

Uno de los miembros del personal lo agarró del hombro y lo puso de costado, de modo que Joe pudo verle la cara. Le sorprendió que no tuviera ninguna expresión, solo una mirada vacía. Los músculos

alrededor de la boca y las mejillas, que deberían estar tensos por el miedo y el dolor, estaban sueltos y relajados.

Teniendo en cuenta en qué condiciones estaba el resto del cuerpo, la falta de expresión en la cara de ese hombre resultaba casi cómica. No encajaba con la situación.

Al menos el pobre Carson no había sentido nada, pensó Joe.

Excepto miedo.

—Joe…

La voz lo sobresaltó.

La doctora Hannah Chao se sentó en el suelo, delante de una de las celdas cercanas; se había colocado a propósito en una posición desde la que no veía las tareas de limpieza. Tenía cuarenta y tantos años, pero sentada en el suelo así, con las rodillas pegadas al pecho, parecía casi una adolescente.

Cuando Joe la miró, se dio cuenta de que era la primera vez que la veía sobrepasada. Eso lo hizo sentirse mejor. Si la maldita Hannah Chao, doctora en medicina, estaba superada, entonces él tenía permiso para estarlo también.

Joe sintió al instante que se le relajaba la espalda y se le hundían los hombros. Se le aflojó la cara y se dio cuenta del esfuerzo que había hecho para mantener una expresión neutra.

—Hola, Hannah —saludó en voz baja.

Cualquier otro día de trabajo en ese lugar tan ruidoso y bullicioso, el volumen de esas palabras habría sido demasiado bajo para penetrar el constante runrún de gemidos, gritos, conversaciones y ruido del equipamiento. Pero ese día sí que llegaron a oídos de su interlocutora. Hannah lo miró y él le sostuvo la mirada.

Su semblante cariñoso fue como toda una conversación, una en la que no se dijeron nada significativo, solo un frase genérica del tipo: «Qué puto desastre».

—Perdona que haya sido tan gilipollas contigo por la radio —dijo por fin Hannah.

—Ah, no te preocupes.

—Sí que me preocupo. Tu personal no debería cuestionar tu autoridad en un momento de crisis. Ha estado fuera de lugar. Tenías razón y has gestionado bien las cosas.

Él sonrió.

—Te lo agradezco, de verdad. Pero no tengo nada que reprocharte, estamos bien. Tampoco hay nada por lo que disculparse. Venga, cuéntame qué ha pasado.

Hannah se encogió de hombros.

—Tengo que revisar la grabación. Lo que puedo decirte ahora mismo es que Carson no le puso las correas antes de empezar la limpieza. No sé cómo ha podido cometer una negligencia como esa. Creo que tenía prisa. He organizado un taller con mi equipo para hacer hincapié en la necesidad del uso de las correas, incluso aunque no pensemos que es necesario, pero…, joder… No sé. No puedo explicarlo. A menos que haya sido un problema con el gas.

—Haré que Tariq lo compruebe. Pero estoy bastante seguro de que lo habría notado si los niveles hubieran estado tan descompensados.

—Pues entonces creo que mi informe va a decir: «El celador quiso ahorrarse tiempo y tuvo muy mala suerte».

—Muuuy mala. —Joe se quedó allí de pie, negando con la cabeza.

Su *walkie-talkie* pitó. Se oyó por él la voz de un guardia.

—La celda dos está asegurada. Podéis mandar al equipo con la camilla.

Joe pulsó el botón para hablar.

—Control, envíen al equipo con la camilla.

Se acercó y miró a Bishop por la ventana de inspección.

Ella seguía sujeta con las correas en el suelo. Sus ojos daban vueltas en sus órbitas, haciendo zigzags infinitos. Le castañeteaban los dientes y de repente los entrechocó, como un animal que intentara quitarle un hueso a su adiestrador.

Bishop se parecía mucho a las demás Antenas. Desde la cabeza afeitada hasta la bata de hospital, pasando por las manoplas protectoras. Su cara, como la de los demás, se había vuelto pálida, incluso un poco amarillenta, por la falta de sol y nutrientes.

Joe se la quedó mirando.

—Creo que deberíamos pensar en un reseteo completo del sistema —sugirió Hannah.

—Eso es mucho pedir.

—Aquí ha pasado algo raro.

—Los de la central se van a poner como locos. No soportan que nos desconectemos.

—Tú eres el supervisor. Hazlo y ya está.

Él apartó la vista y no respondió.

Hannah se levantó del suelo y se acercó para colocarse a su lado.

—No había forma de que ella supiera que Carson estaba ahí. No reacciona a ningún estímulo somatosensorial.

Para demostrar lo que acababa de decir, Hannah golpeó con fuerza el cristal sin previo aviso. El fuerte ruido reverberó en el pasillo e hizo que Joe se sobresaltara. Pero Bishop no movió ni un

músculo. Lo único que hizo fue elevar las comisuras de la boca, que estiraron la piel colgante de sus mejillas, lo que transformó toda su cara con una expresión que podría describirse como una sonrisa.

A pesar del esfuerzo consciente que hacía para no reaccionar ante las extrañas expresiones y gestos que las Antenas hacían sin cesar, Joe no pudo evitar que le apareciera una mueca de asco en la boca al verla.

—La examiné ayer —continuó Hannah—. Pude palparla, gritarle, ponerle una luz en el ojo. No siente nada. —Los dos la miraron un momento—. Pero si la has visto…, si has visto cómo lo hacía… Sabía que lo estaba matando —aseguró la doctora—. Era consciente de ello.

—¿De verdad lo crees?

—No lo sé. Joder, es muy raro.

Joe suspiró.

—Enviaré una solicitud a la central.

Dicho eso, miró por última vez a Bishop.

Después le dio la espalda y se fue por el pasillo.

Se apartó para dejar pasar al equipo de camilleros. Se quedó mirando la camilla vacía. Pronto, allí encima, iría lo que quedaba de uno de los miembros más jóvenes del personal de Joe.

Bishop seguramente seguiría sonriendo y murmurando cosas ininteligibles.

Joe se volvió y siguió su camino, girando la cabeza de un lado a otro para comprobar el estado de las Antenas.

Qué día más horrible, joder.

# 4

Joe estaba sentado en su mesa.

El vídeo del ataque se reproducía en un bucle infinito en su ordenador. No había comido. Y, tras ver una y otra vez cómo saltaban por los aires los trozos de órganos de un chico, es probable que también se saltara la cena.

Mientras el vídeo seguía y seguía, Joe escribió su informe del incidente, aportando todos los detalles que podía. Comprobó todos los procedimientos y anotó los que Carson no había seguido. Vio el momento en que Bishop le agarraba la máscara de gas repetidas veces.

¿Sabía ella lo que estaba haciendo?

Chuck, del centro de control, lo había informado de que Carson estaba en ese momento dando parte de algo que lo había asustado. Unos momentos después, el chico acabó muerto.

Joe se inclinó para acercarse.

Vio que Carson se agachaba y se quedaba escuchando a Bishop. Ella miraba en dirección contraria a la cámara. Intentó subir el volumen, pero hablaba demasiado bajo. Solo logró oír el zumbido del sistema de ventilación que bombeaba en la celda de Bishop el gas nervioso debilitante de fórmula especial para la instalación.

Pero qué sistema de cámaras de seguridad más deficiente.

Para ser una instalación de alta tecnología, cuyo único propósito era registrar todas y cada una de las interceptaciones que las Antenas recibían, las cámaras de seguridad y los micrófonos eran una verdadera mierda, peores que cualquier cosa que Joe pudiera comprar en la tienda de electrodomésticos de la esquina. Alguien, en alguna parte y en algún momento, debió de haberse ahorrado algo del presupuesto de la construcción de la Planta al elegir cámaras baratas.

Joe se acercó aún más. Ya tenía la cara a un centímetro de la pantalla.

¿Qué decía?

¿Qué había oído Carson?

¿Y por qué ella giraba la cabeza bruscamente, como si creyera que alguien podía oírla?

Joe se quedó mirando fijamente la pantalla hasta que la imagen se descompuso en píxeles.

¡RIIING!

Dio un brinco en el asiento.

Solo era el teléfono fijo del despacho.

Contuvo la respiración y descolgó.

—Al habla Gerhard.

—Hola, señor. Tengo una llamada proveniente de una línea externa. Un tal director Green.

Miró su reloj. En ese despacho sin ventanas, que era como una cueva, perdía con frecuencia la noción del día y de la noche. Le sorprendió ver que todavía era por la tarde.

—Pásamelo —dijo.

¿El director Green? Riley no era la típica chica que se metía en líos.

Se oyó un clic y le transfirieron la llamada.

—Director Green, acabo de pasarlo con el señor Gerhard —anunció el guardia de la recepción para que ambos lo oyeran.

—Hola, señor Gerhard. Lo llamo por Riley.

En cuanto Joe oyó el tono de la voz del hombre, vacilante, dubitativo e incómodo, supo que algo malo había sucedido.

—Primero quiero comunicarle que lo sentimos mucho —continuó el director—. Les transmito mis condolencias a usted y a su familia. La policía del distrito dice que no podemos dejar salir a Riley sin la aprobación de sus tutores. Veo en su ficha que usted vive a dos horas de aquí. Por eso me preguntaba si ya ha hecho los preparativos y si podría informarme sobre sus planes.

—¿Preparativos? ¿Para qué?

—Riley lleva sentada en mi despacho desde que le dieron la noticia…

—¿Qué noticia?

Se produjo una larga pausa al otro lado de la línea.

—¿La policía no lo ha llamado?

—No. ¿Por qué?

Otra larga pausa. Joe casi oyó cómo al director se le secaba la garganta.

—Yo…, eh… Hemos recibido una llamada de la policía…

—¿Y?

—Eh… Respondieron a una llamada que llegó desde la casa de la madre de Riley… Katherine Gerhard… Por lo que veo, ahora es Kate…

El director se quedó callado mientras pensaba qué decir. Puede que solo fuera medio segundo, pero para Joe el tiempo no iba a la velocidad normal. Cada respiración, cada pausa, cada retraso suponía un instante en el que cien mil pensamientos inundaban su cerebro.

—¿Y? —insistió.

—Ella…, eh…, tenía un arma. Y…, bueno…, los detalles son un poco imprecisos. No sé toda la historia, así que no se lo tome al pie de la letra. Será mejor que hable con la policía. El agente que nos llamó se llamaba…, eh… Sí, lo tengo por aquí…

—¿Pero qué ha pasado?

—Su exmujer se ha pegado un tiro. En la cabeza.

Joe se quedó petrificado.

—Ella… Bueno, está muerta. Suicidio. Siento ser yo quien se lo cuente. Fue hace… unas dos horas.

Después de todas las ideas y posibilidades que se le habían pasado por la cabeza solo unos segundos antes, a Joe ya no le quedaba capacidad de asimilación para procesar lo que acababan de decirle. Así que se quedó allí sentado, con el teléfono pegado a la oreja. Todo el sudor que le cubría el cuerpo se le heló al instante.

El director pareció ponerse nervioso por su silencio.

—Creí que ya lo habrían llamado. Es su exmujer, ¿verdad? Kate Gerhard.

—Sí —contestó Joe con voz robótica.

—¿Y usted es el padre biológico de Riley?

—Ajá.

—Pues Riley está en mi despacho desde que nos enteramos. No queremos enviarla a su casa en estas circunstancias. No sabemos

qué se va a encontrar. Y si ve algo que le recuerde a su madre en este momento…, bueno…

Joe se quedó con la mirada perdida. «¿Kate, muerta?».

—Pero como usted vive tan lejos… —prosiguió el director—. Vamos a cerrar pronto. ¿Hay algún otro pariente que pueda venir a recogerla? ¿Tías? ¿Tíos? ¿Abuelos?

—Mire, esto es lo que vamos a hacer —contestó Joe. Su mente entró en modo trabajo y por fin recuperó la voz. Tenía que gestionar eso como cualquier otro problema que se le presentaba a diario—. Riley no debería estar en un despacho del instituto, donde secretarias, psicólogos escolares y otras personas se dedican a consolarla. Necesita estar arropada. Su mejor amiga se llama Silvia Vargas. Conozco a su familia; nos hemos visto en barbacoas y fiestas de cumpleaños. Son buena gente. —Se detuvo un momento para recuperar el aliento y continuó—: La señora Vargas trabaja desde casa. Llámela. Seguro que no le supone un problema ir a buscar a Silvia y a Riley. Tiene mi permiso para que Riley se vaya a casa con los Vargas. Así pueden estar las dos chicas juntas. Es el mejor lugar para ella ahora mismo. Yo iré a Linville lo antes posible y la recogeré allí. ¿Le parece un plan viable?

El director Green parecía descolocado ante el pragmatismo de la respuesta de Joe.

—Eh…, sí, supongo que se puede hacer.

—Gracias por avisarme —añadió Joe.

Y colgó sin esperar respuesta.

Se apoyó en su mesa y miró las paredes de hormigón desnudas. La habitación le daba vueltas. Le costaba fijar la vista en un punto. No sabía si debería llorar, ni siquiera si podría. Una especie de

adormecimiento se le había instalado en los huesos y le costaba que los músculos obedecieran las órdenes de moverse. Una parte de su cerebro, la lógica, reconoció que se trataba de los efectos del shock.

Kate estaba viva aquella misma mañana.

Lo estaba cuando Joe fue a recoger a Riley el viernes anterior y cuando la devolvió el domingo por la noche, tarde. Muy tarde. Ella le había gritado y tuvieron una discusión en la puerta, como en los viejos tiempos.

Pero, en un abrir y cerrar de ojos, en los dos minutos que había durado la llamada con el director del instituto…, Kate estaba muerta.

Se había quitado la vida.

No le cabía en la cabeza.

No era algo propio de Kate.

Se levantó de la mesa.

Y se dirigió a la puerta, pero, nada más dar un paso, se dobló por la mitad, cogió la papelera y vomitó.

¡Ping!

Joe salió del ascensor en el vestíbulo de la Planta.

Estaba en la superficie por primera vez desde que fichó a las siete de la mañana, pero la sensación no era esa, porque el vestíbulo, como el resto de las zonas de la Planta, carecía de ventanas.

Era relativamente pequeño y solo funcionaba como la entrada y la salida vigiladas del ascensor. La puerta que daba al mundo exterior estaba en el otro extremo. Para llegar había que pasar por delante de una larga pared de cristal que rodeaba las garitas de los guardias. Había una docena o más, bien armados, que vigilaban el

vestíbulo y revisaban la gran cantidad de imágenes de las cámaras de seguridad que había en el exterior.

El centro del vestíbulo estaba dividido por dos caminos: uno llevaba al detector de metales y a la máquina de rayos X por los que tenían que pasar todos los empleados al llegar, y el otro tenía una instalación similar para los que salían. Unas huellas de pies pintadas en el suelo de hormigón servían para guiar a la gente.

Joe pasó su tarjeta de identificación por una consola. En una pantalla empotrada en el techo, apareció su nombre: «JOSEPH GERHARD, SALIDA: 17.32».

Se encendió una luz verde para indicarle que podía pasar y entró en la máquina de rayos X. Abrió las piernas y levantó los brazos por encima de la cabeza. Un escáner giró a su alrededor para captar una imagen de 360 grados.

Un guardia armado le hizo un gesto para que cruzara.

—Buenas noches, señor. Todo correcto.

—Gracias, Dave —contestó Joe y asintió. Se despidió con la mano de los tipos que había tras la pared de cristal al pasar—. Buenas noches, chicos.

Ellos le respondieron con otro gesto de la mano.

Fue hasta una zona de taquillas que había junto a la puerta principal. Puso el pulgar en el lector de huellas dactilares y la puerta se abrió. Metió la mano dentro y sacó su cartera, su teléfono móvil y las llaves.

A continuación, se dirigió a la puerta, que se abrió con un zumbido en cuanto se acercó.

Salió del edificio.

El sol de la tarde lo obligó a entornar los ojos. No estaba acostumbrado a marcharse del trabajo tan temprano, sobre todo teniendo en cuenta el incidente ocurrido en el nivel dos. Oyó que las ranas nocturnas, desde donde quiera que tuvieran su guarida, ya habían empezado a croar a coro. Ese ruido se mezclaba con el susurro del viento al agitar las hojas primaverales. Notó la dulce fragancia de las flores en el aire, además del rústico olor de la hierba, que estaba muy alta tras las lluvias del invierno, pero que, ya a finales de la primavera, había empezado a secarse y a adquirir el olor terroso del heno.

Momentos como ese le recordaban a Joe cuánto le gustaba la ubicación de su lugar de trabajo. Los olores y los ruidos le recordaban los veranos que pasó en los campamentos de los boy scouts cuando era adolescente. Entonces creía que, de mayor, sería jefe de exploradores profesional o que tal vez trabajaría en el servicio forestal. No podía identificar con precisión el momento en que abandonó esas intenciones, seguramente cuando fue consciente de que esos trabajos no bastaban para pagar las facturas.

Con un suspiro, se dirigió al aparcamiento.

La gravilla del camino sin pavimentar crujía bajo sus pies.

La Planta no parecía gran cosa desde fuera. La parte que estaba a ras de suelo se asemejaba a una caja de hormigón en medio del bosque, más pequeña que muchas casas unifamiliares. Había colinas a ambos lados, un detalle que había provocado que Hannah una vez bromeara diciendo que trabajaban en la raja del culo de Virginia Occidental. Hacia el sur, más o menos a la distancia de un campo de fútbol americano, sobre una de esas colinas, había un montón de antenas y parabólicas.

Si un satélite extranjero tomara una fotografía de la Planta —que seguro que pasaba—, parecería una más de las muchas estaciones de rastreo o de repetición similares que había dispersas por todo el planeta. Pero, a juzgar por la docena de vehículos que había en el aparcamiento, podrían deducir que allí había algo especial.

Joe presentó una solicitud una vez para que disimularan el número de empleados que tenía la Planta construyendo un aparcamiento subterráneo, o al menos poniendo unas marquesinas para que no todo el mundo viera los vehículos. (En realidad, fue idea de Hannah, porque no le gustaba que el coche se calentara tanto en verano. Además, siempre caía polvo encima del rocío de la mañana y hacía que los vehículos de todos siempre estuvieran sucios).

La solicitud estuvo dando vueltas durante tres años hasta que alguien de la central la eliminó y le envió a Joe una respuesta estándar: «Gracias por su idea. La tomaremos en consideración».

Así funcionaban las cosas. Era imposible que alguien que formara parte de la burocracia de la Compañía firmara un nuevo gasto. Joe no sabía de dónde provenía el dinero para su funcionamiento, pero supuso que lo recaudaban en secreto a través de varias ramas del Ejército y del Gobierno. Un poco de aquí y un poco de allá. Joe comprendía hasta cierto punto que alterar esas corrientes de financiación era complicado, pero ¿tan difícil era techar un aparcamiento?

Se subió a su camioneta, recalentada por el sol, y encendió el aire acondicionado de inmediato. Puso la marcha atrás y salió del aparcamiento.

Tenía que ir a buscar a su hija.

Solía disfrutar del trayecto en coche que tenía que hacer para recoger a Riley y llevarla de vuelta a casa de su madre.

La mayor parte del camino, la autopista de dos carriles estaba metida en un túnel alto formado por robles. En otoño, las hojas rojas y amarillas que caían formaban una capa tan gruesa que no se veían las rayas de la calzada. La carretera tenía unas cuantas curvas para subir a las montañas de Allegheny. Las vistas, cuando se podía ver algo entre el muro de árboles, eran más impresionantes cuanto más arriba se encontraba uno.

Cerca de la cumbre, pasó por delante del inicio del sendero High Knob Trailhead.

Como hacía siempre que cruzaba por allí, tomó nota mental de que algún día haría esa ruta. Tal vez en compañía de Riley.

Riley.

¿Qué le iba a decir?

¿Qué podía decirle?

Él aún no había tenido tiempo de procesar la noticia.

La camioneta llegó a lo más alto y después empezó a descender la montaña por la ladera de Virginia.

El sol se estaba poniendo a su espalda y proyectaba la larga sombra de las Allegheny sobre los terrenos agrícolas que tenía debajo. Se dio cuenta de que ya sería de noche cuando Riley y él iniciaran el viaje de vuelta a su casa. Disfrutaba mucho del trayecto durante el día, pero, en cuanto no quedaba luz para destacar la belleza de la naturaleza, la carretera se volvía larga, estrecha y llena de curvas cerradas.

No le gustaba conducir de noche.

Pero no le quedaba más remedio que hacerlo cada vez que iba a recoger o a dejar a Riley en casa de su madre.

Joe detuvo el coche. Salió, fue hacia la puerta de la casa de Silvia Vargas, la mejor amiga de Riley, y llamó al timbre.

Enseguida abrió la madre de Silvia.

—Hola —saludó Joe, incómodo—. Soy…, eh…

—El padre de Riley, sí, lo sé —concluyó la señora Vargas. Se llevó la mano al corazón y se le llenaron los ojos de lágrimas al mirarlo—. Siento muchísimo tu pérdida.

—Ah…, gracias —contestó él. No sabía qué otra cosa podía decir.

—Si necesitas algo…

—Te lo agradezco.

—Lo que sea.

Joe miró al interior de la casa.

—¿Podría ver a Riley?

—Sí, claro, claro. Pasa, por favor. No hace falta que te quites los zapatos —dijo la señora Vargas, que se apartó a un lado y le hizo un gesto para que accediera.

Joe cruzó la entrada y llegó al salón.

Las dos chicas estaban sentadas en el sofá, dándole la espalda. Estaban jugando a uno de esos videojuegos de disparos en primera persona que a Joe le parecían todos iguales. Nunca había entendido cuál era la gracia. Pero él se había pasado la tarde rodeado de tíos con armas, sangre y vísceras; seguramente por eso no le apetecía pasar su tiempo libre rodeado de más de lo mismo.

Las estuvo observando un momento. El pelo oscuro de Riley era exactamente del mismo color que el de su madre cuando empezó a salir con ella. Ese día lo llevaba recogido en dos trenzas que le caían justo por detrás de las orejas. Él jamás había sabido cómo hacer trenzas tan elaboradas como esas por mucho que lo hubiera intentado, pero Kate era toda una profesional. Era la principal razón de que ella quisiera una niña y no un niño.

Riley siempre llevaba el pelo así cuando tenía entrenamiento o partido de sóftbol. Así no le caía en los ojos. Pero en ese momento tenía las trenzas medio deshechas y un montón de mechones se habían escapado de la goma que las sujetaba.

Joe sintió una oleada de tristeza.

Su hija se habría levantado esa mañana y se habría peinado para un día normal de instituto y de entrenamiento. Pero, entre el momento en que se había hecho las trenzas y ese, todo en su vida había cambiado.

Las chicas no hablaban ni hacían gestos bruscos con los mandos. Parecían casi robóticas mientras movían sus avatares en pantalla para disparar a los enemigos. Tenían el volumen alto. Demasiado alto. Joe no tenía claro si un volumen tan fuerte del juego podía servir de excusa para que Riley no se hubiera percatado de su llegada.

O tal vez lo que estaba haciendo era ignorarlo con toda la intención.

—Riley, ha venido tu padre —anunció la señora Vargas.

Su hija dejó el mando. Inmediatamente, a su personaje en pantalla lo atravesaron varias balas, pero a ella no pareció importarle.

Silvia puso el juego en pausa.

Riley se levantó y miró a Joe.

Le sorprendió que su cara se viera tan normal. Era la misma chica guapa y salpicada de pecas de siempre. No tenía los ojos rojos ni llorosos, pero sí se le veía la mirada vacía, demasiado similar a la del rostro sin expresión del personaje muerto en pantalla. Parecía distante y agotada, como si acabara de bajar de un largo vuelo nocturno.

Se miraron durante muy poco tiempo, tal vez un segundo, pero le pareció mucho más.

—Hola, Riley —saludó Joe.

—¿Qué hay, papá?

Algo en esa palabra, «papá», tuvo el mismo efecto emocional que cuando se arranca la anilla de una granada. Le fallaron las piernas, la boca se le torció en un gesto que era una mezcla de shock y desolación total, y, antes de que le diera tiempo a saber lo que estaba pasando, tenía a su hija entre los brazos. De repente le parecía más pequeña y más frágil de lo que debería ser una adolescente.

Ella apretó la cara contra su camisa y se echó a llorar.

Silvia y la señora Vargas se apartaron y salieron de la habitación sin hacer ruido.

Joe llevó a su hija al sofá.

Se sentaron el uno al lado del otro.

Y él la abrazó mientras lloraba.

# 5

Riley miraba por la ventanilla de la camioneta de su padre mientras iban pasando ante ellos kilómetros y kilómetros de terrenos agrícolas infinitos.

Iban de camino a la casa de él.

El sol se había ocultado tras las montañas occidentales y el mundo se aferraba a la última hora de luz crepuscular azul de ese día. A lo lejos, Riley logró distinguir las siluetas oscuras de vacas que deambulaban y pastaban en la hierba fresca del atardecer.

De vez en cuando se encontraban una granja o una iglesia, pero Riley mantenía la vista fija en los postes de la línea eléctrica, que pasaban a toda velocidad. A veces se quedaba asombrada de las infraestructuras que había en este país; cada uno de esos postes era, en esencia, un árbol que había vivido durante décadas para acabar cortado, empapado en algún tipo de resina y luego clavado en el suelo para sostener unos treinta metros de cable. Supuso mucho trabajo llevar la electricidad y las carreteras a todas partes.

«¿Por qué en este país ya no se construyen cosas grandes y ambiciosas como esa?», se preguntó.

Notaba que su padre la miraba desde el asiento del conductor. Sabía que quería decirle unas palabras, consolarla de alguna manera, pero no había gran cosa que decir. Además, a su padre se

le daban bien muchas cosas, pero lo de reconfortar a la gente no era lo suyo.

En ese momento concreto, lo único que Riley quería era mirar por la ventanilla y pensar en la vida útil de los postes de teléfono.

Cualquier otra cosa la hacía llorar.

Estaba un poco avergonzada por haber llorado de esa forma delante de su padre. Él siempre era tan fuerte, tan sereno, tan centrado bajo presión —y, sí, también tan emocionalmente distante — que ella sentía que lo había traicionado de alguna forma al dejar escapar esas lágrimas.

—¿Quieres que ponga música? —preguntó su padre. Se le quebró un poco la voz al intentar que sonara muy suave.

Riley se encogió de hombros.

—Como quieras. Me da igual. —Y era cierto.

Joe extendió la mano hacia la radio, dudó un segundo y, al final, la apartó.

—En breve… entraremos en la zona donde no hay señal —explicó, casi como disculpándose.

—No pasa nada. —Riley no dejó de mirar por la ventanilla.

Lo que había dicho su padre era cierto. Justo al cruzar la frontera de Virginia Occidental, había una enorme zona en la que estaban restringidas las señales de radio. Las emisoras tenían que reducir su alcance y era casi imposible recibir la señal de televisión con las antenas tradicionales. Ese era uno de los muchos secretos nada secretos de esa zona. El tipo de intromisión incomprensible a la que la gente no daba importancia y aceptaba como parte de la vida porque estaban cerca de importantes centros de la Agencia Nacional de Seguridad y de instalaciones militares. Los residentes del

pequeño pueblo que había allí cerca simplemente pagaban la televisión por cable y seguían con su vida como si nada.

—Si quieres hablar de algo… —continuó su padre, pero no acabó la frase.

—Estoy bien —contestó ella.

Siguieron sentados en silencio durante varios kilómetros más.

Riley notó que la mente de su padre no paraba de dar vueltas, intentando encontrar algo que decir. De repente, deseó que hubiera puesto música, porque el sonido constante de las ruedas sobre el asfalto creaba una especie de vacío que su padre se sentía obligado a llenar, aunque ninguno de los dos quería hablar en realidad.

Seguro que pronto le iba a señalar el punto donde salían los senderos de montaña y le sugeriría que alguna vez deberían hacer juntos una ruta. Después pasaría a contarle alguna historia de los boy scouts y le diría que siempre quiso ser guarda forestal, pero que tuvo que buscarse un trabajo de verdad para ganar dinero y sacar a su familia adelante.

No lo contaba como una especie de autoflagelación; era lo que se le venía a la cabeza durante esos largos trayectos entre las dos casas de Riley. Sabía que a él no le permitían hablar de su trabajo, aunque tampoco es que a ella le importara lo más mínimo si le hubieran dejado. Pero su padre parecía orgulloso de lo que hacía. Como no podía hablar del trabajo que tenía, se explayaba sobre el que no tenía.

Riley no quería hablar. No había nada que decir. Solo quería mirar por la ventanilla las vacas, los campos y los postes de teléfono.

Su padre se aclaró la garganta.

—Supongo que, en estos años, he dicho cosas de tu madre que no eran precisamente agradables —dijo con una voz baja y monótona que hizo que Riley se preguntara si había estado ensayando ese discurso mentalmente a lo largo de los últimos kilómetros—, pero yo la respetaba muchísimo y tú deberías hacerlo también.

No había mucho que decir en respuesta a eso. Le habría gustado que se le ocurriera una frase más profunda que su habitual «no pasa nada», pero tenía el cerebro quemado. Por mucho que buscara, solo servía para agotarla aún más.

Así que miró a su padre, asintió y dijo:

—No pasa nada.

Volvió a mirar por la ventanilla y siguió contemplando el paisaje unos kilómetros más en silencio.

La carretera hacía una curva a la derecha. El arbolado se volvía más espeso según ascendían hacia las montañas. El mundo se veía muy oscuro más adelante porque los árboles bloqueaban los últimos coletazos del atardecer.

Ella apoyó la cabeza en el cinturón de seguridad. Le pesaban los párpados, porque el agotamiento emocional de ese día estaba empezando a pasarle factura.

Notó una punzada repentina en la cabeza. Primero fue un dolor agudo que luego se desplazó hacia la parte de atrás, hasta que sintió esa especie de pinchazo en la nuca. Acercó la mano y se masajeó los hombros, deseando durante un momento que uno de los chicos del instituto —Brian Holgate, tal vez— estuviera allí para pedirle, medio coqueteando, que le diera un masaje en la espalda.

Supuso que ese dolor se debía al estrés. ¿Habría tenido los hombros encogidos todo el día? Su madre dormía con una férula bucal para no rechinar los dientes por la noche. Riley a veces se preocupaba al pensar que su futuro implicaría usar esas cosas tan raras de viejo para evitar el estrés.

De repente, la saliva se le volvió espesa y cremosa. Y sabía a metal. ¿O sería sangre?

¿Qué le estaba pasando?

Quizá estaba deshidratada. ¿Cuándo había bebido agua por última vez? No lo sabía. No lo recordaba. Era posible que no hubiera bebido nada en todo el día.

Al pensar en ello, sintió unas ganas enormes de beber agua.

Miró el hueco entre los asientos. No había botellas. Era posible que su padre tuviera una debajo del asiento, pero no quiso preguntarle.

El dolor sordo se convirtió en uno agudo, como una puñalada detrás de los ojos y en la base del cráneo. Un sonido muy agudo le saturó los oídos. Era un pitido constante que bloqueaba todo lo demás.

Como si alguien tuviera el control del volumen en el interior de su cabeza, ese pitido fue bajando cada vez más. Antes de que Riley se diera cuenta, todos los sonidos se convirtieron en un murmullo distante, como si estuviera sentada en el fondo de una piscina.

Concentrada en los sonidos y en el dolor de cabeza, casi no se dio cuenta de que había perdido la sensibilidad en las manos. Ya no sentía los dedos con los que se masajeaba el cuello tenso. Tampoco notaba el otro brazo, apoyado en la puerta de la camioneta, ni el cinturón de seguridad contra su mejilla.

¿Sería eso un ataque al corazón?

Cerró los ojos.

Justo cuando estaba a punto de decir algo…

Clic.

Todo desapareció.

La falta de sensibilidad, el pitido, el dolor de cabeza… Todas las sensaciones extrañas que se habían apoderado de ella desaparecieron tan rápido como llegaron.

Se apretó la sien con el pulgar para intentar recrear el dolor, pero ya no notaba nada fuera de lo normal. Fuera lo que fuese, había pasado y ya no estaba. Esperaba que su padre no hubiera notado nada. Lo último que necesitaba era que también se preocupara de esa forma tan incómoda por su salud.

Inspiró hondo y volvió a descansar la cabeza en el cinturón mientras miraba por la ventanilla.

Fue entonces cuando la vio.

En esa zona no había farolas y solo la iluminaban los faros de la camioneta de su padre.

Una mujer.

De pie junto a la carretera.

Su bata blanca de hospital reflejaba la luz de los faros. El pelo, largo y negro, le caía por debajo de los hombros. Era muy liso y parecía tan grasiento que ni siquiera las ráfagas de aire de los coches que pasaban a su lado le movían un mechón. Ese pelo rodeaba una cara pálida y fantasmal. De un blanco antinatural. Era como si a esa mujer no le corriera ni una gota de sangre por las venas.

Estaba de pie y quieta, pero de repente empezó a contorsionarse por la cintura. Agitó y sacudió las manos y los brazos. Pero, a pesar del movimiento de sus extremidades, la bata estaba en su sitio, como si no hubiera ni una leve brisa.

Entonces giró la cabeza y siguió con la mirada la camioneta a medida que pasaba a su lado a toda velocidad. Sus ojos no se movieron, ni pestañearon ni se fijaron en nada. Solo miraban hacia delante, a donde quiera que apuntaran la cabeza y el cuello. Que en ese caso era directamente hacia Riley.

Dio un brinco tan brusco en su asiento que el cinturón tiró de ella y la obligó a volver a su posición.

—¿Qué pasa? —preguntó su padre.

Riley se soltó el cinturón y giró la cabeza para mirar por el parabrisas posterior. Solo había oscuridad.

—¿Estás bien? —La miró de arriba abajo.

—¿No lo has visto?

—¿El qué?

Volvió a sentarse bien.

—Perdona…, es que… No era nada.

—¿Qué has visto?

Riley se frotó los ojos.

—Creo que era… como un espantapájaros. O algo así. Era una mujer, pero no parecía real.

Su padre miró por el retrovisor.

—Qué raro. Yo no veo nada.

—Joder, daba miedo. —Riley se dio cuenta de que se le había escapado un taco—. Perdón.

—No pasa nada. —Él siguió mirando por el retrovisor—. ¿Estaba en uno de los campos?

—No, estaba como a tres metros. Yo diría que era una mujer que solo miraba pasar los coches. —Suspiró y sacudió la cabeza—. O será que ya sufro alucinaciones. Tal vez me he vuelto majara.

Se hizo el silencio en la camioneta. Se arrepintió de haberlo dicho. Sabía que su padre no iba a saber responder a eso. Casi podía oír cómo se le agolpaban los pensamientos en la cabeza.

—Riley… —empezó a decir.

—No pasa nada, papá. Estoy cansada. Necesito dormir un poco.

Y entonces se apoyó contra la ventanilla y cerró los ojos. Él no dijo nada más, solo siguió conduciendo.

Un momento después, cuando estuvo segura de que su padre ya no la miraba, abrió los ojos despacio y los fijó en el otro lado de la ventanilla.

No sabía por qué, pero ya no se sentía segura con los ojos cerrados.

# 6

Durante el resto del viaje, Riley estuvo durmiendo a ratos.

Se despertó del todo cuando notó que la camioneta daba el giro cerrado a la derecha para entrar en la carretera de gravilla sin señalizar.

Las aplicaciones de navegación nunca lograban ubicar esa casa. Más de una vez, los amigos de Riley y sus padres habían estado más de media hora dando vueltas por la zona, buscándola. Aunque eso fue cuando era muy pequeña.

Tras el divorcio, Riley y su madre se mudaron a Linville, a varias horas de camino. Sus padres le prometieron que la distancia no sería para tanto, sobre todo con las redes sociales, pero para una niña de primaria enseguida se volvió infranqueable. En un cajón de la casa de su madre, tenía una cajita con una colección de collares de amistad con un colgante con la mitad de un corazón…, anillos de amistad… y cartas de amistad. Todas sus amigas de la infancia le prometieron a la Riley de siete años que seguirían siéndolo para siempre.

Qué sarta de mentiras.

No había un momento importante y definitivo que simbolizara el fin de las amistades. Ni una pelea ni celos ni nada. Solo un hormigón de secado lento que se fue fraguando alrededor de los tobillos de

Riley y que evitó que hiciera el esfuerzo de intentar salvar la distancia cada vez mayor. Dejó de invitar a sus amigas de antes a ir a verla y a ellas tampoco pareció importarles mucho.

Esos viajes «a casa» y ese giro para coger el largo camino de entrada de gravilla ya no estaban cargados de emoción y de nostalgia. A esas alturas ya solo consideraba los fines de semana en casa de su padre un descanso para escapar de las críticas constantes de su madre.

Entonces se coló en la mente de Riley la idea de que, en esas circunstancias, estaba en una huida permanente de esas críticas.

Un enorme globo de plomo empezó a inflarse en el estómago de Riley.

Intentó ignorarlo.

El camino de gravilla que iba desde la carretera hasta la casa tenía un kilómetro y medio más o menos. Nadie más vivía en esa calle. No había ninguna otra casa en kilómetros a la redonda.

Había árboles altos por todos lados que ocultaban la casa ante cualquier mirada fortuita. La madre de Riley dejó caer una vez, de pasada, que impedían que los satélites detectaran si su padre estaba en casa o, al menos, lo ponían muy difícil. Cuando Riley, con unos doce años en aquel momento, le preguntó a su padre qué significaba eso, la expresión de Joe se volvió dura y fría. Se levantó de la mesa sin haber terminado de cenar y fue a su despacho. Riley oyó que le gritaba a su madre por teléfono y la llamaba de todo.

Esa fue la última vez que se atrevió a preguntarle a su padre por algo relacionado con su trabajo o su vida.

La camioneta por fin tomó la última curva de la carretera y se detuvo. La casa de su padre era elegante y de diseño moderno,

aunque no muy grande. Riley nunca dio demasiada importancia a las cosas buenas de esa casa hasta que su madre y ella se mudaron al cochambroso apartamento provisional de dos habitaciones que terminó siendo definitivo.

—Voy a coger tu mochila —dijo su padre—. Tú entra y ponte cómoda.

Sin decir nada, Riley bajó del vehículo y recorrió el camino hasta la puerta principal.

—¿Tienes la llave? —preguntó su padre desde detrás de ella.

Riley le hizo el gesto del pulgar arriba sin girarse siquiera.

Llegó a la puerta y metió la llave en la cerradura.

Pero vaciló antes de abrir, sin saber por qué. Sintió que la piel de los brazos se le ponía de gallina a pesar de que no hacía mucho frío allí fuera.

Miró alrededor, hacia los árboles. Había recorrido esos bosques por la noche muchas veces, pero no recordaba haberlos visto nunca tan oscuros. Era como si le hubieran puesto delante de los ojos un filtro, una membrana que le impedía ver y bloqueaba todas las texturas del mundo.

En ese momento sintió una presencia ahí fuera, en el bosque. Algo que no veía, pero que sí la veía a ella. Y la estaba vigilando.

Con un estremecimiento, giró la llave, abrió la puerta y…

Una perra labradora negra apareció de entre las sombras de la casa a oscuras y se precipitó hacia la puerta. Soltó un aullido de terror, pasó corriendo junto a Riley y se fue al bosque.

—¡Dios! ¡Mierda, Moby! —gritó cuando la perra dejó atrás la camioneta y se perdió entre los árboles.

Su padre fue corriendo a donde ella estaba.

—¿Qué ha pasado?

—He abierto la puerta y Moby ha salido como loca.

—¿La has pisado?

—¡No! ¡Ha salido disparada!

—Sería para saludarte.

—No, era para escapar.

—¿Estás segura de que no era porque quería saludarte?

Riley lo fulminó con la mirada. No le gustaba nada esa forma que tenía de convertir las conversaciones en interrogatorios, como si Riley fuera incapaz de distinguir por sí misma lo que sucedía.

—Nunca me saluda así —dijo con un tono más agresivo de lo que pretendía.

Su padre se quedó mirando los bosques sumidos en la oscuridad y suspiró. Ni siquiera pareció notar la irritación de su hija.

—Voy a por ella. Tú entra. —Soltó otro suspiro y recorrió el camino de vuelta, esta vez gritando—: ¡Moby! ¡Moby! ¡Ven aquí, bonita!

Riley necesitó un momento para recuperar la compostura.

Luego entró en la casa.

La alarma emitía un pitido de advertencia desde que Riley había abierto la puerta. A esas alturas ya era más rápido y más fuerte. Desde muy pequeña, sus padres le habían repetido hasta la saciedad cómo manejar el complejo sistema de seguridad de la casa. Así que se acercó a la consola e introdujo su clave personalizada en el sistema.

El pitido cesó.

La luz roja parpadeante se puso verde. En la pantallita led de la alarma aparecieron su nombre, la fecha y la hora.

Riley miró el salón.

Todas las luces estaban apagadas y los árboles de la zona tenían las ramas demasiado tupidas para dejar pasar la luz de la luna, pero Riley se conocía la distribución como la palma de su mano. Su padre no sabía nada de diseño, pero tampoco tenía la costumbre de dejar las cosas tiradas por ahí, así que no habría nada con lo que pudiera tropezar.

Cruzó el salón a oscuras, pasó junto a la mesita de café de los grandes almacenes y el sofá de cuero barato —aunque con buena pinta— que siempre se le pegaba a la piel y hacía ruido cuando se movía, tanto si estaba sudada como si no, y alcanzó la lámpara que había al lado del pasillo.

Cuando la encendió, la suave luz anaranjada de la bombilla iluminó su rincón de la habitación.

No había mucha claridad, pero sí la suficiente.

Suficiente para que Riley la viera.

Estaba donde podía verla por el rabillo del ojo. La luz no iluminaba todo el pasillo, pero distinguió la bata blanca.

La mujer estaba allí de pie.

En silencio. Inmóvil.

Riley se quedó petrificada, con la mano en la lámpara y mirando al suelo. Veía a la mujer en el extremo de su campo de visión. No se atrevía a mirarla directamente, pero no tenía ninguna duda de que no estaba sola. Un montón de pensamientos no dejaban de darle vueltas en la cabeza mientras seguía allí, con la mano en la lámpara.

«¿Miro?».

«¿Grito?».

«¿Huyo?».

«¿Cojo la lámpara para usarla como arma?».

Al final se decidió por hablar:

—Oye, papá, ¿me he dejado el teléfono en el asiento del coche?

Y, sin esperar ni un segundo, se dio la vuelta y, sin correr, salió de la casa caminando lo más rápido que pudo.

En cuanto cruzó la puerta, echó a correr a toda velocidad.

Su padre todavía estaba en el camino de entrada, gritando en dirección al bosque.

—¡Moby! ¡Ven, Moby!

Se volvió en cuanto se dio cuenta del apremio con el que se acercaba Riley.

—Hay alguien en la casa —dijo ella en voz baja y con urgencia.

Por una vez, su padre ni la cuestionó ni dudó. Su cuerpo se tensó y fijó la mirada en la casa.

—Sube a la camioneta —ordenó sin levantar la voz.

Ella no necesitó que se lo dijera dos veces.

Corrió hasta la puerta del acompañante, la abrió de un tirón y subió.

Su padre llegó enseguida. Arrancó la camioneta, puso la marcha atrás, giró en el camino y salió disparado hacia la carretera.

Nunca lo había visto conducir tan rápido. La gravilla saltaba en todas direcciones desde debajo de las ruedas, que giraban a toda velocidad, y chocaba contra el interior del guardabarros. Tomó la última curva de una forma tan brusca que la camioneta derrapó y Riley temió que acabaran estampándose contra un árbol.

Pero él consiguió mantener el control del vehículo. Giró otra vez para volver a la carretera general asfaltada y pisó el acelerador un poco más. Pasado más o menos un minuto, redujo la velocidad y se

apartó a un apeadero, donde detuvo el coche, aunque dejó el motor encendido.

Entonces miró a Riley.

—Vale, cuéntame qué has visto.

—Ha… Había una mujer.

—¿Dónde?

—En el pasillo. Estaba allí de pie, sin más.

—¿Había activado la alarma?

Ella se quedó pensando.

—Eh…, ¿no? No.

—¿Estás segura?

—¡Sí! He entrado y se oía ese pitido de advertencia. Metí el código y paró.

Él entornó los ojos y la miró fijamente. Riley reconoció esa mirada; estaba dudando de ella.

—¿Estás total y absolutamente segura de que has visto a alguien en el pasillo? —preguntó él.

—Sí.

—¿No sería un reflejo de la luz en el baño? ¿O una cortina o alguna otra cosa?

Riley se lo quedó mirando, sin apartar la vista.

—He visto a alguien dentro de casa.

Él asintió, pero no hizo nada.

—¡Llama a la policía! —gritó ella. La voz se le quebró un poco.

—En mi trabajo hay ciertos protocolos para gestionar este tipo de situaciones. Si hago la llamada necesaria, no podré dar marcha atrás. Así que, dime, ¿estás cien por cien segura de que no era un

reflejo? ¿O que estás muy cansada? ¿Viste de verdad a alguien en la casa?

Riley tragó saliva. Reprodujo mentalmente la escena completa, repasó todo lo que recordaba y miró a su padre.

—Sí.

Él no cambió de expresión.

—Vale.

Sacó su teléfono y marcó un número. Alguien respondió al instante.

—Tyler, soy Gerhard. 459, código 2. Mi casa.

Al pie de la colina, junto a la Planta, escondido entre los árboles, había un garaje. La puerta se abrió y salieron dos furgonetas blancas sin ventanas.

Aceleraron por la carretera.

Atravesaron el pueblo sin parar de tocar el claxon y cruzaron una intersección sin reducir la velocidad.

Los habitantes del lugar sabían que debían detener los coches y no hacer preguntas.

La policía tenía órdenes de no interferir.

En cuatro minutos, las furgonetas llegaron a la entrada de la casa de Joe.

Recorrieron el camino de gravilla como una exhalación y, con un fuerte chirrido, frenaron en seco delante de la casa a oscuras. Se abrieron las puertas traseras y laterales de las furgonetas, y salieron con perfecta precisión militar dos equipos de guardias, vestidos de negro y armados con subfusiles.

Un equipo entró por la puerta principal.
El otro se encargó de revisar el perímetro.

# 7

Riley miró por la ventanilla de la camioneta de su padre cuando se detuvieron frente a la casa. Unos focos portátiles iluminaban el camino y el bosque cercano mientras los guardias armados revisaban los alrededores. Todas las luces de la casa estaban encendidas. Había más guardias dentro. Riley los veía en el salón, comprobando todos los armarios y mirando detrás de las cortinas.

Un hombre especialmente corpulento, sin galones ni ninguna insignia en el uniforme, se acercó a la camioneta y le abrió la puerta a su padre. Ella, desde el asiento del copiloto, lo vio bajar y estrecharle la mano con confianza.

—¿Qué me puedes decir, Tyler? —le dijo su padre al hombre corpulento.

Aunque Tyler se mantenía muy erguido, lo miró con una leve sonrisa; su postura transmitía respeto por la autoridad de su padre, pero también cercanía.

—El edificio está despejado. No hay señales de que hayan forzado la entrada. Estamos peinando el perímetro. No hay huellas en la tierra suelta que rodea la casa. En el camino tampoco hemos visto marcas de ruedas que resulten sospechosas.

Riley vio que su padre se tensaba y se le ruborizaba un poco la cara.

—Ya veo —contestó. Se mordió el labio y pareció decepcionado. O tal vez estaba avergonzado.

Ella miró alrededor. Todos los guardias habían dejado de inspeccionar y miraban a Tyler y a su padre, a la espera de órdenes. Siempre lo había sospechado, pero ya lo sabía con certeza: su padre era alguien importante.

—Hemos buscado huellas en el ordenador. No había más que las suyas —siguió informando Tyler—. He mirado los registros. No parece haber inicios de sesión sospechosos ni señales obvias de intrusión en el sistema. Me gustaría ver las imágenes de la cámara de seguridad para comprobar si han captado algo.

Su padre pasó junto a Tyler y se volvió para mirar la casa.

Riley lo hizo también. Había mucho movimiento, muchas luces y muchas armas. Pero, por los gestos de los guardias, era como si la urgencia hubiera pasado. A esas alturas, parecía que ya solo estaban haciendo tareas rutinarias.

—¿Qué vio exactamente, señor? —preguntó Tyler.

Su padre suspiró.

Miró la camioneta y le hizo un gesto a Riley para que se acercara.

Ella tragó saliva con dificultad, abrió la puerta y salió del vehículo.

Le pareció que todos los hombres dejaban de moverse y fijaban la mirada en ella, la chica loca que había activado una falsa alarma.

—Fue mi hija quien lo vio —anunció su padre.

Ella se colocó a su lado, pero Joe cambió de postura para mirarla de frente. Todos habían hecho lo mismo.

—Riley, te presento a Tyler Whitfield. Es nuestro jefe de seguridad.

El hombre la miró con una sonrisa amable.

—Buenas noches, señorita. ¿Le importaría decirme qué es lo que ha visto?

—Eh… He visto a una mujer en el pasillo.

—Ajá. ¿Puede describirla? —pidió Tyler. Sacó una libreta y un bolígrafo y se puso a tomar notas.

Riley cambió el peso de un pie a otro y fijó la vista en el suelo.

—Bueno…, eh…

—Tranquila, tómese el tiempo que necesite —dijo Tyler, pero por la forma en que la miraba le dio la sensación de que en realidad tenía prisa.

—Era… una…, solo era una mujer.

—¿Está segura de que era una mujer?

—Sí…, creo.

—¿Etnia?

—Blanca, creo. O tal vez… Su cara… El pasillo estaba oscuro.

—Vale. —Tyler siguió escribiendo—. ¿Qué ropa llevaba?

—Una especie de… vestido blanco. O algo así.

Tyler levantó la vista de la libreta y se la quedó mirando.

—Es decir, una persona, posiblemente una mujer y seguramente blanca, con un vestido también blanco, se coló en la casa y se quedó parada en el pasillo.

Tyler intentaba mantener la expresión neutra y amable, pero ella se dio cuenta de que miró un segundo a su padre, quien se encogía de hombros, como disculpándose.

—Bueno…, es que… Quiero decir… No pude verla bien. —Se abrazó el torso, bajó la mirada, fijó la vista en el suelo y se puso a escarbar un poco con el pie hasta hacer un agujero en la gravilla. Le

habría gustado que fuera lo bastante profundo para meterse en él y que se la tragara la tierra.

Las ojeadas silenciosas de los guardias molestos le parecieron interminables, aunque seguramente duraron muy poco; fueron solo unos segundos, pero se trataba de las miradas calladas y críticas de una docena de hombres corpulentos con armas impresionantes. Por fin intervino su padre y le rodeó los hombros con un brazo.

—Lo siento, Tyler. Se ha debido de asustar con algo.

—No tiene que disculparse, señor. Nos pasa a todos. Además, viene bien practicar de vez en cuando para estar preparados para las emergencias de verdad, ¿no?

—Gracias por tu comprensión.

Tyler miró a Riley y señaló la puerta de entrada.

—Vamos a acompañar a la señorita a dar una vuelta por la casa. Para que se quede tranquila.

Riley asintió con dificultad.

Siguió a Tyler hacia la casa.

Pasaron junto a los hombres que montaban guardia en la puerta, que observaban cada paso que daba. Quería mantener la cabeza alta y mirarlos con aire desafiante, pero su cuello se negó a dejar de apuntar al suelo.

Notó un calor que le subía por el pecho y se instalaba en sus mejillas. Enseguida lo notó también en la frente y en el cuello. Estaba segura de que tenía la cara como un tomate, pero intentó no darle importancia y centrarse en sus pasos lentos. «No te tropieces con el primer escalón —se dijo—. No te tropieces con el primer escalón».

Entraron los dos en la casa.

Riley levantó la vista.

Todas las luces estaban encendidas. Y el pasillo, bien iluminado, estaba vacío.

—Recoged todo, chicos —ordenó Tyler a sus hombres.

Se pusieron a murmurar entre dientes mientras guardaban su equipo y se dirigían a la puerta. Riley oyó varios de esos comentarios entre susurros:

«Falsa alarma».

«Pero ¿qué ha pasado?».

«A la niña le ha parecido ver algo».

Tyler hizo que Riley se quedara quieta en medio del salón. Dio una vuelta entera sobre sí mismo mientras señalaba con la mano la habitación.

—¿Todo en orden, señorita?

—Sí —murmuró Riley.

El guardia fue hasta una cortina y la apartó.

—Aquí detrás no hay ningún monstruo —dijo.

Su tono condescendiente no era deliberado; era más bien la actitud amable de un hombre que no conocía la diferencia cognitiva entre una chica de dieciséis años y una niña de seis. Pero a Riley todavía le ardía la cara por una vergüenza que enseguida se convirtió en frustración.

—Está bien, le creo, no necesito que me lo demuestre —contestó.

—Mejor prevenir… —respondió Tyler mientras se dirigía al armario de los abrigos. Lo abrió y enfocó el interior con la luz de su linterna. Apartó las prendas y lo miró todo bien, sin dejar ni un centímetro sin revisar.

—Nada en el armario.

—Solo quiero irme a dormir —suplicó Riley.

—Deje que la acompañe a revisarlo todo primero —insistió Tyler y siguió por el pasillo.

Riley miró a su padre, suplicándole que interrumpiera esa escena tan embarazosa. Intentó transmitirle mentalmente: «Que pare ya, por favor. Estoy hecha una mierda y con esto me estás matando del todo».

Pero él solo la miró con una sonrisa comprensiva, como si estuviera permitiendo toda esa estupidez porque le parecía la mejor manera de calmar la mente frágil de su hija.

—Ya voy yo primero —se ofreció y recorrió el pasillo detrás de Tyler.

Riley se quedó atrás, en el salón.

—Despejado —anunció la voz de Tyler desde su cuarto.

Con la cabeza gacha y los brazos alrededor del torso, Riley cruzó el pasillo de mal humor. Giró a la derecha y se unió al guardia y a su padre en su dormitorio.

Y AHÍ ESTABA ELLA.

Riley se quedó con la boca abierta. Notó que la cara, que le ardía de vergüenza solo unos minutos antes, de repente se le quedaba helada. Se le tensaron las manos, que tenía a ambos lados del pecho, abrazándose los costados. Quiso gritar, salir corriendo. Pero los músculos no le respondían. Las piernas, incluso la boca, eran como islas distantes, demasiado alejadas para que les llegaran los mensajes de pánico que se le agolpaban en la cabeza.

LA MUJER CON LA BATA DE HOSPITAL ESTABA DE PIE AL LADO DE LA CAMA DE RILEY.

Ella abrió la boca y luego la cerró. Y una vez más. Era como un pez boqueando para respirar. Los ojos se movían de un lado a otro, como las bolas de un pinball descontrolado. El resto del cuerpo estaba rígido.

Tyler pasó al lado de la mujer.

Se arrodilló para levantar el faldón de la cama y miró.

—Tampoco hay monstruos aquí —aseguró.

Riley no podía apartar la vista de la mujer.

«¿De verdad que nadie más la ve?».

El guardia se levantó del suelo, pasó al lado de la mujer otra vez, apartó la cortina y dio un tirón a la ventana.

—La ventana está bien cerrada. El sensor de la alarma está en su lugar y funciona.

Los ojos dispersos de la mujer se detuvieron de pronto. Quedaron fijos en Riley. Sus pupilas reaccionaron. No había confusión posible: la estaba mirando a ella.

Esa mujer la estaba viendo.

Siguió retorciendo y abriendo la boca, pero Riley ya estaba segura de que no se trataba de movimientos aleatorios ni involuntarios. Estaba intentando controlar los músculos de la mandíbula y de la lengua. Quería hablar.

Cuando logró encontrar las palabras, salieron de sus labios como una mezcla entre un susurro y un siseo.

—No noto nada —dijo.

Riley siguió mirándola.

Mientras tanto, su padre y Tyler seguían inspeccionando la habitación. El guardia fue hasta el pie de su cama y abrió el armario. Examinó el interior con la linterna y movió algunas prendas.

—Todo limpio —anunció.

Riley apenas prestó atención a lo que acababa de decir. Seguía con los ojos fijos en los de la mujer.

—No noto nada —repitió ella.

En ese momento, la mujer, cuyo cuerpo había permanecido de pie y totalmente inmóvil, tanto que casi parecía un adorno macabro de Halloween colgado del techo, levantó una mano.

La acercó al rostro y se rozó la mejilla con los dedos.

—No noto nada.

Los dedos recorrieron toda la cara, tocándose y palpándose la mejilla, la barbilla y la nariz. La mano se movía cada vez más rápido y seguía presionando e hincando los dedos.

—¡No noto nada!

Mostró un instante las uñas antes de clavárselas muy hondo en la mejilla y arrancarse un trozo de carne. Salió sangre de la herida que se había hecho en la cara pálida. Corrió por su piel blanquecina y el chorro abundante cayó al suelo.

—¡NO NOTO NADA!

—Creo que está todo correcto aquí, señor —concluyó el jefe de seguridad.

—Gracias, Tyler. Y perdona las molestias.

—No es molestia, señor.

Los dos hombres se estrecharon la mano, del todo ajenos a la mujer que estaba junto a la cama y que, furiosa, no dejaba de arañarse la cara con ambas manos. Estaba en plena histeria. Los dedos se hundían y desgajaban grandes trozos de carne.

—¡NO NOTO NADA! ¡NO NOTO NADA! —Los gritos de la mujer ahogaban los demás ruidos.

La sangre salía a borbotones de sus heridas. Había llegado a los tendones y a los músculos y los desgarraba sin dudar, haciéndose agujeros profundos en las mejillas como si fuera una rata que se abre paso entre papel de periódico.

Pero, tan repentinamente como había empezado, paró.

Se quedó con la mirada fija en Riley.

Tenía la cara destrozada, pero su voz sonaba clara y serena. Ya no arrastraba las palabras ni siseaba.

—¿Qué me han hecho?

Riley solo pudo sacudir la cabeza. Fue un movimiento tan leve que nadie lo notó.

—¿Qué quieren de mí? —preguntó la mujer.

La adolescente estaba petrificada. No respondió.

—¿Por qué no puedo sentir nada? —La mujer elevó la voz. Se estaba poniendo nerviosa. Levantó la manos ensangrentadas y se las mostró a Riley—. ¿POR QUÉ NO ME DEJAN MORIR?

Entonces soltó un grito terrorífico de angustia y furia y fue como si saliera volando por la habitación, directamente a por Riley.

El movimiento fue tan brusco que la sacó de su estado de inmovilidad aterrada. No tenía fuerzas para gritar, pero sí soltó una exclamación y levantó las manos para protegerse la cara mientras se apartaba. Intentó echar a correr, huir, poner distancia entre esa *banshee* cubierta de sangre y ella.

El grito espeluznante resonó en su cabeza.

Se tropezó con sus propios pies, porque no estaba segura de si quería girar, correr hacia delante o seguir andando hacia atrás. Se le enredaron y no logró avanzar. La inercia de su peso la desplazó un poco más allá, pero enseguida se desplomó.

Le pareció que se caía a cámara lenta, como si estuviera en una pesadilla.

Ordenó a los pies que siguieran corriendo, que la sacaran de allí, pero no le respondieron. Quiso colocar los brazos delante de ella para amortiguar la caída, pero tampoco le hicieron caso. Un millón de pequeñas correcciones musculares se transmitieron desde su cerebro, aunque nada en su cuerpo pudo evitar la caída.

A pesar de todos los pensamientos de huida que cruzaban su consciente y su subconsciente, ese grito lo atravesaba todo. No oía nada más cuando se estrelló contra el suelo.

¡PLAF!

En cuanto aterrizó de culo con todo su peso en el pasillo…

Llegó el silencio.

Los gritos se interrumpieron.

Se quedó sentada en el suelo, mirando a su alrededor. No dejaba de mover los ojos de un lado a otro. Respiraba acelerada y entre jadeos. La mujer ya no estaba allí.

Su padre y Tyler corrieron a su lado.

—¿Estás bien? —preguntó Joe, que se arrodilló a su lado.

—¿No has visto nada? —preguntó Riley.

—¿En la habitación?

Ella asintió con energía.

Su padre frunció el ceño y estudió a su hija durante un segundo. Después miró al jefe de seguridad, que estaba en la puerta del dormitorio. Su enorme corpulencia cubría todo el hueco. Si hubiera alguna amenaza, ese hombre sería el primero en enfrentarse a ella.

El guardia mantuvo la expresión impasible; esa situación se la estaba tomando muy en serio.

—Está vacío, señorita. El dormitorio está despejado.

Riley tragó saliva con dificultad. Giró el cuello para mirar hacia su habitación, que se veía entre las piernas de Tyler. Se inclinó solo un poco, preparada para ponerse en pie y salir huyendo enseguida.

Poco a poco, centímetro a centímetro, fue apareciendo el dormitorio ante ella.

Vacío.

No había ninguna mujer. Ni sangre. Ni nada.

Riley parpadeó. Ya no sabía qué creer.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —preguntó su padre.

—No, no —respondió Riley.

Se apoyó en la pared, cerró los ojos, enterró la cabeza entre las manos y se quedó allí sentada, respirando hondo y despacio para calmarse.

—Creo que vamos a dejarlo por hoy, Tyler —oyó que decía su padre.

—Sí, señor. Y no se preocupe por la falsa alarma. —Se quedó callado un momento y después se arrodilló a su lado—. Señorita Riley, no pasa nada. No hay nada de que avergonzarse. Es nuestro trabajo y estamos encantados de hacerlo. Si necesita algo más o se asusta por lo que sea, no dude en volver a pedir ayuda. Para eso estamos. Lo peor que puede pasar después de una falsa alarma es que la gente no nos llame cuando se produce una de verdad. —Inclinó la cabeza hacia ella—. Que pase buena noche, señorita. Y descanse.

—Gracias, Tyler —contestó su padre.

Los dos recorrieron juntos el pasillo.

Riley no sacó la cabeza de entre las manos.

Mientras cruzaban el salón hacia la puerta, oyó su conversación de despedida.

—La niña… ¿está bien? —preguntó Tyler.

—Ha tenido un día muy complicado. Le ha pasado algo a su madre.

—Oh, vaya. Lo lamento, señor.

—Gracias. Es… un desastre. Creo que voy a tener que tomarme unos días libres. Para encargarme de todo.

—Nosotros nos hacemos cargo, señor —afirmó Tyler—. Seguro que podemos mantener la maquinaria bien engrasada y en funcionamiento.

—Te lo agradezco, amigo.

Se despidieron.

Su padre cerró la puerta con llave.

Riley no se había movido del suelo del pasillo.

Oyó que su padre se acercaba despacio y, con cierta dificultad para doblar las rodillas, un poco rígidas por la edad, se dejó caer a su lado. Dudó un momento y se revolvió un poco. Después estiró el brazo y le rodeó los hombros con un gesto un poco forzado.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Ella levantó la vista, pero no para mirarlo. Giró la cabeza y observó la habitación. Su mente iba a mil por hora, intentando comprender qué demonios le estaba pasando. Inspiró hondo y, de repente, se sintió más tranquila. Ni lágrimas ni temblores.

—Creo que estoy hecha una mierda —dijo con voz tranquila.

Su padre le dio una palmadita en la espalda. Fue demasiado fuerte y decidida, como si fuera un robot acariciando a un perro.

Abrió la boca varias veces en busca de las palabras adecuadas. Después carraspeó y, al final, dijo:

—No es culpa tuya. Nada de esto lo es.

—He visto a alguien. No era un reflejo de la luz ni el movimiento de una cortina ni ninguna estupidez de esas. He visto a una mujer.

—Necesitas dormir un poco. Mañana estarás mejor —aseguró él.

Riley se quedó mirando al vacío. Llevaba varios minutos intentando desesperadamente borrar esa imagen de su mente, pero en ese preciso momento quería recordarla con todos los terroríficos detalles.

—Ella… tenía el pelo negro. Y le llegaba a los hombros —describió —. Estaba muy pálida. Y llevaba… No era un vestido…, era más bien una bata de hospital. Y… —Riley tragó saliva, impactada por el recuerdo—. Se clavó las uñas en la cara. Y se arrancó la piel.

Su padre le apartó la mano de los hombros y se la quedó mirando fijamente.

—No paraba de gritar —continuó ella—. «No siento nada… No siento nada». Gritaba eso una y otra vez.

Los dos permanecieron sentados en silencio. Su padre fue quien habló.

—Riley, un día como el que has tenido hoy le habría afectado a cualquiera.

Se acercó y le dio un beso en la cabeza.

Después se incorporó del suelo y, con cierto esfuerzo, se puso de pie.

—¿Quieres dormir en mi cuarto? —ofreció—. También podemos dormir los dos en el salón. Montaremos una tienda, como hacíamos cuando eras pequeña.

—No.

Ella también se levantó del suelo. Su padre se quedó a su lado, observándola. La hacía sentir incómoda, como si todo lo que hacía formara parte de una evaluación psicológica. Intentó actuar con serenidad —y como si no estuviera loca— y dio unos pasos vacilantes hacia la puerta de su dormitorio. Asomó la cabeza y miró dentro.

La luz estaba encendida, el cuarto estaba bien iluminado y ella estaba sola.

—Estoy bien —le aseguró a su padre. Intentó sonar despreocupada, pero no lograba apartar la mirada de la habitación vacía—. Vete a dormir.

Él se quedó en el pasillo un poco más y después se fue.

Riley entró en su cuarto.

Se echó en la cama, aunque se quedó sobre la colcha. Le pesaban muchísimo los párpados, pero no se atrevía a cerrarlos, así que permaneció tumbada en la cama, tensa, con la cabeza apoyada en el cabecero y recorriendo con la vista todo el espacio de un extremo a otro. Si la mujer volvía, Riley no soportaría que la sorprendiera de nuevo.

Pensó en ponerse el pijama, pero no quería enfrentarse a ese instante de vulnerabilidad que se produciría cuando tuviera que pasar la parte de arriba por la cabeza. ¿Qué podría aparecer en ese segundo en el que no vería nada?

Y no podía ducharse por la misma razón.

Y dormir tampoco era una opción.

Así que decidió permanecer así, vigilante, todo lo que pudiera.

Sus ojos saltaron de la cómoda al armario y después a la pared, al lado de la cama, a la cómoda, al armario, a la pared, al lado de la cama, a la…

Joe entró en su cuarto y cerró la puerta con llave.

Fue hasta el ordenador. Estaba cansado y lo último que le apetecía era conectarse a esas horas, porque el inicio de sesión en el sistema era muy tedioso. Necesitaba contraseñas, preguntas de seguridad, un pin que se enviaba al móvil del usuario…

Pero tenía que saberlo.

Tenía que ver lo que había pasado con sus propios ojos.

Con el ordenador encendido y una sesión nueva iniciada, abrió el sistema de seguridad de su casa. No tenía una cámara en la habitación de Riley; se había enfrentado con uñas y dientes a los técnicos para que no la instalaran. Su dormitorio y su baño estaban prohibidos. En su momento le aseguraron que el sistema era un circuito cerrado al que solo él podía acceder, pero Joe tenía la sospecha de que las imágenes se enviaban a alguna parte. Y se negaba a que su hija tuviera que sufrir ese tipo de vigilancia.

Cargó el vídeo del momento en que Riley entró en la casa.

Había una cámara de ojo de pez en el techo del salón. Riley no sabía que se ocultaba ahí, detrás de esa bombilla empotrada.

El vídeo mostraba, en una imagen nocturna muy nítida, a Riley entrando en la casa e introduciendo el código en la consola de la alarma. Después cruzaba el salón para encender la lámpara que había junto al sofá.

En cuanto se encendió, su hija se puso tensa. Todo su cuerpo adoptó una postura y un lenguaje defensivos al girarse hacia el pasillo. Estaba clarísimo que en aquel preciso momento ella había visto algo.

Joe paró el vídeo.

Pinchó para ver las imágenes de otra cámara, una que enfocaba todo el pasillo.

Al encenderse la lámpara, la cámara había realizado en un instante la transición entre la visión nocturna y la de condiciones de luz normales. En la pantalla solo se vio un destello blanco. Pero… había una sombra extraña en el pasillo en penumbra.

Joe se acercó a la pantalla.

Fue avanzando poco a poco, fotograma a fotograma…

Cuando la cámara se adaptó a la luz, la sombra desapareció.

No había nada ahí.

Pulsó la flecha izquierda del teclado para volver atrás, un fotograma cada vez.

Seguía sin haber nada. Tenía que ser un efecto de la luz.

Asintió, satisfecho.

Con un suspiro cansado, apagó el ordenador y se metió en la cama. Ya se ocuparía del tema al día siguiente.

# 8

Joe no durmió bien esa noche.

Se metió en la cama poco después de revisar las imágenes de las cámaras de seguridad, pero no estaba tranquilo. Solía superar sus noches de insomnio, y tenía muchas, cogiendo un libro y poniéndose a leer hasta que se le cerraban los ojos. Cuando lo intentó a las dos de la madrugada, sin embargo, su mente seguía dispersa.

Después de releer el mismo párrafo tres veces y de que las palabras no llegaran a ningún nivel cognitivo de su cerebro, se rindió y se resignó a pasar una mala noche.

En algún momento entre el sueño y la vigilia, le pareció oír ruidos en la casa. Un cajón de la cocina que se abría. Una puerta que se cerraba en silencio. Pero, como los ruidos cesaron, no estaba seguro de que los hubiera oído de verdad.

Cada vez que parecía que el sueño por fin se acercaba, en su mente aparecía la cara de Kate. Solo sabía lo que le había contado el director del instituto de Riley. Suicidio por disparo. Eso era lo que provocaba la imagen que veía cada vez que cerraba los ojos: la cara de su exmujer medio destrozada, reventada por la bala que había entrado por una sien y salido por la otra.

¿Lo había hecho en el salón?

¿En el patio?

¿En su cama?

Hizo un rápido repaso mental de las posibles ubicaciones donde ella podía haberse volado los sesos. Apartó esos pensamientos e intentó pensar en las navidades, las salidas de camping y su gran viaje por carretera en familia por la costa este hasta Disney World.

Buenos momentos. Recuerdos bonitos.

Pero también hubo peleas. Recriminaciones. Mezquindades.

No, no era culpa de él. Esas cosas pasaban. Había sido un buen padre, incluso después de que Kate y Riley se fueran de casa. Le había dado a su hija todo lo que deseaba. Si había desarrollado un trauma psicológico por el suicidio de su madre —y estaba seguro de que así era—, la culpa no era suya, sino de Kate. Ella le había hecho daño a su hija y le había dejado a él la responsabilidad de recoger los pedazos y curarla.

No estaba seguro de cuándo sucedió, pero en algún momento logró sumergirse en un sueño tan profundo que era como si su conciencia fuera una bola de plomo que hubiera caído al mar. Se hundió en una oscuridad silenciosa. Sin sueños. Sin luz. Sin pensamientos que le taladraran el cerebro. Era un sueño que no resultaba reparador ni revitalizante; solo consistía en la nada más absoluta.

¡BUUUZZZ!

La vibración del teléfono, que resonó contra la mesita, despertó a Joe de golpe.

La luz de la mañana se colaba por las persianas.

Cogió el móvil e intentó sacar su sistema de la somnolencia respondiendo con decisión.

—Aquí Gerhard.

—Joe, soy Hannah —contestó al otro lado esa voz tan familiar.

También oyó el eco del chirrido de sus zapatos en el suelo del pasillo del nivel uno. Como era habitual, seguro que Hannah iba caminando con pasos decididos.

—¿Has pedido una semana de asuntos propios?

—Sí. Tengo que ocuparme de unas cosas.

—Lo comprendo, pero tengo que decirte que has escogido muy mal momento.

—Ya, ya. Terminaré ese informe sobre el incidente esta mañana. Si alguien tiene alguna pregunta, que me llame al móvil…

—La central va a enviar a un investigador.

Joe se incorporó bruscamente en la cama. Cualquier efecto de la mala noche que le quedara desapareció al instante.

—¿Qué? ¿Quién?

—Javier Aguirre. Me lo ha contado Tyler nada más llegar.

—Mierda. —Joe se levantó de un salto, fue al armario y se puso a buscar algo que ponerse.

—Te lo digo porque he supuesto que querrías saberlo. Además… —Se quedó callada un largo rato—. También ha dicho que le ha pasado algo a Kate.

—¿Te lo ha contado?

—Somos amigos.

—No te lo tomes a mal, pero esto no es asunto tuyo, Hannah.

—Sí que lo es.

Joe no pudo responder, así que siguió vistiéndose en silencio, con el teléfono pegado a la oreja.

—Yo… siento mucho lo de Kate. Si quieres hablar…

—No.

—Vale. Pero tú sabes que quiero a Riley. Solo te he contado que va a venir Aguirre porque sé que te ibas a cabrear si no lo hacía. Pero tu hija tiene que ser tu principal prioridad. El resto de nosotros podemos arreglárnoslas con Aguirre. Solo ha sido un accidente muy raro. Su informe no puede decir otra cosa, porque es la verdad. Nadie te echará las culpas a ti ni a tu forma de dirigir.

—¿Ya ha llegado? —preguntó Joe mientras se abrochaba su mejor camisa blanca. Era el tipo de supervisor que llevaba polos y pantalones chinos, pero una visita de Javier Aguirre era una ocasión para ponerse corbata.

Hannah suspiró, resignada, al parecer, a que él ignorara todo lo que acababa de decir.

—Tiene que llegar a las nueve.

—Allí estaré.

—Joe, creo que deberías quedarte con Riley.

—Te veo enseguida.

Colgó antes de que ella tuviera tiempo de decir nada más. Cogió una corbata negra sencilla del armario y la puso sobre la camisa. Parecía un ingeniero de la NASA de los años sesenta. Daba igual. Tendría que valer.

En cuanto abrió la puerta, le llegó el olor a café. Riley debía de estar despierta.

Cruzó el pasillo hasta el salón y miró por la puerta que daba a la cocina y al comedor.

Fuera hacía un bonito día soleado. Los rayos del sol iluminaban el frondoso bosque verde que había al otro lado de los grandes ventanales de la cocina. La casa, tan oscura y lúgubre la noche anterior, se había transformado en un paraíso forestal. Las encimeras

de piedra blanca y los electrodomésticos de acero inoxidable resplandecían y reflejaban el sol de la mañana. Parecía una cocina sacada de un anuncio; al verla por el día, Joe siempre se arrepentía de trabajar tanto y no poder disfrutar más un lugar como ese.

Miró alrededor. La jarra de la cafetera estaba casi llena; solo faltaba una taza. Cruzó la puerta del comedor y fue directo a la cocina.

Entonces vio a su hija.

Sentada en una silla en un extremo de la cocina, Riley tenía la mirada clavada en la ventana. Se acercó la taza de café a los labios y dio un sorbo. Lo miró mientras se aproximaba.

—Ya estás levantada —comentó él.

—No podía dormir.

—Pues ya somos dos. ¿Qué tal estás?

—Bien —contestó antes de dar otro largo sorbo a la taza.

—Tengo que ir al trabajo a ocuparme de unas cosas. Pero será una jornada corta. ¿Te importa quedarte sola unas horas?

—No, no me importa.

—¿Seguro?

—Perdona que te pusiera en ridículo anoche.

—No me pusiste en ridículo. —Cambió el peso de un pie al otro, incómodo—. Y, eh… ¿Has visto algo más?

—No. Nada. Yo… no sé qué me pasó. Pero no quiero hablar de ello. —Se quedó mirando el contenido de su taza.

Joe asintió. Sacó la cartera y dejó cien dólares sobre la encimera.

—Pídete una pizza si tienes hambre. O ve a ver una peli, si quieres. Lo que necesites. Solo mándame un mensaje para que sepa dónde estás. Volveré en cuanto pueda.

—Vale.

Se dirigió a la puerta, pero se detuvo y volvió sobre sus pasos. La observó allí sentada, tan sola.

—Te quiero —dijo.

—Yo también.

Se despidió con la mano, se dio la vuelta y se marchó.

# 9

Joe aparcó su camioneta en la Planta.

Eran las 9.15.

Era muy probable que el señor Aguirre ya estuviera allí y hubiera iniciado el proceso de revisión. Joe quiso echar a correr, pero notó las axilas y la espalda cubiertas de sudor. Eso no daba buena imagen a un supervisor, y además sabía que esa reacción corporal solo iba a empeorar a lo largo del día por el efecto de la recirculación del aire en su despacho.

Así que se obligó a ir caminando, de forma tranquila y despreocupada, desde el aparcamiento hasta la entrada. Mantuvo la respiración calmada e intentó convencer a su corazón de que hiciera lo mismo.

Hacía un día precioso. Soleado, pero fresco.

El rocío de la mañana se estaba evaporando de las hojas y la hierba. Esa humedad, combinada con la luz del sol, siempre potenciaba los olores del bosque. Era el olor terroso de la descomposición vegetal; no el penetrante hedor a podrido, sino el aroma natural del ciclo de la vida. En momentos como ese, Joe se sentía transportado a su juventud, cuando pasaba todo el tiempo en el bosque, en aquellos tiempos en que el mundo era un lugar seguro.

El lento trayecto a pie le sirvió para tranquilizarse. Cuando pasó su tarjeta de identificación por la consola que había junto a la entrada, se sentía preparado para afrontar ese día.

Y también al inspector Javier Aguirre.

Al entrar en la Planta, Joe repitió su rutina habitual. Metió el teléfono, las llaves y la cartera en una taquilla, y pasó su tarjeta de identificación. Entró en el escáner corporal, levantó las manos y la máquina giró a su alrededor.

Los guardias que estaban de servicio, aunque mantenían las armas preparadas, le sonrieron y lo saludaron con la cabeza mientras esperaba a que se completara el escaneo.

—Buenos días, Joe —le dijo uno de ellos.

Él lo miró y le guiñó un ojo.

—Creo que deberías llamarme «Gerhard», «supervisor» o algo así, más formal, mientras nos estén inspeccionando. Tenemos que mantener las formalidades incluso aquí.

—Todo correcto, supervisor Gerhard, señor —respondió el hombre con una sonrisita y le hizo un gesto para que saliera.

Joe se dirigió al ascensor.

Al lado, en una garita de cristal, se realizaba la última comprobación de seguridad. Dentro estaba Tyler, mirando una hilera de monitores.

Joe golpeó el cristal con los nudillos.

El jefe de seguridad se levantó y abrió la ventanilla de la garita.

—Buenos días, señor. El señor Aguirre le está esperando en su despacho.

—¿Has dormido bien?

—Sí, señor, muy bien.

Joe se inclinó hacia la ventanilla y bajó la voz, sin perder en ningún momento la sonrisa amable. Tyler acercó la cara para mantener una conversación en susurros, aunque intentaba que no lo pareciera.

—¿Has hecho un informe sobre lo que ocurrió anoche en mi casa?

—Todavía no, señor.

Joe miró alrededor para comprobar que nadie estaba escuchando.

—Nos están mirando con lupa por el accidente de ayer. Lo que le pasa a mi hija es un asunto personal. No quiero que la pérdida de su madre acabe mezclada con todo este lío si puedo evitarlo. No te pido que hagas nada que vaya en contra de las normas. Solo creo que lo más inteligente para nosotros es centrar nuestra atención en los problemas que ocurren dentro de la Planta. ¿Me sigues?

Tyler lo miró con un guiño de complicidad.

—Tengo mucho trabajo ahora y no voy a poder hacer ese informe hasta dentro de unos cuantos días —aseguró—. O puede que tarde incluso más tiempo.

—No tengas prisa —contestó Joe—. Y, obviamente, preferiría que no se lo contaras a nadie del personal. Aparte de Hannah, claro.

—Por supuesto. Ya está aquí el ascensor, señor —anunció el jefe de seguridad. Pulsó el botón y la puerta se abrió.

Joe entró.

Bajó al nivel uno.

Al salir, miró el cartel de la mujer y la niña que cenaban tranquilamente.

«Haz tu trabajo para que ellas estén seguras».

Siguió adelante, con los zapatos chirriando sobre el linóleo inmaculado.

Al llegar a su despacho, puso la mano en la manilla y se permitió inspirar hondo para tranquilizarse. Entonces se obligó a poner una gran sonrisa amistosa, abrió la puerta y entró.

Javier Aguirre estaba acomodado en la silla frente a la mesa de Joe. Tendría cincuenta y tantos. Calvo, con gafas y un poco rechoncho. Recordaba a un topo, y a Joe le pareció que le pegaba, teniendo en cuenta que la mayor parte de su trabajo la hacía bajo tierra. Y no es que el aspecto del hombre resultara intimidante. Parecía más bien un contable: preciso, meticuloso, siempre centrado en los detalles más pequeños.

Y eso, por supuesto, era lo que más preocupaba a Joe. Por su experiencia, cuando un contable quiere encontrar algo que esté mal o a alguien a quien culpar, por lo general lo encuentra. O no para de rebuscar hasta que lo consigue.

En ese momento, el señor Aguirre estaba mirando por encima de la montura de sus gafas la tableta que sostenía en la mano. Tenía en ella un vídeo del ataque de Bishop y desplazaba adelante y atrás con el dedo la barra de reproducción para repetir el incidente una y otra vez.

En la pantalla, Bishop le arrancaba al celador un trozo de vértebra de la columna y lo lanzaba al aire. Un segundo después volvía a por más.

El hombre estaba tan enfrascado en el vídeo que no se dio cuenta de que Joe había entrado. En sus facciones no se apreciaba ninguna emoción provocada por la escena. Ni asco ni tristeza. Solo una fascinación imparcial, como si estuviera mirando una hoja de cálculo cuyas columnas no sumaban la cantidad esperada.

Volvió a reproducir el vídeo.

Hacia delante.

Hacia atrás.

Una y otra vez.

Joe se quedó ahí parado un momento antes de decidirse a anunciar su presencia.

—¡Javi! —saludó con un tono tan amistoso y entusiasmado como permitía el entorno de trabajo.

El señor Aguirre detuvo el vídeo, dejó la tableta y se levantó con una gran sonrisa en la cara.

—Hola, Joe. Qué alegría verte.

Los dos hombres se dieron la mano en un apretón fuerte y cordial.

—Me habían dicho que no venías hoy —comentó el señor Aguirre.

—Sí, tengo unos asuntos personales que atender, pero pueden esperar un poco —explicó y pasó junto a él para acercarse a su lado de la mesa.

Los dos se sentaron.

—Siento lo de Katherine —soltó su invitado, y su tono parecía indicar que lo decía con sinceridad.

Joe enarcó una ceja.

—Vaya, con vosotros no existen los secretos.

El señor Aguirre lo miró con una sonrisita que parecía decir: «Tienes razón, no hay secretos para nosotros».

—Gracias —continuó Joe—. Ayer me pasó de todo. Todavía tengo muchas cosas que arreglar.

—Si necesitas irte…

—Me las arreglaré.

El inspector miró la tableta. Abrió unos archivos y fue bajando por la página, buscando algo.

—Tienes una hija, ¿no? Riley Gerhard.

—Sí.

—¿Cuántos años tiene ya?

Joe intentó mantener la sonrisa amistosa, pero notó que se le tensaban los músculos y los tendones de la cara. Su postura se volvió rígida. Unió las yemas de los dedos para formar una torre apretada con las manos, hasta entonces sobre la mesa. Sabía que no estaba dándole conversación sin más.

—Dieciséis. Cumplirá diecisiete en agosto.

—Riley vivía casi todo el tiempo con su madre, ¿no? —siguió preguntando mientras abría un archivo nuevo en la tableta y empezaba a escribir.

—Sí, así es. Se mudaron hace unos diez años, justo después del divorcio.

—Veo que Riley tiene a sus abuelos aquí cerca. Los maternos.

—Sí.

—¿Va a vivir con ellos ahora?

La sonrisa tensa de Joe desapareció.

—No era lo que tenía previsto. Se están haciendo mayores. Y yo soy su padre, al fin y al cabo.

El señor Aguirre sonrió.

—Claro, claro. Entonces ¿va a vivir contigo todo el tiempo ahora?

—Hasta que vaya a la universidad.

—Ya veo.

Joe lo vio escribir un poco más, añadiendo notas al documento. Tardó más de lo que pensaba. No estaba solo marcando casillas; parecía que estaba redactando un memorando completo.

Joe se obligó a recostarse en la silla y cruzar las piernas para dar una imagen de tranquilidad.

—Sí, fui a recogerla ayer. Un suceso muy triste. Y muy repentino. Hasta donde yo sé, Kate no tenía antecedentes de depresión ni nada parecido. Pero ¿qué sabré yo? Solo soy su ex. Debía de haber algo oculto bajo la superficie. Parece que Riley lo está llevando razonablemente bien.

—Me alegro —contestó sin dejar de escribir.

—Eso acaba de pasar, todavía estoy gestionándolo todo. Todavía no he podido actualizar mi estado en el perfil personal…

—Lo entiendo perfectamente. Ya lo estoy haciendo yo.

—Gracias —contestó Joe, sin apartar los ojos del otro hombre, que seguía escribiendo—. Riley… se ha quedado conmigo, en mi casa, un fin de semana de cada dos durante estos últimos diez años. La han investigado y han determinado que no representa un riesgo para la seguridad.

—Parece que la última vez que se le dio el visto bueno fue hace… —El señor Aguirre hizo una pausa mientras buscaba en el perfil de Riley—. Hace cinco años. Si va a vivir contigo de forma permanente, deberíamos volver a revisarlo. Le tocaría pronto de todas maneras. Los chicos de ahora… Ya sabes lo rápido que cambian, con las redes sociales y todo eso. Mejor prevenir que curar. Es también un buen momento para hacerle una evaluación psicológica. Algunas enfermedades, como la depresión, son hereditarias. No queremos correr ningún riesgo.

Joe no pudo evitar fulminarlo con la mirada.

—¿De verdad es necesario?

—¿Hay algún problema? —preguntó el señor Aguirre con un brillo inocente en los ojos, tras los cristales de sus gafas.

—No quiero que un becario rebusque en el historial del teléfono y de internet de mi hija. Y mucho menos que meta las narices en su historia clínica.

—¿Crees que puede haber enviado fotos o emails que pudieran servir para chantajearla? —aventuró su interlocutor, como si nada.

—Es una chica adolescente. Me preocuparía si no lo hubiera hecho.

El señor Aguirre rio entre dientes. Pero duró un segundo más de lo necesario, como si fuera una máquina que estuviera aprendiendo cuándo y cómo reírse.

—No te preocupes, Joe. Todo lo hace un algoritmo. Los humanos solo intervienen si surge algo raro durante el curso normal del análisis de datos. Riley ni se va a enterar de que hemos realizado todo el proceso.

—Muy tranquilizador —comentó Joe. Se mordía el labio mientras estudiaba al otro, que seguía tan tranquilo escribiendo notas en su tableta. Intentó hablar con un tono informal—. La verdad es que es una suerte que hayas venido, porque me gustaría aclarar una cosa contigo.

—¿Cuál? —El hombre levantó la vista.

—Lo que ha pasado con su madre ha sido muy traumático para Riley. Como padre, creo que lo mejor para ella sería que recibiera terapia psicológica para superar el duelo. Solo por precaución.

El señor Aguirre entornó los ojos. A pesar de que su voz seguía sonando amable, su expresión se había vuelto muy seria.

—Claro. No es aconsejable que esas emociones se queden ahí, reprimidas, y después causen estragos.

—Pero, si va a terapia, eso podría levantar sospechas sobre ella. Tú y yo sabemos que es una respuesta natural ante el suicidio de una madre. Pero no confío en que el algoritmo o los chicos de la central lo vean igual que nosotros. Lo último que necesitamos aquí es que alguien coja una respuesta de sentido común ante una tragedia y la convierta en más alertas rojas, restricciones y vigilancia. Solo servirá para ralentizar lo que hacemos. Me estás entendiendo, ¿verdad?

El señor Aguirre sonrió.

—No te preocupes, Joe. No somos monstruos. Tenemos familia. Todos necesitamos tiempo para recuperarnos de las cosas. Solo tienes que escoger a un terapeuta de cualquiera de nuestras listas aprobadas. Si Riley no muestra señales extremas de estrés psicológico, algo que pueda volver su comportamiento errático o impredecible, entonces no veo por qué iba a activar ninguna alerta. Y no tenemos ningún problema en permitir que Riley viva contigo.

Los dos hombres se miraron mientras esas palabras se quedaban flotando entre ellos. Las implicaciones eran obvias: la Compañía no tenía que darles permiso para eso.

Joe tuvo que hacer un esfuerzo consciente para dejar de apretar los dientes y se obligó a sonreír.

—Creo que nos entendemos.

—Bien —contestó su interlocutor—. Ahora vayamos al grano.

El hombre cambió de actitud enseguida; hizo desaparecer la sonrisa amenazadora y la sustituyó por una auténtica. Apagó la

tableta, se inclinó hacia delante y se convirtió, en un abrir y cerrar de ojos, en más amigo que enemigo.

—En cuanto a esta investigación, quiero que sepas que ninguna otra planta ha hecho más por la Compañía y por la seguridad nacional que la tuya —empezó el inspector. Su tono sonaba sincero, aunque con él Joe nunca podía tener certeza—. Jamás hemos tenido que preocuparnos por vosotros —continuó el señor Aguirre—. Cumplís con vuestras obligaciones a tiempo, lo hacéis sin dar problemas y, si soy sincero, proporcionáis las mejores y más claras interceptaciones que se pueden pedir. Nuestros clientes siempre nos lo dicen. Tu equipo ha salvado vidas. Defendéis este país de manera admirable y deberíais estar orgullosos de vuestro trabajo.

—Te lo agradezco. Y seguro que el resto de mi equipo también.

—Por eso no quiero que consideres que esta investigación es una amenaza…

—No, no, claro, lo comprendo. Solo con que alguien vea accidentalmente un vídeo de YouTube en un ordenador de esta red, ya hacéis una investigación. Es lógico. Y ayer murió un hombre…

—Me preocupa más el bienestar de la Antena —intervino el inspector.

—A mí también. Pero se produjo un accidente. Tenemos que asegurarnos de que el barco mantiene el rumbo. Que mi equipo funciona a pleno rendimiento.

El señor Aguirre asintió.

—Exacto.

Joe se levantó de la mesa y se dirigió a la puerta.

—Pues empecemos.

# 10

¡Ping!

Se abrieron las puertas del ascensor. Joe las retuvo con una mano y extendió la otra para indicarle al señor Aguirre que podía salir al nivel dos.

El hombre cruzó las puertas y se quedó ahí, entornando un poco los ojos por culpa de la fuerte luz de los fluorescentes mientras examinaba el lugar. Joe también salió y se quedó a su lado. Miró la cara de su acompañante, intentando calibrar su estado de ánimo y su reacción.

Pero los ojos del señor Aguirre no dejaban ver nada de lo que pensaba. Se quedó allí de pie, en silencio, mirándolo todo y examinando hasta el más mínimo detalle sin pedir ni necesitar que Joe le explicara nada.

Joe, por su parte, también miró alrededor, a las diferentes habitaciones y a las Antenas que había dentro, que gemían y gritaban desde el suelo acolchado, donde permanecían tumbadas. Se permitió suspirar aliviado al ver que su barco parecía estar en perfecto estado. Su personal realizaba el trabajo de forma eficiente y silenciosa. El equipo médico y los celadores pasaban de una celda a otra; comprobaban las constantes vitales y aseaban a las Antenas, justo como dictaban las normas.

Las inspecciones, como la de ese día, siempre ponían tenso a Joe. Siempre pensaba que podía pasar lo peor. Se imaginaba las puertas del ascensor abriéndose y al señor Aguirre encontrándose con un pañal tirado por ahí, o que apareciera una Antena suelta deambulando por los pasillos.

Pero, como siempre, su equipo no lo decepcionó. Nunca lo había hecho.

El inspector lo examinó todo, sin parecer satisfecho ni todo lo contrario. Que no reaccionara siempre era una buena señal, viniendo de un hombre como ese; al menos eso le parecía a Joe.

Esperó mientras el otro tomaba notas en su tableta. Fue rápido, marcar unas casillas nada más. No escribió ningún detalle. También era una buena señal.

—Fue en la celda del final del pasillo, ¿verdad? ¿La Antena 201? —preguntó.

—Eso es.

El señor Aguirre asintió y empezó a recorrer el pasillo despacio, mirando por las grandes ventanas de inspección a las dos primeras Antenas que se encontró.

—¿Crees que fue intencionado? —preguntó.

—¿Qué quieres decir?

—El ataque. ¿Crees que la Antena 201 tenía intención de hacer daño o de matar al señor Phillips? ¿Que lo hizo a propósito?

—Ella no ve, no oye y ni siquiera sabía que él estaba ahí. Fue un accidente, simple y llanamente —afirmó Joe—. Una de esas cosas que solo se producen cuando a un millón de monos les das el mismo número de máquinas de escribir.

—Qué forma más curiosa de describirlo.

—Todas tienen arrebatos de movimientos agresivos —continuó Joe —. De hecho, los fomentamos, porque evitan que se les atrofien los músculos. Las que se mueven más viven mucho más tiempo que las demás. Normalmente esos movimientos los hacen en el aire o contra las paredes. No notan la diferencia. Pero ayer un humano tuvo la mala suerte de cruzarse en su camino.

—¿Estás diciendo que la Antena 201… tuvo un golpe de suerte?

Joe se paró en seco y miró al señor Aguirre.

—Hasta la suerte necesita que la ayuden un poco. Lo que tenemos aquí es una situación en la que un celador no siguió el protocolo de limpieza. Esa Antena debería haber estado inmovilizada con sus correas. El celador se saltó un paso y pagó el precio. Nada más.

—Pues eso suena a problema de liderazgo —comentó el inspector, que sonrió para que a Joe le quedara claro que le estaba tomando el pelo. Aunque mantuvo la sonrisa y un contacto visual bastante intenso durante un segundo de más.

Joe comprendió lo que quería decir: nadie le echaba la culpa. Por el momento.

Siguieron avanzando por el pasillo. Joe no quiso dejar pasar la oportunidad y dijo:

—El problema es que necesitamos dos celadores por celda. Me obligáis a tener al personal sobrecargado de trabajo. No han tenido un fin de semana libre desde marzo. No tienen tiempo para realizar todas las tareas que les corresponden en su jornada, así que empiezan a buscar atajos.

—Joe, Joe, Joe… —replicó el señor Aguirre mientras sacudía la cabeza y se reía entre dientes.

A él no le parecía tan divertido.

—Debería haber un trabajador para ponerles las correas y otro para asearlos. Es trabajo para dos personas. Y así siempre habría uno cerca para ayudar al otro. Un sistema de apoyo mutuo, Javi. La mayoría de los hospitales y las cárceles cuentan con presupuesto para organizar así el trabajo.

—Pero tú no diriges ni un hospital ni una cárcel.

—Si seguimos con esta falta de personal, habrá accidentes. No es una amenaza, es una realidad. Más personas saldrán heridas.

—Joe, ¿sabes lo difícil que es encontrar trabajadores para esta instalación?

—Ayúdame con esto, Javi.

—Tus limpiadores han pasado más comprobaciones de antecedentes y polígrafos que la mayoría de los congresistas. Ese proceso de verificación de seguridad no es sencillo, no es barato, no es algo que pase desapercibido con facilidad. Cada miembro de tu personal supone un alto riesgo y mucho dinero.

—Quiero pensar que lo que conseguimos aquí hace que merezca la pena.

—Y yo me alegro de que lo veas así, Joe. Pero, si puedo serte sincero, el mantenimiento adecuado de una Antena debería ser trabajo para una sola persona. Son vegetales con una alta capacidad de sintonización. ¿Qué peligro pueden suponer?

—Mucho.

Se detuvieron al final del pasillo. Los dos miraron la celda de Bishop. Ese día ella no servía para demostrar lo que quería decir. No se le veía nada peligroso. Parecía un perro dormido, así tumbada de costado mientras agitaba las extremidades y se movía sin sentido.

Tenía los ojos cerrados y ni siquiera gemía ni gritaba. La verdad es que parecía estar totalmente en paz.

Habían limpiado toda la celda y solo quedaban unas sombras rosas en el suelo, por donde la sangre se había colado entre las costuras del acolchado.

El señor Aguirre la miró con una sonrisita satisfecha en la cara.

De repente, las manos de Bishop, envueltas en sus manoplas protectoras, cobraron vida. Se pusieron a rascar, a escarbar y a clavarse en la pared. Un ataque de furia. Abrió los párpados y aparecieron dos ojos inyectados en sangre que empezaron a dar vueltas en sus órbitas. Pareció que estaban a punto de salírsele en cualquier momento y caer rodando al suelo. Abrió la boca y un chillido resonó en los oídos de Joe. Salió de lo más profundo de sus pulmones, retorciendo y deformando sus cuerdas vocales al atravesarlas, para formar un aullido horrendo, animal, inhumano por su intensidad.

Joe no se inmutó, aunque sintió cierta satisfacción al ver al inspector apartarse un poco del cristal. Se le tensó el cuello y tragó saliva. Una vena empezó a latirle por el estrés al lado de la sien y cerró los puños. Joe contuvo una sonrisa al ver al señor Aguirre tan incómodo, aunque solo fuera por un segundo.

Pero ese momento pasó enseguida.

La cara del visitante se relajó y recuperó su habitual expresión de análisis imparcial. Levantó una ceja y estudió con curiosidad los movimientos furiosos de la criatura que yacía en el suelo delante de él.

Entonces miró la puerta estanca que daba a la celda. Sus ojos se detuvieron en el cartel que decía: «Hola, me llamo Bishop».

—¿Bishop? —Miró hacia las otras celdas, todas con sus carteles artesanales. Los fue leyendo en voz baja—: Hicks…, Frost…, Vasquez…

Joe soltó una maldición para sí. Hacía tres o cuatro años que un inspector de la importancia de Aguirre no pisaba la Planta. La mayoría de los que venían eran solo auditores que entraban, daban una vuelta y se iban. Lo hacían cada pocos meses, sin previo aviso, para realizar el control de calidad. Ninguno había hecho ningún comentario, ni siquiera se había fijado en los carteles con el nombre. Solo buscaban infracciones importantes y no se les permitía pensar lo suficiente como para tener una opinión sobre las de menor importancia.

Hacía pocos años que se habían puesto esos carteles y la verdad era que Joe ya ni se fijaba en ellos, era como si no los viera. Como los pósters del pasillo del nivel uno. O el montón de papeles que había en un rincón de su mesa, que siempre tenía intención de organizar. No sabía por qué, pero a veces sus ojos dejaban de ver cosas que siempre estaban ahí.

—¿Qué es eso? —preguntó por fin el señor Aguirre, aunque Joe estaba seguro de que ya conocía la respuesta.

—Eh… —balbució Joe—. Verás… Cuando nos los traen, llegan sedados e identificados solo con un número. Con la cabeza rapada cuesta distinguirlos; solo podemos hacerlo por el género y la etnia. Por eso, para diferenciarlos mejor, les asignamos distintivos.

—Nombres. Les ponéis nombres a las Antenas.

—Si quieres decirlo así…

—¿Fue idea tuya?

La mente de Joe buscaba a la desesperada una forma de darle la vuelta, de desviar la atención. Los nombres estaban prohibidos. En las normas escritas sobre el cuidado de las Antenas ni siquiera se permitía el uso de pronombres. Nada de «él» ni de «ella», solo «Antena», como si fueran aparatos muy caros. Naturalmente, esa prohibición de los pronombres dejó de cumplirse enseguida, pero Joe estaba seguro de que en la central tendrían un problema con lo de los nombres.

Así que intentó encontrar una respuesta…

—Estaba siguiendo mi consejo profesional.

Joe y el señor Aguirre se giraron hacia el lugar de donde provenía la voz.

Hannah acababa de salir de una de las celdas. Llevaba un uniforme de hospital y, evidentemente, salía tras hacer su trabajo en la celda de Hicks, que estaba ahí al lado. Tenía el pelo recogido y le brillaban por el sudor la cara y la frente, que todavía tenía las leves marcas rojas que le había dejado la máscara.

—Seguro que te acuerdas de la doctora Chao, nuestra jefa de medicina —la presentó Joe—. Doctora Chao, este es Javier Aguirre, que viene de la central.

El señor Aguirre le tendió la mano.

—Un placer volver a verla, doctora.

Hannah no hizo ademán de estrechársela.

—Perdone que no le dé la mano, pero acabo de extraer heces compactadas del recto de Hicks. —En la mano izquierda llevaba una bolsita de plástico con el símbolo de riesgo biológico—. Todavía tengo que ir a pesar esta monada, pero es más o menos del tamaño de una bola de billar. —Estiró los dedos de la mano derecha como si

intentara evitar un calambre—. Y, créame, no tenía ganas de soltarla. Hemos estado un rato jugando al tira y afloja ahí dentro.

El señor Aguirre retiró la mano y se la metió en el bolsillo.

Joe la fulminó con la mirada.

—Gracias, doctora —dijo este con una leve irritación en la voz para demostrarle al inspector que le parecía que las conversaciones sobre heces no eran apropiadas en el entorno de trabajo.

Pero, cuando miró al señor Aguirre, en vez de encontrar una dura mirada de desaprobación, vio que sus ojillos de contable se habían iluminado tras los cristales de las gafas. Estaba sonriendo a Hannah.

—Entonces ¿fue usted quien les puso los nombres, doctora? —preguntó el visitante.

—Sí.

—¿Y de dónde vienen?

—Son marines que salen en mi película favorita.

—¿Por qué? —continuó interrogando Aguirre.

—Porque es una película estupenda —respondió ella con una sonrisa.

Joe suspiró.

—Doctora…

Hannah se puso seria.

—La personalización ayuda al personal a comunicarse de forma eficaz sobre los asuntos relacionados con la salud de los pacientes. Entiendo la razón por la que prefieren que nos refiramos a ellos solo con números, es comprensible. Pero, a efectos prácticos, dificulta nuestro trabajo. Cada una de las Antenas de esta planta tiene su propia dieta, dosis de vitaminas, medicación y rutina de aseo.

»Sé que ustedes las tratan como máquinas, pero nosotros las vemos como pacientes, porque nos han formado para ello y es la mejor manera que tenemos de hacer nuestro trabajo. Además, seamos sinceros —dijo levantando la bolsa—, a veces viene bien saber de quién es la bolsa de heces que tienes en la mano. Y que vas a pesar. Y a analizar.

El señor Aguirre miró a Hannah y después la bolsa de residuos. Y apareció una sonrisita en su cara.

—Gracias por su explicación, doctora. Siempre es importante saber cómo los distintos departamentos organizan su trabajo.

—Encantada.

Joe suspiró aliviado.

—Vaya a lavarse, doctora —le ordenó.

Hannah se dio la vuelta y recorrió el pasillo.

—Tienes un buen equipo aquí, Joe —reconoció el inspector.

—Eso quiero pensar, sí.

—No voy a mencionar lo de los nombres en mi informe. Pero quita esos carteles antes de la próxima inspección. Protocolo.

—Entendido.

—Y, si eso os sirve a ti y a tu equipo, transmitiré la opinión de la doctora a los de arriba. Tal vez decidan cambiar ese protocolo.

—Sería muy de agradecer.

—No quiero que pienses que no te hacemos caso. O que somos intransigentes con las normas y no aceptamos sugerencias de la gente que está al pie del cañón. A fin de cuentas, este programa está en pañales. No sabemos hasta dónde podemos llegar en la investigación con las Antenas. Así que, si se te ocurre alguna idea, como la de los nombres, transmítenosla por los canales establecidos

y nosotros la analizaremos y la pondremos en consideración. Siempre hay margen de mejora.

Le dio a Joe una palmadita en la espalda. Él solo le sonrió en respuesta. «No te lo crees ni tú», pensó el supervisor. «La analizaremos» equivalía a una docena de personas escurriendo el bulto e intentando no tomar una decisión que las obligara a firmar algo. Negación plausible.

El señor Aguirre volvió a fijarse en Bishop.

Sus ojos parecían haber dejado de dar vueltas. Estaban un poco descentrados, pero parecían estar más o menos fijos en Joe y el señor Aguirre. Las comisuras de la boca se elevaron para formar algo que podría describirse como una sonrisa.

—Me gustaría ver una sesión de sintonización —pidió el inspector.

—No hay problema en organizarla.

—Y que sea con la Antena 201 —añadió, señalando a Bishop.

El señor Aguirre hizo una última anotación en su tableta.

Joe, que estaba detrás de él, vio la pantalla durante un segundo. En la parte superior había una foto de Bishop. Pero no era la criatura desgarbada con la cabeza rapada y los ojos desorbitados. En esa imagen, Bishop, la persona, sonreía. Parecía la foto de carnet de una mujer normal. Tendría unos cuarenta y tantos. Aunque daba la impresión de que siempre había tenido la piel muy pálida, se la veía sana, alerta y atractiva.

Y se fijó en algo más de ella en esa foto.

En su pelo.

Oscuro. Y le llegaba a los hombros.

El señor Aguirre apagó la tableta y volvió hacia el ascensor. Echó un vistazo a las otras celdas al pasar.

Joe se quedó delante de la celda de Bishop un momento. Observó a la mujer con la bata de hospital tirada en el suelo. Los ojos daban vueltas y la boca sonreía. ¿Qué era lo que había dicho Riley? Que la mujer que vio tenía el pelo negro. Y le llegaba a los hombros. Tenía la cara pálida. Y llevaba una bata de hospital.

Una descripción un poco vaga.

Podría ser cualquiera. Incluso la madre de Riley.

Joe apartó esa idea y fue a donde lo esperaba el señor Aguirre.

# 11

Riley estaba sentada en un rincón de la cocina.

A pesar de haber estado toda la noche despierta, se negó siquiera a intentar dormir. No podía arriesgarse a que la mujer del pelo negro la pillara desprevenida. Su mente quería permanecer vigilante, pero sus sentidos y su cuerpo se estaban debilitando. Mientras sus ojos recorrían la cocina, sintió una especie de desfase. Era como si, al fijar la vista en algo, en un objeto, la señal tardara un milisegundo de más en llegar a su cerebro para que la procesara.

Lo más parecido a esa sensación lo experimentó la vez que hizo una excursión a las montañas en el cumpleaños de Chloe. Tenía quince años. Le prometió a su madre que los padres de Chloe las acompañarían y que se trataba solo de una noche de chicas divirtiéndose en el bosque.

A su vez, Chloe les dijo a sus padres que iba a pasar la noche de su cumpleaños haciendo una fiesta de pijamas en casa de Riley y que su madre estaría con ellas.

El hermano mayor de Chloe las llevó al bosque, junto con otras dos chicas, y las dejó allí. Solas. Sin chicos. Sin padres. Sin adultos.

Maria llevó alcohol. Stacy se encargó de la marihuana. Riley nunca había fumado eso. Como le dio dos caladas y no sintió nada, se autoconvenció de que tenía una tolerancia muy alta a las drogas (y

también al Jack Daniel's que había llevado Maria), así que le pegó dos caladas más, se bebió tres chupitos y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba colocadísima.

No entendía por qué a la gente le gustaba ir drogada. O borracha. Odiaba esa pérdida de control.

Como en la típica historia de la adolescente que se coloca por primera vez, se pasó toda la noche mirándose las manos e intentando averiguar cómo su cerebro les decía a sus dedos que se movieran. Luego trató de descubrir cómo sus ojos transmitían la información: «Sí, jefe, los dedos se han movido. Repito: los dedos se han movido».

Ese extraño desfase que notó en su cerebro esa noche era similar a lo que sentía en ese momento. Al menos entonces fue porque estaba ida de la cabeza. Pero la sensación actual era producto de un cansancio y de un terror que no podía soportar.

Nunca les había hablado a sus padres de esa noche, de que vomitó y se quedó frita en el bosque. Cuando volvió a casa, puso cara de buena niña y de estar sobria ante su madre. La miró a los ojos y mintió. Le contó muchas historias de los deliciosos perritos con chile y los malvaviscos asados que habían preparado el señor y la señora Robertson para las chicas. «El señor Robertson estuvo tocando la guitarra y todos cantamos *Country Roads* junto al fuego. Estuvimos con las canciones hasta medianoche. Entonces nos pusimos a hablar de chicos y a partirnos de risa hasta las tres de la madrugada, ji, ji. Estoy muerta. Me voy a dormir un rato. Hasta luego».

Siempre se había sentido culpable por esa mentira.

Durante los dos años siguientes, Riley se convenció de que su madre había detectado la mentira y que era un secreto compartido que le ocultaban a su padre. Se imaginó que algún día, cuando Riley tuviera veinte o treinta, bromearían sobre cómo su madre supo enseguida que su hija había vuelto a casa borracha, colocada y con resaca, y que había vomitado en sus zapatos porque fue lo único que encontró a mano. Después se partirían de risa con eso y se sentirían más cómplices que nunca. Un momento de verdadera unión entre madre e hija.

Pero ese momento ya no se iba a producir.

La mentira no podría descubrirse.

Riley dejó que esa afirmación calara en su cerebro. Esperaba que pensar en su dolor sirviera de detonante para que su sistema encajara todo en su lugar. Quería llorar y gritar, que se le llenaran los ojos de lágrimas y que se viera obligada a respirar hondo aunque le doliera. Quería ese duelo.

Pero el aturdimiento amortiguaba sus emociones.

Buen momento para otra taza de café.

Recorrió la cocina intentando moverse con agilidad y en silencio por miedo a despertar a la mujer demoniaca que la había estado persiguiendo. Metió la mano en el bolsillo delantero de su sudadera con capucha. En el interior, los dedos rozaron el mango de un cuchillo de cocina grande.

La noche anterior, tumbada en la cama, sintió la necesidad de contar con algún tipo protección. Así que, tras darle vueltas durante una hora, por fin abrió la puerta de su dormitorio y recorrió el pasillo oscuro hasta la cocina. Cada vez que giraba una esquina, contenía la respiración y sentía que se le tensaban los músculos. Cuando pasaba

por delante de una puerta abierta o de un rincón oscuro desde donde cualquier cosa podía abalanzarse sobre ella, le temblaban las piernas de miedo.

Solo había cincuenta pasos entre su dormitorio y la cocina, tres giros en esquinas sin visibilidad, pero le llevaron diez minutos aterradores.

Cogió un cuchillo del taco de madera, pero no se atrevió a darse la vuelta y regresar por el pasillo a oscuras. Así que sacó un taburete y se sentó en un rincón de la cocina, con el cuchillo en la mano y sin atreverse ni siquiera a parpadear.

Eso había ocurrido ocho horas antes.

Solo se había movido lo justo y necesario para preparar una cafetera. Mientras permaneciera despierta, la mujer no aparecería. Cuando la necesidad de orinar resultó insoportable, en vez de girar esas esquinas sin visibilidad para llegar al baño, cogió un termo que había en la encimera y lo utilizó para eso.

Y allí seguía sentada desde entonces, incluso después de que su padre se despertara, le soltara unas cuantas excusas vacilantes sobre que tenía que ir a trabajar y se fuera de casa.

Riley sabía que tenía que dormir.

Había tenido casi doce horas para pensar y analizar la situación. A pesar de la niebla que envolvía su cerebro a esas alturas, solo podía sacar una conclusión: la mujer no era real.

«¿Verdad?».

Nadie más la veía.

Ninguna otra persona percibía las pruebas de su existencia.

Tenía que estar solo en su cabeza. Sería una manifestación del estrés y la angustia que sentía por la muerte de su madre.

«¿Verdad?».

Tal vez la mujer que gritaba representaba la tensión sin resolver entre su madre y ella. Nunca habían hablado del divorcio. Su madre fue quien recogió sus cosas y se largó. Quien empezó la batalla por la custodia. Quien rompió la familia. Riley intentó ser una buena hija en medio de todo ese proceso, pero quizá albergaba un profundo resentimiento subconsciente hacia su madre.

Podría ser eso.

La mujer del pelo negro representaba su relación con su madre.

«¿Verdad?».

Seguramente un psicólogo le diría lo mismo. Todos los que había visto en la televisión parecían creer que buena parte de los problemas de la gente se debían a asuntos sin resolver con sus padres.

Para Riley era la única explicación lógica. Pero saber que había experimentado una disociación de la realidad en su mente no la ayudaba. Por mucho que intentara imponerse esa lógica, no era capaz de cerrar los ojos en esa casa.

La mujer podría volver.

—Que le den a esta casa —exclamó en voz alta, con la esperanza de que la mujer demoniaca la oyera.

Dejó la taza de café y agarró el cuchillo que llevaba en el bolsillo de la sudadera, preparada para sacarlo y clavárselo a cualquier criatura diabólica que se le plantara delante.

Paso a paso, con precaución, cruzó la cocina. Miró el comedor y fue hasta el salón. Después examinó el pasillo.

No había nada.

Entonces se dispuso a abrir la puerta principal.

Dudó al agarrar el pestillo. Sabía que ese era el momento en que esa maldita desgraciada se iba a abalanzar sobre ella; abriría la puerta y estaría allí, gritándole en la cara y arañándose la piel. La puerta tenía una mirilla, aunque Riley sabía, después de haber visto muchísimas películas de terror, que esa diminuta lente con visión de 180 grados podría proporcionar unas imágenes aterradoras.

Tenía que acabar con eso rápido, como si se quitara una tirita.

Sacó el cuchillo del bolsillo.

Inspiró hondo.

Descorrió el pestillo y abrió la puerta de un tirón.

La luz del sol inundó la habitación. La dejó ciega por un momento y la hizo parpadear. Temiendo que el fantasma se colara entre los puntitos de luz que bailaban en su campo de visión, blandió el cuchillo hacia la claridad mientras esperaba que sus ojos se adaptaran. Y cuando por fin lo hicieron…

Nada.

No había ninguna mujer. Solo una bonita mañana de primavera.

Se permitió volver a respirar con normalidad.

Salió, cerró la puerta y echó a correr por el camino de entrada.

Que le dieran a esa casa.

# 12

Joe acompañó al señor Aguirre al centro de control.

Había dos mesas delante de una gran pantalla de pared en la que se veían las imágenes de las cámaras de seguridad que vigilaban a todas las Antenas. Las tablas y los gráficos con sus indicadores biológicos, que se actualizaban en tiempo real, se desplegaban junto a la docena de vídeos en directo.

Los dos hombres que trabajaban en los terminales situados delante de la pantalla mural se quedaron mirando a Joe y a Aguirre cuando entraron.

—Recordarás a Chuck, nuestro operador de control —dijo Joe a modo de presentación, señalando a un hombre de unos cincuenta años y con sobrepeso que llevaba una camisa hawaiana.

Era de esos individuos que parecían estar allí desde antes de que el edificio existiera. Transmitía una sensación de comodidad y familiaridad que resultaba irritante, pero lo cierto era que Joe no se imaginaba a un joven novato haciendo su trabajo.

Chuck se giró e hizo una mueca.

—Oh, oh. Han venido los jefes —exclamó. Sonrió de oreja a oreja y le lanzó un bolígrafo a su colega, que estaba en la otra mesa, en el otro extremo de la habitación—. ¡Tariq, rápido! ¡Cierra el porno!

El bolígrafo pasó volando cerca de Tariq, un chico de veintitantos que siempre llevaba los polos metidos por dentro del pantalón. Cogió el suyo y se lo tiró a Chuck a la cara. Los dos se echaron a reír.

Joe suspiró.

—Vale ya, chicos.

—Eso, niñato —contestó Chuck—. Que la central no nos quita ojo.

—Bien, porque quiero informar de que mi colega se ha hecho mayor y está perdiendo capacidades —añadió Tariq, mirando a Joe y a Aguirre.

—Y se tira pedos —puntualizó Chuck, levantando una nalga, a punto de soltar uno.

—Chuck, ¿quieres darle buen ejemplo al chico? —pidió Joe.

Chuck se dio cuenta en ese momento de que no estaba de broma. Se levantó y fue hasta el inspector.

—Perdona, Joe. Me alegro de volver a verte, Javi. —Los dos se estrecharon la mano.

—Lo mismo digo.

—El jovenzuelo de ahí es Tariq —dijo Chuck—. Es nuestro experto en química. Un poco arrogante, pero muy bueno en lo que hace. Es lo mejor de lo mejor… de quienes trabajarían por este salario de mierda.

Tariq no pudo evitar sonreír.

—No tiene entrenamiento militar, así que ponlo un poco firme. Seguro que ayuda —sugirió Chuck.

Aguirre se acercó y le estrechó la mano al químico.

—Me alegro de conocerte, Tariq. No quiero distraeros. Solo he venido a ver una sesión de sintonización.

—El mejor espectáculo de la ciudad —comentó Chuck. Se sentó en su mesa y se puso a teclear comandos.

Joe llevó al inspector hasta una plataforma elevada situada al fondo de la habitación. Había una mesa con aperitivos, una mininevera y varias butacas reclinables de piel que miraban hacia la pantalla principal. Se había diseñado con todas las comodidades y los lujos de un cine; era el lugar desde el que todos los vips que pasaban por la Planta podían ver tranquilamente una sesión de sintonización. Joe había aprendido, tras años de experiencia, que cuanto más cómodo y atendido estuviera un vip, menos interfería en las operaciones.

El señor Aguirre se arrellanó en una de las butacas reclinables, elevó los pies y volvió a enfrascarse en el contenido de su tableta.

—¿Quién es nuestro afortunado voluntario? —preguntó Chuck.

—La Antena 201 —informó Joe.

—Los mejores nunca descansan, ¿eh? —dijo Chuck y volvió a escribir en su teclado.

En la pantalla principal apareció una imagen de Bishop.

—¿Para cuántos casos se ha utilizado a la Antena 201? —quiso saber Aguirre, que levantó la vista hacia la enorme pantalla.

—Tengo que comprobarlo —contestó Chuck antes de abrir unos archivos en su monitor—. Pero son muchos.

Joe carraspeó.

—Cuando hacen falta interceptaciones urgentes o de perfil alto, esta es la Antena en la que más confiamos. Se sintoniza más rápido y sus interceptaciones son más limpias. Tiene más detalle. Las valoraciones de los resultados de la Antena 201 son mejores.

—Bishop tiene setenta y una sintonizaciones —informó Chuck.

—¿Y la siguiente? —siguió preguntando Aguirre.

—Ferro… Veintitrés.

Joe hizo una mueca. No se había dado cuenta de que esas cifras estaban tan descompensadas. Miró la cara del inspector en busca de algún gesto de desaprobación, pero él no había dejado de mirar la imagen y parecía estar procesando esa información.

—Según vuestra opinión, ¿la Antena 201 es más potente que las demás? —continuó.

—Es una especie de ciclo de retroalimentación —intervino Joe—. Cuanto más las sintonizamos, mejor se les da y más rápidas y potentes se vuelven. La 201 es la mejor y por eso la usamos más que a ninguna otra. Y, como la usamos más, también se ha convertido en la mejor.

—Los ricos que se hacen más ricos —confirmó Aguirre con un asentimiento.

—Supongo que se puede decir así. —Joe no apartó los ojos del visitante, intentando evaluar su reacción—. ¿Quieres que usemos a otra Antena? ¿Para aumentar su tasa de uso?

—Al contrario. Prefiero llevar un poco más allá a la líder de la carrera. Vamos a ver qué nos da la Antena 201.

—Bishop, pues —dijo Chuck e introdujo los comandos correspondientes.

Joe carraspeó.

—Utilicemos los identificadores oficiales, por favor.

—Perdón. Preparando la sesión de sintonización de la Antena 201. Cargando estimulantes del caso 10598.

Joe dirigió la vista a la imagen de Bishop en la pantalla.

Ella parecía estar mirando directamente a la cámara. La mano enguantada, que antes caía inmóvil a un costado, cobró vida de repente. Se puso a arañarse la cara con furia. Abrió la boca y soltó un grito agudo que resonó en los altavoces del centro de control.

Chuck apagó el audio sin interrumpir su ritmo de trabajo.

La veían gritar en la pantalla, pero dejaron de oírla.

Joe la observó mientras aullaba e intentaba clavarse las uñas en la cara. En la parte inferior de la pantalla se veían imágenes de otras zonas de la Planta. Los empleados empujaban carritos médicos y equipos de audio o de imagen por el pasillo del nivel dos. Formaron equipos pequeños para meter los aparatos en la cámara de sellado que daba a la celda de Bishop.

Los primeros en entrar fueron varios celadores. Llevaban correas y una silla de ruedas. Cuando accedieron a la cámara, se pusieron las máscaras y esperaron a que se presurizara.

En una de las imágenes, divisó a Hannah y su equipo médico en el pasillo, a la espera de que les llegara el turno de entrar y empezar su parte del proceso.

Joe se puso de pie.

—Discúlpame. Voy a bajar al nivel dos para supervisar los preparativos. Hay agua y refrescos en esa nevera, por si tienes sed. Y, si te apetece algo de comer, tienes aperitivos en el armario. Vuelvo enseguida.

—Tranquilo —contestó Aguirre. No estaba prestando atención a los preparativos, sino que había vuelto a centrarse en su tableta.

Joe fue hasta la puerta, pero se detuvo un momento a observar la pantalla mural.

En la imagen principal se veía a un grupo de celadores, todos con máscara de gas, que entraban en la celda de Bishop. Se quedó mirándola mientras contenía la respiración. Buscaba alguna señal de resistencia por parte de la Antena. O de lucha. Algo que indicara que era consciente de su presencia.

En una maniobra grupal coordinada, los celadores la rodearon y la agarraron con decisión por los brazos y las piernas. Ella se retorció y se meció de lado a lado, como era habitual. A Joe ninguno de sus movimientos le pareció amenazante.

Levantaron a Bishop con mucho cuidado —era tan pequeña y frágil que pudieron alzarla del suelo acolchado sin demasiado esfuerzo— y la sentaron en la silla de ruedas. Mientras dos celadores sujetaban a la Antena, los demás le pusieron las correas de retención para dejarla bien amarrada por los tobillos y las muñecas. Enseguida quedó asegurada en la silla sin mayor problema. Y, por la manera en que los ojos no dejaban de dar vueltas, los músculos mantenían los espasmos involuntarios y la cabeza se movía de un lado a otro, fue como si no hubiera notado que la habían movido.

Joe asintió; todo, tanto lo que ocurría en el centro de control como lo que veía en los monitores, parecía ir como la seda. Una sesión de sintonización perfecta. Abrió la puerta y abandonó la sala.

Salió del ascensor en el nivel dos.

En el pasillo se notaba un ambiente de actividad profesional tranquila.

Los técnicos y los médicos se movían en una especie de delicado baile bien ensayado para realizar sus respectivas tareas. Algunos

empleados saludaron a Joe con un gesto de la cabeza, pero, en general, siguieron con su trabajo como si nada.

Como supervisor, Joe se enorgullecía de que, cuando se acercaba a sus trabajadores mientras realizaban sus tareas, su presencia los tranquilizaba, no los ponía nerviosos. Ellos respetaban su forma sutil de dirigir. Le había costado años, pero creía que había logrado perfeccionar su carisma como líder. Nunca autoritario, pero tampoco demasiado relajado.

Era la misma estrategia que hacía falta para ser un buen padre. Mostrarse cariñoso, pero firme. Poner normas sensatas y luego explicarlas con claridad y hacerlas cumplir. Eso lo había leído en un libro sobre crianza cuando Kate estaba embarazada de Riley, cuando todavía vivían en una casa alquilada muy modesta en un barrio a las afueras de Washington D. C.

En aquella época, Joe trabajaba como ejecutivo de cuentas en una empresa que supervisaba la construcción de la Planta. Siempre supuso que su cliente era el Gobierno o el Ejército, pero el papeleo pasaba por tantos niveles de aprobación y era tan opaco que era imposible saberlo con certeza. En cualquier caso, fue entonces cuando vio la oportunidad de brindar a su familia una vida más estable.

Se dedicó de lleno a sus obligaciones de supervisar la construcción y seleccionar al personal de la Planta. Trabajaba muchas horas y también la mayoría de los fines de semana. No quería que su familia, que estaba a punto de aumentar, tuviera que seguirlo de trabajo en trabajo por todo el mundo, así que les dejó caer a sus superiores que le gustaría un puesto de oficina más estable.

Estaba decidido a impresionarlos.

Le dieron unos cuantos días libres cuando nació Riley, por supuesto, pero no hubo más descanso. Se perdió la mayor parte de los primeros meses de su hija. Hubo una vez, muy al principio, en que volvió a casa y la niña se echó a llorar porque no reconocía a ese hombre extraño que había llegado.

Pero todo ese esfuerzo tuvo su recompensa.

Cuando por fin abrieron las puertas y se encendieron las luces, todo el mundo en la Compañía entendió que nadie conocía la Planta de arriba abajo como Joe Gerhard. Todos los cables, las tuberías y los tubos. Cuando llegó el momento de la elección definitiva del personal, corrió un gran riesgo. Fue a hablar directamente con Javier Aguirre durante la inspección final y le dijo que, si no le daba el puesto de supervisor, se iría a trabajar a otra parte.

Los de arriba cedieron.

Le concedieron un despacho, una mesa y un sueldo que introdujo a su familia en la clase alta de su tranquila comunidad de Virginia Occidental.

Por desgracia, el volumen de trabajo no se redujo. Siempre había algo que instalar o algún fuego que apagar. No estuvo presente durante gran parte de la infancia de Riley y nunca pudo poner a prueba todas esas cosas que había leído en los libros de crianza. Pero se convenció de que todo lo que había aprendido le había servido en su trabajo. Coordinar una operación como esa no era muy diferente de cuidar a un grupo de niños. Fueran menores o adultos, las personas siempre se comportaban como tales. Serían descuidadas si se lo permitías, se portarían mal si les dabas la oportunidad y te echarían la culpa a ti si podían.

En ese preciso momento en que Joe observaba a su equipo organizando una sesión de sintonización, se sintió orgulloso de ser el «padre» de ese lugar tan peculiar. Sus «hijos» se habían convertido en personas responsables y trabajadoras.

Se apartó del centro de la actividad y prestó atención a un grupo de médicos que sujetaban la cabeza de Bishop a la silla y le colocaban los sensores en las sienes.

Un equipo de técnicos llevó varios monitores. Otros colocaron cámaras y micrófonos apuntando a la cara de la Antena, aunque intentaban mantenerlos lo más alejados posible de su campo de visión.

Joe calculó que quedaba otra media hora para que pudieran empezar. Tiempo más que suficiente para hablar con Hannah.

Ella estaba junto a la ventana de inspección de la celda de Bishop, supervisando a su equipo.

Él se acercó y se quedó a su lado.

Hannah lo miró.

—¿Qué tal todo con Aguirre?

—Bien. ¿Algo de lo que informar aquí abajo?

—Solo que es una muy mala idea sintonizar a Bishop otra vez tan poco tiempo después de lo que ha pasado. Pero no soy más que su médico, ¿qué demonios sabré yo?

—Tomo nota.

—¿Ah, sí? Porque, si hace falta, estoy dispuesta a hacer una representación con marionetas hechas con calcetines para que lo entendáis. Joder, acaba de matar a un hombre.

—Aguirre ha pedido específicamente que sea ella.

—¿Y por qué narices?

—Porque es la mejor.

—La estamos presionando demasiado. No me gusta.

Joe asintió.

—Cuando pasemos esta inspección, la sacaremos de la rotación. Solo necesita darnos una última tanda de buenas interceptaciones para que Aguirre se vaya de aquí contento.

Hannah apretó los labios y entornó los ojos. Joe había aprendido que esa expresión significaba: «Me gustaría decir algo más sobre este asunto, pero me voy a morder la lengua porque eres el jefe».

Él no quiso darle más vueltas.

Miró a los otros empleados. No había nadie cerca para oírlos. Entonces preguntó en voz baja:

—¿Podemos hablar?

Hannah no dejó de mirar hacia adelante, al cristal.

—Claro, ¿qué pasa? —El tono de su voz era más amable. Pareció notar que Joe quería mantener una conversación privada.

—Creo que Riley está viendo cosas —soltó.

Hannah se giró para mirarlo.

—¿Alucinaciones?

Joe asintió.

—¿Muy claras? —preguntó la doctora.

—Bastante.

—Ayer fue un día terriblemente traumático. Las pesadillas y la dificultad para concentrarse son consecuencias del todo normales. Seguro que le pueden recetar algo para dormir.

—Las ve cuando está despierta.

—¿Las alucinaciones?

Él asintió de nuevo.

—Espera, espera. Vamos a hablar claro —interrumpió Hannah—. ¿Riley ve algo que no está ahí cuando está totalmente despierta y consciente?

—Sí.

—¿Y qué es lo que ve?

—A una mujer.

—¿Y?

—No sé. La mujer la mira. Le grita. Y se araña la cara.

—¿La suya, no la de Riley?

—No…, no sé. La suya, supongo.

—Joder, Joe.

—Estaba tan segura de que era real que anoche me hizo llamar para pedir una revisión de seguridad de la casa. El equipo no encontró nada, ni yo. Y tampoco he visto nada en las imágenes de las cámaras.

Hannah apartó la vista y tardó un momento en repasar mentalmente los posibles diagnósticos.

—No suena bien —contestó por fin.

—Podría ser que tuviera alucinaciones relacionadas con su madre, ¿no? Como has dicho, le ha ocurrido algo muy estresante. Eso tiene que hacer estragos en la mente de una niña, ¿verdad?

—Aunque fueran provocadas por el estrés, tu hija tiene que ir a ver a un médico.

—Tú eres médica —dejó caer Joe. Se inclinó un poco hacia ella y la miró a los ojos.

—Joe…

—La conoces. Y tienes formación en psicoanálisis. Solo te pido que hables con ella y me des tu opinión profesional.

La doctora cruzó los brazos.

—Podría ser estrés, depresión, drogas…

—Riley no…

—Eso no lo sabes. No sabes nada de nada. Por eso necesitas encontrarle un médico independiente que evalúe su estado mental y psicológico. Porque, si está teniendo una crisis psiquiátrica, necesita ayuda profesional y terapia. Puede que incluso medicación.

Joe apartó la mirada y fijó la vista en el suelo. Hundió los anchos hombros y sintió que las rodillas cedían un poco, como si acabaran de colocarle un peso gigante sobre el cuerpo.

—Si seguimos los canales oficiales y esto queda registrado en su historia clínica… —Tragó saliva con dificultad y continuó—: La considerarán un riesgo.

Hannah se puso muy seria. Asintió con un leve gesto de cabeza que indicaba que entendía perfectamente las implicaciones.

Los dos se miraron de nuevo.

—Te preocupa algo más, ¿verdad? —preguntó Hannah.

Joe inspiró hondo.

—La mujer que ve… Es que… no estoy seguro de que sea Kate.

—Continúa.

—Dice que lleva algo blanco, como una bata de hospital. Es una descripción muy vaga, podría significar muchas cosas, pero cuando Riley era pequeña… —Se frotó la cara con la mano, porque no quería decir en voz alta lo que pensaba—. Cuando era pequeña, me llevaba mucho trabajo a casa. La dejaba en un rincón, jugando sola, mientras yo revisaba vídeos, interceptaciones y cualquier otra cosa.

—Dios, Joe.

—Era un mal padre.

—Sí, joder, sí que lo eras.

—Pero es posible que ella, a una edad muy temprana, viera algunas de las cosas que hacemos aquí. Tal vez se quedaron en alguna parte de su mente. Y ahora, con todo lo que ha pasado con su madre, todo eso… puede… que haya desenterrado ese recuerdo de donde quiera que estuviera y… que lo esté utilizando. ¿Eso puede ocurrir?

—Supongo que sí. Hay un montón de cosas raras que son posibles.

—¿Lo ves? Si Riley está teniendo una crisis psiquiátrica y sacando a la luz recuerdos de mi trabajo, cuando yo ni siquiera debería habérmelo llevado a casa… No sé…, no tengo ni idea de cómo reaccionarán en la central. Pero dudo que de ahí salga algo bueno. —Suspiró—. Haré lo que haga falta por Riley, pero quiero tu opinión. Si la llevo a un hospital, las cosas pueden ponerse muy feas enseguida. Solo quiero estar seguro de que es necesario antes de que Aguirre u otro se entere. Tú eres médica y mi amiga. Dime con sinceridad: ¿crees que es consecuencia del duelo?

Hannah se pasó una mano por el pelo.

—Es probable que lo sea. La gente lo gestiona de muchas maneras, sobre todo durante la adolescencia, cuando no se tiene mucha experiencia con ese sentimiento. No sé qué quieres que te diga. No puedes contarme una ristra de síntomas de alucinaciones y esperar que te dé todas las respuestas posibles sobre el tema.

—¿Podrías hablar con ella? ¿Por favor?

—¿En serio?

—Ven a casa esta noche. Si crees que es grave, entonces… —Se quedó callado un momento—. Haré lo que sea necesario.

Hannah suspiró.

—Vale.

—Eres la mejor, Hannah.

—Cierto.

Tras decir eso, ella centró toda su atención en la ventana de inspección. En el interior, Bishop ya estaba conectada al sistema de diagnóstico. Cables y tubos la unían a escáneres, sensores y goteros intravenosos. Tenía la cabeza sujeta al reposacabezas que sobresalía del respaldo de su silla.

Hannah y Joe observaron cómo dos médicos le levantaban los párpados y le colocaban ganchos para mantenerlos abiertos. Uno de los doctores le echó unas gotas. Así, los ojos de Bishop parecían más desorbitados que nunca. No paraban de girar, como buscando; siempre buscando, pero sin fijarse en nada.

Joe la miró. Se oyó el pitido de su *walkie-talkie*.

—Aquí Gerhard —contestó.

Oyó la voz de Chuck al otro lado.

—Preparativos completados. Listos para la sintonización.

—Voy para allá —respondió Joe.

Le dio una palmadita cariñosa en la espalda a Hannah y se dio la vuelta para dirigirse al ascensor. Antes de marcharse, echó un último vistazo por la ventana de inspección.

Los ojos de Bishop se habían detenido y miraban hacia delante, como si estuvieran fijos en algo.

Estaban fijos en Joe.

Él sintió un escalofrío.

Lo ignoró y se fue al ascensor.

# 13

Riley siguió adelante con dificultad.

Cuando salió, no era del todo consciente de lo lejos del pueblo que estaba la casa de su padre. Lo que era un trayecto de diez minutos en coche resultó ser, en realidad, una caminata de varios kilómetros por un sendero de gravilla. Y, al llegar al final, tuvo que continuar por una autopista de dos carriles con un arcén tan estrecho que apenas cabía.

La mañana era fresca y soleada. Hacía un día precioso. Los pájaros cantaban y revoloteaban a sus anchas, como si vivieran en un dibujo animado. Normalmente a Riley le habría encantado dar un paseo como ese, con un tiempo lo bastante fresco para no sudar y lo bastante soleado para remangarse e intentar quitarse las marcas de bronceado que le dejaban las mangas de la camiseta de sóftbol.

Si fuera un día normal, tal vez iría corriendo. Y su padre le habría soltado un sermón sobre tener cuidado con los coches y se habría asegurado de que entendía que un peatón siempre debía caminar de cara al tráfico y nunca de espaldas a él. Preocupado, se habría ofrecido a llevarla al pueblo en coche para que hiciera ejercicio en el parque. Ella habría rechazado la oferta y le habría hablado de su edad y de su independencia. Y habría ganado la discusión. Aunque

su padre iba de duro, un poco de resistencia por parte de su niñita y cedía enseguida. Cualquier cosa con tal de evitar el conflicto directo.

Normalmente le gustaba estar al aire libre, pero ese día le estaba costando la caminata.

Las piernas le pesaban como plomos y parecían disociadas de su cuerpo, como si fueran piezas de una marioneta y solo pudiera moverlas tirando de una cuerda. Un pie torpe y vacilante y luego el otro. Cada paso se convertía en una decisión consciente de su cerebro, que ordenaba a las piernas que se movieran.

Todos sus sentidos estaban envueltos en una extraña niebla. Le recordaba a la vez en que, en el colegio, se tomó unas pastillas para la alergia sin darse cuenta de que eran para la noche. Durante el resto del día tuvo que luchar contra la somnolencia; era como si alguien le hubiera desenfocado los ojos y le hubiera metido un embudo en los oídos. Todo estaba raro y distorsionado. Igual que ese día.

Estaba agotada. Y no le habría sorprendido saber que también tenía hambre y estaba deshidratada. Pero, a pesar de toda la energía mental que necesitaba para seguir adelante, un kilómetro tras otro, en ningún momento pensó en dar la vuelta y volver a esa maldita casa.

Cuando llegó a la curva cerrada de la carretera, Riley redujo el paso y se asomó, porque esperaba encontrarse con la mujer enfadada que gritaba y sangraba. No vio nada.

Continuó sin parar de examinarlo todo. Los enormes árboles que había junto a la carretera eran el escondite perfecto para esa mujer. ¿Estaría detrás de alguno, a punto de saltar?

Riley oyó un ruido.

Miró hacia el lugar de donde provenía el sonido, cerca de un gran sicomoro. Sus pies se detuvieron y se le tensó todo el cuerpo. No podía apartar la vista de ese árbol. Tenía las ramas muy gruesas y hojas de color morado que llegaban muy cerca del suelo y no dejaban ver su grueso tronco. Seguro que la mujer estaba escondida detrás. E iba a aparecer de repente. En cualquier momento.

Riley se quedó varios minutos allí, parada en la carretera, mirando el árbol. Se le nubló la vista. Enseguida el concepto y la forma de los árboles dejaron de tener sentido en su mente. Se concentró y oyó un ruido detrás de ella. Tal vez la mujer estaba ahí, en la carretera, siguiéndola. Acechándola. Vigilándola. A plena vista. ¡Justo detrás de ella!

Notó un sudor frío en la frente y en la nuca. Consiguió apartar la vista del árbol y se giró bruscamente…

La carretera estaba vacía. Solo había unas cuantas hojas secas bailoteando a merced del viento sobre el asfalto oscuro.

De nuevo se quedó petrificada donde estaba. Mirando.

Esperando.

La mujer no apareció.

Inspiró hondo y se obligó a mover las piernas. Giró la curva y continuó. La carretera desde ahí iba cuesta abajo. Siguió caminando como en un trance. Al rato, los árboles, que formaban un denso muro verde a ambos lados de la carretera, empezaron a espaciarse y se abrieron algunos claros.

Ya estaba cerca del pueblo.

Al poco rato, pasaba por delante de la entrada de las casas.

Cuanto más se acercaba a la civilización, más se desvanecían los miedos de Riley hacia esa mujer que, al parecer, siempre lograba

permanecer fuera de su campo de visión. Cuanta más luz había y más cerca estaba de la gente, menos preocupada se sentía.

Al lado de la carretera había tiendas. También restaurantes. Y un cine.

En cierto momento apareció una acera bajo sus pies. Solo notó su presencia agradable cuando se dio cuenta de que ya no sentía el miedo acuciante a tropezarse y acabar atropellada por un coche.

Miró alrededor y contempló a toda esa gente normal que seguía con su vida cotidiana.

Dos madres recientes, que llevaban a sus bebés en cochecitos, salieron de una cafetería riéndose a carcajadas.

Un coche de policía pasó despacio, patrullando la calle tranquila. No había que ir a ninguna parte, no había nada que hacer.

El mundo era un lugar seguro.

Riley notó que se le relajaban el cuello y los hombros. La tensión fue abandonándola en oleadas. Se dio cuenta de que el estrés y la adrenalina eran lo único que mantenía su cuerpo en modo de alerta; una vez desaparecidos, los sustituyó un profundo agotamiento.

Se le cerraban los párpados y tenía la mente aturdida. Los pies cada vez le pesaban más, como si alguien le estuviera echando hormigón en el cuerpo y empezara a llenarle los zapatos para después apoderarse de sus piernas. Cada paso requería más esfuerzo que el anterior.

A pesar de que no había visto el cadáver de su madre, la vaga descripción que le habían hecho a Riley del suicidio no dejaba de alimentar su imaginación. Vio mentalmente la imagen de su madre muerta en el porche delantero, con los sesos salpicando el revestimiento amarillo desvaído.

La apartó enseguida. Necesitaba dormir. Ya pensaría en su madre después.

La acera discurría junto a un muro bajo de piedra que rodeaba un campo de hierba bien cortada. Era un parque público. En un extremo había una zona de juegos y otra de pícnic, junto a la biblioteca pública. Le llegaron a los oídos las risas y los gritos de los niños que jugaban al escondite.

—¡Las virutas de madera son lava! —gritó uno de los críos, que saltó desde el tobogán para colgarse de las barras.

Como si flotara sobre sus pies, Riley salió de la acera y pasó por encima del muro de piedra de unos sesenta centímetros de altura que rodeaba el parque. Fue directa al centro del césped. Era una zona grande y abierta. No había muchos sitios donde pudieran esconderse los fantasmas o los demonios.

Se tumbó en la hierba. Se hizo una bola y se tapó los ojos para bloquear los rayos calientes del sol de media mañana.

Se sintió segura allí.

Estaba exhausta.

Se le cerraron los ojos y su mente se desconectó de inmediato para dejarse llevar por el sopor. En el fugaz momento entre el sueño y la vigilia, ese que llevaba temiendo todo el día, nada horrible se coló en su mente. Solo los recuerdos bonitos de su madre. Las dos riéndose mientras cenaban. Ellas viendo juntas *Saturday Night Live*. Pasando por el Burger King de camino a casa, después del entrenamiento de sóftbol.

Momentos bonitos.

Felices.

Riley sonrió mientras se dormía, segura de que su mente era la que había creado esas visiones aterradoras de la mujer.

No podían ser reales.

Los monstruos de ese tipo nunca lo eran.

# 14

Joe y el señor Aguirre estaban el uno junto al otro, mirando la pantalla mural desde la plataforma del centro de control.

Chuck y Tariq trabajaban en sus respectivos terminales.

Hannah entró y se sentó frente a un ordenador que había en una esquina.

—Conectando en cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno… —anunció Chuck, que pulsó varios controles.

Se activaron varias pantallas grandes que mostraban actualizaciones en tiempo real de las constantes vitales de Bishop, como la frecuencia cardiaca y la respiratoria, la temperatura interna e incluso un electroencefalograma que producía una gráfica de la actividad eléctrica de su cerebro. Un montón de datos que Joe no podía mirar. Se preguntó si alguno de los empleados lo hacía.

Los indicadores biológicos aparecían en los márgenes de la imagen. En el centro, un primer plano de casi dos metros de la cara pálida y demacrada de Bishop. Los ojos, que se mantenían abiertos con unos ganchos que parecían un instrumento de tortura medieval, miraban, a través de la pantalla, al mismísimo centro de control.

Por el rabillo del ojo, Joe vio a Aguirre cambiar el peso de un pie a otro, incómodo. Apartó la vista y fue pasando ventanas en su tableta; era evidente que no estaba haciendo nada en concreto, que

solo necesitaba algo que mirar, lo que fuera menos esos ojos horrendos y aumentados por la enorme pantalla.

—Vídeo conectado —anunció Chuck—. Audio conectado. El sistema está grabando. Los inputs de estimulación están en espera. Control está listo para iniciar la sintonización de la Antena 201. Caso 10598.

Joe asintió.

—¿Directora médica?

—Sintonización de la Antena 201 aprobada por el equipo médico —dijo Hannah.

—¿Equipo de química?

Tariq revisó sus pantallas.

—Sintonización de la Antena 201 aprobada por el equipo de química.

Joe cogió su *walkie-talkie*.

—Aquí Joe Gerhard, supervisor de la Planta. Voy a iniciar la sesión de sintonización de la Antena 201, caso 10598. —Miró a Tariq—. Equipo de química, adelante.

—Sí, señor. Aumentando la percepción sensorial en un cinco por ciento.

Tariq ajustó los controles de su tablero.

Todos los que estaban en el centro de control observaron atentamente la cara de Bishop.

—¿Cuánto se suele tardar con esta Antena? —preguntó el señor Aguirre.

—Se ajusta más rápido que cualquier otra. Solo hace falta que respire unas cuantas veces para introducir el gas nervioso en su organismo —explicó Hannah—. Ya está aumentando su frecuencia

cardiaca y su cuerpo empieza a recuperar la sensación en las extremidades.

—Cinco por ciento alcanzado —anunció Tariq.

—Pasad al diez por ciento —ordenó Joe.

Tariq ajustó sus controles. En la pantalla vieron claramente cómo se aceleraba la respiración de Bishop. La línea que indicaba su frecuencia cardiaca también aumentó de velocidad. ¡Piii, piii, piii! Los ojos, que normalmente tenía hundidos, parecían a punto de salírsele de las cuencas, como si empezaran a detectar algunas luces lejanas.

—Empezad la estimulación —continuó Joe.

Chuck tecleó unos comandos.

Nadie apartó la vista de las pantallas. Una de las cámaras estaba detrás del hombro de Bishop y les mostraba a todos en el centro de control una imagen de lo que ella veía. Delante de sus ojos había un monitor curvo que cubría todo su campo de visión. Estaba oscuro, pero de pronto se iluminó y apareció la imagen de un hombre.

Tendría cuarenta y tantos. No se apreciaba ningún rasgo físico destacable: estatura media, constitución media, apariencia común. La fotografía era una imagen espontánea, como si la hubiera tomado con un teleobjetivo un paparazi… o un espía.

En la instantánea llevaba una camisa blanca de corte impecable. Con la sonrisa perfecta y el pelo muy bien peinado, sin duda parecía una persona adinerada.

La imagen se quedó en la pantalla durante un momento de silencio.

A continuación, se oyó la voz grabada de una mujer por los altavoces. Era tan fuerte y clara que Bishop se encogió un poco en su silla. Solo dijo: «Victor Aminov». El nombre se quedó en el aire

un segundo, para que las últimas ondas sonoras resonaran en los oídos de la Antena. Cuando pasó ese tiempo, la voz repitió: «Victor Aminov».

Apareció un mosaico de imágenes en la pantalla que Bishop tenía delante, todas del hombre que Joe asumió que era Victor Aminov.

Fotos de bebé.

Del anuario del instituto.

Del ejército ucraniano.

Fotos de satélites espía.

De sus casas. De sus coches. De él con sus amigos. Y con su familia.

Todas pasaron por el centro de la pantalla, cada una precedida por una ráfaga de luz blanca. La imagen se ampliaba y ocupaba la pantalla un instante, antes de volver a su posición en el fondo creciente compuesto por las demás imágenes. Todo pasó en poco tiempo. Muy rápido. Era imposible para cualquier ojo seguir ese ritmo y centrarse en una sola imagen. Las fotos se movían y deslizaban por la pantalla a una velocidad endemoniada. Los movimientos no presentaban un patrón integrador reconocible. Nada que permitiera al ojo y a la mente relajarse. Era un baile complejo y caótico de imágenes.

Algunas pasaban despacio, mientras que otras lo hacían como una exhalación.

Unas se movían por la pantalla. Otras permanecían inmóviles.

Las había que parpadeaban y soltaban destellos de luz. Y también que se quedaban fijas en un sencillo marco negro.

Cada vez que hacían una de esas sesiones, Joe acababa con dolor de cabeza y náuseas. Hannah le recomendó una vez no mirar la

pantalla, pero era imposible. La organización de las imágenes estaba especialmente diseñada para atrapar la mirada humana y saturarla hasta que la persona no podía prestar atención a nada más que la avalancha de ruido visual.

Y entonces llegó el ruido de verdad.

La voz grabada de la mujer se puso a repetir el nombre: «Victor Aminov… Victor Aminov… Victor Aminov…». A veces lo leía a alta frecuencia y otras a baja. En ocasiones estaba acelerado y sonaba como una ardillita diciendo cosas ininteligibles, y en otras iba muy ralentizado, arrastrando las palabras. Los archivos de audio que repetían el mismo nombre se solapaban para formar un muro de sonido.

Joe miró al señor Aguirre. El inspector se estaba frotando los ojos y se tambaleaba un poco. Incluso en la penumbra del centro de control, Joe se dio cuenta de que estaba pálido y de que la piel se le estaba poniendo de un tono entre el verde y el amarillo. Era un aspecto físico que Joe conocía bien.

—Siéntate —le aconsejó— y mira al suelo un momento para volver a centrarte.

—Estoy bien, estoy bien —aseguró el señor Aguirre, que agitó la mano para que Joe lo dejara en paz.

Pero él vio que al supervisor se le tensaba la garganta, seguramente al intentar frenar la bilis y el vómito, como si estuviera en alta mar.

—¿Quieres que bajemos el volumen que tenemos aquí? —propuso Joe.

—No, no, no. No necesito ningún trato especial. Continuad, por favor.

Joe se encogió de hombros.

—Tú mandas. Tariq, sube al treinta por ciento.

El químico tocó varios controles.

En la pantalla principal, vieron que Bishop parecía darse cuenta de que algo estaba ocurriendo. Intentó girar la cabeza, pero las correas se lo impidieron. Su cara, que ya empezaba a cubrirse de sudor, se arrugó cuando intentó cerrar los ojos, pero los ganchos se lo impidieron. El cuello y los hombros temblaron; no tenían objetivo ni propósito, pero reaccionaban ante la incomodidad.

Entonces abrió la boca y un gemido grave salió de su garganta. Una sola nota continua de dolor.

—Está haciendo ruido —informó Chuck.

El gemido de Bishop bloqueaba parte del sonido de los altavoces.

Joe asintió.

—Aumenta el volumen para compensar.

Cuando el gemido de la Antena aumentó de intensidad, el volumen del nombre que se repetía («Victor Aminov») también subió. Enseguida ahogó la expresión de dolor de Bishop.

—Aumentad la estimulación —ordenó Joe.

Una voz sonó por los altavoces. Era de un hombre que hablaba en un idioma que Joe asumió que era ucraniano. La voz trataba con total tranquilidad lo que tal vez fuera una transacción empresarial. Otras conversaciones con la misma voz se solaparon entre sí; todas parecían grabadas a partir de llamadas de teléfonos intervenidos.

Al mismo tiempo surgieron más imágenes en la pantalla. Mapas. Documentos. La firma de Victor Aminov. La historia clínica de ese hombre. Las notas del instituto.

El ruido y las imágenes se mezclaron.

Y cada vez iban más y más rápido.

Los brazos de Bishop tiraron de las correas. Abrió la boca de par en par. El gemido suave y grave se transformó en un agudo grito de dolor. Abrió la mandíbula todo lo que pudo, tensando la piel de las mejillas, como si pudiera agrandarla aún más para que ese horrible grito escapara de su cuerpo y, tal vez, se llevase consigo parte del dolor.

—¿Cuánto siente, Tariq? —preguntó Joe con una voz que se esforzó por que sonara serena y distante.

—Está más o menos en el veinticinco por ciento.

—Continúa.

Veinticinco por ciento.

Con toda la estimulación que había a su alrededor, su sistema nervioso solo estaba procesando el veinticinco por ciento. Alguien que cobraba un sueldo mayor que el suyo había asignado porcentajes al sistema sensorial humano, pero él nunca entendió del todo qué significaban.

Intentó imaginarse cómo debía de ser eso. ¿Cómo sería tener solo el veinticinco por ciento de la visión? Cuando Bishop miraba la pantalla, ¿era un fogonazo difuso de luces que parpadeaban y se movían? ¿Y las ondas sonoras que se colaban en sus oídos estaban amortiguadas, como si estuviera oyendo bajo el agua?

¿Y su piel? ¿Cómo era sentir el veinticinco por ciento de la textura y de la presión de esas correas que la ataban a la silla?

La forma en que siempre gritaba en esa fase le decía a Joe que, aunque solo procesaba un cuarto de la estimulación, la experimentaba con un nivel de intensidad que él nunca podría entender.

Sabía que, si tenía las piernas cruzadas durante mucho tiempo, se le dormía un pie. Era algo normal. El nervio aprisionado ya no podía enviar señales al cerebro. Aunque los nervios se desconectaran, seguían transmitiendo mensajes. Cuando volvían a reconectarse, todas las señales acumuladas salían al mismo tiempo y sobrepasaban al cerebro, provocando la sensación de dolor y hormigueo en el pie dormido. Incómodo, sí, pero nada comparado, por supuesto, con el nivel de dolor que experimentaban las Antenas.

—Ha alcanzado el treinta por ciento —anunció Tariq.

Joe odiaba esa parte. Podía identificar el porcentaje de aumento de la sensación por la intensificación de los gritos y las contorsiones de las Antenas. No había nada que limitara sus chillidos. Todas se lesionaban las cuerdas vocales en sus primeras sintonizaciones.

En ese momento, se dio cuenta de que el señor Aguirre ya no miraba al suelo. Estaba muy erguido e inclinado hacia delante, conteniendo la respiración y totalmente hipnotizado por la criatura que gritaba y se revolvía en la pantalla principal.

—El electroencefalograma está disparado —informó Hannah—. La frecuencia cardiaca se ha acelerado por encima de los niveles aceptables. No va a poder subir mucho más.

—He dicho que continuéis —insistió el señor Aguirre con una sonrisita intrigada en la cara, como un científico extasiado por la belleza de su trabajo.

—Está sufriendo un dolor increíble —repuso Hannah mientras se giraba en su asiento.

—Ya da igual que experimente un poco más.

—Joe. —Hannah miró al supervisor.

Él suspiró.

—Continuad —confirmó.

—Treinta y un por ciento —cantó Tariq con la voz temblorosa.

Hacía rato que Chuck había apartado la atención de la pantalla. Estaba concentrado en su mesa; miraba su monitor e iba haciendo clic con el ratón en acciones que Joe sabía que no tenían utilidad.

—Treinta y dos… Treinta y tres… Treinta y cuatro… —Tariq tuvo que subir la voz para que se lo oyera por encima de los gritos.

Bishop tenía todos los músculos tensos y tiraba con todas sus fuerzas de las correas. Sus gritos se volvieron roncos y débiles, pero imprimía cada vez más fuerza en ellos, lo que producía chillidos graves y antinaturales.

—¿Ha llegado alguien alguna vez al cincuenta por ciento? —preguntó el señor Aguirre con una curiosidad distante—. Dios mío, ¿os imagináis lo que podríamos obtener si pudiéramos subir hasta el cien por cien?

Antes de que Joe pudiera contestar, en la boca de Bishop se formó una sonrisa malvada. Dejó escapar un sonido que él nunca había oído antes. No era el habitual aullido de dolor, ese intento animal de que la mente dejara de centrarse en lo que soportaban las terminaciones nerviosas desbordadas. No, ese grito estaba focalizado. Era intencionado.

Era un grito de furia.

De odio.

Solo duró un instante, pero pareció darle a Bishop un nivel de fuerza que Joe nunca le había visto antes a una Antena. Tiró hacia delante de las correas que la ataban a la silla, con todos los músculos al límite. No eran los espasmos musculares erráticos que solían observar. Tensó todos los músculos al unísono, como si fueran

miembros de un equipo de remo. Toda esa fuerza combinada la volvió impresionantemente fuerte.

Joe vio, asombrado, que las correas que le sujetaban la cabeza se aflojaban y se estiraban, dándole poco más de un centímetro de holgura.

Pero Bishop no necesitaba más.

En vez de aprovechar el alivio de la tensión para alejarse del aparato que le mantenía los ojos abiertos, se apretó contra los ganchos.

—¡Se está arañando las córneas! —gritó Chuck.

En la pantalla, la cabeza de Bishop se sacudía arriba y abajo mientras ella seguía presionando contra los ganchos, clavándoselos en los ojos. Solo necesitó unos segundos. La sangre salpicó el equipo y le cayó por las mejillas.

—Sujetadla —ordenó Joe por el *walkie-talkie*.

Los celadores no necesitaban que se lo dijera. Ya estaban al lado de Bishop, agarrándola por los hombros y la cabeza y tirando de ella para apartarla de los ganchos.

—Tariq, desactívala —pidió Joe.

—Aumentando el flujo de gas —contestó Tariq, tecleando comandos en su consola—. Es posible que se haya arrancado el tubo de respiración.

—Directora médica, compruebe el tubo.

—Estoy en ello —respondió Hannah. Dio órdenes a su equipo por el micrófono que llevaba puesto.

Joe no apartó la mirada de la pantalla.

El personal médico y los celadores rodeaban a Bishop. Algunos le estaban reajustando las correas mientras otros le vendaban los ojos,

que no habían dejado de sangrar. El torbellino de actividad bloqueaba algunos tiros de cámara. Pero, en medio del caos, el supervisor vio el rojo brillante de las gotas de sangre resbalar por la silla de la Antena y caer al suelo blanco.

—¿Está conectada?

Joe se giró hacia la voz. Era la del señor Aguirre. Había bajado de la plataforma y tenía la mano apoyada en la silla de Chuck. Se inclinó hacia delante y colocó la cabeza junto a la suya para mirar el monitor. Joe notó que su operador de control se apartaba, incómodo por la proximidad del inspector.

—¿Está conectada? —repitió Aguirre.

—Vamos a abortar —contestó Joe.

—Comprobad si está conectada. —El inspector se irguió y se volvió para mirar a Joe. Su tono no parecía el de una orden que él debía cumplir. Más bien se le dibujaba en el rostro una leve sonrisa de entusiasmo, como la de un niño curioso que quería saber si las trampas para ratones que había colocado con la ayuda de su padre habían atrapado algo durante la noche.

Aunque en la pantalla seguía la actividad frenética, en el centro de control no estaba pasando nada. Todo el mundo miraba a Joe. Hannah silenció su *walkie-talkie*; Tariq tenía la mano sobre el botón; Chuck se apartó del panel de control.

Joe intentó no mirarlos a la cara. No quería saber su nivel de implicación ni si estaban dispuestos a continuar. Se bajó de la plataforma y se acercó al panel de control de Chuck, donde tecleó varios comandos. El monitor que estaba delante de los ojos de Bishop, que todavía mostraba imágenes de Victor Aminov parpadeando y moviéndose, se apagó. La cacofonía de las

grabaciones de la voz del ucraniano y de la voz femenina que repetía su nombre también cesó.

Las luces de la celda de Bishop se apagaron.

Las cámaras pasaron a modo de visión nocturna. En la extraña escena en verde y blanco que tenían delante, todos los guardias y celadores se quedaron quietos. Incluso los médicos que le vendaban los ojos a la Antena levantaron las manos y la gasa se quedó colgando sobre las cuencas de sus ojos, que todavía sangraban.

Nadie se atrevió a moverse, a hablar ni a interrumpir lo que estaba a punto de suceder.

Mientras tanto, Bishop tiraba de las correas.

Joe cogió el micrófono y habló.

—¿Ves algo? —preguntó.

Bishop chilló. Se contorsionó y se retorció en la silla.

—¿Ves algo? —repitió Joe.

Sus gritos empezaron a perder fuerza y pasaron a ser sollozos.

—¿Ves algo? —insistió.

La cabeza de la Antena se balanceaba de un lado a otro. Esa cara, que era la viva imagen de la furia y el dolor un momento antes, se hundió. Los labios apuntaron hacia abajo con una mueca que le cambió todo el rostro. Era una expresión de profundo dolor.

—¿Ves algo?

—Por favor… —dijo Bishop con un hilo de voz grave y quebrada—. Por favor…, por favor…, por favor… —Parecía que no podía decir nada más.

—¿Ves algo? —Joe mantuvo su tono impasible.

Durante una de sus primeras sesiones de sintonización, cometió el error de intentar calmar a la Antena. Puso una voz compasiva y

tranquilizadora, pero eso solo provocó más súplicas de ayuda, que Joe no podía conceder. Tuvieron que invalidar toda la sesión y otra Antena tuvo que soportar todo ese proceso. Por eso Joe tenía que fingir que era como un robot, incapaz de dar una respuesta humana.

—¿Ves algo?

No era raro que tuvieran que esperar treinta minutos para obtener respuesta a esa pregunta. El tiempo no significaba nada para las Antenas. Estaban tan desconectadas del plano físico que les costaba procesar que las estuvieran interpelando, como si el concepto de las palabras y las preguntas les resultara ajeno.

Joe solo tenía que seguir repitiéndola.

Una vez.

Y otra.

Podrían poner una grabación, pero Joe sentía que era su deber como supervisor. Alguien tenía que ser el nexo de unión que se introdujera en la oscuridad para contactar con su conciencia a la deriva.

—¿Ves algo?

Por fin la respiración de Bishop se volvió más lenta y su cuerpo dejó de resistirse. En vez de seguir tirando de las correas, sus músculos se sacudieron con espasmos descontrolados que le recorrieron todo el cuerpo.

Joe supo que quedaba poco.

—¿Ves algo?

—Sí. —La voz de Bishop sonaba tensa y temblorosa, como si le costara aguantar.

Chuck tecleó varios comandos.

—Se está grabando todo. Estamos preparados para recibir interceptaciones.

Joe se inclinó hacia delante.

—¿Dónde estás?

—En… en un coche. No…, no, es una camioneta.

—¿Qué tipo de camioneta?

—Una grande.

—Conduces tú.

—No…, no. Soy… el acompañante. Por favor, por favor, me duele.

Joe mantuvo la voz monótona.

—¿Qué ves por la ventanilla de la camioneta?

—Edificios… Carreteras… Campos… marrones.

—¿Hay animales en los campos?

—Sí. Perros… No. Son… cabras.

El señor Aguirre enarcó una ceja.

—Hum. Sospechábamos que Victor iba a hacer un viaje a Turquía.

—Hay… un sonido —continuó Bishop—. Un tono de llamada.

—¿Un teléfono? —preguntó Joe.

—Sí… Que pare, por favor. Duele.

—¿Cuál es el número de teléfono? —dijo Joe.

Cuando la Antena se lo dio, el señor Aguirre le dio un golpecito en el hombro a Chuck.

—Marca la transcripción del número y envíala de inmediato. Podría ser importante.

—Lo sé, señor. Trabajo aquí —respondió Chuck mientras escribía comandos con rapidez experta y miraba al inspector por encima del hombro con una sonrisa.

El señor Aguirre levantó las dos manos y le devolvió la sonrisa.

—Perdón, no quería ofender. —Miró a Joe y agachó un poco la cabeza—. Perdón. Me quito de en medio y dejo que tus chicos hagan su trabajo. Es que me dejo llevar por el entusiasmo cuando llego a esta parte del proceso.

—No se preocupe, señor —contestó Chuck—. ¿Puede decirnos quién es Victor Aminov y por qué es peligroso?

—Ya sabes que no puedo.

—Apostaría a que es traficante de armas —aventuró el operador —. Por el nombre ruso y eso. ¿Y tú, Tariq?

—Drogas. El presidente pronunció un importante discurso el martes y aseguró que el tráfico internacional de estupefacientes está financiando el terrorismo. Las elecciones de mitad de mandato se celebran dentro de seis meses. Seguro que vamos a ir a por un montón de traficantes entre ahora y entonces.

—Míralo, si ahora resulta que lee las noticias —bromeó Chuck.

Joe carraspeó con fuerza.

—Centrémonos, caballeros —interrumpió.

—Perdón, Joe. —Chuck retomó su tarea.

Él abrió el micrófono de nuevo.

—Describe todo lo que veas. Y lo que oigas y huelas. Si la gente habla en un idioma que no entiendes, repite las palabras en voz alta. Si ves algo escrito que no sabes leer, describe su forma. No omitas ningún detalle.

Bishop gimoteó.

—No acabaremos hasta que nos lo cuentes todo —afirmó Joe—. Solo entonces podremos hacer que pare el dolor.

Bishop, cuyo cuerpo no había dejado de sacudirse, giró la cabeza hacia la cámara. Todavía tenía la venda llena de sangre colgándole

sobre los ojos. Abrió la boca y empezó a hablar. Las palabras que salieron eran una larga cadena de sonidos que se entremezclaban y producían un montón de incoherencias balbuceantes.

Pero a nadie en el centro de control le importó.

—Transmisión a central confirmada —añadió Chuck—. Están recibiendo las interceptaciones en tiempo real. Las limpiarán y las analizarán.

Todo el mundo se recostó en sus asientos.

La tarde no había hecho más que empezar e iba a ser larga.

# 15

El sol estaba alto y le calentaba la cara a Riley, pero ella ni se inmutó. Solo se giró un poco para que la capucha de la sudadera le bloqueara la fuerte luz y no le diera en los ojos.

Durmió. Un sueño profundo y sin pesadillas.

Estaba tan dormida que no notó que ese césped, en medio de un parque en el centro del pueblo, se había quedado en completo silencio. Los ruidos de los niños jugando se habían desvanecido. Los coches y las camionetas que momentos antes hacían rugir sus motores por la calle principal ya no existían. Incluso el canto de los pájaros y el susurro del viento habían cesado y se habían sumido en un mutismo total.

Pero nada de eso despertó a Riley.

De repente, abrió los párpados.

No tenía ningún motivo para despertarse en ese momento, salvo que notó su presencia. Notó que la miraba. Notó el frío y tenue roce de su respiración. Notó sus gritos resonando en los oídos. Aunque Riley no pudiera oírlos, estaban ahí, en su cabeza.

Sabía que la mujer estaba cerca.

Se quedó sobre la hierba en posición fetal, como cuando era pequeña y creía que podía engañar a sus padres para que pensaran que estaba dormida y así no la obligaran a recoger los juguetes que

había desperdigados por todo el salón. En ese momento de terror, no se le ocurrió nada más. Se quedó de costado y hecha una bola, totalmente inmóvil. Metió despacio la mano en el bolsillo delantero de la sudadera y agarró el mango del cuchillo.

—Duele —dijo una voz.

Era solo un susurro, pero pareció llenar el aire. Era un sonido frágil y envolvente a la vez.

Riley apretó los ojos. Contuvo la respiración mientras intentaba obligar a su mente a expulsar a esa mujer de su mundo. Intentó no moverse, convertirse en un bulto invisible en medio de un campo de hierba. Su única esperanza era que la mujer no la viera, no notara su respiración acelerada, no percibiera los latidos de su corazón, tan fuertes que estaba convencida de que debían de estar estremeciendo la tierra a su alrededor. Pero, por mucho que ella permaneciera inmóvil, la presencia de la mujer no desaparecía.

Le daba la sensación de que el corazón no solo estaba bombeando sangre por su cuerpo, sino también algo más denso y corrosivo, que quemaba mientras se abría paso por las arterias. Era terror. La inundaba el terror, que palpitaba en su estómago, le recorría el pecho y luego desembocaba en las extremidades y la cabeza.

Pero, en cuanto notó que hasta el último rincón de su cuerpo se le quedaba paralizado de terror, apareció una nueva sensación para reemplazarlo. La resignación. La inevitabilidad.

No podía escapar de esa mujer.

No podía obligarla a marcharse.

Lo único que podía hacer era enfrentarse a ella.

Abrió los ojos y se incorporó despacio para sentarse.

La zona de juegos estaba vacía.

También las calles.

El mundo estaba vacío.

Solo existían Riley y la mujer.

Ella estaba en un extremo del césped, cerca de la zona de juegos desierta, a unos cincuenta metros de Riley. Una distancia que le daba cierta seguridad y hacía que el corazón de Riley latiera un poco más lento.

La aparición seguía llevando una bata de hospital. Tenía la cabeza gacha y miraba al suelo, de modo que el pelo oscuro le cubría la cara. Su cuerpo se sacudía a un ritmo antinatural, como si cada músculo estuviera conectado a un sistema de electrodos que daban calambres de forma aleatoria.

A Riley le pareció que ellas dos aguardaron juntas en el campo silencioso durante una hora, pero seguramente fueron solo unos minutos. Esperaba que la mujer hablara, se moviera o gritara, pero esta se quedó allí, mirando al suelo y soportando los espasmos de sus músculos.

Riley abrió la boca con la intención de decir algo, pero no tardó en volver a cerrarla por miedo a que cualquier ruido o movimiento alterara ese *statu quo* aparentemente seguro.

La tregua continuó.

Durante otro minuto o tal vez otra hora. Riley no tenía forma de saberlo.

—¿Qui… qui… quién eres? —preguntó por fin con un hilo de voz temblorosa. No podía explicarlo, pero, a pesar de lo bajo que había dicho esas palabras, estaba segura de que la mujer las había oído desde donde estaba.

—No me acuerdo —respondió la mujer, y sus murmullos también recorrieron la distancia que las separaba para llegar con facilidad a los oídos de Riley.

—¿Qué te ha pasado? —continuó ella sin levantar la voz.

—No me acuerdo.

—¿Por qué yo?

La mujer se quedó en silencio. Riley se preguntó si la habría oído. Estaba a punto de repetir la pregunta cuando la mujer contestó:

—Porque lo conoces a él —aseguró.

—¿A quién?

—A él. A ellos. A los que me hicieron esto.

Riley no entendía nada.

—¿Y quiénes son ellos?

—Durante mucho tiempo no lo supe. Solo estaba en medio de la oscuridad —contó la mujer. Sus palabras iban adquiriendo fuerza y empezaron a salir con más claridad—. Cuando me liberaron de esa oscuridad, había demasiada luz. Demasiados ruidos. No veía quiénes eran. Había una luz cegadora y un ruido ensordecedor. Y enviaron mi mente a recorrer el mundo muy rápido. Demasiado.

»Después volvieron a encerrarme en la oscuridad. No sé durante cuánto tiempo. Tal vez días. Tal vez años. En ese lapso, la mayor parte de mi mente fue desconectándose. Se separó de mí y me obligó a vivir en esa nada. Olvidé mi nombre. Olvidé a mi familia. Olvidé mi vida.

»Pero me aferré a un trocito de realidad, a la certeza de que yo no tenía que estar ahí. Y así me centré. Me entrené. Escuché los ruidos que me rodeaban, las palabras de la gente. Y por fin uno de ellos pronunció un nombre.

Riley tragó saliva. La miraba con los ojos como platos y la voz de la mujer resonaba en su cabeza.

—Cuando volví a la oscuridad, busqué por todo el mundo a alguien con ese nombre —continuó la mujer—. Cada vez que aparecían las luces, yo recopilaba más fragmentos de información. Me fui acercando cada vez más en mi búsqueda. Hasta que lo encontré.

Entonces la mujer levantó la cabeza. Incluso desde donde estaba, en el otro extremo del campo, Riley vio que sus ojos estaban oscuros y que le salían regueros de sangre de las cuencas y le caían por las mejillas. Esos rastros se arrugaron cuando los labios de la mujer formaron una sonrisa.

—Y después localicé su punto débil —continuó la mujer sonriendo.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó Riley.

—Quiero que sienta dolor. Que todos lo sientan —afirmó la mujer.

Riley tragó saliva. Agarró más fuerte el mango del cuchillo y dejó que la punta asomara del interior del bolsillo. Se giró hacia la mujer y se puso en cuclillas.

—Siento tu dolor, pero, por favor… —empezó a decir Riley.

—No siento dolor.

La mujer sonrió y ladeó la cabeza. Los espasmos musculares habían cesado y ya solo estaba allí de pie, como un espantapájaros demoniaco. No podía estar segura, pero creía oír el eco de su risa dentro de la cabeza. O al menos sentía esa risa.

—Por favor, déjame en paz —suplicó Riley.

La boca de la mujer no se movió, pero de entre los dientes que asomaban mientras sonreía, salió una sola palabra:

—Nunca.

Y cuando lo dijo se abalanzó sobre ella.

Su cuerpo consumido y espasmódico salió volando hacia Riley. Extendió la mano. De su boca sonriente salió un grito profundo y gutural que parecía provenir del interior de la cabeza de Riley. Todo pasó rapidísimo. En un abrir y cerrar de ojos, la mujer había cruzado el campo y Riley vio de cerca los párpados abiertos de par en par, la sangre y las masas gelatinosas en las que se habían convertido sus ojos.

La mente de Riley ordenó a su cuerpo que actuara. Se puso de pie, pero cada acción, cada movimiento le resultaba lento y trabajoso, como si toda ella se hubiera hundido en arenas movedizas. La mujer se acercó aún más, a punto de agarrarla.

Riley sacó el cuchillo de la sudadera y lo blandió en dirección a la mujer.

Ella chilló.

Los gritos resonaban en los oídos de Riley.

Muchos gritos, agudos y aterrorizados.

Riley movió el cuchillo en el aire.

La mujer ya no estaba delante de ella.

—¡Corred, niñas! ¡Corred! —chilló una voz. Era de una mujer, pero no de *esa* mujer. No era un susurro ni tenía el tono grave y profundo provocado por las cuerdas vocales desgarradas. Tampoco salía del interior de la cabeza de Riley.

Los gritos eran infantiles.

Riley parpadeó varias veces.

Un equipo de fútbol de niñas de doce años salió corriendo en todas direcciones desde donde estaba Riley, en medio del campo. Sus padres llegaron corriendo desde el aparcamiento para recogerlas.

La mano de Riley seguía blandiendo el cuchillo, pero empezó a temblarle.

—Tranquila, tranquila. —Era la voz femenina otra vez.

Riley miró a su lado. Había una mujer con un chándal y un silbato. Tenía el pelo rubio recogido en una coleta y llevaba gafas de sol. Riley se la quedó mirando; intentaba distinguir sus pupilas. Tal vez era una trampa. Tal vez seguía siendo la mujer. Debajo de esas gafas, podían estar los ojos vacíos y medio arrancados. Tal vez debería apuñalar a esa mujer y así acabar con todo.

La entrenadora pareció notar la necesidad de Riley de verle los ojos. Levantó las manos.

—No pasa nada. Todo está bien —dijo.

Acercó la mano a la cara, se quitó las gafas y se las puso en la cabeza. Aparecieron un par de ojos intactos de color avellana.

Riley giró la cabeza de repente para mirar a su alrededor. Había gente en los extremos del parque mirándola, pero la mujer con la bata de hospital no estaba allí.

En la calle, un coche patrulla frenó en seco con un chirrido de ruedas. El aullido de la sirena arrancó a Riley del sueño difuso que todavía le nublaba la vista. Vio a un agente de policía abrir la puerta y salir del coche. Se quedó detrás del vehículo y sacó el arma.

—¡Suelta el cuchillo!

La entrenadora de fútbol miró al policía. Parecía más preocupada por tranquilizarlo a él que a Riley.

—No pasa nada, no pasa nada. No va a hacerle daño a nadie. No le vas a hacer daño a nadie, ¿verdad, cariño?

Riley soltó el cuchillo.

Cayó de rodillas, hundió la cabeza entre las manos y se echó a llorar. Y dejó que las lágrimas cayeran sin control mientras seguía allí, arrodillada sobre la hierba.

# 16

Joe estaba sentado en la mesa de su despacho.

Enfrente tenía al señor Aguirre, con una sonrisa burlona en la cara rechoncha.

—Dos accidentes en dos días, ¿eh, Joe?

El supervisor apoyó las manos sobre la mesa.

—Quiero que pongas en tu informe oficial que recomendé empezar a recopilar interceptaciones cuando ella estaba al treinta por ciento de capacidad sensorial. Y que fue petición tuya que subiéramos al cincuenta por ciento.

—Esa fue tu decisión, Joe.

Él se tensó y se mordió el labio.

El inspector dejó su tableta, cruzó los brazos y se lo quedó mirando.

—Y ahora tenemos una Antena defectuosa.

—Se ha arañado ella. No es raro.

—Un arañazo en una Antena es algo grave y caro. Pero, hablemos claro, eso no es un simple arañazo. Esa Antena se soltó de sus ataduras y ha invalidado una de sus fuentes principales de estimulación.

—Vamos, Javi…

—Se ha pinchado los ojos hasta sacárselos, Joe. —Los dos hombres se miraron fijamente. El señor Aguirre no había perdido su sonrisita—. Oye, ya sabes que soy tu amigo, Joe —continuó con calma, pero el tono era condescendiente.

—Ya —murmuró él sin apartar la mirada.

—Pondré en mi informe que tuvimos un desacuerdo sobre hasta dónde se podía llegar. Y haré hincapié en la claridad de las interceptaciones que recibíamos. No te preocupes por eso, Joe. —Se llevó la mano al corazón para demostrar sinceridad, pero más bien pareció un gesto ensayado y falso—. Tu equipo y tú habéis conseguido tantas cosas ahí dentro que te juro por mi vida que, si es necesario, voy a luchar personalmente por tu futuro en esta planta.

—Qué tranquilizador.

—Además, creo que estos accidentes indican algo más que simples infracciones en los procedimientos de seguridad.

—¿Qué quieres decir?

—Hace mucho que creo que apenas estamos rascando la superficie del potencial de la investigación con las Antenas. A mí, por ejemplo, me encantaría sintonizar a tu Antena aunque no tenga ojos. Quién sabe qué posibilidades podrían surgir de ahí. Nunca conseguiré que los de arriba aprueben ese experimento, porque nadie quiere dejar ciega a una Antena. Parece una pérdida innecesaria. Pero tal vez sirva para mejorar sus capacidades auditivas.

—Como cuando la mente pierde un sentido y compensa con los demás.

—Exacto. Piénsalo. Podríamos tener Antenas especializadas en sentidos específicos. Cuando llegan, podríamos privarlas de algunos

sentidos irrelevantes y potenciar los que les queden. Podríamos tener una especializada en olores, otra en sonidos y otra en tacto. Podríamos detectar a quienes construyen bombas por el olor. O percibir con el tacto la contraseña de alguien nada más introducirla. Y si supiéramos lo que alguien está saboreando en un momento dado, podríamos ubicarlo en un restaurante específico. —Sonrió de oreja a oreja mientras dejaba volar la imaginación—. Y si de verdad queremos ampliar sus capacidades, creo que deberíamos empezar a entrenarlas antes de suministrarles gas. Cuando todavía tienen sus capacidades conscientes. Mientras todavía son…

—Mientras todavía son humanos funcionales.

El señor Aguirre se recostó en su asiento. Su sonrisa no había desaparecido, pero el resto de los músculos de su cara pasaron de ser los de un científico entusiasmado a los de un hombre de negocios calculador.

—Siempre son humanos, Joe. Eso es lo que las hace especiales.

Él inspiró hondo.

—Nunca he preguntado de dónde vienen. Ya llegan en estado vegetativo. Pero, si lo que estás proponiendo es traer aquí a personas conscientes, vivas, que respiran y piensan…

—Solo estamos elucubrando. Entre dos viejos amigos. La posibilidad de hacer algo así… Solo de pensar en el papeleo… Madre mía. Solo estoy cavilando en voz alta. Calibrando el interés. —El señor Aguirre apartó la vista y sacudió una mano en el aire, como si le quitara importancia a lo que acababa de decir.

Joe no apartaba la vista de ese hombre.

—Si vas a presentar esa idea a tus superiores, te informo de que mi personal tendrá un problema con eso que me acabas de describir.

Nosotros no nos dedicamos a arrancarles los ojos ni a cortarles las orejas a las personas. El equipo que tengo trabajando conmigo está formado por buenas personas.

Un brillo extraño apareció en los ojos del inspector.

—¿Ah, sí?

¡Riiing! El teléfono que había en la mesa de Joe interrumpió el silencio.

Él contestó.

—Aquí Gerhard.

Oyó la voz de Tyler al otro lado de la línea.

—Señor, tengo una llamada para usted desde una línea externa.

—Estoy ocupado.

—Es su hija, señor.

Joe se incorporó bruscamente.

—Pásamela.

Oyó el clic cuando transfirieron la llamada y después la voz de Riley. Pero nunca la había oído así. Sonaba temblorosa y casi quebrada al pronunciar la primera palabra.

—¿Papi?

—¿Sí? —Joe frunció el ceño, preocupado, pero se obligó enseguida a volver a una expresión neutra. Miró al señor Aguirre, que había vuelto a coger su tableta para escribir sus notas y sus memorandos. Estaba muy concentrado. O eso parecía.

—La policía me ha traído a casa —continuó Riley con voz llorosa y triste.

Joe sintió una profunda preocupación. Volvió a fruncir el ceño y miró más allá de Aguirre, al vacío, con ojos tristes y llenos de miedo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin molestarse en ocultar su angustia.

—Ven a casa, por favor.

—¿Va todo bien? —preguntó de nuevo.

Se dio cuenta de que el señor Aguirre había dejado de escribir en su tableta. No levantó la vista ni lo miró a los ojos, pero estaba claro que escuchaba la conversación.

—Sigo viéndola —contestó Riley—. No va a parar. Tengo miedo.

—Volveré a casa enseguida. Espérame.

Hubo un largo silencio.

Joe mantuvo el teléfono apretado contra la oreja.

—¿Riley?

—Yo… no puedo soportarlo más —contestó por fin—. Tengo miedo de lo que podría hacer. Me asusta que yo… —No fue capaz de terminar la frase. Las palabras y la idea murieron en sus labios antes de que acabara de enunciarlas. Hubo otro silencio. Y después, con una convicción rebosante de tristeza, añadió—: Me aterra acabar como mamá.

—No hagas nada. Voy para casa ahora mismo.

—Ven rápido.

—Enseguida. Te quiero, Riley.

Ella soltó un suspiro prolongado.

—Yo también —contestó con una voz vacía. Y colgó.

Joe se levantó de su mesa.

El señor Aguirre alzó la vista de la tableta y le sonrió con amabilidad.

—¿Algún problema?

—Mi perra se escapó anoche —contestó Joe mientras se ponía el abrigo—. Alguien la ha encontrado y ha llamado a casa, donde estaba mi hija. Tengo que ir a buscarla.

—Tranquilo, lo que necesites.

—No creo que vuelva hoy. Tengo que quedarme con mi hija. Chuck recopilará las interceptaciones. No tiene por qué haber problemas. Es el mejor.

—Claro. Ve con Riley.

Joe fue hasta la puerta con mucha calma, para que no pareciera que tenía prisa.

—Puedes quedarte en mi despacho todo el tiempo que quieras. Si necesitas algo, llámame al móvil.

El inspector volvió a mirar su tableta.

—Que pases buena noche, Joe.

—Tú también.

Abrió la puerta y salió al pasillo.

Se cerró detrás de él.

Miró alrededor. Como siempre, el pasillo del nivel uno estaba vacío. Se dirigió al ascensor, acompañado por el chirrido de sus zapatos resonando contra las paredes de hormigón. Su postura seguía siendo relajada, la de un hombre cansado que acababa su jornada, pero no dejaba de mirar a su alrededor. Intentó ignorar el ruido de sus zapatos en el linóleo para oír si se abría alguna puerta a su espalda.

Todavía tenía que ocuparse de un asunto antes de marcharse.

Tras asegurarse de que nadie lo veía, se dirigió a la puerta del centro de control.

Pasó su identificación por el lector, abrió y entró.

Chuck estaba en su puesto, recostado en su silla y con los pies apoyados en la mesa, pasando el rato. En su sistema había unas luces rojas parpadeantes: «Grabación en curso». En la pantalla principal se veía a Bishop, que seguía en su silla. Sus labios se movían porque estaba hablando, pero hacía mucho rato que en el centro de control habían silenciado el audio.

Cuando se cerró la puerta, Chuck lo saludó con la mano. En el otro extremo, las pantallas de Tariq estaban llenas de hojas de cálculo con algoritmos de distribución de gas, o algo parecido. Tenía puestos unos auriculares y parecía enfrascado en el papeleo tedioso y habitual relacionado con su trabajo.

Se los quitó, pero Joe le hizo un gesto con la mano para que continuara.

—He venido a hablar con Chuck.

—Sí, niñato, nadie quiere escucharte a ti —le gritó este por encima del hombro.

Tariq sonrió y volvió a fijar la vista en la pantalla para seguir con su trabajo.

Joe acercó una silla a la mesa de Chuck y se sentó.

—¿Cómo van las interceptaciones? —preguntó.

El operador se encogió de hombros.

—Nada mal. En general, son todo balbuceos y palabras arrastradas. Los de la central tendrán que limpiarlo bien para sacar alguna información. Pero ha ocurrido algo inusual hace un rato. Unas palabras que se han oído con total claridad. —Se inclinó sobre su mesa y buscó en su monitor hasta que se abrió una transcripción—. Una cosa muy rara. No dejaba de decir: «No me acuerdo», como si

estuviera teniendo una conversación con alguien. También dijo algo sobre estar en la oscuridad. Un audio clarísimo. Lo iba a marcar y…

—Imprímeme las transcripciones para que las revise luego. Pero necesito otra cosa antes de irme.

—¿Qué pasa?

—Tengo una solicitud de investigación.

—¿Número de caso? —Chuck cogió un bolígrafo y un taco de pósits.

—Utiliza el número del caso de hoy: 10598.

—¿Objetivo a investigar?

Joe miró a Tariq otra vez para asegurarse de que no estaba escuchando. Luego volvió a dirigirse a Chuck.

—Katherine Gerhard.

La mano de su empleado se quedó helada. Joe vio que las arrugas en la cara de Chuck se hacían más profundas a medida que levantaba la cabeza. Los dos hombres se miraron.

—¿Kate?

Joe no respondió.

El operador frunció el ceño, confuso.

—¿Qué demonios tiene que ver Kate con el caso de Victor Aminov?

—Quiero ver lo que hay en su ordenador. Introduce la solicitud en el archivo del caso abierto. No se van a molestar en comprobarlo, así que no se enterará nadie.

—Venga, Joe. Ya sabes que no puedo…

—Se ha suicidado, Chuck.

El operador agachó la cabeza y no dijo nada. No mostró ninguna reacción de consternación o de sorpresa, solo una mezcla de

compasión e incomodidad. Saltaba a la vista que lo sabía (todos allí debían de saberlo), pero no sabía qué decir.

Joe aprovechó la oportunidad que le brindaba el silencio de Chuck para presionarlo.

—Tú has probado su comida. Has estado en nuestra casa. Ella te consideraba un amigo.

—Oye, mira…

—Se ha suicidado. Y necesito saber por qué.

Los dos hombres se miraron.

Al final, el operador bajó la vista y la fijó en su barriga, que subía y bajaba bajo la camisa hawaiana con flores rojas. Entonces dejó escapar un suspiro triste.

—No sé. Tal vez dentro de un par de semanas, Joe. Ahora mismo siento el aliento de los de arriba en la nuca.

—Tú y yo sabemos que no es la primera vez que alguien ha utilizado los recursos a su disposición para espiar a una exmujer.

—No sé de qué me hablas.

Joe entornó los ojos, apretó la mandíbula y lo miró con una expresión amenazante.

Chuck tragó saliva.

—Nunca he espiado a Carol.

—Te creo. Y estoy seguro de que, si abriéramos algún archivo de casos antiguos, no habría ni rastro de que alguien de mi personal hubiera leído los emails que intercambió Carol con un rollete de la universidad. De hecho, puedo garantizar que nadie va a encontrar pruebas de algo así, ¿verdad?

Chuck se mordió el labio. El silencio se alargó. Al final resopló, resignado.

—¿Qué necesitas, Joe?

—Cosas recientes, de los últimos dos días. Emails, registros telefónicos. Informes de la escena del crimen del día de su muerte; eso sería ideal. Si fue al médico en la última semana, quiero ver la nota de la visita. Lo que el sistema encuentre. Y lo quiero esta noche, por favor.

—Veré qué puedo hacer.

Le dio una palmadita en la espalda.

—Te debo una, Chuck.

—Sí. Una pero que muy grande.

Terminada la conversación, Joe se dio la vuelta y salió del centro de control.

# 17

La alarma sonó en cuanto Joe entró en la casa.

Todas las luces estaban encendidas, y la televisión también, con las noticias a todo volumen.

Joe se acercó a la consola de la alarma e introdujo su clave.

—Riley. Ya estoy en casa —saludó.

Se preguntó si lograría oírlo por encima de la tele tan alta, así que se acercó y la apagó. Pero la casa no se quedó en silencio. También el equipo de música estaba sonando muy alto. Fue hacia donde estaba y lo apagó, pero entonces le llegó otro ruido. Se oía la radio de la cocina muy fuerte, pero no era música lo que sonaba, sino solo electricidad estática.

Notó que se le formaba un nudo en el estómago por la preocupación. Riley había creado un muro de sonido en la casa, seguramente para intentar bloquear lo que oía.

Fue a la cocina por el pasillo. Vio una figura por el rabillo del ojo. Era una mujer que salía de la penumbra y se le acercaba con un cuchillo en la mano. Joe se paró en seco y se dio la vuelta, demasiado sobresaltado como para que le diera tiempo a gritar.

El fugaz momento de terror pasó cuando se dio cuenta de quién era.

—Riley —dijo en cuanto sus ojos entendieron que esa persona frágil y con pinta de desamparada que tenía delante era, sin duda, su hija.

Aunque sostenía el cuchillo a la altura del pecho, en sus movimientos no había rabia ni objetivo. Fue hacia él trastabillando con unas piernas que parecían demasiado débiles para sostenerla. Dejó de avanzar y se lo quedó mirando con los ojos vidriosos y entornados, aunque Joe no sabía si era por miedo o por confusión.

—Riley, ¿estás bien? —preguntó y levantó las manos para acercarse a ella, como hacía con un perro que no conocía—. Deja el cuchillo.

Ella ladeó la cabeza y se quedó con la boca abierta. Estudió a Joe con la mirada. Lo observó de arriba abajo, primero fijándose en su cara y luego en el resto de su cuerpo. En ningún momento dejó de agarrar el mango del cuchillo con fuerza.

—¿Eres real? —preguntó por fin.

—Sí que soy real, cariño.

—¿Cómo puedo estar segura?

Joe se quedó pensando. No bajó las manos, pero siguió avanzando hacia ella.

—¿Te acuerdas de aquellas navidades cuando tenías… siete años, creo, y te regalé todas las pistolas de juguete que había en la tienda? Absolutamente todas. Después cogimos los cojines que había por ahí y construimos fuertes por toda la casa, en todos los sitios, y nos pasamos horas disparándonos.

Los ojos de Riley no dejaron de examinarlo, pero su expresión permaneció impasible.

—Tu madre había ido a ayudar a tus abuelos. Y cuando volvió… —Se quedó callado y sonrió al recordar—. Parecía enfadadísima. Habíamos puesto la casa patas arriba. Iba de acá para allá sin dejar de regañarnos. Pero, en realidad, no era más que una distracción; solo quería que dejáramos las pistolas. Entonces cogió una que funcionaba a pilas y parecía una ametralladora Gatling y nos acribilló. Nos persiguió hasta el dormitorio sin dejar de disparar dardos de gomaespuma. Dios, qué bien nos lo pasamos ese día, ¿verdad?

Los músculos de la cara de Riley, que hasta entonces estaban muy tensos, se relajaron.

—Echo de menos a mamá.

—Yo también.

¡Clang! El cuchillo cayó de la mano de Riley y repiqueteó contra el suelo.

Joe fue hacia ella y la abrazó fuerte. Notó que respiraba de forma entrecortada y que las lágrimas le caían sin control, empapándole la camisa. Ella siguió llorando en silencio, con sollozos llenos de dolor. Joe le puso la mano en la cabeza y se la apretó contra su cuerpo. Así estaba segura y a salvo.

—Te buscaremos ayuda, Riley. Todo se va a arreglar.

Riley se sentó a la cabecera de la mesa del comedor y él se arrodilló al lado de su hija, sin soltarle la mano. Hizo un gesto en dirección a la puerta, donde estaba Hannah. Ella sonrió con cariño a Riley, pero mantuvo la distancia, esperando a que la invitaran a acercarse a la mesa.

—Hannah es experta en psicología y psiquiatría, además de ser médica —explicó Joe.

—Titulada en Medicina y con dos doctorados —comentó Hannah —. ¿Qué puedo decir? Los padres asiáticos son muy difíciles de impresionar.

Riley sonrió un poco.

Al parecer, Hannah no necesitaba más invitación. Entró decidida en la habitación y se quedó un momento esperando junto a la mesa.

—Olvidémonos de todos esos logros académicos tan impresionantes, apabullantes e increíbles. He venido como amiga. ¿Te parece bien que me siente y hablemos un poco?

La adolescente asintió.

Hannah se lo tomó como el permiso definitivo para dar un paso más y sentarse a la mesa con ella.

—Dios, hace una eternidad que no te veía. Ahora eres una adulta de verdad. ¿Te acuerdas de la fiesta de tu sexto cumpleaños aquí, en esta casa? Te regalé un robot que podía levantar cosas y no sé qué más. Me pareció superguay. ¿Qué niño no quiere algo tan chulo como un robot? Para tener solo seis años, no parecías nada impresionada. ¿Qué fue de ese trasto?

Riley fijó la vista en la mesa y sonrió.

—Lo hice caminar hasta el borde de la encimera y se cayó. Nunca volvió a funcionar bien.

—¿Qué? ¡Ese chisme me costó cien dólares!

—No era un juguete muy bueno —comentó Riley, sacudiendo la cabeza y riéndose por lo bajo.

—Era un juguete espectacular. ¡Era un maldito robot!

—Solo andaba por ahí y pitaba.

—Pues lo que yo decía…, increíble.

Las dos se miraron y sonrieron.

Hannah levantó las dos manos en un gesto de derrota.

—Vale, no tengo ni idea de qué les gusta a los niños. Debería haberte comprado una Barbie o algo así.

—Puaj.

—¿Y un machete? ¿A las niñas de ahora les gustan los machetes?

—Eso sí que habría sido espectacular.

—El año que viene. Como regalo de graduación del instituto.

—Me gradúo este año.

—Dios, pero qué mayor eres. Y supongo que yo también.

Se quedaron sentadas en silencio unos minutos.

Joe seguía en el suelo, junto a Riley. Miró a su hija y después a Hannah, pero ninguna de ellas le devolvió la mirada. Ambas fijaron la vista en la mesa y sonrieron para sí. Entonces se dio cuenta de que la doctora, con toda intención, estaba imitando la postura de Riley: encorvada en el asiento, con la mirada baja y las manos unidas sobre la mesa, en tensión.

Le pareció un buen momento para sentarse con ellas. Se levantó del suelo y sacó una silla. Cuando fue a sentarse, Hannah intervino:

—Joe, ¿nos dejas solas a las chicas un momento? —Su voz sonó amable, como si le estuviera haciendo una sugerencia que se le acabara de ocurrir, pero cuando la miró, vio que le señalaba la puerta con la mirada.

Él comprobó la reacción de Riley, que no protestó.

—Eh…, sí, claro —accedió y se incorporó.

Le dio una palmadita en la mano a Riley y se fue al salón.

Cerró la puerta casi del todo, pero dejó abierta una rendija.

—Ciérrala bien —pidió Hannah—. Quiero oír el clic.

Soltó un suspiro mientras tiraba de la puerta y la cerraba. Se quedó solo en el salón. Como la casa estaba en silencio, el ruido amortiguado de la conversación se colaba por la puerta. Se arrodilló y pegó la oreja.

—Oye, cuando te he dicho que estoy aquí como amiga, era en serio —oyó que aseguraba Hannah—. Puedes confiar en mí. No voy a juzgar nada de lo que me digas. Y seguro que hay cosas que no quieres que le cuente a tu padre. No te puedo prometer nada, pero podemos hablarlo y ver si llegamos a un entendimiento. ¿Te parece bien?

Hubo una pausa y Joe asumió que Riley había asentido.

—Sé sincera conmigo —continuó Hannah—. ¿Tomas alguna droga? No te voy a criticar. Necesito que me digas toda la verdad para que pueda ayudarte. Créeme, yo también he hecho ese tipo de cosas cuando era joven. ¿Hay algo?

—No.

—No me refiero solo a drogas duras. ¿Fumas marihuana?

—Hace meses que no.

—¿Fármacos con receta, como oxicodona, por ejemplo?

—No.

—No sé qué más cosas están de moda entre los adolescentes ahora mismo… ¿Setas? ¿Éxtasis? ¿Medicinas para el TDAH? ¿Esnifas pegamento?

—No.

—¿Alcohol? ¿Bebes?

—A veces en alguna fiesta. O los fines de semana. Pero ahora no.

—¿Anoche dormiste algo?

—No.

—¿Y tienes hambre? ¿Has comido algo hoy?

—Nada.

—Eso no es raro teniendo en cuenta lo que viviste ayer. Es normal estar triste, Riley.

La voz con la que respondió sonó extrañamente firme.

—No es por eso.

—Explícame a qué te refieres.

Riley no respondió.

Joe pegó la oreja aún más a la puerta. Había tanto silencio en la casa que oía incluso el zumbido del rúter. También su propia respiración y el roce de su ropa al moverse. Pero no escuchó lo que decía Riley, si es que había respondido de alguna manera.

Se levantó despacio, intentando no hacer ningún ruido que delatara que había estado espiando. Luego, despacio, salió de puntillas de la habitación.

Fue a su dormitorio y cerró la puerta.

Se sentó a su mesa e inició la sesión en su ordenador. Abrió la aplicación de la alarma. Aparecieron las imágenes de varias cámaras de seguridad formando un mosaico en la pantalla. También apareció una imagen cenital, tomada con un gran angular, de Hannah y Riley sentadas a la mesa del comedor. La cámara estaba escondida en el plafón de la luz del techo del comedor. Cuando instalaron el sistema de seguridad, tantos años atrás, Joe les pidió que ocultaran todos los dispositivos. No quería que su mujer y su hija supieran que las estaban observando.

Sintió una punzada de culpa mientras veía la conversación que se estaba desarrollando en el comedor. Sabía que Riley creía que era

privada, pero Joe era su padre y ella estaba sufriendo. Para él, la seguridad estaba por encima de la intimidad.

Enchufó unos auriculares a los altavoces.

—Y esa mujer que ves… —estaba diciendo Hannah, que se había inclinado hacia delante.

Era evidente que, en el poco tiempo que había necesitado él para ir a su cuarto e iniciar el ordenador, la doctora había dirigido la conversación al verdadero problema de Riley.

—¿La habías visto antes? —preguntó Hannah.

—No —contestó la chica con un temblor en la voz.

Joe vio que tenía la cabeza girada hacia donde estaba la doctora, pero parecía estar más bien centrada en la silla que había a su lado.

Hannah también se había dado cuenta. Miró la silla vacía, pero enseguida volvió a centrarse en Riley.

—¿Y no es nadie que conozcas? ¿Una amiga de tu madre, una profesora, una vecina?

—No.

La doctora asintió.

—¿Cuándo fue la primera vez que la viste?

—Ayer. Cuando veníamos en coche hacia aquí. —No dejaba de mirar a un lado.

Joe se acercó a la pantalla y examinó la zona que llamaba tanto la atención de su hija. La única luz que había en el comedor provenía del plafón del techo. Daba una claridad brillante que se reflejaba en la mesa y en la coronilla de las dos mujeres, pero el resto del comedor estaba en penumbra, lleno de sombras. Estaba diseñado así a propósito, según había entendido Joe, porque producía una experiencia más íntima de la comida compartida.

—¿Has visto a esa mujer o a alguien que se le pareciera en un sueño? —preguntó Hannah.

Riley no respondió. Tragó saliva sin dejar de mirar al lado de la doctora.

Hannah pareció ponerse tensa en su asiento. A esas alturas era evidente que Riley no estaba pendiente de ella, sino de algo más que había en la habitación.

—Riley…

La respiración de la chica se había vuelto trabajosa y no apartaba los ojos del asiento vacío.

—¿Ves a alguien a mi lado?

Riley respondió en un susurro muy rápido, como si una ráfaga de viento acabara de arrancárselo de los labios.

—Sí.

Joe se quedó mirando la parte de la mesa junto a la doctora. El mueble no estaba del todo centrado en la habitación, de modo que la luz del techo no iluminaba bien el asiento situado a la derecha de Hannah. Proyectaba sombras en la silla que hacían que se confundiera un poco con el suelo. Cuanto más miraba y más se fijaba, más tenía la sensación de que las sombras de esa zona se movían y giraban. La imagen llegaba con un leve retardo que causaba una distorsión, una pequeña interferencia en las imágenes desenfocadas del fondo.

Se pegó aún más a la pantalla.

Entonces las sombras parecieron fusionarse. Joe abrió los ojos como platos y el aire se le quedó atascado en la garganta. La levísima silueta de una figura muy pálida emergió de la oscuridad.

En la pantalla, Hannah se giró en su asiento y miró a esa silueta pálida y fantasmagórica que pareció moverse y devolverle la mirada.

Pero la doctora no reaccionó.

Solo giró la cabeza e inspeccionó la oscuridad durante un segundo. Después, sin transición, volvió a girarse hacia Riley.

—¿Me puedes describir lo que ves? —pidió con toda la calma profesional necesaria.

La tranquilidad de la voz de Hannah hizo que Joe inspirara hondo. Parpadeó. Ya no se veía la figura de la silla; tal vez era porque nunca había estado ahí. Un reflejo de la luz en una cámara que ya estaba un poco desfasada.

Rebobinó unos segundos para asegurarse.

Volvió a mirar.

No había ni figura ni sombra ni nada. Tal vez alguna mota de polvo que proyectaba la luz de manera extraña.

Sonrió para sí y se frotó los ojos.

—Joder, tío, mantén la cabeza fría —dijo.

Se quitó los auriculares de las orejas y se recostó en la silla.

¡Ping! Se sobresaltó con el pitido que lo avisaba de que tenía un mensaje nuevo. La casa estaba tan silenciosa que hasta un ruido tan común como ese bastaba para asustarlo.

Sin dejar de sonreír, un poco avergonzado por esa reacción, sacó su teléfono y leyó el mensaje. La sonrisa desapareció de sus labios al instante.

«Los archivos solicitados están en el servidor. Chuck».

Se giró hacia la pantalla. Abrió el servidor remoto, introdujo todos los datos necesarios para el proceso de verificación de varios pasos e inició sesión.

Y ahí estaba: una carpeta con el nombre KATHERINE GERHARD.
La abrió. Leyó los nombres de las distintas subcarpetas.
Se le formó un nudo en la garganta.
Notó que le temblaba la mano al hacer clic en una de ellas.
Se llamaba «Imágenes de la cámara corporal de la policía».

# 18

El vídeo empezó tan de repente que a Joe le costó entender lo que ocurría. La cámara que llevaba el agente de policía en el pecho giró cuando él abrió la puerta del coche y salió a la calle de un barrio de clase media en una tarde soleada.

Casi de inmediato se oyeron ruidos secos de disparos —¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!— que provenían de una de las casas. La cámara se sacudió con violencia cuando el policía se agachó tras el coche y sacó el arma.

«¡He oído disparos! ¡Disparos!», oyó Joe que gritaba el hombre por la radio.

El vídeo se estabilizó, porque el policía se tomó un momento para recuperar la compostura. La cámara lo grabó agachado y apuntando por encima del capó del coche hacia la pequeña casa tipo rancho.

El jardín estaba verde, pero el césped se veía demasiado alto y había muchas malas hierbas. Rodeaban la casa unos setos sin podar, con ramas que sobresalían como mechones de un mal corte de pelo. Kate no quería contratar a un jardinero, en parte, sospechaba él, para demostrarle que podía ocuparse de todas las tareas típicamente masculinas sin ayuda. Y se las arreglaba bien, pero el mantenimiento a veces se le iba un poco de las manos.

El policía se levantó, rodeó el coche y avanzó hacia la puerta principal de color rojo, la misma en la que Joe se quedaba parado, con los brazos cruzados y los ojos en blanco, mientras Kate le echaba la bronca por haber devuelto a Riley a su casa un domingo pasada la medianoche. «¿Es que no sabes que tiene un examen de cálculo mañana? ¿Y que ni siquiera ha empezado el trabajo sobre *La letra escarlata*? Está en su agenda. ¡Pero tú nunca prestas atención a lo que pasa en su vida!».

La puerta roja se abrió. El policía retrocedió y volvió a adoptar la postura defensiva, parapetado tras el coche.

Entonces Joe la vio.

Kate salía de la casa trastabillando, caminando hacia atrás.

No podía creer el aspecto que tenía. La había visto solo un par de semanas antes y, en ese momento, tuvo que reconocer que estaba tan guapa como siempre. La vida de madre soltera, que solía envejecer a la mayoría de la gente, le había sentado tan bien a Kate que incluso parecía más joven. Nunca le había preguntado si salía con alguien, pero sabía que no estaría soltera por mucho tiempo.

Pero esa que veía en el vídeo no era la misma mujer. Parecía haber envejecido veinte años en una semana. La diferencia era tan grande que Joe asumió que la habían pillado probándose un disfraz de Halloween o algo así. Lo que se veía tenía que ser producto de una peluca y del maquillaje para parecer más pálida. Siempre tuvo la piel muy blanca, que contrastaba con el pelo negro ondulado, pero tenía la cara completamente pálida. No se había peinado ni recogido el pelo. Lo tenía todo enredado y lleno de nudos.

Se giró para mirar al policía. Tenía la boca muy abierta, como si estuviera en pleno grito.

Eso no era un disfraz. Era una transformación.

«¿Qué quieres? —gritó, aunque no se dirigía al policía. Chillaba en dirección al interior de la casa—: ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí!».

«¡Policía! ¡Suelte el arma!», ordenó el agente.

Entonces Joe vio el arma en la mano de Kate. Era una pistola semiautomática ligera y negra. No pudo identificar la marca ni el modelo debido a la mala calidad de la imagen, pero se trataba de un arma pequeña, de las que pueden guardarse fácilmente en un bolso o en una funda de tobillo. Joe estaba seguro de que tenía que ser un juguete o algún objeto de la casa con forma de pistola. Kate odiaba las armas. No quería tener ninguna en casa. ¿De dónde había sacado esa?

«¡He dicho que la tire!», repitió el agente.

Kate pareció no oír ni percibir la presencia del agente. Toda su atención estaba fija en lo que fuera que había en el interior de la casa.

«¡Déjame en paz! ¡Solo quiero que me dejes en paz!». Sus gritos eran histéricos y descontrolados.

«Somos de la policía —insistió el agente, más alto todavía—. ¡Suelte el arma ya!».

Kate por fin se giró y miró al agente, al que estaba claro que veía por primera vez. Pero no se fijó en él durante mucho tiempo. Sus ojos empezaron a moverse de izquierda a derecha. Por la forma en que mantenía la boca abierta y los ojos desorbitados de miedo, estaba claro que veía algo allá donde miraba.

Rompió en sollozos y le cayó un reguero de lágrimas por la cara. Eran fruto de que acababa de darse cuenta de algo horrible.

«Ella está en todas partes… Está en todas partes», gritó Kate.

«Señora, cálmese. —El agente debió de darse cuenta de que no tenía delante a una tiradora peligrosa, sino a alguien con una alteración mental. No dejó de apuntar a Kate, pero su voz adoptó un tono de negociación—. Está a salvo. La policía está aquí. Pero necesitamos que deje el arma en el suelo».

Kate siguió ignorándolo. Miraba más allá. Su respiración y los músculos de su cara se relajaron. Una calma profunda se instaló en su cuerpo.

«Ella solo está en mi cabeza…, nada más que en mi cabeza —repitió como si fuera un nuevo mantra—. Ella solo está en mi cabeza. Ella solo está en mi cabeza».

Entonces se quedó callada. Su mirada se volvió fija y firme. Había en esos ojos una profunda determinación que Joe conocía bien. Kate se había decidido a actuar. No habría forma de convencerla de lo contrario. Y, sin dudar, se llevó el arma a la sien.

«¡No! Señora, no…», empezó a decir el agente.

¡Bang!

Joe dio un brinco al verlo.

Incluso en el vídeo distorsionado y movido de la cámara corporal, vio que la cabeza se proyectaba hacia un lado y salía un chorro pulverizado de gotas rojas por la sien izquierda, acompañadas de unos cuantos trozos más grandes de cráneo y cerebro. Contempló cómo la sangre manchaba el lateral amarillo de la casa y el cuerpo caía inerte sobre el escalón de la entrada.

La cámara se sacudió violentamente cuando el policía salió corriendo desde detrás del coche hacia el cuerpo, que estaba tirado en el suelo, en una postura antinatural, con una parte sobre el escalón de la entrada y otra sobre un arbusto.

La bilis le llenó la boca a Joe. Le dio la sensación de que el estómago y los pulmones se le habían fusionado. No era capaz de introducir aire en el cuerpo con la rapidez necesaria y, cuando lo conseguía, sentía náuseas. Se levantó. Se le olvidó que llevaba los auriculares puestos. El tirón del cable lanzó el teclado al suelo con un estruendo y le arrancó los auriculares de las orejas. Apenas se dio ni cuenta.

Mientras caminaba de un lado a otro de la habitación, se obligó a respirar hondo para calmarse. Apretó los puños y luego los aflojó. Y volvió a apretarlos. Al poco, su cuerpo se relajó. Las náuseas pasaron, pero enseguida las sustituyó una nueva emoción.

Una profunda tristeza tiró de él hacia el suelo y amenazó con sumergirlo en una oscuridad infinita. Solo quería tumbarse y cerrar los ojos.

Esa emoción también pasó.

Volvió a sentarse al ordenador y abrió los demás archivos sobre Kate.

# 19

Riley se sentía aturdida.

Su experiencia en el parque la había conmocionado. Había estado a punto de apuñalar a un equipo de fútbol de niñas, y todo por miedo a la mujer. Riley había logrado explicar su situación a la policía en el parque. Montó un buen espectáculo, llorando sin parar mientras contaba que no había podido dormir nada tras el suicidio de su madre y que había salido a dar un paseo porque necesitaba tomar el aire, pero se había quedado frita en el parque. Les dijo que el equipo de fútbol la había despertado y que se encontraba confundida y desorientada, pero que ya se había recuperado.

La facilidad con la que había mentido a los policías la sorprendió. Tal vez no se había vuelto loca. Alguien que había perdido el juicio no podía amenazar con un cuchillo a unas niñas en un parque público y luego convencer a la policía de que la llevaran a casa. Ni al hospital. Ni a la cárcel. Consiguió que sintieran lástima de ella y la devolvieron a casa de su padre.

La mujer estuvo con ella, en el coche de policía, durante todo el trayecto.

Se sentó junto a Riley y, con espasmos musculares y rechinando los dientes, hundió la cabeza entre los hombros. Hablaba de cabras y de números de teléfono, o algo así. Pero Riley la ignoró. Los

policías le dijeron que procurara descansar, esperaron a que saliera del coche y se marcharon.

La mujer entró en la casa con ella. Chilló, se abalanzó y se clavó las uñas en la cara hasta arrancarse la piel, que se le quedó pegada a las uñas. Riley intentó hacerle preguntas, pero, entre un grito y el siguiente, solo murmuraba cosas sobre armas e intersecciones de calles.

En cierto momento, sacó su teléfono y se puso a grabarla. Al menos así tendría pruebas, algo que poder mostrar a la policía o a su padre. Pero en las fotos y en el vídeo solo había imágenes del salón vacío. No había gritos ni sangre ni mujer alguna.

Después de eso, desapareció durante un rato.

Hasta cierto punto, la ausencia de la mujer ponía a Riley más nerviosa que tenerla al lado gritándole y abalanzándose. Por mucho que creyera haber dominado el miedo, se dio cuenta de que seguía sin poder dormir, comer ni hacer nada, porque sabía que la mujer podía aparecer otra vez.

Fue entonces cuando se le ocurrió que había una única forma potencialmente segura de librarse de la mujer. Una única forma de poder dormir. Una única forma de ver a su madre otra vez. Se imaginó acercando el cuchillo a la muñeca y haciéndose unos cortes cada vez más grandes y profundos, hasta que fueran lo bastante amplios como para que esa mujer saliera de su interior. Toda la oscuridad que había en ella se iría resbalando por la bañera. Y Riley sería libre.

Le parecía la única solución. Como cuando se aplicaban sanguijuelas para succionar un veneno, Riley podría drenar poco a

poco a la mujer de su cuerpo, de su mente y de su organismo. Y podría dormir. Un sueño en absoluta calma y oscuridad.

La fantasía le resultaba tan atractiva que se asustó. Llamó a su padre. Él volvió a casa enseguida, más rápido de lo que esperaba. El tiempo parecía avanzar de forma extraña esos últimos días. Riley podía permanecer durante horas sentada en silencio, mirando alrededor en busca de la mujer, y, al echar un vistazo al reloj, descubrir que solo habían transcurrido unos minutos. Otras veces, su mente estaba envuelta en una especie de neblina y, cuando algo la devolvía a la realidad, resultaba que había pasado una hora sin saber cómo.

Hacía ya mucho rato que su padre había vuelto a casa.

El tiempo la había vuelto a engañar; había pasado a toda velocidad. De repente estaba sentada con la compañera de trabajo de su padre, Hannah. La conversación fluía con ella. Le caía bien desde siempre. Aunque, precisamente por el cariño que le tenía a Hannah, esa conversación sobre su estado mental le resultaba más incómoda. Era horrible que alguien a quien respetabas diagnosticara que estabas para que te encerraran.

—¿La mujer que has visto hoy era la misma que viste anoche? —preguntó Hannah.

Riley asintió.

No la miraba, sino que tenía la vista fija al lado. La mujer que gritaba había aparecido al inicio de la conversación en la silla junto a Hannah. Había desaparecido, pero Riley seguía sintiendo su presencia. No podía definir la sensación, pero, cada vez que ella estaba cerca, notaba como una especie de «presión» que le estrujaba el cerebro. Le había llevado dos días relacionar ambas

cosas. Primero pensó que se trataba de un dolor de cabeza por la falta de sueño, tal vez por la deshidratación.

No.

Se trataba de la mujer, que abría una puerta para colarse en la cabeza de Riley.

Estaba segura de ello.

—¿Y qué hace? —continuó Hannah.

Riley se quedó callada.

—Puedes contármelo.

—Me grita. Pero, como he dejado de responder a eso, ahora intenta otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Visiones.

—¿Como qué? —Hannah se inclinó hacia ella.

Pero Riley no estaba prestando atención a su presencia.

—Riley —insistió la doctora—. ¿Qué tipo de visiones? ¿Qué hace que veas?

—A mi madre —respondió Riley.

Era cierto. La mujer ya no estaba en la silla vacía a la derecha de Hannah. Se había convertido en la madre de Riley. Y tenía buen aspecto, pensó la chica. Llevaba una de sus camisetas de tirantes color mostaza con un corazón rosa grande en el centro. Las había encontrado en oferta en Target y se había comprado cinco.

Riley no recordaba que su madre mirara mucho el dinero en el pasado, pero desde el divorcio se dedicaba a recortar cupones, a comprar ropa en las rebajas y a ahorrar, ahorrar y ahorrar.

Cada vez que sus amigas iban a su casa, a Riley le daba vergüenza que su madre siempre llevara puesta la misma camiseta,

porque parecía que solo tenía una. La teoría sobre esa frugalidad reciente que había desarrollado Silvia, la amiga de Riley, era que la madre estaba empezando a recuperar el control de su vida y quería reducir la dependencia que tenía del padre.

Aun así, ver de repente a su madre sentada a la mesa, llevando la camiseta amarilla que tanto odiaba, hizo que le atravesara el pecho un relámpago de dolor profundo. Su madre era guapísima. Riley siempre lo supo y siempre confió en tener la grandísima suerte de envejecer tan bien como ella.

Su madre solo se maquillaba para las ocasiones especiales y no se molestaba en intentar ocultar las patas de gallo que le habían salido junto a los ojos. Ni tampoco las arrugas que se le formaban en la frente y en las mejillas cada vez que su cara se transformaba gracias a una enorme sonrisa que, cuando algo le parecía gracioso, a menudo iba acompañada de una carcajada fuerte e irrefrenable.

Esas carcajadas muchas veces surgían en momentos inoportunos —durante la cena, en el cine, en el funeral del tío Dan— y Riley fulminaba a su madre con la mirada. Entonces ella intentaba contener la risa y emitía un ruido ahogado y escandaloso. Y a continuación, para mayor vergüenza de Riley, su madre se reía aún más.

La persona que veía sentada al lado de Hannah era justo como Riley quería recordar a su madre, la imagen que quería tener de ella en su mente para siempre. Con la camiseta amarilla de rebajas y todo.

Hannah se giró y miró también la silla que tenía al lado. Pero los ojos de ella siguieron mirando alrededor y examinaron la habitación

en busca de lo que fuera que había llamado la atención de la adolescente.

Al parecer, la doctora no veía nada.

Fue entonces cuando las comisuras de los labios de su madre, que sonreía, empezaron a elevarse y a tensarse. La boca de rasgos fuertes y agradables de su madre formó una sonrisa demasiado amplia y antinatural. Y la mueca llena de dientes ascendió por encima de las mejillas hasta convertirse en una sonrisa monstruosa que resultaba demasiado grande para ser humanamente posible. Se le agrandaron los ojos, cuya parte blanca se llenó de sangre, como si estuvieran inyectando pintura roja en una esfera de cristal. Y esos ojos ensangrentados miraron a Riley. La sien izquierda se desmoronó y de la herida salió sangre a borbotones, que salpicó la mesa.

Y ella se echó a reír luego con una carcajada natural y familiar, justo como Riley la recordaba. Solo que, en vez de ver las arrugas de su madre estirarse por la alegría, el sonido le llegó desde algún lugar del interior de una cabeza que convulsionaba y sangraba por los ojos y la sien.

La risa continuó. Cada vez sonaba más fuerte y más larga, mucho más de lo que Riley recordaba, como si fuera una grabación atascada en un bucle entrecortado.

Riley cerró los párpados con fuerza y agachó la cabeza.

Notó que alguien le cogía la mano. Un contacto cálido y tierno.

Era Hannah.

—Oye, el dolor por la pérdida puede hacer estragos en la mente —explicó la doctora, dándole palmaditas en la mano—. A veces, es como si en nuestro cerebro hubiera unos embalses; cada vez echamos más cosas dentro y se van llenando. Y nuestros pequeños

embalses emocionales siguen aguantando por muchas experiencias horribles con las que tengamos que lidiar. O eso creemos. Pero el dolor por una muerte es como un puto monzón. No cesa, lo llena hasta arriba, pero sigue y sigue. Entonces las presas, los diques, las represas, los muros de contención, lo que sea… Todas esas cosas que hemos construido para evitar que nuestros embalses rebosen… revientan. Y, cuando uno de ellas se rompe, las demás van detrás. Como fichas de dominó. Y puede ser devastador. Pero no pasa nada, es normal.

Riley inspiró hondo y abrió los ojos.

Su madre ya no estaba.

Pero había algo nuevo.

En el centro de la mesa se veía un bulto irregular de color morado.

La fuerte luz del comedor, que incidía directamente sobre la forma, impedía que Riley distinguiera qué era en realidad. Sus ojos necesitaron un segundo para adaptarse y, cuando lo consiguieron, distinguió un pie que sobresalía del bulto. Y después vio una mano con deditos.

Y todo encajó. Esa masa extraña, amoratada e inmóvil era —o había sido— un bebé.

Era pequeño, seguramente solo tendría unos meses. Todo su cuerpo, desde los dedos de los pies hasta la coronilla, estaba arrugado. Por la forma en que estaba acurrucado, Riley pensó que debía de tener frío. Necesitaba una manta para darle calor a ese cuerpo desnudo y frágil. Pero su piel inmóvil, moteada y morada indicaba otra cosa.

No era capaz de apartar la vista. Se quedó mirando la cara. Tenía los ojos cerrados y los labios fruncidos en una expresión perenne de

incomodidad, como si le hubieran arrebatado la vida cuando estaba en plena pataleta.

El bebé llevaba una pulsera naranja en la muñeca que destacaba sobre su piel apagada y amoratada.

Por un momento, Riley temió que, si se inclinaba para leer lo que ponía, el bebé cobrara vida, pero apartó ese pensamiento. Sentía que la mujer le había puesto ese bebé ahí por alguna razón. Para decirle algo.

Se levantó de la silla sin fijarse en la cara preocupada de Hannah, que la observaba con curiosidad. Se inclinó sobre la mesa. Había un nombre en la pulsera.

—Riley, ¿qué ocurre? —preguntó Hannah—. ¿Qué estás viendo?

—Ashley. —Riley leyó en voz alta lo que ponía en la pulsera—. Ashley… Chao. —Miró a Hannah, que tenía una expresión de total confusión en la cara.

—¿Qué acabas de decir?

—Ashley Chao —repitió Riley y volvió a sentarse—. ¿Has perdido un bebé?

Hannah tragó saliva. Se puso muy tensa, pero mantuvo el contacto visual y su voz sonó tranquila y profesional.

—Fue… hace unos diez años. Ashley tenía fiebre. Mi marido y yo la llevamos al hospital y solo veinte minutos después…, eh…, dejó de respirar. Fue devastador. Pero son cosas que pasan.

Las dos se quedaron sentadas un momento. Riley sintió que Hannah la estudiaba, así que tuvo que apartar la vista.

—¿Quién te ha contado lo de Ashley? —preguntó la doctora.

La adolescente miró hacia la mesa. El bebé ya no estaba.

—Riley —insistió Hannah—. ¿Cómo sabes lo de Ashley?

Cuando estaba a punto de responder, la puerta del comedor se abrió bruscamente y el padre de Riley entró en la habitación. Se quedó allí parado un momento, mirándolas. Su hija abrió la boca para decir algo, pero su padre cruzó la puerta y se dirigió a la mesa.

Hannah se levantó y lo saludó sin decir nada.

Los dos se miraron, ajenos a la presencia de Riley. Entonces vio que su padre le cogía la cara entre las manos a la doctora y tiraba de ella para darle un beso. La dulzura y la sensualidad de ese beso se convirtieron enseguida en una erupción de pasión. Hannah le puso la mano en los pantalones mientras él le besaba el cuello. Las manos de su padre, apresuradas y torpes, intentaban desabrocharle los botones de la blusa.

Fue abriéndolos uno a uno. Estaba ansioso. La blusa de ella le cayó desde los hombros y quedaron al descubierto su cuerpo delgado y su piel olivácea. Riley se dio cuenta por primera vez de lo atractiva que era la doctora.

Ella se soltó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Su padre le cubrió los pechos con las manos y agachó la cabeza para besarlos. Mientras le lamía los pezones con la lengua, la doctora le agarró un mechón de pelo y tiró. Eso pareció despertar en ambos una sensación pasional de urgencia.

Él se soltó el cinturón y se quitó los pantalones mientras Hannah se sentaba en la mesa del comedor y después se tumbaba. Luego apoyó los pies y los omóplatos, arqueó la espalda y levantó la cintura para quitarse los pantalones y la ropa interior negra.

Su padre ya se había librado de la camisa y se tumbó encima de ella.

La mesa tembló. Hannah gimió y rodó de un lado a otro. Sus gemidos se volvieron más fuertes y descontrolados hasta que acabó gritando: «¡Dios!», en pleno éxtasis.

Él le tapó la boca con la mano.

«Calla, vas a despertar a Riley», dijo él.

—Riley, ¿qué ves?

La voz era la de Hannah, pero sonaba serena y aséptica.

Ella parpadeó.

Su padre ya no estaba en la habitación. No había ropa en el suelo. Ni nadie tumbado en la mesa. Todo volvía a ser como antes. La doctora seguía sentada a su lado, con el ceño fruncido por la preocupación y la curiosidad.

—Has visto algo ahí, ¿verdad? —preguntó Hannah.

La chica asintió.

—¿Qué era?

—¿Tú… te acostaste con mi padre?

Hannah puso cara de absoluta sorpresa.

—¿Qué?

—Cuando era pequeña. ¿Teníais un lío?

Hannah parpadeó. Abrió la boca mientras buscaba las palabras adecuadas.

Riley tuvo una extraña revelación.

—¿Se enteró mi madre? ¿Por eso se divorciaron?

Hannah bajó la vista.

—¿Fue por eso? —insistió la chica.

—Tu padre y yo lamentamos lo que hicimos. Ashley acababa de morir. Mi matrimonio se había vuelto muy difícil y yo no estaba bien. Tu padre era y siempre ha sido un buen amigo. Me apoyó en esa

época. Y, bueno…, pasó. No es excusa, por supuesto. Fue una mala decisión. Tomamos muchas decisiones equivocadas. Y los dos lo sabíamos.

Estiró el brazo y le cogió la mano.

—Lo siento, Riley. Lo siento muchísimo —se disculpó Hannah.

Aunque ella no la oía. Esa extraña presión había empezado a latir de nuevo en el fondo de sus ojos. La mujer estaba preparando algo para entretenerla.

—¿Tu madre te contó lo de tu padre y yo? —continuó preguntando la doctora.

—No —respondió la chica mientras miraba fijamente el centro de la mesa.

—¿Oíste alguna conversación al respecto? ¿O alguna pelea cuando eras pequeña? ¿Algún comentario que hizo tu madre que estás entendiendo ahora?

—No.

—¿Esa mujer es quien te está contando todo esto?

—Me lo está enseñando.

—¿Y cómo sabe esas cosas? ¿Cómo puede saber lo de Ashley?

Riley parpadeó. En ese lapso mínimo de tiempo que tardó en volver a abrir los ojos, la mujer apareció en el centro de la mesa vacía. Las cuencas de sus ojos, de las que todavía salía sangre que le corría por las mejillas, se inclinaron para mirar a Riley. La chica quería cerrar los párpados, pero no podía apartar la mirada de esa cara pálida y de esos ojos cavernosos.

—Riley, ¿cómo puede saber esa mujer lo de Ashley? —repitió Hannah.

La boca de la mujer no se movió, pero la chica oyó su voz de todos modos. Resonaba en el interior de su cabeza.

Entonces repitió lo que le había dicho.

—Te encontró. Consiguió entrar.

—¿Entrar? ¿En dónde? ¿En mi cabeza?

Riley asintió.

—Primero, papá. Y después tú. Te ha estado vigilando. Estudiando. Buscando tu punto débil. Y luego fue a por mi madre. —Las comisuras de la boca de la mujer se elevaron—. Y ahora está dentro de mi cabeza.

La mujer sonrió a Riley.

# 20

Joe estaba sentado delante de su ordenador, enfrascado en revisar todo lo relacionado con los últimos días de Kate.

Le dolían la espalda y el cuello por estar tanto rato inclinado hacia delante. Había estado mirando la pantalla tan fijamente que llevaba varios minutos sin parpadear y le escocían los ojos porque los tenía muy secos. Al menos esa era la razón que se dio para justificar por qué, de pronto, se le llenaron de lágrimas incontrolables.

Cada email personal de Kate que leía, cada foto que veía, cada transcripción de las consultas con el médico y de las llamadas a emergencias avisando de que había alguien en su casa, cada nueva información hacía que se acercase un poco más a la pantalla, que contuviera la respiración y que avanzara cada vez con más urgencia.

Al parecer, las alucinaciones empezaron solo tres días antes de su muerte. A juzgar por sus emails y las transcripciones de las llamadas telefónicas con sus amigas, al principio fue todo bastante vago: el sonido de una voz en otra habitación, la silueta difusa de una persona que desaparecía en cuanto encendía la luz.

El lunes por la tarde llamó a emergencias. El informe del agente que acudió a la escena indicaba que no se encontró rastro alguno de intrusos ni la entrada forzada.

Había un hilo de emails entre Kate y su amiga Fran, una mujer que había conocido en clase de yoga y con la que Joe había coincidido un par de veces, en el que debatían si debía decírselo a Riley. Kate no quería preocupar a su hija, pero por seguridad aceptó la pistola que Fran se ofreció a prestarle.

A Joe se le hizo un nudo en la garganta al leer ese email. De ahí había salido el arma. Aun así, le costaba creer que Kate, precisamente, se sintiera tan vulnerable, tan aterrada y tan acosada que aceptara llevarse un arma a su casa, a un lugar donde siempre había adolescentes pasando el rato después del instituto. No tenía que leer los informes policiales ni las evaluaciones psicológicas para saber que su exmujer no era la de siempre.

No debió de dormir nada la noche del lunes. Se pasó de las dos a las seis de la madrugada en el ordenador, buscando información sobre la esquizofrenia y otras enfermedades mentales. Entró en una cantidad enorme de páginas de Wikipedia. También había búsquedas sobre demonios y seres sobrenaturales. A las 5.43, Kate, que no había pisado una iglesia en su vida, buscó el padrenuestro.

La mañana del martes fue al hospital. Según lo que había escrito el médico en su historia clínica, Kate había visto a una mujer en su casa después de que Riley se fuera al instituto. Y la vio con claridad: cara pálida, pelo largo y negro, bata de hospital y unos ojos que la hicieron preguntarse si estaría ciega, porque no paraban de girar mientras su cuerpo sufría contracciones y espasmos. En el tiempo que tardó en sacar el teléfono del bolsillo, la mujer desapareció. El médico le recetó unas pastillas para dormir suaves y la derivó a un especialista en salud mental, al que tenía que ir a ver al día siguiente.

Pero Kate murió antes de la hora de la cita.

Joe volvió atrás y releyó la descripción que el médico había anotado sobre la alucinación. Sobre la mujer.

Se quedó mirando las palabras, que eran casi las mismas que había utilizado Riley para describirla. Intentó imaginársela, pero tenía la cabeza llena de recuerdos de su trabajo. La descripción era bastante genérica. Tanto Kate como Riley podrían haber visto a una mujer así en cualquier película de terror. Los hospitales, los manicomios y, por extensión, los fantasmas que llevaban ropa de hospital eran muy típicos del mundo del terror.

Tal vez Kate, cuando era joven, vio alguna película de esas que le dio tanto miedo que la imagen se quedó grabada en su subconsciente. Y más adelante, por culpa del estrés o de la aparición de una enfermedad mental, su mente rescató ese miedo del pasado. Y era posible que le hubiera contado los detalles a Riley y que por eso su hija estaba sufriendo esas mismas visiones terroríficas.

Joe se dio cuenta de que llevaba varios minutos con la mirada fija en la descripción del médico. ¿Qué habría pasado en el comedor mientras tanto? ¿Hannah habría hecho algún progreso?

Pinchó en la imagen de la cámara.

La imagen estaba en negro.

No, un momento, era de un rojo muy oscuro.

Pinchó en la configuración, pero no pudo hacer nada y la imagen siguió igual.

Volvió a ponerse los auriculares y subió el volumen. Las voces de Hannah y Riley le llegaban con total claridad.

—¿Qué quieres decir con que nos ha estado «estudiando»? —preguntó Hannah.

—Te encontró. Te ha estado vigilando desde hace un tiempo. No sabe cuánto. Ya no entiende qué es el tiempo. Al principio solo podía observar. No podía hacer nada. Y cuando te dejaba, se olvidaba de la mayor parte de lo que había aprendido. Pero se ha ido haciendo cada vez más fuerte. Poco a poco.

—¿Eso te lo ha dicho ella?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Después de que la policía me trajera a casa. Llevo aquí con ella todo el día. A veces me dice cosas que no entiendo, pero otras habla con absoluta claridad.

—¿No me habías dicho que te gritaba?

—Antes sí. Pero ha ido encontrando su voz. Sigue fortaleciéndose.

—¿Ah, sí?

—Sí. Cada vez es más fuerte. Y quiere que lo sepas.

—¿Y qué significa «más fuerte», para ser exactos?

—Que tiene más control.

—¿Sobre qué?

—Sobre ella. Y sobre mí.

La conversación se detuvo. Joe siguió escuchando con toda su atención.

—¿Está aquí ahora? —preguntó Hannah al fin.

—Sí.

—¿Y te está contando todo esto?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la mesa.

—¿Justo delante de mí?

—Sí.

—¿Y qué hace en la mesa?

—Dice que alguien nos vigila.

—¿Se refiere a ella?

—No, otra persona. Y ella lo vigila a él.

—No lo entiendo.

—Hay una cámara. Escondida en la luz. La está mirando justo ahora.

Joe miró su pantalla, que seguía de color rojo oscuro, pero formaba un patrón. De repente lo tuvo claro: ese dibujo oscuro en espiral, rojo y blanco, no era aleatorio. Era sangre. Una cuenca ocular rajada.

El ojo parpadeó.

Joe se levantó de un salto.

El ojo se apartó. Su dueña se agachó.

Él no dejó de mirar su pantalla. Ahí, observándolo, había una cara pálida y cubierta de sangre. Tenía el pelo largo y negro, pero Joe reconoció de inmediato de quién se trataba. Solo la conocía con la cabeza rapada, pero supo al instante que era ella.

Era Bishop.

En su boca apareció una sonrisa torcida. Levantó la mano temblorosa e hizo un gesto muy leve, saludando a la cámara.

Joe se dio la vuelta y salió corriendo de la habitación.

Recorrió el pasillo.

Cruzó el salón.

Abrió la puerta del comedor.

Riley y Hannah estaban sentadas a la mesa. Las dos lo miraron cuando irrumpió así. No había nadie más. Dio la vuelta a la mesa y

se agachó para mirar debajo. Nada.

Revisó detrás de los armarios. No había nadie.

Pasó la mano por encima del centro de la mesa. Vacío.

Miró a la cámara que había en la lámpara. No estaba bloqueada.

Por lo que podía ver, estaban solos.

Por fin miró a las dos. Riley estaba sentada, imperturbable. Su cuerpo pareció relajarse, porque se recostó en el asiento y miró hacia delante.

—Se ha ido —anunció.

La expresión de Hannah era de puro terror.

Joe le hizo un gesto para que saliera con él.

—Tenemos que hablar.

Hannah se levantó de la mesa y salió con Joe al salón. Cerraron la puerta del comedor tras de sí, pero no pudieron evitar echar un vistazo a la habitación. La casa, con tantas ventanas y muebles modernos, siempre había parecido grande y espaciosa, como sacada de un catálogo. Pero en aquel momento daba la sensación de que las paredes se cerraban sobre ellos.

Joe se dio cuenta de que llevaba un rato sin respirar con normalidad. Había estado conteniendo la respiración y luego mantuvo unos jadeos rápidos y entrecortados. Intentó controlarse y se obligó a inspirar y espirar despacio, pero le resultaba imposible en esa habitación tan agobiante. Era como si esa estancia y la casa entera le estuvieran apretando una almohada contra la cara. Sin esperar a Hannah, cruzó el salón y se dirigió al exterior.

El aire frío de la noche lo relajó y lo calmó lo suficiente para poder pensar.

Hannah salió detrás de él. Sus ojos recorrieron todo el espacio, examinando cada sombra del denso y extenso bosque. En estado de alerta y sin dejar de observarlo todo, habló en voz baja.

—Creo que es una Antena —dijo con un susurro poco inteligible, intentando que la información no llegara a oídos indiscretos—. Se ha metido en la cabeza de Riley.

Joe asintió.

—Es Bishop.

—Dios, ¿estás seguro?

—La he visto. En la cámara. Hace un momento.

—Quiero verlo.

Él la miró.

—Estoy seguro de que no hay nada en la grabación. Pero era ella. Quería que la viera.

—Joder.

Los dos se quedaron en silencio, procesando ese dato.

—¿Cómo estaba? —quiso saber Hannah.

—Tenía pelo. Seguramente sea un fragmento de la imagen mental que tiene de sí misma. Y se le veían los ojos heridos, como hoy. Pero me miró fijamente. Con una puta sonrisa en la cara.

Hannah sacudió la cabeza; la incredulidad se estaba colando en su mente, por lo general muy analítica.

—No tiene ningún sentido, joder. Solo pueden observar.

—Al parecer no.

—Esto va más allá de la visión remota. Incluso de la proyección astral. Nunca hemos visto señales de que puedan comunicarse con sus objetivos. O implantar visiones. O tener impacto en las mentes que interceptan.

Joe inspiró hondo.

—Hasta ahora.

Volvieron a sumirse en el silencio mientras reflexionaban.

—Por las cosas que me ha dicho Riley, Bishop lleva años dentro de nuestra cabeza —continuó Hannah—. Sabía lo de la muerte de Ashley. Y lo de nuestra aventura…

—Joder.

—Lleva vigilándonos diez años. Riley dice que todo este tiempo ha estado limitada, pero que se ha hecho más fuerte mientras nos observaba en nuestra vida personal.

Joe apretó la mandíbula al entender muchas cosas.

—Pero… —Algo se le había ocurrido a Hannah.

—Pero ¿qué? —preguntó Joe para que siguiera.

—Si solo ha conseguido reunir la fuerza suficiente para comunicarse ahora, ¿por qué Riley? ¿Por qué no ha ido a por ti? ¿O a por mí? ¿O a por la gente que trabaja en ese maldito sitio?

Joe se quedó pensando. Se puso muy serio y sus facciones se tensaron cuando lo comprendió.

—Primero estuvo en la mente de Kate. Debe de estar tanteando el terreno. Haciendo experimentos. Con mi familia. La mente de mi hija es su rehén ahora mismo.

Hannah metió la mano en el bolsillo para sacar el teléfono.

—Tenemos que informar de esto.

—No. —Joe la agarró por la muñeca, apartándole el móvil suavemente pero con firmeza.

—Joe, Bishop se está comunicando.

—Lo sé.

—La central tal vez pueda ayudarnos.

—Ya sé qué tipo de ayuda nos puede proporcionar la Compañía.

—Venga ya… Ellos no…

—Sabes que sí, Hannah. Encerrarán a Riley para estudiarla. Y profundizarán en esa investigación todo lo posible.

—Pero nosotros estaremos ahí. Podemos protegerla.

—Desapareceremos sin dejar rastro. Ellos se encargarán de eso.

Hannah se lo quedó mirando. Joe veía en su expresión que intentaba decidir si se estaba dejando llevar por la paranoia. Entonces ella tragó saliva. Había entendido que él decía la verdad.

—Tenemos que hacer algo —insistió.

Joe miró a su alrededor.

—Seguramente ella está oyendo toda esta conversación, ¿no? A través de tus ojos o de los míos.

—Tal vez. Bueno, es probable. Si puede, seguro que lo hace.

—¿En cuántas cabezas puede entrar a la vez? —preguntó Joe—. ¿Solo en una?

—No lo sé.

Hannah se abrazó el cuerpo sin dejar de mirar a su alrededor.

—¿Puede leer la mente?

—Yo… no lo sé. No sé cómo podría hacerlo. Su capacidad está totalmente vinculada a su sistema sensorial. En todas las sesiones y pruebas, solo ha podido interceptar sensaciones.

—Hasta ahora —repitió Joe.

Hannah asintió, pensativa.

—Pero, aun así, manipula las sensaciones. E implanta visiones o alucinaciones. Eso va mucho más allá de la capacidad de leer mentes.

—También va mucho más allá hacerle daño a alguien —apuntó él.

La doctora se quedó allí en silencio, sin quitarle la razón, pero sin confirmar lo que acababa de decir.

—No deberíamos decir nada más en voz alta —afirmó Joe con una clara expresión de determinación en la cara.

—¿Qué tienes pensado? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No deberíamos hablar más de esto. Vete a casa.

—¿Qué? No.

—Lo último que necesitamos es que Aguirre se entere de que has pasado la noche aquí. No hay nada más que puedas hacer. Yo me encargo de esto.

—Joe…

—Estaremos bien. —Le señaló su coche—. Conduce con cuidado. No creas nada de lo que veas. Y no le cuentes nada de lo de esta noche a nadie.

—¿Y qué pasa con Riley y contigo?

Él se metió las manos en los bolsillos y dejó que sus músculos se relajaran un poco. Había logrado calmarse.

—Bishop puede vigilarnos, seguirnos, gritarnos y abalanzarse sobre nosotros gritando «¡bu!», pero no puede hacernos daño. —Miró a Hannah a los ojos—. Voy a hablar con ella. Con Bishop. Para ver si puedo ayudarla. Creo que es mejor que tú no participes en esto.

La doctora abrió la boca para protestar, pero la expresión de Joe decía que no había vuelta atrás, así que asintió para indicar que aceptaba su decisión.

—Haz lo que sea mejor para Riley.

Le dio la espalda y caminó hasta su coche.

Joe se la quedó mirando mientras subía al vehículo, arrancaba y salía por el camino de entrada. En cuanto estuvo lo bastante lejos, inspiró hondo el aire fresco de la noche. A continuación, se dio la vuelta y entró en la casa otra vez.

# 21

Joe se dirigió al comedor.

Se fijó en su hija, que, encorvada en su silla, miraba sin ver el patrón de la madera de la mesa, con los ojos rojos y vidriosos por el agotamiento. Se acordó de cuando tenía seis años, de aquellas dos semanas horribles después de que se rompiera la familia, aunque todos seguían viviendo bajo el mismo techo. Él pasaba todo el tiempo que podía en el trabajo, pero, cuando llegaba a casa, tarde, oía su llanto al otro lado de la puerta de su dormitorio.

Desde aquel día, había estado buscando el momento idóneo, esperando la oportunidad perfecta para sentarse con su hija y hablar de aquel momento de su vida. Aunque «hablar» no era la palabra adecuada. Lo que quería era disculparse.

Pero esa oportunidad no se había presentado nunca.

Siempre pensó que sucedería algún día.

Pensó todo eso mientras miraba a su hija. Se acercó y sacó la silla que estaba a su lado. Parecía una réplica de cera, un eco de lo que quedaba de su hija. Apenas se movió ni percibió su presencia.

Con un esfuerzo titánico, Riley giró la cabeza y posó la mirada en él. Joe había visto la muerte antes —las Antenas tenían una «vida útil muy corta», como decía el personal— y había tenido que estar presente varias veces en el momento de cerrar la bolsa de plástico

negra con la que envolvían los cadáveres. Siempre le llamaban la atención sus ojos. Ese vacío. Su hija tenía exactamente la misma expresión en los ojos. Pero al verlo se le llenaron de lágrimas.

—Ella es de tu trabajo, ¿verdad?

—Ya sabes que no puedo hablar de mi trabajo.

—¡Que les den a las normas, papá! Jamás te he hecho una pregunta sobre eso. No estás nunca en casa. Todo es un secreto. Aparece todo un puto ejército cuando salta la alarma. ¿Y sabes lo que dice? Que es tu prisionera. Que la torturas, y también a otros. Que va a hacer que me suicide si no la sueltas.

—¿Dónde está? —preguntó Joe con voz tranquila.

—Se ha ido.

—¿A dónde?

—¡Yo qué coño sé! Dímelo tú. Algo la arrastra sin parar a donde está su cuerpo.

—No puede hacerte daño —aseguró—. Solo puede observar.

—¿Quién es?

—No lo sé.

—Por favor.

Joe miró la habitación vacía.

—Necesito saberlo, papá. ¿Qué está pasando?

Él suspiró.

—Cuando nos llegan, están totalmente sedados. No llevan ropa y les han rapado el pelo. Si alguno tenía algún tatuaje o alguna marca, la han eliminado o tapado antes de enviarlos. No sé de dónde viene ninguno. No sé cómo entraron en contacto con la Compañía. Lo único que sé es su sexo y su número de identificación. Ella es la Antena 201. Nosotros le hemos puesto un nombre: Bishop.

—Bishop… —repitió su hija, casi sin creer que por fin podía ponerle nombre a esa cara que gritaba.

Con la mano en el hombro de Riley, Joe echó un vistazo al comedor otra vez. Después volvió a centrarse en su hija. Su voz era serena y sincera.

—Bishop fue una de las primeras en llegar. Eso fue hace diez u once años. —Bajó la vista, un poco avergonzado por lo que estaba a punto de decir—. No suelen vivir más de dos.

Miró a Riley, que apenas se movió. La habitación estaba muy silenciosa.

—Las tenemos en celdas en las que se libera un gas nervioso especial —continuó—. No entiendo nada de su composición; tenemos a un especialista que se encarga de eso. Sustituye el oxígeno del cuerpo para mantener todos los órganos funcionando y la sangre circulando. Todo funciona con normalidad, excepto su sistema nervioso. El gas desactiva la capacidad cerebral de procesar las estimulaciones sensoriales. No ven nada. No oyen nada. No sienten nada. Nada vincula su cerebro con el mundo físico. Su mente está en completa oscuridad.

—¿Y por qué les hacéis eso? —preguntó Riley.

Su padre suspiró.

—Es… difícil de explicar.

—Cuéntamelo.

La miró.

—Por favor —insistió su hija.

Él inspiró hondo.

—Cuando la Planta aún estaba en construcción, salí a tomar unas copas con uno de los chicos de la Compañía. Un tío muy majo. Era

mayor que yo; ahora tendrá más de sesenta. Se llamaba Matt, aunque no creo que fuera su nombre real. Matt era simpático, divertido; resultaba agradable trabajar con él.

Riley lo escuchaba sin decir nada.

Joe se mordió el labio e hizo una pausa antes de continuar.

—Pero siempre se veía una especie de vacío en sus ojos. Creo que nunca llegó a ser empleado del Gobierno o del Ejército, pero había hecho trabajos de construcción para todas las oficinas y departamentos que se te ocurran. Era un tío estupendo. Había hecho mucho por el país. Conocía a todo el mundo. Pero… siempre me dio la sensación de que, en el fondo, no le importaba nada ni nadie. Era un verdadero sociópata, solo que formaba parte del equipo de los buenos.

»Matt y yo empezamos a salir a menudo a tomar algo después del trabajo. Nos hicimos muy amigos, o al menos todo lo que se puede ser de un tío como ese. Tú tendrías un año o dos entonces. Pensé que ser amigo de alguien como Matt sería beneficioso para mi carrera. Él bebía mucho, así que eso era lo que hacíamos: salir y beber. Todas las noches. Fines de semana, días laborables: no importaba. Hablábamos, hacíamos el tonto y me contaba historias de su vida.

»El caso es que Matt un día me contó una historia. No me dio nombres, hechos, ubicaciones ni fechas concretas. No hay forma de corroborarlo. Si quisiera llevarlo a los tribunales, diría que es mentira, y no hay forma de demostrar otra cosa. Pero yo lo creí. Estoy seguro de que estuvo allí.

»En los años setenta, la CIA estuvo experimentando con todo tipo de torturas. Métodos de interrogatorio forzado y ese tipo de cosas,

lo que fuera para conseguir que los presos cantaran y lo soltaran todo. Estamos hablando de ahogamientos, confinamiento en espacios reducidos, privación del sueño, inyecciones de LSD…, lo que se te ocurra. Y una cosa que probaron fue la privación sensorial extrema. Encerraban a la gente en una habitación en total oscuridad y silencio. Durante días, semanas o incluso meses. Eso es devastador a nivel psicológico. Sin estimulación sensorial, el cerebro pierde el control. Como forma de interrogatorio, tenía un efecto limitado, pero arrojó otros resultados interesantes.

»Hubo un chico al que mantuvieron encerrado durante más de un año. Tendría veintipocos cuando lo detuvieron. No sé los detalles, solo que el chico era el chófer o el asistente personal de alguien en quien el Gobierno estaba muy interesado. Secuestrar a ese chico fue un enorme logro de inteligencia. Llevaba con ese hombre casi toda la vida. Había compartido con el malo todas sus experiencias personales.

»Pero le era muy leal, casi como si fuera su hijo, por lo que decían. Estaba tan comprometido con su jefe como consigo mismo. No importaba lo que le hiciera la CIA, que no quería hablar. No les daba ninguna información.

»Lo mantuvieron retenido y sin juicio durante mucho tiempo. La mayoría de los analistas de la CIA estaban seguros de que el malo sabía que ellos tenían a su chico y que ya se habría adaptado y cambiado todas sus rutinas. Y el muchacho había aguantado tanto que la CIA entendió que cualquier cosa que dijera ya no les serviría de mucho.

»Pero no querían liberarlo. Y llevaba tanto tiempo en prisión que llevarlo a juicio a esas alturas daría una muy mala imagen. Así que

mi amigo Matt lo mantuvo retenido en una cámara de privación sensorial. Lo encerró y tiró la llave.

»El chico se lo tomó con tranquilidad durante los dos primeros meses. Pero según se acercaba al año, supongo que se volvió un poco loco. Empezó a gritar y a clavar las uñas en las paredes. A esas alturas de la historia, yo ya no sabía si Matt se lo estaba inventando o era real, pero, según él, el chico empezó a comerse las heces. Y a embadurnarse con ellas. Quería saborear, sentir, oler algo.

»Al final, Matt decidió probar con él un nuevo fármaco. Acababan de desarrollarlo, seguramente en el mismo laboratorio que producía LSD a gran escala. Acabó de desconectarlo del todo de sus sentidos. Convirtió al chico en un vegetal.

»A Matt le pareció estupendo. En vez de tener que construir cárceles complejas, ese fármaco suponía que podían retener, incapacitar y torturar a toda la gente que quisieran desde la comodidad de una habitación de hospital. Así que siguió suministrándole el fármaco indefinidamente. Quería saber cuánto podía soportar el cuerpo. Pero entonces ocurrió algo.

»Cada vez que le desconectaban el gotero para ponerle una nueva dosis, el chico empezaba a balbucear. Nadie le dio importancia durante meses, porque no se le entendía; era todo un galimatías. Pero sí detectaban palabras aquí y allá. Cuando Matt comenzó a grabar esos momentos de balbuceo, se dio cuenta de que el chico describía cosas y proporcionaba datos aleatorios: la marca de un coche, la comanda de una comida, el nombre de alguien.

»Matt y sus compañeros completaron con esos pequeños detalles algunas lagunas en la información que habían recopilado sobre el malo. Encajaban. Pero pronto vieron que algunos de esos detalles

eran datos que el chico no podía conocer, porque ya llevaba fuera de circulación dos años. Ya no podía saber nada de la vida ni de las rutinas de ese hombre.

»Pero se demostró que la información era buena. La utilizaron para atrapar al malo. Los llevó hasta él. No sé si lo mataron, lo detuvieron o qué, pero Matt aseguró que lo atraparon. También me dijo que, si no hubieran llegado hasta él cuando lo hicieron, estimaban que, solo tres meses más tarde, habrían muerto ochenta soldados estadounidenses. No sé dónde ni cómo, pero eso fue lo que me dijo.

»Ese chico fue capaz de meterse en la cabeza de su antiguo jefe y ver, oír y sentir lo mismo que él. En la recopilación de información de inteligencia tradicional, cuando se escucha la llamada de alguien o se lee un telegrama, se denomina «interceptación». En la actualidad, evidentemente, todo el que sabe que tiene una diana en la espalda utiliza líneas seguras y no transmite ningún detalle de ninguna forma que pueda interceptarse. Todos usan teléfonos desechables, tablones de mensajes en la web oscura y aplicaciones de encriptación. No es fácil ir por delante de los malos. Siempre estamos jugando al gato y al ratón. Pues, por puro accidente, Matt y su equipo habían descubierto una forma de interceptar los detalles más íntimos de la vida de sus objetivos. Podían obtener información de maneras que no podían detectarse.

Joe se dio cuenta de que en su voz se notaba cierta admiración. Carraspeó y continuó:

—Eso fue en los años setenta. Fue a principios de los ochenta cuando todo se desarrolló. Matt mencionó a Carter unas cuantas veces y a Reagan un par más. Me dijo que era demócrata y que votó

por Reagan. Sea como sea, la investigación pasó de la CIA al Ejército y de ahí a contratistas privados. Estuvo pasando de mano en mano entre ellos durante varias décadas. A estas alturas todavía no sé quién es responsable de qué, quién creó qué ni quién tiene la patente. Ni siquiera sé para quién trabajo yo. Sé que suena a evasiva, pero es cierto.

Como se había desviado un poco al contar la historia, Joe volvió a mirar a Riley para ver su reacción. Lo miraba con expresión confusa.

—¿Qué pasó con Matt? —preguntó Riley.

—Se fue a hacer otros proyectos en los que le pagaban más. No sé a dónde ni qué. La gente como Matt siempre está moviéndose y siempre cae de pie.

—¿Y el chico?

Joe miró al suelo.

—Estoy bastante seguro de que está muerto. No duran mucho.

Se dio cuenta de que se estaba revolviendo en el asiento. Miró a su hija otra vez y la encontró esperando con expectación a que continuara.

—Para cuando llegan a nosotros, llevan administrándoles el gas solo Dios sabe cuánto tiempo. Estoy bastante seguro de que ya casi han perdido la cabeza del todo a esas alturas. No creo que tengan ni idea de quiénes son ni por qué están donde están. Cuando la privación sensorial se prolonga, entran en un estado casi animal. Clavan las uñas por todas partes. Y gritan.

—Ella dice que le duele —apuntó Riley.

Joe asintió. Sabía exactamente de qué hablaba.

—Se llama «sintonización». El primer chico conocía íntimamente a su jefe, tal vez mejor que a sí mismo. Pero alguien en alguna parte

descubrió que a esa gente se la podía «sintonizar» con cualquiera. Así que, para tener acceso a esa capacidad, les retiramos el gas. Y recuperan todos sus sentidos de golpe. Es… doloroso.

—¿Y de dónde vienen? —preguntó Riley.

Joe negó con la cabeza.

—Nadie me lo cuenta y yo no pregunto. Antes tenía curiosidad, pero me he obligado a dejar de especular. Siempre he querido pensar que eran soldados enemigos capturados, como ese chico. Pero no estoy seguro. Pueden ser sintechos. O veteranos. O… —Bajó la vista de nuevo. No lo podía evitar—. O gente normal. Sea como sea, de lo que estoy seguro es de que son personas que la Compañía puede hacer desaparecer.

—Ella ha dicho que me va a matar. Como a mamá.

—Ella no mató a tu madre.

—Pues dice que sí.

—Tu madre se suicidó. Bishop la presionó, pero tu madre no sabía lo que tú sabes ahora. Y tú eres más fuerte. —Le apretó las manos —. Riley, mírame.

Ella obedeció.

—Está en tu cabeza, pero no puede hacerte daño. No puede hacer nada.

—No puedo ignorarla.

—Aguanta. Sé fuerte.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Riley.

—Quiero que pare.

—Aguanta hasta mañana. Tu padre se va a encargar de esto.

# 22

El sol de la mañana le dio en la cara a Joe. Se desperezó, un poco sorprendido de haber podido dormir.

Le dolían el cuello y la espalda por las malas posturas en las que había tenido que pasar la noche en la butaca reclinable del salón. Tenía la intención de permanecer despierto, leyendo o hablando con Riley, pero conforme avanzó la noche, Riley se quedó callada. Se dio cuenta de que ya solo le contestaba con un asentimiento o un encogimiento de hombros. Intentó remediarlo manteniendo una conversación lo más trivial posible.

«¿Qué tal el sóftbol?».

«¿Sales con algún chico?».

«¿Quieres que algún día hagamos juntos el High Knob Trail?».

Con cada pregunta que hacía, se avergonzaba un poco más. No eran las preguntas correctas. Ni tampoco las conversaciones. Ni el momento adecuado. Él también lo sabía, pero cada vez que abría la boca para disculparse —por todo, por las cosas horribles que ella estaba soportando a causa de su trabajo—, le salía una pregunta tonta sobre deportes, cultura popular o estatus social en el instituto.

Qué conversación más estúpida.

Pero no podía evitarlo.

Al final, perdió la noción del tiempo. Cuando los dos se quedaron allí sentados en silencio, escuchando el zumbido del motor de los electrodomésticos, se le cerraron los ojos y se durmió.

Soñó con Kate esa noche. Ella quería presentarle a una amiga suya en una barbacoa, pero él le dijo que no. En vez de ir con ella, recorría una gran superficie en busca de un televisor para ver los Juegos Olímpicos de Invierno. En el sueño, eso tenía sentido para él. Era la primera y quizá la única vez en que se iban a emitir el Cuatro de Julio y no quería perdérselos, sobre todo por tener que pasar el rato hablando con alguna amiga idiota de Kate que a él le daba completamente igual y que seguro que no volvería a ver nunca.

Joe deambulaba por la tienda y la amiga de Kate lo seguía para presentarse. Mientras él daba vueltas por allí, intentando esquivarla, ella se metió en una cámara frigorífica, pero se le cerró la puerta y quedó atrapada. Joe podría haberla sacado, pero pensó que sería más fácil esperar a que muriera y luego esconder el cadáver.

Se pasó el resto del sueño llenando de helados esa cámara para que nadie viera a la amiga congelada de Kate.

Todo tenía sentido en su momento, como suele pasar en los sueños.

En cuanto se despertó, tomó nota mental de que debía recordarlo. Kate, o su versión del sueño, le había susurrado unas palabras al oído. Eran importantes. Una advertencia. Se lo dijo mientras él intentaba ocultar el cuerpo de su amiga. Se acercó a él en la sección de congelados, le rodeó el hombro con un brazo, como hacía siempre, y se acercó tanto que le rozó la oreja con la nariz. Entonces dijo…

Joder, ¿qué le había dicho?

Todo el sueño desapareció de repente en algún recoveco de la mente de Joe.

Adiós.

Y lo sustituyó un pensamiento sobre cuánto le dolía el cuello.

Devolvió el respaldo de la butaca reclinable a su posición normal, se giró y vio a su hija adolescente abrazándose las piernas contra el pecho. Tenía los ojos abiertos como platos y miraba fijamente, como si estuviera en trance, las noticias matinales en la televisión. Las tenía sin sonido, aunque, de todas formas, no parecía estar atenta a las imágenes. Las miraba como si fueran la fogata de un campamento: una luz en movimiento que hipnotizaba.

Con cierto esfuerzo, apartó los ojos de la televisión y miró a su padre.

—¿Está aquí? —preguntó Joe, revisando el salón.

Riley negó con la cabeza.

—¿Cuándo la has visto por última vez?

—Hace unas horas. —Sus palabras sonaron neutras, como si no tuvieran que ver con la dura realidad que llevaba viviendo las últimas cuarenta y ocho horas—. Seguro que vuelve pronto. Y vendrá con algo nuevo.

Joe se volvió para mirarla de frente.

—¿Qué quieres decir con «algo nuevo»?

—A eso de las tres, me entraron unas ganas desesperadas de hacer pis. Cuando me estaba lavando las manos, entraste tú al baño.

—¿Yo?

—Intentaste que me tomara pastillas para dormir. Muchas.

—No era yo.

—Me gritaste y me insultaste. Me dijiste que, por mi costumbre de desobedecer, se estropearon las cosas en esta casa. Que todo fue culpa mía. Que si te hiciera caso y me tomara las pastillas, eso lo resolvería todo.

—Riley, te juro que no era yo.

—Me lo supuse.

Él se levantó de la butaca y se sentó a su lado. Ella no lo miró; movió la cabeza para poder ver las noticias sobre el tráfico.

—¿Te tomaste las pastillas? ¿Tenemos que llamar al hospital?

—No. Salí del baño y vi que seguías dormido en la butaca.

—Gracias a Dios.

—Luego me dio sed, así que fui a la cocina. También intentó engañarme ahí.

—¿Qué pasó?

—Bebí agua. Entonces vi una araña subiendo por mi mano. Me hizo un agujero en la piel y se metió dentro. Fue ascendiendo hasta la muñeca; veía la protuberancia que se formaba cuando se movía. Sentía su contacto. Estuve a punto de coger uno de los cuchillos para sacármela de la muñeca. Salí de la cocina, volví al sofá y esperé a que la araña desapareciera. Estuvo paseando por debajo de mi piel durante una hora. Entonces se desvaneció.

—Ignóralo. Ignóralo todo.

Riley suspiró.

—Lo he hecho. Incluso cuando se ha incendiado la casa.

—¿Se ha quemado la casa?

—Sí. Algo se prendió en el dormitorio. Todo se llenó de humo y, de repente, había llamas por toda la casa. Intentaste que saltara por la ventana, diciéndome que no pasaría nada. Como no me movía,

trataste de cogerme en brazos. Se te prendió el dobladillo de los pantalones y no podías apagarlo, así que gritaste pidiendo ayuda. Te vi quemarte vivo. Pero no me levanté. Cerré los ojos y, cuando volví a abrirlos, todo había vuelto a la normalidad.

—¿Y por qué no me has despertado?

Ella siguió mirando al vacío.

—¿Qué podrías haber hecho?

Joe la rodeó con su largo brazo.

—Sientes que estoy aquí, ¿verdad?

Ella asintió.

—Soy real. Soy tu padre. Puedes confiar en mí. Voy a acabar con esto. La voy a liberar.

—¿Cómo?

—Deja que me encargue yo de eso —dijo. Notó que se le erizaba el vello y le dolía un poco la cabeza. Supo enseguida que ella estaba ahí, observando—. La voy a ayudar. Le daré lo que quiere.

A pesar de sus intentos de llamar la atención de Riley y de que lo mirara, ella agachó la cabeza y fijó la vista en el suelo. No le quedaban fuerzas. Su niñita no creía que su padre pudiera arreglar la situación.

Quería consolarla, contarle su plan. Llevarla con él para que viera a ese demonio en carne y hueso y se diera cuenta de que esa criatura que la había estado atormentando no era más que un humano en un estado muy frágil.

Pero no podía.

Porque Bishop estaría mirando y escuchando esa conversación.

—No te levantes de este sofá. Pase lo que pase. Voy a hablar con ella. Encontraremos una solución y volveré enseguida.

Entonces abrazó fuerte a su hija. Ella se dejó hacer sin responder, sin moverse, como si fuera una muñeca, dócil y vacía. Una parte de él se desgajó nada más soltarla, como si la conexión táctil que les daba a ambos el abrazo fuera la única línea de vida que le quedaba a Riley.

Cada fibra de su ser le decía que agarrara a su hija, la metiera en la camioneta y pisara a fondo el acelerador. Que huyeran juntos.

Pero sabía que no podía.

Si no los encontraba la Compañía, lo haría Bishop. Los encontraría fueran a donde fueran. Tanto si se marchaban a las montañas de Pakistán como a los búnkeres de Moscú o a los pisos francos de Medellín, lo haría; podía localizar a cualquiera. Era Joe quien la había entrenado para conseguirlo.

Se levantó del sofá y miró a su niñita con nostalgia. Esperó por si ella levantaba la vista y lo miraba también, para que pudiera ver y sentir su amor por ella y la vergüenza por todo lo que la estaba haciendo pasar. Pero notó que su expresión transmitía la angustia torturada de su corazón; ella la vería y así sabría que le estaba suplicando perdón con la mirada.

Riley no apartó la vista del suelo. Una visión de túnel autoimpuesta para bloquear cualquier otra imagen aterradora que pudiera aparecer en el salón en ese mismo momento.

—Te quiero, Riley —dijo Joe.

Ella no respondió.

—Cuídate —añadió él. Se giró y fue hacia la puerta.

Iba a trabajar.

A ver a Bishop.

# 23

Joe aparcó la camioneta en la Planta.

Pasó por todos los filtros de seguridad del vestíbulo sin levantar sospechas y saludó a los chicos que estaban de servicio con un «¡Feliz miércoles!». Cuando llegó a la garita de Tyler, redujo el paso y forzó una sonrisa amistosa. Dio unos golpecitos al cristal con los nudillos y el jefe de seguridad lo miró.

—Buenos días, Joe. ¿Todo bien en casa?

—Oh, sí, sí, sí. Riley no está en su mejor momento, pero es una campeona. Una chica dura. Podrá con ello.

—Seguro que sí. Tiene un buen sistema de apoyo.

Joe asintió. Miró alrededor para asegurarse de que no había otros guardias cerca y se acercó al cristal.

—¿A qué hora se fue el pez gordo anoche?

—A eso de las siete. Kevin lo llevó a la Casa X.

La Casa X era una casita espaciosa que no estaba muy lejos de la vivienda de Joe. Era donde alojaban a todos los vips que llegaban de Washington para alguna sesión de sintonización importante. Joe odiaba esas grandes ocasiones en las que unos cuantos hombres trajeados, cuyo sueldo era demasiado alto, lo miraban por encima del hombro mientras le hacían preguntas estúpidas o tomaban notas inútiles. La Casa X estaba bien surtida, así que los vips podían

entretenerse con las bebidas más caras durante toda la noche. No importaba lo rico o importante que fuera alguien, porque todos perdían los papeles si había alcohol gratis, así que, a la mañana siguiente, aparecían muy dóciles y con una buena resaca para presenciar la siguiente sesión de sintonización. Senadores, generales, secretarios de Estado, titanes de la industria… Funcionaba con todos.

Excepto con hombres como Aguirre.

Si alguien como él se alojaba en la Casa X, significaba que tenía la intención de volver a la Planta temprano, alerta y bien descansado. Si no, se habría vuelto a casa al salir de allí.

Joe asintió.

—Oye, Tyler, después del ataque y de la lesión que Bishop se ha provocado, ahora mismo no estamos dando muy buena impresión. Quiero que traigas aquí a todos tus hombres y los sitúes en el vestíbulo. Que este lugar parezca muy seguro, como si lo tuviéramos todo bajo control. Para que lo vea Aguirre cuando llegue.

Tyler abrió la boca para protestar.

—Mira, conozco a Aguirre —añadió Joe—. Sé cómo piensan los tíos como él. Si ve una fuerte vigilancia, se quedará tranquilo. Es psicológico. Solo tienes que traer al vestíbulo a todos tus hombres.

Tyler se mordió el labio. Pero al final asintió.

—Hecho, Joe.

Chocó el puño con el cristal y se fue hacia el ascensor.

Bajó al nivel uno.

¡Ping! Las puertas se abrieron y Joe pasó por delante del cartel, el de «Haz tu trabajo para que ellas estén seguras». Llegó a la primera puerta del pasillo y entró al comedor del personal.

Era un lugar de reunión estándar donde comían, celebraban cumpleaños y de vez en cuando se congregaban todos los que trabajaban allí. Solo había unas cuantas mesas, una fuente de agua y una cocinita. Antes le hacía gracia que alguien hubiera colgado en la pared un cartel de la Administración de Seguridad y Salud en el Trabajo en el que se podían leer todas las leyes estatales y federales relativas al ámbito laboral. En teoría, las denuncias anónimas debían recibir protección, aunque Joe y todos los que trabajaban allí sabían que, en la práctica, eso no ocurría. Esas leyes no se aplicaban a los trabajadores de la Planta.

Había varios celadores y técnicos alrededor de las mesas, tomando café y charlando sobre programas de televisión o de deportes antes de que empezara su turno. No sabía por qué, pero los grupos tendían a organizarse por departamentos. Todo el mundo era amable, pero era raro que los de medicina se mezclaran con los de seguridad. Y nadie quería tener nada que ver con los de limpieza.

Por esa razón, pese a que Joe estaba seguro de que en realidad no se caían bien, casi siempre se podía encontrar a los dos operadores de control, Chuck y Tariq, pasando el rato juntos.

Ambos estaban al lado del microondas, esperando a que Chuck calentara un plato de espaguetis para desayunar. Mientras tanto, el operador aprovechaba esos minutos para poner al día a su colega más joven sobre los detalles de las conspiraciones gubernamentales.

—Lo único que digo —insistía Chuck, que levantó la voz para evitar las interrupciones de su colega— es que, si ves el vídeo, es evidente que los edificios no se caen así. ¿Has jugado alguna vez al Jenga? ¿Cuándo fue la última vez que una torre de Jenga implosionó? Nunca. Siempre se derrumba hacia un lado.

—¿De verdad estás usando el argumento del Jenga, tío? —repuso Tariq—. Sabes que las torres de cien pisos no se construyen con bloques de madera que se van alternando, ¿no?

—¿Y la Operación Northwoods?

—¿Qué pasa con ella?

—Hay pruebas documentales de que el Gobierno planeaba un ataque contra civiles estadounidenses como un falso pretexto para bombardear a Castro. El incidente del golfo de Tonkín. El Lusitania. Todo falso. Pero sirvieron para empezar guerras. Esas cosas funcionan, bro.

—Primero, no me llames «bro». Segundo, la única teoría de la conspiración de ese día que antes me creía era que derribamos ese avión en Pennsylvania.

—Claro que sí.

—Hasta que oí las grabaciones de la NORAD y de la torre de control aéreo de la Administración Federal de Aviación.

—Falsas.

—Y la triste y aterradora realidad es que, a pesar de que esa mañana llevábamos horas sufriendo un ataque, el Gobierno, incapaz de establecer una comunicación eficaz, estaba demasiado desunido, desorganizado y desarmado como para derribar ese avión.

Chuck soltó una sonora carcajada.

—Cuando sacamos los cazas, algunos salieron a sobrevolar el Atlántico sin armas.

El mayor de los dos hombres negó con la cabeza, y con la mano hizo el gesto de blablá.

—Fíjate, la mano izquierda del Gobierno no puede conseguir que la derecha arregle el urinario que pierde agua del baño que hay al

otro lado del pasillo —afirmó Tariq, señalando la ubicación de los servicios—. ¿Cómo iba a montar algo tan complejo?

—Piensas en pequeño, niñato. Todo es parte de un plan mayor.

—Pues ese plan mayor necesita una subsección en la que se hable de arreglar urinarios. Ese chisme está desperdiciando miles de litros…

—De agua fluorada. Se lo agradecerás cuando entres en razón —interrumpió su compañero.

Tariq abrió la boca para contradecirlo.

—Caballeros —intervino Joe—, hoy haremos un reinicio total del sistema.

Todos los argumentos y contraargumentos que tuvieran guardados para seguir con la conversación se desvanecieron al instante. Los dos se giraron y miraron a Joe.

—¿De todo el sistema? —repitió Chuck.

—Sí. No es aceptable que hayan sucedido dos accidentes en dos días. Hay algo mal en el sistema. Vamos a apagarlo y a iniciarlo de cero. Y cuanto antes, mejor, para que estemos a pleno rendimiento cuando llegue Aguirre.

—Pero…, eh… —empezó a decir el operador mientras sacaba el plato de espaguetis del microondas y se los llevaba a la boca con un tenedor—. Habrá que desconectar todos los transmisores y apagar el equipo de seguimiento.

—Soy consciente.

—Pero todavía nos están llegando interceptaciones de la sesión de Bishop de ayer. He estado mirando la transcripción del turno de noche y tiene las ondas cerebrales como locas. No deja de murmurar cosas.

—No es una petición.

Y, sin esperar a oír más protestas o excusas, Joe les dio la espalda y se fue hacia la puerta. Cuando casi había llegado, se abrió y Hannah entró en la sala. Los dos se miraron. Las ojeras y los mechones de pelo sueltos y alborotados revelaban que había pasado la noche sin dormir. Fue hacia él.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó en voz baja.

Joe le sonrió.

—Buenos días, Hannah. Feliz miércoles.

Y, sin más, abrió la puerta y salió al pasillo.

Fue directo a su despacho.

Cerró la puerta, inspiró hondo varias veces para tranquilizarse, se sentó a su mesa y esperó.

La habitación estaba en silencio.

Desde el pasillo le llegaba alguna conversación ocasional de alguien que pasaba, acompañada del ruido de puertas que se abrían y cerraban. Solo había momentos puntuales de sonidos que interrumpían el omnipresente silencio de la sala. Joe supuso que una de esas puertas y alguna de esas conversaciones en voz baja corresponderían a Chuck y Tariq en su camino de la sala de descanso al centro de control.

Ocurriría en cualquier momento.

Se preguntó si Bishop estaba viendo todo eso a través de sus ojos.

Tenía que saber que algo estaba pasando.

¿Pero sabría qué?

Mantuvo la respiración controlada y fijó la vista en el gran reloj digital de la pared. Dios, a ver si el operador se daba prisa. Joe

quería acabar con eso antes de que Aguirre cruzara la puerta principal. Iba a llamar al operador para meterle prisa, pero decidió que resultaría fuera de lugar. Durante diez años, Joe había demostrado ser un supervisor que solo necesitaba dar las órdenes una vez para que su equipo las obedeciera. No había necesidad de romper esa dinámica.

El reloj marcó el paso de un minuto sin hacer ruido: 7.31.

Por mucho que intentara mantener la respiración tranquila, el sonido de su propio aliento le saturaba los oídos. Era lo único que oía. Al menos, si Bishop estaba allí, ella tampoco oiría nada más.

Pasó otro minuto: 7.32.

¡RIIING!

Sonó el teléfono que había en la mesa y Joe se sobresaltó. Le tembló la mano al cogerlo.

—Aquí Gerhard —dijo con el tono más firme que logró adoptar.

Oyó la voz de Tyler.

—Hola, Joe. Me acaban de avisar desde el centro de control de que vamos a hacer un reinicio total del sistema.

—Correcto.

—Por protocolo, durante el apagado del sistema, tengo que situar un equipo en el nivel dos para vigilar a las Antenas.

—Ignora el protocolo, Tyler —contestó Joe.

—Pero…

—Esas normas no tienen sentido. ¿Qué demonios se supone que van a hacer tus chicos si las Antenas hacen algo raro? No son médicos. Eso es una de esas mierdas burocráticas que la central impone, pero que no tienen ninguna utilidad. Ellos ni siquiera saben que esos protocolos existen. Que les den. Que tu equipo

permanezca en el vestíbulo como demostración de fuerza para Aguirre. A él todo lo demás se la trae al fresco.

—Sigo pensando…

—Es una orden, Tyler. Si alguien te dice algo, échame la culpa a mí.

Hubo un largo silencio.

—Como quiera, jefe. Mantendré a los chicos en el vestíbulo.

—Bien. El noventa por ciento de este trabajo son chorradas políticas, Tyler, te lo aseguro.

—Cierto. Hablamos pronto, Joe.

Los dos colgaron.

Joe se quedó sentado a su mesa en silencio un minuto más.

El intercomunicador emitió un pitido y la voz de Chuck resonó por toda la Planta:

«A todo el personal, al habla el centro de control. Vamos a proceder a un reinicio total de todos los sistemas de diagnóstico, vigilancia y seguimiento de las interceptaciones. Todos los equipos integrados en los sistemas mencionados quedarán temporalmente desconectados».

Ese era un aspecto que solo unos pocos en la Planta conocían, y Joe era uno de ellos. Como la construcción original iba fuera de plazo y se había pasado de presupuesto, a algún diseñador se le ocurrió una idea estúpida. El proceso de supervisión de las Antenas y de grabación de las interceptaciones requería instalar cámaras en toda la Planta. Lo mismo ocurría con el sistema de seguridad.

Lo normal habría sido instalar dos sistemas completamente separados e independientes. Pero el contratista imbécil creyó que ahorraría tiempo y dinero conectando el sistema de seguridad

interno al complejo mecanismo de las Antenas. Aunque había mucha gente supervisando el proyecto, nadie se paró a pensar si era una buena idea. Lo único que importó a todo el mundo fue el razonamiento del diseñador: el sistema de uso compartido era más barato, más rápido y funcionaba bien.

Pero…

Significaba que, durante un reinicio total, se producía la desafortunada consecuencia de que también se apagaban todas las cámaras de seguridad y el equipo de grabación. Y solo unas pocas personas lo sabían.

Tyler era una de ellas. Chuck, otra.

Y Joe también lo sabía.

«Durante el transcurso del reinicio, todo el personal debe dirigirse a las ubicaciones seguras comunes —continuó el operador por el intercomunicador—. Se suspende el uso del ascensor. No será posible acceder a la superficie. Repito: la Planta va a entrar en modo de confinamiento. El reinicio comenzará en cinco minutos».

Joe oyó el ajetreo en el pasillo cuando el personal obedeció y dejó lo que tenía entre manos. Se levantó y fue al archivador. En su trabajo tenía prohibido guardar en papel la mayoría de los archivos —los electrónicos tenían fechas de borrado automático—, así que ahí almacenaba sobre todo material de oficina necesario, como las regletas de enchufes y los cables USB.

Y también una máscara y una bombona de oxígeno de repuesto.

Era como el equipo que usaban los bomberos para entrar en un edificio lleno de humo. Se lo habían entregado a Joe por si surgía una emergencia por una fuga de gas que afectara a toda la Planta.

En todos los años que llevaba trabajando allí, nunca había tenido que usarlo. No sabía si aún funcionaría.

Dejó de oírse movimiento al otro lado de la puerta de su despacho. Parecía que todo el mundo había llegado a donde tenía que estar.

La voz de Chuck resonó de nuevo a través del intercomunicador:

«Reinicio del sistema en diez…, nueve…, ocho…, siete…, seis…».

Joe se colgó la bombona de los hombros, cruzó el despacho y esperó con la mano en la puerta.

«Cinco…, cuatro…, tres…, dos…, uno… Reiniciando sistema».

Y se oyó un pitido por la megafonía.

Aparte de eso, nada indicaba que algo hubiera cambiado. Las luces siguieron encendidas. El aire que entraba por el sistema de ventilación seguía moviéndose. Si todo salía como lo había planeado, solo se apagarían las cámaras.

O eso esperaba Joe.

Inspiró hondo, giró el pomo y salió al pasillo.

# 24

Joe miró la cámara del techo que vigilaba el pasillo. Si seguía encendida, cualquiera podría verlo allí, con la bombona de oxígeno a la espalda y la máscara en la mano, y preguntarse qué demonios pretendía. Y si alguien salía justo en ese momento de la sala de descanso, también pensaría lo mismo.

Se volvió y echó a correr por el pasillo. Pero no hacia el ascensor, sino en dirección contraria.

Hacia las escaleras.

Mientras corría, intentó levantar mucho los pies para que no chirriaran ni golpearan con fuerza el linóleo. Las hebillas de sujeción repiqueteaban contra el metal de la bombona de oxígeno y Joe echó la mano atrás para evitar que el equipo se moviera. El ruido que hacía resonaba por todas partes. Seguro que alguien iba a asomarse en cualquier momento.

Al final del pasillo, abrió la puerta y bajó corriendo las escaleras. Si le había parecido que el corredor vacío amplificaba el sonido, eso no era nada comparado con el hueco de metal y hormigón de la escalera. Sus pies caían pesadamente sobre los escalones y las ondas sonoras reverberaban hacia arriba y hacia abajo. Montaba tanto escándalo que dejó de molestarse en amortiguar el sonido de

sus pasos y decidió acelerar y bajar las escaleras lo más rápido que pudiera.

Abajo, abrió la puerta y miró hacia el interior del nivel dos.

El pasillo principal estaba vacío.

Entró y se fue poniendo la máscara mientras lo recorría. La celda de Bishop estaba cerca de la escalera; por una vez, no tenía que pasar por delante de todas las demás celdas para llegar hasta ella.

Cuando acabó de ajustarse la máscara —se aseguró de que estaba bien sujeta, recordando lo que le había pasado al celador dos días antes—, se detuvo delante de la ventana de inspección de Bishop.

Estaba tumbada en el suelo, meciéndose y dando patadas furiosas. Tenía los ojos vendados con gasas. De vez en cuando, agitaba la mano cubierta por la manopla protectora, al parecer, en un intento de quitarse las vendas. Movía la boca y pronunciaba palabras incoherentes en voz alta.

Joe se quedó mirándola un momento.

Pasó su tarjeta por la consola. La puerta se abrió. Entró en la cámara de sellado. Cerró la puerta de fuera y se dirigió a la de dentro.

El aire de la cámara recuperó su equilibrio.

Las luces pasaron de rojo a verde.

Levantó el pestillo, abrió la puerta de acero inoxidable de un fuerte tirón y entró en la celda de Bishop.

Se quedó junto a la puerta, guardando las distancias con la criatura, que se revolcaba y daba manotazos en el aire. Durante un segundo la observó en silencio. ¿De verdad podía esa criatura frágil y demacrada estar causando tanto dolor?

De repente notó la boca seca. Tragó saliva y se humedeció los labios.

—¿Sabes que estoy aquí? —preguntó.

Ella no dio señales de ser consciente de nada. Ladeó la cabeza y de su boca salió un torrente incoherente de palabras.

—Supongo que lo estás viendo todo a través de mis ojos —continuó—. Lamento tu dolor, pero yo solo hago mi trabajo. Si hubieras recurrido a mí, si te hubieras comunicado conmigo, podría haberte ayudado. No tenías que hacerle esto a Riley. Ni a Kate.

Esperó una respuesta por parte de la Antena, un reconocimiento, una señal, un gesto de la mano, una sonrisa en la cara. Cualquier cosa. Pero ella siguió balbuceando y dando manotazos y patadas al aire. Giraba la cabeza de un lado a otro y, sin querer, escupió unas gotitas de saliva, como un bebé, que aterrizaron en la pared.

—Lo entiendo —prosiguió él, resignado a mantener esa conversación consigo mismo—. Kate era una prueba, y Riley, una amenaza. Supongo que, si te hubieras metido en mi cabeza, yo lo habría descubierto y se lo habría contado a alguien, o me habría desentendido para salir del bucle. Pero tú… no tenías que hacerle todo esto a Riley. Es inocente. No se lo merece.

Bishop siguió sin mostrar ninguna reacción.

Se quedó callado un momento. Dio un paso para acercarse. Levantó las manos y se acercó despacio, como si estuviera a punto de sorprender a un oso dormido.

—Te voy a liberar —prometió—. Y vamos a salir de aquí. Juntos. Volveremos a la superficie. Descubriremos quién eres y te llevaremos a casa. Tienes que confiar en mí.

Se acercó un poco más, paso a paso.

Se arrodilló a su lado. De pronto, ella extendió el brazo e intentó agarrarle la máscara. Justo el mismo movimiento que le había visto hacer cientos de veces en el vídeo del día en que mató a Carson.

Pero él estaba preparado.

Le agarró el brazo por la manopla y lo sujetó con fuerza.

Y entonces le soltó la sujeción.

—¿Ves? Te voy a liberar. Puedes confiar en mí.

Le quitó la manopla de la mano y dejó al aire sus dedos estirados. Ella los flexionó y los convirtió en garras con movimientos repentinos y aleatorios.

Joe fue a quitarle la otra manopla.

Ella sacudió la mano y la protección cayó.

—Tengo que ir a buscar algo. Será rápido. —Joe se levantó despacio—. Te voy a sacar de aquí, te lo juro.

Sin apartar los ojos de Bishop, retrocedió hacia la puerta.

—Vuelvo enseguida. No pasa nada. No te preocupes.

Cuando llegó a la puerta, pasó su tarjeta y salió de la celda.

Cruzó la cámara de sellado hacia el pasillo. Tuvo que mentalizarse para no mirar hacia el sitio al que iba ni pensar en lo que estaba haciendo. Bishop seguro que lo controlaba todo a través de sus ojos.

Recorrió el pasillo sin apartar la mirada de la ventana de la celda de Bishop. Entretanto, sus manos deslizaban a tientas la tarjeta de identificación por la consola de una puertecita sin cartel que se encontraba al lado de la escalera. La puerta que tanto se había esforzado por no mirar. Ella seguramente notaría que sus manos palpaban para colocar bien su identificación en el lector.

Por fin se oyó un pitido. Joe abrió la puerta.

Tenía que hacerlo rápido, porque necesitaba los ojos para lo que pretendía.

Con la máscara de oxígeno puesta, cruzó corriendo la puerta. Daba a un estrecho pasillo de servicio que, en forma de curva, discurría por detrás de las celdas y permitía el acceso a la parte trasera de cada una. Estaba repleto de cañerías y depósitos de gas. Del techo colgaban conductos y de las paredes salían tuberías. Los tanques de gas estaban conectados a unos reguladores, grandes máquinas de ventilación que mezclaban el gas y lo distribuían a las celdas.

Cada regulador tenía un nombre escrito con rotulador en un trozo de cinta adhesiva. Joe fue hasta la unidad que tenía el nombre de Bishop. Cogió uno de los tubos de goma, sacó las llaves del bolsillo y clavó la punta metálica.

¡Fiii!

El gas escapó por el orificio. Cogió el tubo con la mano, lo giró, lo dobló y lo estiró. Lo que hiciera falta para agrandar un poco el agujero.

El sonido de la fuga de gas se volvió más fuerte.

¡FIII!

Satisfecho, Joe volvió sobre sus pasos por el pasillo de servicio.

Llegó al corredor principal del nivel dos, fue hasta la celda de Bishop y miró por la ventana.

Al principio no pareció notar el cambio en los niveles de aire y de gas. Rodó de un lado a otro apoyándose en los omóplatos, pataleó, manoteó y balbuceó, ajena a todo, como siempre.

Por un momento, Joe se preocupó por si había agujereado el tubo equivocado. Pero enseguida cambió algo en los movimientos de

Bishop. De su boca salió un leve gemido. Sus extremidades en constante movimiento se pusieron tensas. Fue como si todo su cuerpo se hubiera congelado por la confusión ante lo que sentía. Entonces la confusión mutó en dolor.

El gemido se transformó en un grito fuerte y potente. Siguió chillando en arrebatos histéricos. Levantó las manos, se tocó la cara, las piernas y el resto del cuerpo. No podían detener el dolor que notaba en todas partes; lo único que hacían era empeorarlo.

Bishop intentó acurrucarse en posición fetal, abrazándose las piernas con fuerza, pero el contacto de las manos parecía provocar relámpagos de dolor que recorrían todo su sistema nervioso. Se soltó, arqueó la espalda y lanzó un grito desgarrador.

Joe lo vio todo desde el otro lado del cristal.

Los brazos y las piernas de Bishop empezaron a convulsionar con movimientos frenéticos, como los de una rata atrapada entre las fauces metálicas de una trampa para roedores. Era un dolor tan profundo que parecía huir de él.

Al darse cuenta de que no podía escapar del dolor, intentó extirparlo. Se clavó en la piel esos dedos que por primera vez tenía libres, sin manoplas ni correas. Se arrancó la bata del cuerpo, intentando alcanzar la fuente del dolor. Quería llegar a los nervios y arrancárselos para que su cuerpo volviera a la tranquila inconsciencia.

Tal vez en un golpe de suerte, consiguió retorcer lo bastante el cuerpo para ponerse de rodillas. En medio del frenesí incontrolable de sus dedos, que no dejaban de arañar todo el cuerpo, se encontró con la venda que le cubría los ojos y se la arrancó.

En ese momento, el tiempo se detuvo para Joe.

Ella se quedó ahí sentada, quieta y callada, solo una fracción de segundo.

La bata le colgaba del cuerpo, hecha jirones. Tenía la piel pegada a los huesos. Joe le veía claramente las costillas y la pelvis, sobresaliendo en ese cuerpo blanquísimo. Los ojos, que no eran más que cavidades vacías en las que solo quedaban restos de tejido ocular, parecieron fijarse en él. Abrió la boca y se quedó así, con una expresión que no era de dolor ni de rabia, sino de sorpresa.

Gritó.

Y las cosas pasaron muy rápido.

Se echó hacia atrás y estrelló la cabeza contra la ventana. Con las manos libres, decidió clavarse los dedos en los pechos desnudos y arrancó grandes trozos de carne. Parecía querer llegar muy hondo, al origen del dolor.

Debajo de la carne.

De los músculos.

De las costillas.

Era como si quisiera arrancarse el corazón, porque, de alguna manera, le echaba la culpa de bombear ese dolor por todo su cuerpo. Sin dejar de arañarse y chillar, cogió impulso hacia atrás y estampó de nuevo la cara contra el cristal. Un chorro de sangre salió despedido de su nariz.

Joe no dejó de mirarla ni un segundo.

La vio escarbar.

Arañar.

Aullar.

No dejó de contemplar a esa criatura histérica, víctima de los espasmos.

—Adiós, Bishop —dijo.

Le dio la espalda y corrió hacia las escaleras.

En el pasillo no se oía nada más que los gritos de dolor de Bishop, acompañados del ruido de los fuertes golpes que daba con la cara contra el cristal.

Al fondo del centro de control había una mesa larga. Cuando se iban a pasar por allí los invitados especiales o los vips para asistir a una de las sesiones de sintonización, el personal de operaciones más joven tenía asignada la poco envidiable tarea de surtir esa mesa de aperitivos y bebidas. Como no había forma de saber qué le apetecería picar a algún general de alto rango, la mesa era grande y lo bastante robusta como para poder poner un poco de todo.

Ese día, la mesa estaba totalmente vacía.

Solo había una hoja de papel, doblada en forma de triángulo, que Chuck y Tariq utilizaban para jugar al fútbol americano de mesa.

El químico lanzó el balón de papel. Se deslizó sobre la mesa hacia el extremo del operador, pero no llegó muy lejos. Su compañero aplaudió.

—¡Guau! Te gano por cuatro. ¡Esto se merece un poco de ruido!

Acercó las manos a la boca y emitió un sonido atronador en dirección a Tariq, quien intentó por todos los medios no dejarse distraer.

En la enorme pantalla que tenían detrás, con el fondo negro, se veía una barra de estado que indicaba el progreso del reinicio: 97 por ciento…, 98 por ciento…, 99 por ciento…

Se quedó clavado en el 99 por ciento. Apareció en la pantalla una ruedita que no dejaba de girar, intentando alcanzar el pequeño porcentaje que faltaba para terminar.

Pero los chicos no estaban prestando atención.

Tariq se inclinó sobre el triángulo de papel. Flexionó los dedos mientras intentaba averiguar el impulso que necesitaría para que el balón avanzara los centímetros que le faltaban para llegar al final de la mesa, la zona de anotación.

Su compañero empezó a corear un cántico y a dar golpes en el suelo con los pies.

—¡De-fen-sa! —Golpe, golpe—. ¡De-fen-sa! —Golpe, golpe.

Tariq se acarició la barbilla y siguió sopesando la situación; parecía un jugador de billar profesional buscando todos los ángulos posibles antes de golpear la bola. Era obvio que intentaba alargar la jugada solo para fastidiar a Chuck.

—El cronómetro del partido corre, niñato —anunció su compañero.

Tariq sonrió. Se agachó y preparó la mano para lanzar el triángulo.

99 por ciento…, 99 por ciento…, 99 por ciento… Cien por cien.

El reseteo del sistema se había completado.

La pantalla se encendió.

Una alarma empezó a sonar en la habitación. ¡PIII! ¡PIII! ¡PIII!

Desconcertado, Tariq perdió la concentración y no le dio al balón de papel con los dedos.

—Eso cuenta como punto perdido. Mi turno —anunció el operador mientras corría hacia su mesa. Sin sentarse, se inclinó sobre el teclado y escribió unos comandos—. Es una fuga de gas —informó.

Tariq le pisaba los talones. Se sentó de un salto e inició sesión en su sistema.

—Es la celda de Bishop —confirmó—. ¿Tienes visión y audio?

—Las cámaras se van a conectar en tres…, dos…

Un grito espeluznante salió de los altavoces.

Los dos hombres se quedaron petrificados. Ambos miraron la pantalla cuando las imágenes de todas las cámaras de la Planta se fueron abriendo hasta formar un mosaico. Una de ellas destacaba entre las demás, donde las celdas eran blancas e inmaculadas.

Chuck pulsó un botón. La imagen de una celda completamente roja se amplió y llenó la pantalla mural. El color rojo era tan intenso que llegó a oscurecer el centro de control.

Se quedaron boquiabiertos ante lo que tenían delante.

—Madre mía —exclamó el operador.

En la pantalla, Bishop, que no paraba de aullar, se arrastraba dando sacudidas por el suelo, como un pez recién pescado en el fondo de un bote. Estaba desnuda, pero no le quedaba ni un centímetro de carne. Se había desgarrado la mayor parte de la piel y los jirones le colgaban del cuerpo, que no paraba de moverse. Y no había terminado. Seguía escarbando en su carne con las manos cada vez más adentro, intentando localizar el origen del dolor y arrancando todo lo que encontraba a su paso.

Joe volvió a meter la máscara y la bombona en el archivador y cerró el cajón.

¡Piii! Era su *walkie-talkie*, que estaba en su mesa, en la base de carga. Lo miró, pero no fue a cogerlo. ¡Piii! Volvió a sonar.

Por fin dio unos pasos hacia su mesa y, tras otro pitido, respondió.

—Aquí Gerhard —contestó con voz tranquila.

Pero la voz que oyó al otro lado estaba angustiada.

—¡Joe, soy Chuck! ¡Bishop se está haciendo pedazos!

—¿Cuándo ha terminado el reinicio?

—Hace solo unos segundos.

—Espera a que encienda el ordenador —dijo, pero ni se acercó al aparato.

Se quedó junto a su mesa y contó los segundos mentalmente, alargándolos todo lo posible.

«Un Mississippi…».

«Dos Mississippis…».

«Tres Mississippis…».

«Cuatro Mississippis…».

—Dios santo —exclamó—. Voy a mandar a un equipo de seguridad inmediatamente. Corto.

Cambió de canal, dejando a Chuck con la palabra en la boca.

De nuevo esperó un poco.

Después de unos cuantos Mississippis más, se acercó el *walkie-talkie* a la boca.

—Tyler, soy Gerhard. Envía un equipo a la celda de Bishop de inmediato. Algo está pasando. Es posible que haya una fuga de gas. Que tus hombres se pongan los trajes antes de bajar.

Se sentó a su mesa y esperó.

¡Ping!

Se abrieron las puertas del ascensor en el nivel dos.

Salieron a la carrera Tyler y otros seis guardias, todos con máscaras de oxígeno. Corrieron por el pasillo, pasando por delante

de cada una de las ventanas de las celdas de las Antenas, ajenas a todo. Las fue mirando al pasar. Todo parecía estar en orden.

Todavía no había recorrido la mitad del pasillo cuando vio las manchas de sangre en la ventana del fondo.

Cuando llegaron y alcanzó a ver el interior, frenó en seco.

Y sus hombres también.

Todo lo que había pasado al otro lado de ese cristal se lo había autoinfligido Bishop.

—Joder —fue lo único que logró decir uno de los hombres.

# 25

El señor Aguirre estaba sentado en el borde de la silla frente a Joe. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la larga nariz aguileña y estaba viendo la grabación de la cámara de seguridad en su tableta.

Joe procuró no quedarse mirando fijamente, pero no dejó de observar la cara del inspector, intentando averiguar por el reflejo de sus gafas lo que veía. Incluso con la suave iluminación del despacho y la distancia que había entre los dos, Joe vio que el reflejo pasaba del blanco inmaculado al rojo intenso. No parecía que hubiera nada entremedias. Las cámaras no habían grabado ni un fotograma de lo ocurrido entre «un día normal en la celda de Bishop» y «el baño de sangre».

Desplazó el dedo por la pantalla para rebobinar el vídeo y volver a verlo. Lo hizo varias veces.

Celda blanca.

Celda roja.

Blanca.

Roja.

Aguirre soltó un suspiro. A Joe le pareció que no era de frustración ni de sospecha, sino de irritación por haber perdido una Antena, un equipo caro y muy bien sintonizado.

Joe carraspeó, se inclinó sobre la mesa y unió las manos.

—No tengo ni idea de por qué los sensores no detectaron la fuga de gas. Pero llegaremos al fondo de la cuestión. He ordenado que realicen un diagnóstico completo. Si es necesario, haré que lo desmonten pieza por pieza y componente por componente. Encontraremos el cable o la placa base defectuosos y los arreglaremos, porque, obviamente, esto es inaceptable. Voy a supervisar todo esto en persona. Te doy mi palabra.

Tras soltar el discurso con toda la indignación que le pareció que le pegaba, esperó la reacción del inspector. El hombre volvió a rebobinar el vídeo y lo vio de nuevo. Apareció un gesto de resignación en su cara.

Joe continuó:

—Por suerte, el reinicio del sistema parece haber solucionado el problema. Supongo que a veces los ordenadores se bloquean. Habría un gremlin en la máquina o yo qué sé. —Apartó la vista y sacudió la cabeza, tan frustrado con la tecnología como cualquier otra persona.

Tras una larga pausa, el señor Aguirre se quitó las gafas y se limpió los cristales con la punta de la corbata. Parecía que necesitaba un tiempo para reflexionar sobre la situación, así que se acercó los cristales a la boca, los cubrió de vaho y siguió limpiándolos. Al final, volvió a colocarse las gafas en su nariz ganchuda y miró a Joe.

El supervisor intentó que no se le notara lo incómodo que le resultaba ese prolongado silencio. No apartó la mirada del inspector ni relajó el ceño fruncido para dejar claro que estaba muy preocupado por esos hechos.

—¿Cuánto tiempo crees que llevaba perdiendo gas? —preguntó el señor Aguirre.

—No sabría decirte. Tengo que investigarlo. Créeme, no pienso dejar piedra por remover —aseguró, aunque sabía que solo él podía decidir hasta dónde llegaba una investigación. Ninguno de sus subordinados tenía acceso a una vía de comunicación para quejarse de que se hubieran realizado una investigación y un diagnóstico poco exhaustivos. Todos los informes que iban a la central tenían que pasar por Joe.

—¿Y crees que esa fuga es la causante de esos accidentes?

—Sin duda. No puede ser otra cosa. A la Antena 201 no le llegaba suficiente gas. Seguramente había desarrollado cierta tolerancia al dolor. Creo que eso le dio suficiente control sobre lo que la rodeaba para atacar al celador. Y también para soltarse de las correas y lesionarse los ojos.

—Por lo tanto, ¿han sido decisiones conscientes de la Antena?

—Como quieras llamarlo. Pero no hay mucho que analizar. La explicación más lógica siempre es la más sencilla. La Antena 201 tenía una pequeña fuga de gas en su celda, que le provocó dolor crónico y le permitió recuperar la conciencia suficiente para volverse violenta. Al final, la fuga creció y el dolor se le hizo insoportable. Es una pena que lo detectáramos tan tarde.

El señor Aguirre arrugó la frente mientras pensaba en esa posibilidad.

—Es una verdadera coincidencia que llegara al punto de no retorno cuando las cámaras estaban apagadas.

—Sí. A no ser que… —Joe dejó la frase en el aire y sonrió—. Que ella, de algún modo, supiera que las cámaras estaban apagadas.

—¿Qué quieres decir?

—No estoy diciendo que sea la conclusión oficial; no hace falta ponerla por escrito. Solo creo que todavía queda mucho por investigar sobre las Antenas. Y esto que ha pasado en estos últimos días es la prueba. Es muy probable que ella estuviera esperando el momento oportuno, a que se apagaran las cámaras, porque así no tendríamos tiempo de detenerla. Es lo que más sentido tiene.

—Eso indica un nivel bastante alto de conciencia.

Joe asintió y sonrió aún más.

—Sin duda. Creo que en la central estarán muy interesados en realizar más experimentos sobre el tema.

Los ojos del inspector brillaron de entusiasmo.

—Bueno…, es un tema que hay que considerar. Me alegro de que hayamos resuelto el problema.

—Tengo que insistir en que la central ha estado retrasando indefinidamente nuestras peticiones de personal y equipamiento hasta un punto que roza la irresponsabilidad. Estamos al límite y trabajamos demasiadas horas. Cometemos errores. Los componentes se estropean. No es culpa tuya, Javi. Sabes que te considero un aliado, porque sé que siempre das la cara por nosotros.

—Gracias.

—De hecho, para mí eres más bien un amigo. Pero, de un peón intermedio de la cadena directiva a otro, tengo que decirte que alguien de arriba tiene que soltar la pasta o habrá más accidentes. Y serán cada vez peores.

El inspector asintió. Eran dos amigos luchando en el mismo bando.

—No podría estar más de acuerdo.

—Pues, si me perdonas, tengo que ocuparme de limpiar este desastre. Estás en tu casa —concluyó Joe.

Se levantó y le dio una palmadita a Aguirre cuando pasó a su lado, de camino a la puerta.

¡Ping! Se abrieron las puertas del ascensor en el nivel dos.

Joe salió y recorrió el pasillo. Miró a izquierda y derecha, comprobando el estado de las diferentes Antenas: todas tumbadas boca arriba, moviendo las manos en el aire y murmurando.

Todo estaba en su sitio de nuevo. Las habitaciones limpias. El olor a lejía que enmascaraba el de los fluidos corporales. El sonido de voces ininteligibles. Todo como debería ser.

Excepto al final del pasillo.

Vio a dos miembros del equipo médico sacar una camilla de la cámara de sellado de la celda de Bishop. La bolsa de cadáveres de plástico negro estaba cerrada. Pasaron junto a Joe.

—Un momento —pidió.

Ellos se pararon.

Joe abrió la cremallera y apartó un lateral de la bolsa. Tuvo que tirar un poco, porque se había pegado al bulto de tejido sangriento que había dentro. Apenas se podían reconocer sus facciones. Se había destrozado las mejillas y arrancado la nariz. Y había estrellado la frente tantas veces contra el cristal que se le había desprendido la piel, dejando al descubierto el cráneo rosa reventado. El equipo de limpieza se había limitado a apilar las costillas, los órganos y las tiras de piel, que ahora estaban en el centro de la camilla. Un enorme montón rojizo.

—Adiós, Bishop —dijo y cerró la bolsa.

Los camilleros siguieron por el pasillo con su cargamento sangriento.

Hannah estaba delante de la ventana de inspección de la celda de Bishop. Joe se acercó y se quedó a su lado. Los dos permanecieron allí en silencio, mirando por el cristal. La sangre, que antes era de un rojo intenso, había adquirido el color apagado del óxido. Dentro trabajaba un equipo de celadores, ocupados con la poco edificante tarea de recoger los últimos restos de carne, órganos y huesos antes de empezar a limpiarlo todo.

Joe no se esperaba que le afectara tanto contemplar esa cantidad de carne humana desperdigada sobre el acolchado blanco de la celda, pero al verla se le quedó la boca seca y le subió la bilis por la garganta.

Hannah susurró, casi sin mover la boca.

—Dios, Joe. ¿Qué coño has hecho?

Los dos siguieron mirando hacia delante para que nadie oyera su conversación.

—Lo hizo ella —corrigió el supervisor.

Oyó a Hannah suspirar, pero no insistió. Los dos siguieron observando cómo uno de los celadores metía un fragmento de costilla en una bolsa.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó ella.

—Aguirre está satisfecho con la explicación. Se va a quedar trabajando en mi despacho hasta la hora de comer y después volverá a Washington.

—¿Crees que se ha acabado?

Joe asintió.

—Ella era demasiado fuerte. Es mejor así.

—Eso espero.

Él miró una vez más por la ventana de Bishop. Un celador intentó fregar la sangre que había salpicado el cristal, pero solo logró esparcirla aún más. Iban a necesitar muchos trapos, mucha agua y mucha lejía. Por lo general, esas tareas desagradables le pasaban factura a Joe y lo estresaban hasta el punto de que notaba los nervios de la espalda de punta.

Pero ese día no sentía nada parecido.

A pesar de la escena horrenda que tenía delante, sentía que se había quitado un peso de encima. Pensó en Riley. Podría pedir unos días libres, aunque solo fuera un fin de semana largo, e irían a hacer esa ruta por las montañas de Allegheny. Tal vez podría organizar un fin de semana de camping padre-hija. ¿Había ido Riley de acampada alguna vez? Si su padre no la había llevado, seguro que no, ¿verdad?

Por mucho que intentaba apartar de su mente esos planes y centrarse en la limpieza, no pudo evitar que le apareciera una sonrisa de satisfacción en la cara.

Bishop también lo había estado acosando a él a su manera. Lo había atormentado con la angustia de hacerle creer que su hija sufría un problema mental. Aunque, como el buen padre que era, Joe se había ocupado del asunto.

No quería que Hannah, y mucho menos cualquier otro trabajador de nivel inferior, lo viera con cara de felicidad. Se despidió de la doctora con un gesto de la cabeza y volvió al ascensor.

Por una vez, no echó un vistazo a las otras celdas al pasar. No había nada allí que pudiera interesarle.

Volvió al nivel uno en el ascensor.

Aguirre seguiría todavía en su despacho, redactando memorandos y atendiendo llamadas, y Joe no quería participar de eso. Así que, por primera vez en todos los años que llevaba en ese trabajo, no tenía a donde ir ni nada que hacer. Podía disfrutar de su tiempo.

Cuando cruzó las puertas del ascensor, decidió detenerse a mirar el cartel de la pared: «Haz tu trabajo para que ellas estén seguras». Lo examinó de cerca por primera vez y se preguntó si no sería un mensaje subliminal sobre Kate y Riley. De hecho, en ese momento le parecieron una mujer y una niña muy genéricas sentadas a una mesa. Si tenía que apostar, seguro que el ochenta por ciento del personal conocía a alguien que guardaba parecido con esas imágenes.

Tal vez lo que le había hecho pensar que la Compañía había encargado ese cartel solo para él era la culpa que sentía por trabajar tanto y tantas horas. Para eso haría falta un nivel de organización que sabía que una burocracia como aquella no tenía, a pesar de lo que creía todo el mundo.

Si Joe, un mando intermedio sin importancia, había sufrido el acoso de una Antena y después había podido manipular su celda para que ella se hiciera pedazos y la Compañía no se había enterado de nada, ¿de verdad era tan poderosa?

Mientras reflexionaba, el *walkie-talkie* que tenía en el cinturón cobró vida. ¡Piii!

El sonido agudo en el pasillo vacío lo sobresaltó y tuvo que reírse de su nerviosismo. «Tal vez la Compañía me ha oído dudar de su omnipotencia», pensó y se sonrió.

Cogió el *walkie-talkie* y contestó:

—Aquí Gerhard.

—Aquí seguridad —dijo la voz que hablaba por el aparato. Joe se dio cuenta de que no era Tyler, pero no reconoció al guardia. Tampoco es que eso fuera raro—. Tengo a su hija al teléfono.

—No me lo pases al despacho. Contestaré en la sala de descanso —dijo Joe.

Se le acabó el tiempo de ocio.

Joe se dirigió a buen paso a la sala de descanso.

Estaba vacía. No había allí ningún trabajador comiendo ni yendo a por un café para el jefe de su departamento. Por suerte, tenía la sala para él solo.

Se acercó al teléfono que había en la pared y lo cogió.

La voz que oyó al otro lado no tenía entonación ni mostraba emoción alguna.

—Papá…

—Riley, ¿todo bien?

—Sal fuera.

—¿Qué? —Parpadeó, confuso.

—Sal fuera.

—¿A dónde? ¿Qué quieres decir?

—Estoy en tu camioneta.

Joe se quedó helado. Tensó la mandíbula y apretó el teléfono.

—¿Qué?

—Estoy aquí, en tu trabajo. Ven. Tenemos que hablar.

—Riley, cariño, ¿cómo sabes dónde está mi lugar de trabajo?

El silencio que se produjo a continuación fue tan largo que temió que la llamada se hubiera cortado. Por fin volvió a hablar. Las rotundas palabras hicieron que Joe sintiera un escalofrío.

—Ellos me lo han dicho —afirmó su hija.

Tariq estaba sentado en su mesa, con la cabeza entre las manos.

—Estoy jodido. Me van a despedir. Seguro que me echan. —No hacía más que repetirlo—. Me van a echar la culpa a mí. Soy el químico. Me van a culpar. Por un fallo informático que no se puede recrear y que nunca ha ocurrido antes. Jodido, estoy muy jodido.

Chuck quería apaciguar a su colega, pero no se le ocurría nada tranquilizador que decir. Sabía perfectamente cómo funcionaban las cosas.

Y, sí, el chico estaba jodido.

Así que, en vez de forzar una conversación incómoda, el operador no apartaba los ojos de su pantalla. Estaba revisando las imágenes de las distintas Antenas; si veía algo raro, por pequeño que fuera, informaría de ello. Su mente había pasado del «modo equipo» al «modo salvar mi propio culo».

Algo le llamó la atención.

Una de las Antenas tenía los ojos abiertos como platos y miraba al techo de su celda a la vez que movía los labios. No era extraño ni un motivo de alarma ver a las Antenas hablando o balbuceando. Pero algo en esa concentración tan intensa del hombre, que ni siquiera parpadeaba, le pareció fuera de lugar.

Era la misma cara que Bishop ponía a veces.

—¡Pero qué coño…! —exclamó y amplió la imagen de la Antena.

Tariq seguía a lo suyo, sin prestar atención.

—¿Cómo puede rajarse sin más un puto tubo de goma? —dijo—. No rozaba con nada. Ese lugar tiene la temperatura controlada. —Se estaba enfadando—. Joder, joder, joder.

—¡Chist! Calla, niñato.

Chuck seleccionó la celda de la Antena y encendió los altavoces del centro de control.

La voz del hombre se oyó clara, pero sin emoción.

—Sal fuera, papá. Estoy aquí —estaba diciendo.

Los operadores se miraron.

—Date prisa —continuó la Antena—. Te veo enseguida.

Entonces cerró la boca y los altavoces se quedaron en silencio. Chuck miró la imagen de la pantalla; el hombre seguía con los ojos abiertos, mirando hacia delante.

—Eso sí que es un audio bien claro, tío —comentó Tariq.

—Comprueba sus niveles.

El químico se puso manos a la obra.

—¿Nombre?

—Gorman.

Tariq escribió varios comandos y sacudió la cabeza con frustración creciente.

—Sus niveles químicos están bien.

—¿Seguro?

—Al menos eso dice este puto sistema.

—Pero ¿tú estás seguro?

—¡Estoy seguro! No debería tener coordinación vocal.

Chuck y Tariq se recostaron en sus asientos y miraron la pantalla.

—Tío, qué raro es esto —dijo Chuck.

Joe salió de la sala de descanso y se dirigió a toda prisa al ascensor. La puerta del centro de control se abrió cuando pasaba por delante. Chuck se asomó.

—Joe, gracias a Dios que estás aquí —dijo el operador—. Necesito que veas…

—Ahora no —interrumpió Joe.

—Espera, espera, esto es muy raro.

—Luego.

Joe ni lo miró y siguió hacia el ascensor.

Cuando llegó al vestíbulo, recorrió el camino marcado con las huellas amarillas en el suelo de cemento que indicaba la salida. Pasó su tarjeta por la consola y entró en el escáner de cuerpo entero.

El guardia que estaba en el escáner le sonrió.

—Vamos, date prisa —pidió Joe, agitando las manos para meter prisa al hombre.

La sonrisa desapareció de la cara del guardia mientras esperaba a que el escáner terminara su rotación de 360 grados. La imagen completa tardó varios segundos en aparecer.

—Venga, muchacho, rápido.

El guardia miró a Tyler, que no supo qué decir. Solo se quedó donde estaba mientras todos esperaban en silencio el «¡ping!» que indicaba que se había completado el escaneo.

—Todo correcto… —balbuceó el guardia.

Antes de que terminara la frase, Joe ya había salido del escáner e iba hacia las máquinas de rayos X y las taquillas.

—Joe, ¿pasa algo? —gritó Tyler.

—Tengo que coger una cosa de la camioneta. Ahora vuelvo.

—Pero…

Él ya había cruzado la puerta.

El sol lo deslumbró cuando salió al mundo exterior. No se acordaba de la última vez que había pisado la calle a las once de la

mañana de un día laborable. No estaba acostumbrado a ese ángulo de los rayos del sol, que brillaban sobre su cabeza. El mundo le pareció diferente a cualquier otro momento anterior. Siempre había visto el aparcamiento en la penumbra de primera hora de la mañana o de última hora de la tarde, si acaso en total oscuridad. A esa hora del día, las sombras ni siquiera llegaban al aparcamiento, sino que permanecían a los pies de los árboles, donde formaban una especie de charcos de oscuridad.

Bajo ese sol de justicia, echó a correr por el aparcamiento de gravilla hasta su camioneta. Desde su posición, le parecía que estaba vacía. No veía ni una silueta ni una sombra dentro.

Abrió la puerta del conductor.

Y ahí estaba ella.

—Riley.

Giró la cabeza para mirarlo.

Al salir de casa esa mañana, pensó que la cara de su hija parecía distante y carente de emoción, pero no era consciente de cuánta vida y cuánto color le quedaban todavía. La chica que tenía delante en ese momento era una muñeca rota, la escalofriante versión animatrónica de su hija. Un cascarón vacío, envuelto en carne humana pálida y tersa.

Sus ojos se dirigieron hacia él, pero no lo enfocaron. Parecían dos canicas que hubieran puesto en su cara. Eso tan sutil e indescriptible que insuflaba vida a los ojos de las personas hacía mucho que no estaba en los de ella.

—Hola —saludó.

Joe se sentó detrás del volante y cerró la puerta.

# 26

—¿Cómo has encontrado este sitio? —dijo Joe.

No era la pregunta más urgente que le rondaba por la cabeza, pero sí la más fácil de formular. Su familia nunca había sabido dónde trabajaba. La Planta no tenía dirección postal y, desde luego, tampoco contaba con guardería ni se organizaban pícnics con las familias o jornadas de llevar a los hijos al trabajo.

Pero allí estaba Riley.

—Se acabó. Lo he solucionado —aseguró Joe, pero le tembló la voz. Era como si quisiera convencerse a sí mismo más que a ella—. No deberías verla nunca más.

Su hija siguió mirándolo como si no lo viera. Esos ojos… casi no parecían reales.

—¿Sigue la mujer aquí? —preguntó Joe.

—Se ha ido —respondió Riley con voz robótica.

—Entonces ¿qué ocurre? ¿Por qué estás aquí? ¿Qué ves?

—Antes de irse, nos enseñó cómo liberarnos.

Joe sintió un escalofrío.

Qué palabra más simple y más horrible.

«Nos».

—No lo entiendo —dijo, aunque empezaba a comprenderlo demasiado bien.

—Nos ha traído hasta tu hija —dijo Riley. De pronto, su voz tenía un eco extraño. O tal vez estuvo siempre ahí y él lo notaba por primera vez.

—Ella nos reunió en la oscuridad —continuó Riley mientras atravesaba a su padre con la mirada—. Estábamos flotando. Perdidos. Pero nos encontró. Y nos enseñó lo que éramos y lo que podemos ser. Y cómo trabajar juntos. Antes de que el dolor la consumiera y dejara de existir, nos guio hasta aquí. Hasta tu hija. A su mente. Ahora nos pertenece.

Cuando Joe habló, su voz sonó tan débil, tenía tan poca fuerza, que le salió como un susurro.

—¿Quiénes sois? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

Su hija giró la cabeza y miró por el parabrisas.

Él siguió su mirada.

En el aparcamiento de gravilla, delante de la camioneta, estaban las once Antenas que quedaban. Solo llevaban la bata de hospital. Sus cuerpos encorvados y retorcidos se balanceaban, como si los pies no estuvieran del todo en contacto con el suelo. La leve brisa hizo que se doblaran; tal vez, si el viento fuera lo bastante fuerte, se los llevaría volando.

Tenían las manos a los costados, con los dedos flexionados y temblorosos. Aunque en su mayoría permanecían inmóviles, de vez en cuando una o dos se doblaban de repente por los intensos espasmos musculares en las extremidades o en la cara. Era como si la concentración del momento resultara excesiva para las más débiles, pero eran pocas y estaban separadas.

El resto miraba fijamente a Joe a través del parabrisas.

A pesar de la expresión imperturbable y neutral de esos rostros pálidos, percibió su enfado, su odio y su rabia, como si hubieran aprendido a manifestar esas emociones en forma de energía tangible.

Intentó identificar qué Antena era cada una. Quería separar las fuertes de las débiles. Algunos casos eran fáciles: Ferro era la mujer asiática; Dietrich, el hombre muy alto. Pero le costaba poner nombre al resto.

Era por el pelo. En su conciencia, habían mantenido un leve eco de su identidad. Aunque Joe solo las conocía con la cabeza rapada, allí delante todas tenían el pelo normal. En el fondo, recordaban que en algún momento habían sido personas. Y ese toque de humanidad las volvía irreconocibles a primera vista para Joe.

Para fijarse mejor en ellas, parpadeó.

Y al instante se desvanecieron.

El aparcamiento estaba vacío.

Joe miró a Riley.

—Vamos a encontrar la ayuda que necesitas —aseguró—. Están en tu mente nada más. No pueden hacerte daño.

Una leve sonrisa apareció en el rostro de la chica.

—Es nuestra. Podemos hacer lo que queramos con ella —respondieron por boca de Riley.

De repente, se llevó las manos a la cabeza, se clavó los pulgares en los ojos y empezó a apretar.

—¡No! —gritó Joe.

Le agarró las manos y se las apartó de los ojos. Ella se resistió. Los dedos, que no paraban de moverse, volvieron a su cara en busca de algún sitio donde pudieran hacer daño. La chica era fuerte,

pero Joe lo era más. La sujetó con firmeza y tiró de las manos hacia él.

En ese momento, Riley abrió mucho la boca. Sacó la lengua y la movió delante de la cara de Joe.

Y entonces cerró la mandíbula.

Sus dientes, rechinando, se hincaron con fuerza en la lengua. En solo unos segundos, se le llenó la boca de sangre, que le cayó por la barbilla.

—¡Para! ¡Para! —gritó Joe.

Y le soltó las manos.

Ella abrió la boca. Se lamió la sangre de la barbilla con la lengua herida.

—La vamos a mutilar —dijo Riley o quien fuera que hablaba por su boca—. Haremos que se arranque la piel de la cara con sus propias uñas.

Para demostrarlo, Riley acercó la mano a su rostro y se clavó las uñas en la piel de la mejilla. No apretó mucho. No hacía falta. Joe levantó ambas manos, que le temblaban, en un gesto de apaciguamiento.

—Por favor…, por favor… Devolvedme a mi hija.

Ella paró. Dejó las manos cerca de la cara y así parecía una marioneta congelada en pleno movimiento.

—¿Qué queréis? —preguntó Joe.

—Danos lo que le diste a ella —contestó Riley.

—¿A quién?

—A nuestra amiga.

—¿A Bishop? Yo… no lo entiendo.

—La liberaste. La alejaste de la oscuridad —explicó—. Le diste la luz, el tacto, todo.

—¿Queréis… que os retire el gas?

—Sí.

—Pero eso duele. Sufriréis. Lo sentiréis todo.

La cara de Riley se retorció en una mueca horrible, como si las once personas que había dentro de ella estuvieran frunciendo el ceño por su incapacidad para entender, para comprender de verdad.

—Así sentiremos algo —aclaró ella.

—Pero os haréis pedazos. Como Bishop. Os desangraréis y moriréis.

Las comisuras de los labios de Riley se curvaron en una amplia sonrisa. Se le veían los dientes, todavía rosados por la sangre que le había salpicado en la boca.

—Y seremos libres. Completamente libres —confirmó.

Joe intentó pensar, pero tenía la mente como embotada. Normalmente se le daba muy bien abstraerse de una situación. Se enorgullecía de su capacidad para observar un problema desde fuera y diseccionarlo a vista de pájaro. Pero nunca había sido el más listo de la clase. De hecho, sus notas mediocres siempre le hacían sentir vergüenza cuando estaba rodeado de cerebritos como Hannah. Pero lo que le faltaba en conocimientos académicos lo compensaba con creces su claridad de visión. Eso era lo que lo había convertido en líder.

Esa claridad lo había abandonado.

La capacidad de pensamiento profundo y de planificación, así como la de debilitar estratégicamente a sus adversarios, se había desvanecido. Intentó desconectarse del problema, como siempre,

pero cuanto más se alejaba de esas piezas, más envuelto en esa niebla densa y espesa se sentía. Lo oscurecía todo hasta el punto de que no podía concentrarse ni fijarse en nada.

En medio de esa neblina mental, apareció una imagen.

Un momento.

Un recuerdo.

De mucho tiempo atrás…

Se despertó en la mañana del día del Padre. Abrió los ojos de golpe al oír el sonido electrónico del despertador. Era temprano. Demasiado para levantarse un domingo, y mucho menos el día del Padre.

Salió de la cama despacio.

A su lado, al notar que desaparecía el calor, Kate se acurrucó más entre las mantas. Enterró la cabeza entre las almohadas y la colcha hasta que solo se le veía el pelo oscuro, maravillosamente desparramado sobre las sábanas blancas.

Dios, qué hermosa era.

Sin apartar los ojos de ella ni del montículo de ropa de cama que había formado, se vistió. Se negaba a ponerse la corbata cuando tenía que trabajar los domingos. Era su forma discreta de decirle a su personal: «Vale, lo de trabajar los fines de semana no se va a convertir en algo habitual». Aunque en realidad lo era. Alguien, en alguna parte, necesitaba una interceptación crucial, y los terroristas, los traficantes de armas y los líderes de los carteles tampoco libraban los fines de semana.

Cerró la puerta del dormitorio sin hacer ruido y fue de puntillas a la cocina por el pasillo. Habían planeado para ese día ir en familia a un cine del centro. Había una película de Pixar que Riley tenía

muchas ganas de ver. Joe no sabía cómo se titulaba, pero le daba igual. Les había prometido que intentaría volver por la tarde, para que al menos pudieran ir los tres juntos a cenar pizza a Vinny's, la pizzería favorita de Riley. También la de Joe. Pero todos sabían que eso no iba a ocurrir. Era más que probable que su hija y su mujer celebraran el día del Padre sin él.

Pero, cuando entró en la cocina para hacerse un café para llevar, frenó en seco. Riley, que solo tenía cinco años, estaba junto a la mesa del comedor. Llevaba un vestido de princesa morado, el que se ponía solo para las ocasiones especiales, que tenía un estampado de caballos bordeados de purpurina. (Joe se lo regaló por su cumpleaños, para cabreo de Kate, que era la que tenía que ocuparse de la tediosa tarea de quitar la purpurina que después se esparcía por toda la casa).

La pequeña Riley se sentó a la cabecera de la mesa. Tenía un bol lleno de cereales Lucky Charms, una jarra de leche, un ramito de dientes de león que había cortado en el jardín y una tarjeta hecha por ella en la que había escrito: «Feliz día del Padre».

Fue una mañana preciosa. Un día perfecto.

Eso fue unos cuatro meses antes de que se acostara con Hannah por primera vez. Y quince meses antes de que Kate se enterara.

Por mucho que Joe intentara encontrar una salida a su situación actual, en su mente solo se reproducían en bucle las imágenes de esa mañana, la del día del Padre. Todo lo que tenía entonces ya no estaba. Si alguien le hubiera preguntado una semana antes si había merecido la pena, él le habría dado la vuelta a la cuestión: no era que trabajara mucho en vez de ser un buen padre, sino que era un buen padre porque trabajaba mucho.

Esa respuesta le había servido de excusa durante diez años.

Pero ese día ya no le valía.

—Si lo hago…, ¿me prometéis que no le haréis daño a ella? —preguntó sin mirar a su hija. Dirigía sus palabras al otro lado del parabrisas y más allá—. ¿La liberaréis? Es inocente.

El coche, el mundo y Riley solo le respondieron con silencio.

—Por favor —insistió Joe—. He sido yo quien os ha hecho esto. Os he obligado a soportarlo. Ella no tiene nada que ver. Si os suelto, ¿la liberaréis?

La respuesta robótica de Riley encerraba el eco de muchas voces:

—Si nos das lo que queremos, no le haremos daño a tu hija.

Él suspiró y asintió despacio, resignado. Se obligó a mirar a Riley, sentada a su lado, devolviéndole la mirada con esos ojos enrojecidos que parecían canicas.

Extendió la mano y le cogió la suya. La notó fría al tacto, como si la sangre no corriera por sus venas. Sabía que algunas religiones consideraban la sangre el río del alma. Nunca había creído esa tontería, pero, al sentir esa mano tan fría, se preocupó de que tal vez su alma, fuera lo que fuera, hubiera quedado atrapada en lo más profundo de su ser. ¿Quedaba algo de su hija todavía?

—Riley, ¿estás ahí?

Ella asintió con la energía y la vitalidad de una marioneta. No era su hija la que asentía, sino una de ellas.

Habían construido un muro en su interior.

—Te quiero —dijo, porque era lo más fácil, aunque no le pareció suficiente—. No sé si me oyes, pero… lo siento. Te he causado mucho dolor. Yo no soy así. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla —. Pero lo voy a arreglar —prometió.

Con los ojos fijos en la expresión inamovible de su hija, abrió la puerta del conductor. Salió del vehículo y pisó con decisión la gravilla del aparcamiento. Cerró y volvió al edificio.

Echó un último vistazo a su camioneta. De nuevo, el fuerte sol de última hora de la mañana se reflejaba en las ventanillas y no dejaba ver la silueta de la adolescente frágil en el asiento del copiloto.

Cuando se alejó, pensó que ojalá tuviera algún amigo fuera del trabajo. Alguien a quien pudiera enviar a Riley. Alguien en quien confiara para que la mantuviera a salvo. Alguien a quien fuera difícil que la Compañía hiciera «desaparecer». Pero no había nadie. Kate era esa persona.

Pero cualquier cosa, aunque fuera un futuro desconocido e incontrolable, era mejor que el infierno en el que estaba en ese momento Riley. Al menos eso tenía que creer Joe. Debía pensar que, al hacer lo correcto, lo que necesitaba hacer, su hija tendría una vida mejor. O eso esperaba.

No tenía elección.

Entró en el vestíbulo y pasó su identificación por la consola.

Tyler salió de su garita, que estaba al lado del ascensor, y se acercó mientras Joe soportaba otro escaneo. No tenía la mirada eficiente habitual de su jefe de seguridad. Su expresión era abierta y elocuente, y en ella se apreciaba preocupación por el extraño comportamiento de su amigo.

—¿Todo bien, Joe? —preguntó.

Él se obligó a sonreír mientras abría las piernas para el escáner corporal.

—Sí, sí. Las mierdas de todos los días.

Uno de los guardias le hizo un gesto para que pasara. Cruzó el vestíbulo.

—Oye, va a venir un coche a recoger a Aguirre después de comer —le dijo a Tyler—. Abajo ya está todo bastante controlado. No va a haber mucho movimiento mientras hacemos los diagnósticos. Mantén a tu equipo aquí arriba para esperar al coche y despedirlo.

—Hecho, Joe.

Saludó a los otros guardias con la mano y fue al ascensor.

Bajó al nivel uno.

Sin mirar el cartel de la pared, salió al pasillo. Caminaba con paso alegre y una sonrisita en la cara, saludando con la mano y la cabeza a los trabajadores que se iba encontrando.

Se le pasó por la cabeza que el eco del chirrido de sus zapatos sobre el linóleo, un sonido que había llegado a detestar a lo largo de los años, no se oía con ese paso y a esa velocidad. Tal vez la clave para evitarlo era simplemente ir más despacio. Tomarse su tiempo.

Cuando llegó a su despacho, abrió la puerta y entró. El señor Aguirre seguía en la silla frente a su mesa, escribiendo informes en su tableta. Parecía que no se había movido desde que Joe lo había dejado. Levantó la vista un momento cuando él pasó a su lado, de camino a la mesa.

—Joe, tengo que hacerte unas preguntas —anunció Aguirre.

—Claro.

—En tu opinión profesional, ¿dirías que la Antena fallecida, la número 201…?

Nunca llegó a terminar la frase. Joe agarró el monitor de pantalla plana que había en su mesa y, con un movimiento ágil, lo giró y lo estrelló contra la cabeza de Aguirre.

Sus gafas salieron volando hacia un lado. La fuerza del golpe estuvo a punto de tirarlo al suelo junto con su silla, que se tambaleó durante un segundo y luego se quedó en su sitio. La tableta se le cayó de la mano y se partió contra el suelo, y Aguirre se encorvó en su asiento y soltó un gemido. Movía la cabeza de un lado a otro. No estaba inconsciente, y tampoco muerto, pero no se encontraba en condiciones de plantar cara, y mucho menos de preguntar por qué Joe había hecho eso.

El supervisor arrancó un cable Ethernet de la toma. Lo enrolló en las manos y los pies de Aguirre para atarlo a la silla.

El hombre empezó a salir de su estado de aturdimiento.

—Joe… ¿Qué…? ¿Por qué…? —consiguió articular.

Él se quitó la corbata del cuello, la hizo una bola y se la metió a Aguirre en la boca. La sujetó atándole con fuerza un cable USB alrededor de la cabeza.

Aguirre intentó gritar, moverse, hacer algo. Pero solo pudo quedarse mirando cómo Joe iba hasta el archivador, abría el cajón de abajo y sacaba la máscara de oxígeno.

También sacó otro objeto del cajón. Lo había colado en los últimos días en que tuvo acceso ilimitado a la Planta, antes de que todo se conectara a internet y se establecieran los protocolos de seguridad.

Una pistola 9 milímetros.

Cuando Riley empezó a caminar, Kate se negó a que Joe tuviera un arma en casa. Fue la primera pelea de verdad que tuvieron. Una conversación que se convirtió en una discusión y luego en una batalla a gritos. Todo por esa puta arma.

Dejó que Kate ganara esa pelea, pero nunca se lo perdonó.

Y no se deshizo del arma. Se la llevó al trabajo y la guardó en un cajón. Era la pistola que en ese momento se metía en los pantalones, antes de salir de su despacho.

# 27

Hannah no quería hacer sus rondas habituales ese día.

El personal médico no podía tomarse la tarde libre ni aunque una de las Antenas se hubiera despedazado hasta morir. Las otras once necesitaban que las revisaran y las limpiaran.

Era miércoles, así que tenía que hacerles los chequeos a Dietrich, Crowe y Gorman. Le gustaba ir a ver a las Antenas en persona por lo menos una vez a la semana. Pero como el equipo de limpieza seguía quitando la sangre de Bishop de una ventana de inspección cercana, Hannah no tenía ganas de ponerse el traje y entrar en ninguna de esas celdas en ese preciso momento.

Había visto muchas cosas retorcidas en ese lugar, y seguramente eso era lo que había provocado esa afición nocturna al alcohol que estaba intentando dejar. Pero por desagradable que fuera el trabajo, Hannah siempre lograba mantener una apariencia tranquila y profesional. El resto del personal médico seguía su ejemplo. Incluso en la central se habían fijado en el rendimiento de ella y de su equipo, y los habían elogiado varias veces.

Pero todo lo ocurrido esa semana la había afectado.

Por primera vez, no podía enfrentarse a las Antenas. Necesitaba poner distancia con ellas, un muro tras el que esconderse.

No quería que su personal notara que le temblaban las manos o la voz al mirarles las constantes. Así que envió a uno de los nuevos, Nick Aguta. Le dijo que le vendría bien para aprender y que ella estaría observando su trabajo desde el otro lado del cristal.

Por suerte, se lo había creído.

Así pues, allí estaba, al otro lado del cristal, observando a Nick palparle el abdomen a Crowe, la Antena 209.

Mientras Nick seguía la rutina establecida, Hannah se puso a pensar en Bishop. No podía quitarse de la cabeza la imagen de ese cuerpo destrozado. Lo que más la alteraba era que, cuando supervisaba cómo su equipo metía a Bishop en la bolsa para cadáveres, a pesar de que se había arrancado las mejillas y la garganta, estaba segura de haber visto una leve sonrisa en sus labios.

Por raro que resultara, pese a la cantidad de carne que se había arrancado del cuerpo, no se tocó la boca. Había sangre y tendones por todas partes, pero la sonrisa se había mantenido inmaculada. No tenía sentido que los músculos se tensaran y que, en un rostro por lo demás destrozado, hubiera aparecido el *rigor mortis* en esos labios curvados en una sonrisa diabólica.

A menos que fuera un «que os den» final de Bishop dedicado a Hannah, a Joe y al resto del personal.

La doctora se estremeció al recordarlo.

Intentó alejar todo eso de su mente, pero su cerebro se puso a reproducir la conversación con Riley de la noche anterior. Y, en cuanto se adentró en esos pensamientos, no pudo evitar recordar a Ashley, su bebé, tal como la había visto en el hospital.

Amoratada. Inmóvil.

Por muy pocas ganas que tuviera Hannah en ese momento de estar en ese lugar horrible, se dio cuenta de que el trabajo era quizá lo único que podía distraerla de todos los pensamientos que le rondaban por la cabeza. Por eso centró su atención en la ventana de la celda de Crowe. Vio que Nick Aguta tomaba nota de cuántas escaras tenía; las medía y apuntaba si habían crecido o se habían reducido.

Algo no estaba bien.

Hannah se acercó al cristal.

Sin duda había algo raro.

Se llevó el *walkie-talkie* a la boca.

—Nick, ¿está despierto? —preguntó.

Oyó la voz de su colega por el altavoz.

—Tiene los ojos abiertos.

Se arrodilló junto a la cara de Crowe. Sacó una linterna, se acercó y la pasó por delante de los ojos de la Antena.

Hannah contuvo la respiración cuando Nick se colocó pegado a la cara de Crowe. Demasiado pegado.

—No responde a los estímulos —anunció él con voz segura, como si respondiera a la pregunta de una profesora a la que quería impresionar.

—¿Está… bien? —insistió Hannah. Sabía que no era una pregunta muy específica ni muy científica, pero era la única que podía hacer en ese momento.

Nick no la entendió. Vaciló, como si lo estuvieran poniendo a prueba.

—Las frecuencias cardiaca y respiratoria son normales. Tiene una escara en…

—No, no, no. Algo va mal.

Nick se irguió y miró hacia la ventana.

—¿Qué quiere que haga, doctora?

—Sal de ahí.

Él miró alrededor. La Antena yacía inmóvil en el suelo, estática, sin mostrar el más remoto indicio de que supusiera una amenaza.

—¿Qué ocurre?

Hannah inspiró hondo. Notó un escalofrío en lo más profundo y se estremeció.

—Es posible que esté despierto, pero no se mueve —dijo.

Era cierto. Tras años de cuidar y observar a las Antenas, se dio cuenta de que había una sola cosa que nunca había visto que hicieran: quedarse quietas.

Crowe no movía las manos en el aire ni se mecía de un lado a otro, ni siquiera agitaba las piernas espasmódicamente, como un perro dormido que sueña con correr. Y tenía los labios quietos, y de ellos no salían ni gemidos ni torrentes de palabras ininteligibles. Era la primera vez, por lo que recordaba, que Hannah veía a Crowe tan quieto. Solo miraba al techo, con la vista fija ahí arriba, a través del recubrimiento, hacia algún lugar más allá.

Era esa inmovilidad lo que había puesto en alerta a Hannah.

No quería apartar los ojos de él, pero algo le llamó la atención en la periferia de su campo de visión. El silencio se había apoderado del pasillo del nivel dos, donde siempre había mucho ruido. Se giró para mirar…

El movimiento se había detenido en las celdas. En todas, las Antenas estaban tumbadas boca arriba, mirando al techo.

No movían ningún músculo.

No emitían ningún sonido.

Todos los demás médicos y técnicos de laboratorio que estaban en ese nivel lo notaron también. Era como si un manto de silencio hubiera descendido desde lo más alto para cubrirlos a todos al mismo tiempo. Dejaron de hablar entre ellos. Dejaron de hacer ruido mientras rebuscaban en los carros «contenedores de pañales». Dejaron de caminar, porque, de repente, incluso sus pasos sonaban demasiado fuertes.

El nivel dos se había quedado mudo.

Había un silencio perfecto que nadie rompía.

—Todos fuera de las celdas —ordenó Hannah.

No necesitó gritar ni levantar la voz, porque se la oyó perfectamente en medio de ese mutismo.

Todo el mundo se puso a recoger el equipo.

Hannah caminó despacio hasta el ascensor. No tenía sentido alarmar a los demás.

—Voy a hablar con el centro de control. Permaneced fuera de las celdas hasta que os digamos algo —ordenó al pasar.

Y entró en el ascensor.

Joe recorrió con calma el pasillo del nivel uno y pasó junto a dos miembros del personal de limpieza que iban charlando mientras empujaban sus carros llenos de lejía y cepillos.

Los saludó con la cabeza, pero notó que tragaba saliva con dificultad. Se preguntó si se habrían fijado en el bulto que se le veía en la cintura, donde escondía el arma. ¿Les habría extrañado que no llevara corbata? ¿Se habrían fijado en que tenía la camisa por fuera?

¿Iban a esperar a que pasara para notificárselo enseguida a seguridad?

Los había saludado justo cuando pasaba junto al cartel de los dos ojos vigilantes y las palabras «Si ves algo raro, comunícalo».

Pero los dos trabajadores de la limpieza le sonrieron y siguieron su camino. Lo único que hicieron fue erguirse un poco y callarse, incómodos, al parecer, por que el supervisor los pillara cotilleando.

Los vio pasar la identificación junto a una puerta y entrar en la sala de descanso. Él continuó por el pasillo.

¡Ping! Se abrieron las puertas del ascensor y salió Hannah.

Los dos se miraron.

—¡Joe! —exclamó ella, que corrió hacia él. Llevaba la sensación de urgencia escrita en el rostro.

Él intentó poner cara de pocos amigos y hacerle entender con los ojos, incluso mentalmente, que lo mejor sería que se diera la vuelta y se marchara cuanto antes. Pero Hannah estaba demasiado preocupada por lo que fuera que tenía que decirle y siguió corriendo hacia donde él estaba.

—Está pasando algo muy raro con las Antenas —dijo—. Estaba en el nivel dos y todas se han quedado calladas. Ha sido rarísimo. Iba de camino a hablar con Tariq para ver si los niveles de gas están…

—Hannah… —la interrumpió.

Ella dejó de hablar y, por fin, se dio cuenta de que a Joe le pasaba algo. Se paró a unos metros de él y se fijó en la falta de corbata y en la camisa por fuera. También pareció que distinguía el leve contorno de la pistola que llevaba oculta bajo los faldones de la camisa.

¿Hasta qué punto confiaba en Hannah?

¿Podía contarle la verdad?

¿Se daría media vuelta? ¿No llamaría a seguridad?

¿Estaba dispuesto a correr el riesgo?

—¿Qué ocurre? —La voz de Hannah sonó tensa.

—Te van a hacer muchas preguntas —empezó a decir mientras avanzaba unos pasos para reducir la distancia que los separaba. Se había acercado así a ella cientos de veces a lo largo de los años, siempre para criticar el trabajo en voz baja sin que nadie se diera cuenta. Y, como siempre, ella no se apartó.

—¿Quién? —preguntó.

—Ya sabes quién. Y creo que vas a querer decirles que, según tu opinión profesional, el divorcio y la separación de mi familia me resultaron muy estresantes.

—Así fue —corroboró confundida, pero sin apartar los ojos de él—. Sin duda.

—Y después los informarás de que yo sentía mucha presión por querer ser un buen padre —continuó. Acercó la mano y cogió la de la doctora—. Pero que no sabía hacerlo. Y cuando Kate murió y Riley se fue a vivir conmigo, fue demasiado para mí. No sabía cómo ser padre ni cómo apoyarla ni cuidarla, porque nunca lo había hecho. Siempre elegí el trabajo antes que la familia. Y así es como empecé a odiarlo, porque siempre me exigía estar aquí y me impedía pasar tiempo con mi hija. Ese resentimiento se convirtió en rabia. Odiaba este sitio. Le había dedicado mi vida, todo, y no había conseguido nada a cambio. Así que exploté.

—Joe, pero ¿qué estás diciendo?

La mirada de él se volvió gélida.

—En algún rincón de mi mente, decidí que la única forma de ayudar a Riley era quemar mi trabajo. Reducirlo a cenizas. Pero diles a quienesquiera que te pregunten que fue decisión mía. Que fui yo quien no pudo más. No les cuentes lo que pasó anoche en mi casa, lo de Riley. No la metas en esto, porque no estaré ahí para sacarla.

Fue entonces cuando Hannah intentó apartarse.

—Joe…

—Protege a Riley por mí. ¿Lo harás?

—¿Qué está pasando?

—Prométemelo. No dejes que lleguen hasta Riley.

—Claro que no.

—Bien. Bien. Una cosa más… —Entonces hizo un movimiento repentino, sacó el arma de los pantalones y la apuntó a la barbilla de Hannah—. No intentes detenerme.

Y, tras eso, le retorció el brazo para ponérselo a la espalda y la encañonó en la nuca.

—Abre la puerta del centro de control.

La empujó hacia la puerta.

Tenía que moverse rápido. Media docena de guardias de seguridad lo habrían visto sacar una pistola. Ya habría alguien alertando a Tyler. Se produciría cierta confusión y el retraso que ello conllevaba.

Hannah obedeció: pasó su tarjeta y abrió.

En el interior, ni Chuck y ni Tariq levantaron la cabeza. Estaban enfrascados en la vorágine de la resolución de los problemas derivados de la fuga de gas.

—No habla ninguno —comentó el operador, que se llevó los auriculares a las orejas, sin apartar la vista de las imágenes de la pantalla—. Están todos ahí tirados, mirando al vacío.

—¡Pues no hay ninguna fuga de gas! —anunció Tariq, tecleando sin parar en su sistema.

—Tiene que ser eso.

—Tal vez, pero esta cosa dice que no es así.

Joe hizo entrar a Hannah, sin dejar de apuntarle, y cerró la puerta.

—Mirad, chicos… —dijo.

Chuck se giró un poco hacia la puerta.

—Ah, Joe, menos mal que estás aquí…

Entonces puso los ojos como platos y se quedó sin palabras al verlo empujar a Hannah a un lado y apuntarle a él.

—Las manos en la cabeza. Contra la pared —ordenó Joe.

El operador hizo lo que le decía, pero Tariq se quedó mirando con los ojos muy abiertos, confundido.

—¿Yo también?

—¡Sí, también, Tariq! ¡Contra la pared! —gritó el supervisor.

El otro se levantó de un salto y fue con Chuck y Hannah.

Como no tenía ni un minuto que perder, Joe dio una patada a la silla de Chuck para quitarla de en medio y se inclinó sobre los controles. Empezó a pulsar el ratón y las teclas como un loco para introducir comandos. Acercó la cabeza al micrófono y lo encendió.

«Atención, miembros del personal. Les habla el supervisor Gerhard. Vamos a realizar un reseteo del sistema de emergencia. Abandonen los pasillos inmediatamente. Dejen los equipos donde están y vayan a las zonas comunes, de donde no deben salir hasta nuevo aviso. No es un simulacro. Se trata de una emergencia. El acceso a la superficie está bloqueado».

Inmediatamente sonó el teléfono de la mesa de Chuck. Joe le arrancó el cable para que parara.

«Repito, abandonen los pasillos».

Abrió en la pantalla un plano de la Planta y, lo más rápido que pudo, empezó a seleccionar puertas de seguridad, cámaras de sellado y celdas. Cambió su estado de «Activo» a «Deshabilitado».

El plano de la Planta se llenó de luces rojas que parpadeaban.

Siguió con lo que estaba haciendo.

Desde el rincón le llegaba la conversación en voz baja entre Chuck, Tariq y Hannah, que estaban juntos de cara a la pared.

—¿Deberíamos intentar detenerlo? —preguntó Tariq.

—Ese no es mi trabajo —respondió Chuck.

—Joe, por favor —dijo Hannah mientras giraba la cabeza para mirarlo—. Habla conmigo. ¿Qué estás haciendo?

El supervisor no tenía tiempo para responder. Debía actuar rápido. En ese momento, las fuerzas de seguridad del vestíbulo habrían entrado en pánico. Seguro que Tyler intentaría detenerlo; por eso tenía que ser más rápido.

—Joe, si paras ahora, le diremos a Tyler que ha sido todo un error —continuó Hannah—. Un fallo de comunicación. No tienes que hacerlo.

—Sí, tío. Te apoyaremos —intentó ayudar Chuck.

Él siguió con los controles.

—Por favor, Joe —lo intentó la doctora de nuevo—. Tyler se habrá dado cuenta de que algo pasa. Aparecerá aquí para detenerte en cualquier momento.

—No lo creo —contestó Joe.

—Sé que es tu amigo, pero te va a detener. Eso si no te mata…

—No puede bajar hasta aquí.

—Es el jefe de seguridad. Puede revertir la desactivación del ascensor, tío —explicó el operador.

Joe negó con la cabeza mientras escribía los últimos comandos.

—En una de las reuniones de diseño, en su momento, un imbécil mencionó la posibilidad de que una fuerza enemiga intentara un asalto total a esta infraestructura. Tropas chinas o rusas podrían irrumpir en el vestíbulo y apuntar con un arma al jefe de seguridad hasta que reactivara el ascensor. Era una de esas situaciones potenciales que los idiotas trajeados van corriendo a contarles a los de arriba. Después de oírlo, nadie se quedó tranquilo hasta que se establecieron procedimientos para evitar que eso llegara a ocurrir.

En una de las imágenes, vio que su personal corría por los pasillos hacia la sala de descanso. En cuestión de minutos, cesó el movimiento que se veía en todas las cámaras.

—Así que se incorporó al sistema la posibilidad de que el supervisor pudiera bloquear todos los accesos al exterior. En la central tendrán que enviar a la caballería para volver a poner en funcionamiento ese ascensor —anunció Joe cuando acabó de escribir el último comando.

El icono del ascensor empezó a parpadear en rojo en el monitor. Un clic del ratón y todas las pantallas se fundieron a negro.

Se irguió y miró a las tres personas que estaban en el extremo opuesto de la sala, de cara a la pared.

—Necesito que vengáis conmigo —dijo Joe. El tono firme de su voz les dejó claro que no se trataba de una petición.

Todos se giraron despacio para mirarlo.

Con el arma apuntándoles, Joe fue hasta la plataforma del fondo y abrió un armario que había al lado de la mesa de los aperitivos. Dentro había comida, servilletas y botellas de agua, pero debajo, en el último estante, se veía una caja grande y robusta. La sacó y abrió la tapa. Dentro había máscaras y bombonas de oxígeno.

—Ponéoslas —ordenó.

Chuck y Tariq miraron a Hannah, a quien reconocían tácitamente como su líder. Ella dudó. Miró a Joe con cara de súplica, pero él mantuvo la expresión impasible.

—Joe…

—No tengo tiempo para hablar de esto.

La doctora inspiró hondo, subió a la plataforma y sacó una máscara de la caja. Los otros dos la imitaron.

—Te vas a meter en un buen lío, tío —comentó el operador.

Y a Joe no le quedó más remedio que asentir.

# 28

Tyler sintió que un sudor caliente, producto de los nervios, le cubría los brazos y la espalda.

Una calma tensa reinaba en el vestíbulo y todos los miembros del personal de seguridad tenían los ojos fijos en él. Pasó su tarjeta por la consola del ascensor por enésima vez. Y, de nuevo, parpadeó la lucecita roja y sonó un timbre irritante: ¡PIII!

El ascensor. Las cámaras. Lo habían desactivado todo.

—¿Hemos recuperado ya los monitores? —preguntó a los chicos que estaban en la zona de vídeo.

—Sigue todo negro.

Tyler soltó una maldición. Hacía días que allí estaban pasando cosas raras, pero había hecho la vista gorda porque consideraba a Joe su amigo. Cuando estaba en las Fuerzas Aéreas, él también era así, capaz de saltarse un poco las normas para proteger a sus compañeros. Se hacía la vista gorda porque todos estaban en el mismo barco.

¿Cuántos detalles había ignorado esa semana? ¿Cuántas veces había dejado pasar acciones cuestionables, como si fuera un robot, porque asumía que todo el mundo tenía el mismo objetivo?

La rebelión de Bishop…

Las alucinaciones de la hija de Joe…

Los reinicios sin autorización que le ordenó…

La «sugerencia» del supervisor de que situara a todos sus hombres en el vestíbulo en vez de abajo por una «cuestión de imagen»…

Joder.

Tal vez, solo tal vez, esa extraña interrupción de las comunicaciones y el bloqueo de seguridad estaban debidamente autorizados y la central no lo iba a poner entre la espada y la pared por eso. Tal vez todo pasara sin consecuencias.

O tal vez el supervisor de la Planta se había rebelado.

Y, en cuanto Tyler lo detuviera —o lo matara—, se iniciaría una investigación en la que quedaría al descubierto la concatenación de negligencias del jefe de seguridad durante esa semana. Y, si los interrogatorios y las investigaciones se acumulaban, se dio cuenta de que lo último que quería era que sus hombres dijeran que se había quedado sentado como un tonto, mano sobre mano, mientras el supervisor de la Planta hacía sabía Dios qué con las Antenas de abajo.

Su decisión era fácil.

A la mierda.

Inspiró hondo y se alejó del ascensor.

—Phillips, llama a la central. Y encuentra a alguien que pueda invalidar las órdenes de Gerhard.

El guardia cogió el teléfono y se puso a marcar. Sabía que a Phillips lo pasarían con tres operadores y cinco secretarias antes de contactar con alguien con la autoridad suficiente para encargarse del problema sin tener que pedir mil permisos. Y, aun así, era probable

que el pez gordo les dijera: «Envío un equipo. Tardará dos horas en llegar».

Por eso Tyler volvió a su garita.

—Martinez, Robinson, Wells y Harrell, poneos los trajes.

Abrió una taquilla, y sacó un equipo de oxígeno y una linterna. Se puso la máscara y cogió un rifle. Sus hombres volvieron a sus puestos para equiparse.

El jefe de seguridad fue hasta la entrada. Entonces miró al vestíbulo y azuzó a sus hombres.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Moveos!

Ellos se apresuraron a seguirlo. El chute de adrenalina los había puesto en movimiento. Tras años de mirar máquinas de rayos X y realizar simulacros, de repente se los veía con un objetivo y cierta urgencia. A la mayoría se les veía una expresión de seria determinación en la cara.

Tyler abrió la puerta principal y salió corriendo al exterior.

Sus hombres lo siguieron.

Cruzaron corriendo la entrada y el aparcamiento. Dieron la vuelta al edificio y se dirigieron a toda velocidad hasta las antenas de satélite y las torres que había a unos cien metros. Todo ese equipo se encontraba en un recinto protegido por una gruesa valla metálica. El jefe pasó su identificación por el lector, pero volvió a parpadear la luz roja. «Deshabilitado».

—Vamos a saltar —dijo.

Se agachó y unió las manos para formar un estribo. Martinez fue el primero en llegar, así que apoyó el pie en las manos que esperaban y Tyler lo impulsó hacia arriba. Se agarró a la parte superior y se quedó mirando las concertinas de alambre de espino

que la coronaban. Colgado solo de una mano, sacó un cúter del bolsillo de su pantalón cargo y se puso a cortar la espiral.

—¡Más rápido! —gritó Tyler—. ¡Vamos! ¡Date prisa!

El hombre fue abriéndose paso entre la maraña de alambre lo más rápido que pudo. Cortaba con una mano y se sujetaba a lo más alto de la valla con la otra.

El jefe de seguridad no dejó de respirar hondo. Miró el reloj. Estaban tardando demasiado. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Cuánto llevaba Gerhard ahí abajo, solo?

¿Qué coño estaba tramando?

La puerta de la escalera del nivel dos se abrió. Chuck fue el primero en cruzarla, y a continuación pasaron Tariq y Hannah. El último fue Joe, con el arma en la mano.

Todos llevaban mascarillas y sostenían la bombona de oxígeno con las manos.

—La puerta de mantenimiento está desbloqueada —dijo Joe mientras señalaba la puerta lateral que daba a la parte de atrás de las celdas.

Chuck giró el picaporte y la abrió.

Todos entraron.

Se quedaron allí, contemplando el cúmulo de tubos y mangueras que iban de los tanques a las distintas celdas.

Joe metió la mano en el bolsillo y sacó tres tijeras.

—Hay once tubos de gas. Tenéis que trabajar rápido y acabar lo antes posible. Seguro que Tyler ya viene hacia aquí por el pasaje de

acceso. Quiero que cortéis los tubos de forma que no puedan repararse enseguida.

—Se van a hacer pedazos —adelantó Hannah.

—Sí —contestó Joe.

Tariq levantó las manos.

—Yo… no lo voy a hacer, tío.

—Claro que sí. Y luego volveremos tan tranquilos al centro de control. Nos tomaremos un refresco y unos pretzels y nos quedaremos sentados esperando a que ellos se las apañen solitos. Cuando hayan acabado, entregaré el arma. Vosotros no tendréis ningún problema. Todo el mundo verá que os he obligado. Y cuidadito —añadió apuntando a la cabeza de Tariq—, no perdáis el tiempo ni intentéis joderme.

—¡Joe! —chilló Hannah.

Pero él ni se inmutó.

—Cortad los tubos.

Tariq tragó saliva y cogió las tijeras que tenía Joe en la mano. Hannah y Chuck hicieron lo mismo. Fueron por el pasillo hasta el regulador más cercano y agarraron los tubos.

—¡Ya! —gritó Joe.

Hannah fue la primera. Con una mano agarró el tubo negro de goma que entraba en la caja de plástico del regulador. Cuando este zumbó, abrió las tijeras con la otra mano. Todos la miraban, esperando. Apoyó el filo en el tubo y… las cerró.

No se cortó bien.

Abrió y cerró las tijeras varias veces para cortar la goma. Intentó doblar el tubo para enrollarlo en la hoja y moverla como si fuera una

sierra. Así, poco a poco, empezó a escapar un chorro de gas por el agujero que había hecho.

Casi al mismo tiempo, le llegó otro sonido que atravesaba la gruesa pared. Un aullido agudo y estridente. Sonaba como la correa de ventilador defectuosa de un motor que chirriaba sin cesar, advirtiendo al mundo de que estaba a punto de romperse. Al principio sí que parecía una pieza de maquinaria en mal estado, pero enseguida el aullido escalofriante cobró fuerza. El tono oscilante no dejaba lugar a dudas: eran los gritos de dolor de un ser humano.

—Continúa —ordenó Joe. Apuntó con el arma a Chuck y Tariq—. Y vosotros también.

Ellos agarraron los tubos que había cerca y les clavaron las tijeras.

Mientras tanto, Hannah había encontrado el orificio que había hecho en el tubo. Con ese punto débil identificado, clavó la punta de las tijeras para abrirlo aún más.

El chillido del otro lado de la pared, que parecía tan violento unos segundos antes, adquirió un tono más desesperado y profundo cuando Hannah cortó lo que quedaba del tubo.

Chuck y Tariq siguieron su ejemplo. Clavaron las tijeras en los tubos de los siguientes reguladores. Retorciendo y tirando, lograron que la goma negra lisa se rajara y se abriera. Dos chorros sibilantes de gas más se oyeron en ese pasillo. Y los acompañaron otros dos gritos de los ocupantes de las celdas.

—Los siguientes —insistió Joe.

Avanzaron por el pasillo hasta otro grupo de reguladores. Los gritos del otro lado de la pared aumentaron de intensidad. No tenían el mismo tono ni la misma frecuencia. Los chillidos brotaban de forma antinatural de las cuerdas vocales de las Antenas, como si su

lengua, su garganta y sus pulmones buscaran un aullido que lograra expresar de verdad su sufrimiento.

—Seguid —azuzó Joe.

Su equipo agachó la cabeza y aplicó las hojas de metal a la siguiente tanda de tubos. Les dolían las manos de tanto empujar los mangos de las tijeras para que la herramienta atravesara la goma.

Tres gritos más se unieron al coro.

Joe les hizo un gesto con la pistola.

—Ahora tenemos que pasar al otro lado.

Los tres volvieron sobre sus pasos. Joe le indicó a Chuck que fuera primero. El operador abrió la puerta que daba al pasillo principal. En cuanto la gruesa hoja de metal se movió, una avalancha de ruido —horrible y agónico— se coló en el espacio.

—Rápido —repitió Joe.

Cruzaron la puerta y salieron al pasillo principal del nivel dos.

—No los miréis. Vamos —ordenó.

Joe trató de seguir su propio consejo, pero por el rabillo del ojo vio a las figuras, que, aullando y retorciéndose, estrellaban el cuerpo contra las ventanas de inspección. La mitad de los residentes del pasillo estaban en plena agonía; la otra mitad, completamente inmóviles.

Por ahora.

Cruzaron deprisa el pasillo hacia la puerta de mantenimiento del otro lado. Chuck la abrió y todos entraron.

—Vamos, a lo vuestro —dijo Joe.

Chuck, Hannah y Tariq avanzaron por el pasillo.

Clavaron las tijeras en un tubo tras otro. Con cada nuevo siseo, que indicaba otra fuga de gas, se añadían más gritos desesperados y

más golpes.

Otro tubo.

Y otro.

Más gritos que se unían.

El ruido creció y se expandió hasta que pareció salir directamente de las paredes de hormigón, como si el propio edificio fuera el que sufría.

Era imposible bloquearlo. Fue como si ese ruido se quedara pegado al equipo de Joe. Podía ver que su peso les hundía los hombros y les encorvaba el cuerpo en señal de derrota.

Cuando Tariq cortó el último tubo, todos se dieron la vuelta y regresaron junto a Joe. Vio sus caras tras las máscaras. Cenicientas. Exhaustas. Parecían zombis que, entre los gritos, avanzaban arrastrando los pies, como si los rodeara un lodo denso y opresivo.

Joe se guardó la pistola en los pantalones. Ya no la necesitaba. Y no quería decirle a su gente que, aunque era evidente que había colado un arma en la planta durante los últimos días de la construcción, lo que no había introducido eran balas. Tras la pelea con Kate por el arma, fue a lo más profundo del bosque y disparó hasta que agotó toda la munición. Y después, como último acto de rebeldía contra su mujer, decidió que conservaría la pistola, aunque solo fuera para tenerla guardada en un archivador del trabajo.

Su intención era disculparse con su equipo, sobre todo con Hannah, cuando volvieran al centro de control.

—Ahora vamos todos con calma a esperar a que Tyler llegue hasta aquí —les explicó.

Y abrió la puerta.

Hannah y Chuck salieron al pasillo principal.

El último en hacerlo fue Tariq.

El químico estaba deseando volver a su despacho. Desde que consiguió ese maldito trabajo, el sitio que más odiaba de todos era el nivel dos. No le importaba tener que vigilar a las Antenas de forma remota, mediante las cámaras y los indicadores; siempre podía silenciar el vídeo cuando se ponían a gritar. Eso le permitía desconectar del trabajo diario, en el que, para ser sinceros, se dedicaban a torturar a la gente por el bien de la seguridad nacional.

Pero estar físicamente en el nivel dos lo volvía todo demasiado real para él.

El olor de la lejía que enmascaraba el de las heces.

El runrún de sus gemidos, salpicado de un grito aleatorio e inesperado.

Y verlos… ¡Puaj! A él le parecía que era como estar al mismo tiempo en una institución mental, una cárcel y una morgue repleta de cadáveres.

Lo detestaba.

Desde que cortó el primer tubo, Tariq empezó a sentir un horrible dolor de cabeza. Su visión se emborronó un poco y empezó a oír todo un tanto amortiguado. Pensó que era el efecto de la pistola con la que su jefe le apuntaba a la cabeza. Todo lo que había pasado parecía parte de una ensoñación. Se alegraba de que hubiera terminado.

Las buenas noticias eran que, como Gerhard estaba haciendo cosas tan raras, había muchas posibilidades de que Aguirre —y cualquier otro inspector que enviara la central— no acabara

despidiendo a Tariq. No le importaba mucho el trabajo en sí, pero tenía un buen sueldo y algunas ventajas. Confió en que el punzante dolor de cabeza que sentía se debiera al día tan estresante que había tenido y nada más. Dios, estaba deseando volver a su mesa y tomarse un ibuprofeno.

Al salir del pasillo de mantenimiento al principal, estuvo a punto de ir en sentido contrario. Debió de desorientarse, porque esperaba que la escalera estuviera a su izquierda, pero por ahí se iba al pasillo que llevaba a las distintas celdas.

El lugar empezó a darle vueltas y notó cierto vértigo.

La sensación se pasó enseguida. Esperaba que sus colegas no se hubieran fijado en su pequeña vacilación para reubicarse.

Quizá se encontraba así porque no estaba acostumbrado a la máscara de oxígeno. Se empañaba y le nublaba la vista. No sabía por qué, pero no lograba respirar con normalidad con ella puesta; pasaba de dejar de respirar a hacerlo a grandes bocanadas. ¿Cómo hacían los pobres desgraciados que trabajaban allí abajo, todo el día con esos trajes especiales, para no volverse locos? Tariq estaba encantado de no tener que volver a hacer ese tipo de tareas de mierda.

Estaba a punto de girar hacia las escaleras cuando, casi sin darse cuenta, echó un vistazo al pasillo. Se había hecho un silencio antinatural. En realidad, todo era silencio.

¿Habían muerto las Antenas por fin?

Cuando Tariq miró, se le paró el corazón…

Las puertas de todas las celdas estaban abiertas.

¿Qué demonios había pasado?

¿Por qué coño estaban abiertas esas puertas?

Tariq confiaba en que hubiera alguna explicación lógica, pero entonces oyó uno de esos suaves gemidos.

Contuvo la respiración.

A su lado, Joe y los demás miraban al pasillo sin decir nada.

Entonces Ferro salió de una de las celdas del fondo. Se había arrancado la bata. Se clavaba los dedos en los hombros desnudos y en los pechos mientras alternaba los espasmos y la rigidez. Las manoplas protectoras que le cubrían las manos estaban hechas jirones, seguramente por la acción de sus dientes, porque se veían hilos colgándole de la boca.

Y entonces se dio la vuelta.

En todo el tiempo que Tariq llevaba trabajando allí, en las infinitas horas que había pasado observando a las Antenas, nunca antes había establecido contacto visual con una de ellas.

Hasta ese preciso momento.

Miró a Ferro, que le devolvió la mirada. Y estaba más que claro que lo veía.

—Mierda —murmuró.

Ferro soltó uno de esos aullidos.

Y, con un paso irregular y renqueante, echó a correr por el pasillo hacia él. Su cuerpo se agitaba y se retorcía, y sacudía los brazos.

Esos gritos parecieron atraer a las otras Antenas. A medida que Ferro pasaba ante las puertas, las demás salían al pasillo. Chillando y autolesionándose, avanzaron, se unieron a ella y todas juntas corrieron hacia donde estaban Tariq y los demás.

Era una estampida por el pasillo.

La de unos reclusos que, liberados de repente de sus ataduras, arremetían aullando y sedientos de sangre.

—¡Vamos, vamos, vamos! —grito Tariq.

Joe y los demás se habían quedado petrificados mirando a la horda acercarse a ellos.

Tariq los empujó y echó a correr hacia la escalera.

Tiró de la puerta, pero no se abrió. Metió la mano en el bolsillo y sacó su tarjeta con dedos torpes. No paraba de temblarle cuando la pasó por el escáner.

Miró detrás de él y vio a las Antenas abalanzarse sobre Joe, Chuck y Hannah. Los tiraron al suelo, les clavaron las uñas y arrancaron grandes trozos de carne de los cuerpos de sus colegas.

Joe gritó, pero su voz parecía llegarle desde muy lejos.

—¡Tariq! ¡Tariq, espera!

Un clic, una luz verde y la puerta que tenía delante se abrió, justo cuando una de las Antenas estaba a punto de agarrarlo por el hombro.

Entró y corrió.

Pero delante de él apareció otra puerta sellada y cerrada.

No había dos puertas para llegar a la escalera, ¿verdad?

Notó una mano en el hombro.

Se giró y se zafó de quienquiera que fuera.

Pasó su tarjeta por la segunda puerta y la abrió de un tirón.

La mano volvió a agarrarlo, pero consiguió liberarse.

—¡Tariq! ¿Qué coño estás haciendo? —le gritó alguien.

Él no tenía intención de parar. Cruzó la puerta para llegar a la escalera…

Pero no era la escalera.

Esperaba encontrarse con unos escalones de metal grises que, en la penumbra, ascendían a través de un abismo de hormigón. Pero

tuvo que entornar los ojos, porque la intensa luz fluorescente se reflejaba en las paredes blancas y en el suelo.

Se quedó ahí y parpadeó, confundido.

No estaba en la escalera.

Se había metido en una de las celdas de las Antenas.

—¡Tariq! ¿Qué coño estás haciendo? —gritó Joe.

En cuanto salieron del pasillo de mantenimiento, Tariq empezó a tropezar por todas partes, como si fuera un niño con los ojos tapados al que le hubieran dado vueltas para que golpeara una piñata. Y entonces había salido corriendo hacia la celda más cercana, en cuya puerta intentaba pasar su identificación.

Todos le gritaron que se detuviera, pero él continuó.

Solo cuando Tariq los miró por encima del hombro, Joe se dio cuenta de lo que ocurría. Lo vio en sus ojos. El chico los estaba mirando, pero no los veía. Tariq estaba viendo otra cosa totalmente distinta que, fuera lo que fuera, lo tenía muerto de miedo. Era la misma expresión de pavor, de puro terror, que había visto cruzar la cara de Riley.

Joe corrió hacia él e intentó agarrarlo antes de que le diera tiempo a abrir la segunda puerta estanca, pero Tariq lo empujó y lo tiró al suelo.

Cuando logró volver a ponerse de pie, ya era demasiado tarde.

Tariq había utilizado su identificación para abrir la puerta de la celda de Ferro.

Durante un momento, el tiempo pareció detenerse. Vio a Tariq parado en medio de la celda. El químico miró alrededor y se dio

cuenta de algo, pero pareció que no acababa de comprender su significado. Ese no era el sitio al que creía haber entrado. No era en absoluto lo que Tariq esperaba encontrar.

Mientras estaba allí, confundido, intentando encajar las piezas en su mente, Ferro se abalanzó sobre él.

Con su peso hizo que cayera en el hueco de la puerta.

Se desplomaron juntos al suelo. La puerta intentó cerrarse, pero los dos cuerpos enredados se lo impedían.

De algún modo, Tariq pareció recuperar la conciencia. Intentó quitarse a Ferro de encima, pero seguía confuso. Sus débiles intentos de apartarla no eran suficientes ante la furia de las manos que iban a por su cara.

Ferro todavía tenía las manoplas protectoras sujetas a las muñecas, pero las había despedazado. Los dedos sobresalían por unos agujeros que evidentemente había abierto con los dientes.

En unos instantes, los dedos encontraron su objetivo. Agarró la máscara de oxígeno y se la arrancó de la cara. A Tariq le llegaron la comprensión y el pánico al mismo tiempo.

Joe lo vio en la cara del chico; acababa de darse cuenta de que estaba luchando por sobrevivir.

Pero ya era demasiado tarde.

Llevado por el miedo, ya había inhalado varias veces el aire tóxico de la celda. Incluso con los tubos cortados, el gas que quedaba allí dentro era suficiente para debilitar su cuerpo. Agitó los brazos, pero no logró golpear a Ferro ni defenderse. Intentó apartarla con un empujón, pero sus extremidades no parecían comunicarse bien con su cerebro. Sus manos se movieron en el aire, intentando empujarla o incluso darle un puñetazo.

Mientras tanto, Ferro fue a por Tariq con una furia muy bien dirigida. La mezcla de gas y oxígeno de la celda era suficiente para dejar sin fuerzas a Tariq, pero, en el caso de Ferro, parecía que su mente estaba más conectada con su cuerpo de lo que lo había estado en muchos años. Lo veía todo. Se había reencontrado con sus sentidos y sus músculos. Y eso confería a sus movimientos una rapidez que Tariq no podía igualar ni mucho menos contrarrestar.

Solo bastaron un par de intentos para que sus manos atravesaran las tristes defensas de Tariq y se las clavara en la cara.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —logró pedir, pero ya empezaba a arrastrar las palabras.

Los dedos de Ferro se dirigieron a los ojos del químico. Los hundió hasta el fondo. A pesar de que el aire de la celda le congelaba los músculos, sin duda lo sintió. Soltó un chillido tan violento que tuvo que destrozarle la garganta. Era el tipo de grito que Joe solo había oído a las Antenas, y en raras ocasiones, cuando estaban en los peores momentos del proceso de sintonización.

Ferro, que tenía bien sujeto el cráneo con los dedos hundidos en la cuenca de los ojos, lo levantó y le estrelló la cabeza con fuerza contra la puerta.

No había forma de saber si estaba muerto, pero Tariq dejó de gritar.

Ocurrió tan rápido que casi todo había terminado cuando Joe logró ponerse de pie.

Este vio que Ferro, que ya había acabado con Tariq, cogía la tarjeta identificativa que el chico tenía en la mano y se levantaba del suelo. Salió tambaleándose de la celda y entró en la cámara de sellado. Pasó al lado de Joe, sin verlo o sin molestarse por su

presencia. Todo su cuerpo se balanceaba y se sacudía. Aunque había recuperado el control de los músculos, parecía que los tenía tan atrofiados que no llegaba a moverlos bien del todo.

Con gran concentración, Ferro consiguió que su mano se quedara quieta el tiempo suficiente para pasar la tarjeta de Tariq por el sensor.

La luz verde parpadeó. Y la puerta se abrió.

Ferro cruzó al otro lado y salió trastabillando al pasillo.

Joe la agarró del brazo para frenarla. Ella intentó zafarse y a él le sorprendió la fuerza que aún quedaba en esas extremidades huesudas. Entonces empezó un tira y afloja entre los dos, con el brazo de Ferro haciendo las veces de cuerda.

Joe tiró con fuerza y hacia un lado. Oyó un fuerte crac cuando el antebrazo de Ferro se rompió a la altura del codo. Incluso con el hueso atravesándole la piel, el dolor que debía de sentir no la frenó, como habría hecho con una persona normal. Lo encajó y siguió peleando. Era como si ya estuviera funcionando a su máximo nivel de tolerancia al dolor y cualquier sensación adicional le resultara insignificante en comparación.

Ignoró el hueso que le colgaba del brazo y siguió tirando para salir por la puerta.

Joe soltó el miembro roto e intentó agarrarla por otra parte más firme.

—¡Hannah! —gritó en dirección al pasillo.

Entonces Ferro se giró. Agarró con la mano buena el borde de la puerta y golpeó a Joe en la cabeza con ella.

Él cayó al suelo.

Se le nubló la vista.

Vio que Ferro recorría el pasillo hacia la siguiente celda. Pasó la tarjeta de Tariq por el lector.

Joe intentó ponerse de pie, pero, en cuanto consiguió levantarse del suelo, las piernas se tambalearon, como si estuvieran hechas de goma blanda. Consiguió dar un paso vacilante antes de que le fallaran y volviera a caer al suelo. No notó las yemas de los dedos cuando apoyó las manos para intentar alzarse de nuevo.

—Hann… —Al tratar de gritar para pedir ayuda a la doctora, se dio cuenta de que la lengua se movía sin fuerza por la boca y los labios dormidos no eran capaces de formar sílabas.

Aunque se esforzaba por pronunciar las palabras, solo podía oírlas como si llegaran desde muy lejos.

Empezó a ver un gris que crecía en la periferia de su campo de visión, pero entonces algo llamó su atención. Una línea que había aparecido frente a sus ojos. Con el poco control corporal que le quedaba, fijó la vista en esa línea. Era una grieta que atravesaba la máscara de arriba abajo, en el lugar donde Ferro le había golpeado la cabeza con la puerta. Su máscara estaba rota y el gas que salía por las puertas abiertas se colaba en su flujo de aire.

Al entender eso, volvió a ordenar a su cuerpo que se levantara.

A sus brazos, que lo impulsaran para apartarse del suelo.

A su boca, que gritara.

Y a sus ojos, que permanecieran alertas y abiertos.

Como la oscuridad ya estaba invadiendo sus sentidos, no sabía qué orden había llegado a su destino, si es que lo había hecho alguna.

Desde el otro extremo del pasillo, Hannah observó, horrorizada, que Ferro salía de su celda y le daba a Joe en la cabeza con la puerta.

—¿Qué coño está pasando? —preguntó Chuck, a su lado.

Se dio la vuelta hacia la escalera. Él no era un héroe, ni mucho menos. No parecía tener la intención de ir a ayudar a Joe ni de detener a Ferro. Y sin su apoyo, Hannah tampoco se veía haciendo nada de eso.

Pero ambos se quedaron petrificados al lado de la escalera.

—Se han metido en la cabeza de Tariq —explicó Hannah.

—¿Qué?

—Le estaban provocando alucinaciones. Lo han engañado para que abriera la celda.

—No pueden hacer eso.

—¡Joder, lo acaban de hacer!

—Pero ¿cómo?

—No lo sé. —Hannah tenía la boca abierta por el asombro y el miedo—. Este debe de ser el rato más largo que han estado sin los efectos del gas. Es el momento de mayor control de sus sentidos y de su cuerpo.

Se quedaron allí viendo cómo Ferro iba renqueando hasta la celda que había al otro lado del pasillo. El brazo roto, con el hueso asomando a través de la piel, ahora sangraba, dejando un rastro de gotas en el suelo, y le colgaba inerte al costado. Pero ella no parecía notarlo ni le prestaba atención. Con un objetivo claro, fue hasta la celda de su compañera, pasó la tarjeta de Tariq y desapareció en el interior de la cámara de sellado.

—Tenemos que rescatar a Joe y salir de aquí —dijo Hannah.

Dio unos pasos por el pasillo. Chuck la siguió a regañadientes. No habían avanzado mucho cuando Ferro salió con su paso irregular, seguida de cerca por otra Antena, Crowe.

Continuó su camino hacia la celda siguiente y abrió esa puerta.

—Está liberando a las demás —exclamó Hannah. En su voz se notaba que acababa de entenderlo todo—. Ese era su plan. Se han coordinado. Necesitaban que Joe les quitara a todas el gas para poder moverse.

—Oye, Hannah. —Chuck señaló a Crowe.

La Antena era tan frágil como las otras, pero era alta; su estructura ósea debió de servir para soportar un cuerpo fuerte. La doctora a veces intentaba adivinar cómo había sido la vida anterior de cada Antena y en qué trabajaba, y siempre le dio la sensación de que Crowe había sido soldado o atleta profesional. Tenía ese tipo de cuerpo. Por eso, con esas extremidades largas y fibrosas y los fuertes pómulos, tan pronunciados que hacían que sus cuencas oculares parecieran profundos cráteres, era la más intimidante de todas las Antenas.

Y en ese momento los estaba mirando fijamente.

Tras tantos años de observar los ojos de las Antenas dando vueltas sin sentido, ver esas miradas totalmente cambiadas y centradas en un objetivo hizo que a Hannah se le quedara el aire atascado en la garganta. Levantó la mano por instinto, como haría si tuviera delante un animal salvaje. No sabía qué decir, pero abrió la boca de todas formas. Podría disculparse. O intentar calmarlo con un simple «Tranquilo…».

Pero no logró decir nada. Tampoco había ninguna señal de que Crowe fuera capaz de mantener una conversación. Cuando miró

esos ojos hundidos, lo único humano que vio en ellos fue esa emoción tan propia de las personas que es la venganza. Al mirar esos ojos, supo que no existían explicación ni disculpa que pudieran satisfacer a ese hombre.

—¿Eso es una alucinación? —preguntó Chuck, trayendo de nuevo a Hannah al presente.

—No lo sé.

Se abrió otra puerta y Ferro salió con otra Antena. Esta era mujer y latina. La llamaban Vasquez.

Esa nueva Antena se unió a Crowe.

Las dos se quedaron en el pasillo, mirando a Hannah y Chuck. Las manoplas de protección, que se habían quitado a mordiscos, les colgaban de las muñecas hechas pedazos. Estiraban los dedos, que asomaban por los agujeros como si fueran gatos que probaban las garras. Las Antenas parecieron compartir pensamientos. Sus movimientos estaban perfectamente sincronizados.

En el mismo instante, Crowe y Vasquez apretaron el paso hacia Chuck y Hannah con su forma balanceante y espasmódica de desplazarse.

—¡Corre! —gritó Hannah y se dirigió a la escalera.

Chuck, que tenía los reflejos un poco más lentos, se volvió y la siguió.

Las Antenas también corrían.

Excepto Ferro.

Ella fue a abrir otra de las celdas.

# 29

La visión de Joe iba y venía.

A veces era borrosa, pero distinguía formas, sombras y luces. Durante un rato, las sombras amorfas se apoderaban de todo e invadían su visión hasta que no quedaba nada más que oscuridad. Estuvo así todo el rato que se quedó tirado en la puerta de la celda de Ferro. Todavía había gas en el nivel dos, pero se dispersaba en bolsas irregulares que pasaban flotando junto a Joe.

Estaba decidido a escapar de ese suelo maldito al que parecía estar pegado. Se concentró. Su mente ordenó a las manos que se apoyaran bien para poder impulsar su peso y despegarlo de la superficie acolchada.

Lo pensó.

Se imaginó el movimiento.

Fue ordenando a cada parte de su cuerpo que se moviera, músculo por músculo, hueso por hueso y tendón por tendón.

Pero el brazo derecho seguía encogido bajo su cuerpo en el lugar donde había caído. El izquierdo se movía a veces, pero no de forma coordinada; solo se agitaba sin ton ni son a su lado.

Intentó hacer lo mismo con sus piernas. Levantarse. Dar una patada. Girar el tobillo. Cualquier cosa.

Tal vez se movían o pataleaban sin parar, pero no lo sintió porque volvió la oscuridad.

Joe volvió a recuperar la visión. ¿Cuánto tiempo había pasado? Debía de haber una bolsa de oxígeno limpio que le estaba recorriendo el sistema, porque pudo pensar con más claridad de lo que lo había hecho desde que se le rompió la máscara. Todavía veía borroso, pero distinguía formas y colores un poco apagados. Se le ocurrió que, si contenía la respiración, podría aprovechar esa libertad sensorial para salir de allí en dirección a las escaleras.

Entonces una de esas formas, esas extrañas sombras que se cernían sobre él, se hizo más grande al acercarse y se interpuso en su camino de huida.

Era una Antena.

Joe intentó adivinar cuál era. Tal vez se trataba de una de las débiles y podría enfrentarse a ella y llegar a las escaleras. Parecía una mujer. Caucásica. Pero su visión no era lo bastante buena como para distinguirle la cara.

De repente, volvió la oscuridad, como si alguien hubiera pulsado un interruptor de atenuación en sus ojos y estuviera bajando la luz. La silueta corrió hacia él. No podía mover los músculos.

Su visión se volvió borrosa…

Cada vez más…

Y más…

En el último momento de conciencia, recordó el sueño de la noche anterior. En él, intentaba esconder un cadáver en la cámara frigorífica de una tienda. Kate se acercó, le rodeó los hombros con el

brazo y le susurró al oído. Acababa de recordar lo que le había dicho.

Ella tenía el cuerpo tenso, como si estuviera a punto de advertirle algo importante, pero su voz sonó relajada. Le dijo: «Me voy a ir por una temporada. Cuida a Riley por mí».

Y se marchó.

Joe apartó ese sueño de su mente e intentó centrarse en su visión. Miró el zócalo gris de vinilo que unía la pared al suelo. Fijó los ojos en una unión concreta de ese zócalo, con la esperanza de que así obligaría a su visión a permanecer conectada a la realidad.

Pero la unión gris se expandió y se distorsionó. Pareció extenderse y crecer hasta que el velo de oscuridad le envolvió otra vez los ojos.

Y todo se tornó negro.

Era una oscuridad profunda, diferente a ninguna otra que hubiera experimentado.

Cuando tenía veintidós años, le reventó el apéndice. Fue al hospital y le pusieron anestesia para la cirugía. Recordaba haber cerrado los ojos y a los médicos diciéndole que contara hacia atrás desde cien. Cuando los volvió a abrir, habían transcurrido varias horas y ya le habían practicado la cirugía. No recordaba nada. Era como si hubieran transportado su conciencia directamente al futuro.

Pero esto era diferente.

Esta vez, aunque sus sentidos parecían suspendidos en el abismo oscuro de un océano caliente, su mente seguía despierta y alerta. En esa oscuridad, daba la sensación de que se abría una puerta en su mente y todos sus pensamientos le llenaban la cabeza. Pensaba en Riley. En Bishop. Recuerdos de acampadas. Sueños con Kate. Todo volvía a la vez, en tromba, mezclándose y solapándose.

Se dijo que tenía que concentrarse. Se imaginó cerrando las puertas de la mente, bloqueando las imágenes de los sesos de Kate esparcidos por un lateral de su casa y de aquella vez en que se le inundó la tienda durante una tormenta.

Intentó contar los segundos con la esperanza de que tener algo que hacer lo ayudara a concentrarse.

«Uno… Dos… Tres… Cuatro… Cinco… Seis…».

La visión regresó.

El mundo era diferente. Luminoso. Había mucha luz. Ya no estaba tumbado boca abajo en el suelo. No había linóleo con motas negras. Era todo blanco. Blanco puro. Poco a poco fue enfocando esa blancura brillante. Empezó a distinguir los bordes.

Era un techo. Estaba mirando al techo de una de las celdas. Alguien lo había llevado a una y lo había dejado boca arriba.

¿Solo había estado desconectado durante seis segundos?

Ordenó a los ojos que miraran a su alrededor para tratar de orientarse. Para su sorpresa, le respondieron. El primer sitio donde posó su mirada, o más bien que lo atrajo, fue su pecho.

Había dos Antenas inclinadas sobre su torso. Movían las manos y los dedos de forma muy rápida y decidida. Escarbaban, arrancaban. Un espeso líquido rojo volaba por todas partes antes de caer y salpicarle a Joe en la cara. Tardó un momento en apartar del todo esa niebla de su mente y darse cuenta de lo obvio: eran su carne y su sangre las que le estaban arrancando del cuerpo. Pero Joe no sentía nada.

—Hola, Joe Gerhard —dijo una voz femenina. Parecía provenir del interior de su propia cabeza. Sabía que era la voz de Riley, aunque

también estaba seguro de que no podía ser ella—. Bienvenido a nuestro mundo —continuó la voz.

Y de repente, como si hubieran pulsado un interruptor… CLIC… Todos sus sentidos volvieron a activarse.

Entonces sintió el dolor.

Tyler soltó una maldición entre dientes.

No le gustaban mucho las alturas ni la oscuridad. Pero ahí estaba, bajando lo más rápido que podía los peldaños de una escalera metálica que llevaba a un estrecho túnel de acceso de hormigón. Desde allí solo tenía que seguir bajando unos cinco pisos hasta llegar al fondo.

La máscara de oxígeno restringía la visión y hacía que la respiración resonara en los oídos, lo que no mejoraba su claustrofobia. Aun así, Tyler y sus hombres siguieron descendiendo esos peldaños incrustados en el muro de hormigón, una mano y un pie cada vez. Bajaban rápido, con cuidado de no pisarle los dedos al que tenían debajo.

Pero nada era lo bastante rápido para Tyler.

A su equipo le había llevado demasiado tiempo escalar la valla y acceder al conducto de emergencia. La trampilla se abría con un código y tuvieron que llamar a la central para obtenerlo. Solo para eso necesitaron varios minutos, mientras las distintas operadoras iban pasando la llamada —y la responsabilidad— de unos a otros.

Con toda la planificación, las duplicaciones innecesarias y los protocolos que había en ese sitio, lo único que nadie había previsto era que el supervisor de la Planta se encerrara y dejara fuera a su

propio equipo de seguridad. El sistema había fallado y todas las medidas de seguridad solo entorpecían la labor de los guardias que tenían la misión de restablecer la seguridad.

Y Tyler sabía muy bien a quién le iban a echar la culpa. No sería a los burócratas ni a los cerebritos que habían diseñado ese laberinto de protocolos y procedimientos. No, se decantarían por lo que hacían siempre. Encontrarían al peón de mayor rango y dirían: «El jefe de seguridad fue el que la cagó. Si no fuera un traidor incompetente, todos nuestros complejos diseños habrían funcionado a la perfección».

El jefe de seguridad tenía todo el cuerpo tenso por la furia. Si encontraba a Gerhard, le iba a pegar un tiro en el estómago. Pero no podía seguir soñando despierto con eso. Un peldaño tras otro, Tyler fue llevando a sus hombres a lo más profundo de ese conducto que era un abismo negro.

Tras varios minutos más de descenso vertiginoso, Tyler vio un «1» pintado en la pared. Habló por su *walkie-talkie*.

—Hemos llegado a la puerta de acceso del nivel uno —anunció.

Los hombres que estaban más arriba detuvieron el descenso.

Tyler se giró hasta quedar de costado. Había una puerta hermética que sobresalía de la pared, pero en el conducto no había espacio para maniobrar. Se había diseñado para realizar el mantenimiento en caso de que un fallo eléctrico inhabilitara el ascensor, no para una incursión armada. No había sitio para que un hombre abriera la puerta y otro entrara con el arma por delante. Tyler tendría que hacerlo solo.

Con una mano todavía sujeta al peldaño de la escalera, extendió la otra y agarró la manivela que bloqueaba la puerta. La giró. El

metal chirrió con fuerza por falta de lubricación.

Cuando la puerta se desbloqueó, Tyler la abrió, sacó su arma y la cruzó arrastrándose…

Salió justo debajo de la enorme mesa de aperitivos del centro de control.

Se arrastró para salir.

Sus hombres lo siguieron, uno tras otro, y se desplegaron por la sala con las armas listas y barriendo el espacio con los haces de las linternas.

El centro de control estaba en silencio y a oscuras. Las pantallas estaban en negro. Una calma sobrecogedora reinaba en la habitación. Incluso cuando Tyler pasaba por ahí, en sus rondas de seguridad a altas horas de la noche, después de que la mayoría del personal de la Planta se hubiera marchado a casa, ese lugar nunca le había parecido tan abandonado como en ese momento.

Hizo una señal a sus hombres para que lo siguieran.

Se reunieron alrededor de la puerta. Con la mano en el picaporte, el jefe la abrió de un tirón. Sus hombres salieron y se desplegaron por el pasillo del nivel uno. Tyler los siguió justo después.

Y entonces vio la carnicería.

A diferencia del centro de control, que estaba en penumbra, el pasillo estaba tan bien iluminado como siempre. Las luces fluorescentes del techo se reflejaban en las paredes de cemento beis. Pero toda esa luz solo destacaba aún más la magnitud de la masacre.

A juzgar por el torso rechoncho con camisa hawaiana que había en el centro del pasillo, Chuck no había sobrevivido. Alguien lo había agarrado por detrás. Le habían roto la camisa por la espalda y

arrancado trozos de la columna y de las costillas, que después habían lanzado por allí. La cabeza, los brazos y las piernas estaban separados del cuerpo y desperdigados por el pasillo.

Las paredes beis estaban cubiertas de salpicaduras de sangre, aunque de forma irregular. Algunas secciones y puertas estaban tan empapadas de líquido rojo que era como si les hubieran dado una capa de pintura. De la pared de enfrente, la que tenía varios carteles grandes que recordaban al personal la importancia de la discreción, caían grandes regueros.

Había un charco rojo debajo del montón de carne con la camisa hawaiana. Un rastro de huellas indicaba que unos pies descalzos habían pisado la sangre, recorrido el pasillo y luego regresado para comprobar todas las puertas. Las huellas sangrientas reproducían el caos de un cuadro de Jackson Pollock; había cientos de ellas, seguramente de docenas de pies humanos retorcidos que resbalaban.

—Avanzad con precaución —ordenó Tyler, aunque sus hombres no necesitaban que les diera esa instrucción.

Recorrieron el pasillo.

—Comprobad las puertas —dijo.

Sus guardias obedecieron.

Había manchas de sangre en muchas de las manillas. Al parecer, después de desmembrar a Chuck, las Antenas habían intentado abrir las puertas de las oficinas de ese pasillo. El jefe vio marcas de dedos cubiertos de sangre, de cuando habían intentado clavar las uñas en esas puertas macizas. También habían intentado derribarlas estrellándose contra ellas, en un desesperado intento de llegar hasta quien estuviera al otro lado.

Se veían uñas en la base de alguna puerta. Las Antenas las habían arañado con tanta fuerza que se las habían arrancado y ni se habían dado cuenta.

Los hombres de Tyler siguieron por el pasillo, probando las manillas de las puertas al pasar.

Cerrada.

Cerrada.

Cerrada.

Tyler probó la de la oficina del equipo médico. Cerrada. Llamó con los nudillos. El fuerte ruido resonó en el pasillo en silencio.

—Seguridad, ¿hay alguien ahí? —preguntó en voz baja.

Nada.

Paso a paso, girando constantemente la cabeza para mirar hacia atrás, Tyler siguió con su equipo por el pasillo.

Hannah sabía que seguramente estaba en shock.

Se había acurrucado en un rincón de la sala de descanso, agradecida de poder apoyar la espalda en dos paredes sólidas. El resto del personal —unas treinta personas— estaba sentado en las mesas, en silencio, o hacía guardia junto al frigorífico con el que habían bloqueado la puerta.

Nadie hablaba con Hannah.

Nadie decía nada.

Hasta el más mínimo movimiento de alguien en su silla provocaba un chirrido de metal contra el linóleo que parecía ensordecedor. Enseguida treinta pares de ojos rebosantes de miedo y enfado atravesaban al culpable para que no hiciera más ruido.

Todo el mundo estaba haciendo lo que podía para no hablar ni emitir ningún sonido.

Nadie quería preguntar a Hannah qué había ocurrido en el pasillo antes de que oyeran sus gritos y golpes en la puerta, y abrieran para dejarla entrar. Antes de que vieran sus ojos desorbitados, su cara cubierta de sangre, las marcas de arañazos en su brazo derecho, que había logrado liberar de alguien que la sujetaba.

La doctora se fue a un rincón y se sentó. Y no se había movido desde entonces.

Las cosas que había visto que le hacían a Chuck…

Las que le habrían hecho a ella…

Chuck solo iba tres pasos por detrás.

Solo tres pasos lo habían hecho más vulnerable.

Una de ellas lo agarró por la camisa. Y lo siguiente que vio Hannah fue cómo todas se lanzaban sobre él. Y después los trozos de su cuerpo volando por todas partes.

No lo mataron solamente. Quisieron hacerle daño con una furia y una maldad que no existían en la naturaleza. «Esto es lo que hemos creado», pensó. Algo que está fuera de los límites naturales.

Hizo todo lo que pudo por no pensar en ello y se concentró en sus manos.

Temblaban. Por mucho que se las sujetara y se las masajeara, no paraban de temblar. Respirar se había vuelto complicadísimo. Se quedaba sentada y quieta unos segundos y entonces se daba cuenta de que se había olvidado de respirar. Luego hiperventilaba; sus pulmones tomaban enormes bocanadas de aire demasiado rápido para que su cuerpo pudiera procesarlas. Era incapaz de realizar la función corporal más sencilla e inconsciente.

Así que se centró en la respiración; al menos así tenía algo en lo que pensar. Le sirvió para apartar de su mente lo que acababa de presenciar.

De repente, varias personas en la sala levantaron la vista. ¿Habrían oído algo?

Todo el mundo contuvo la respiración.

Sí, era alguien llamando a una puerta en el otro extremo del pasillo.

Oyeron una voz fuera, cerca del centro de control.

—Seguridad, ¿hay alguien ahí?

Surgió un murmullo de esperanza entre los trabajadores.

Los golpes en las puertas se acercaban. La ayuda estaba a punto de llegar.

Algunos de los hombres que estaban junto a la puerta empezaron a desplazar el frigorífico que habían colocado como barricada.

—Cuidado —dijo Hannah con un hilo de voz—. No confiéis en nada de lo que veáis u oigáis —advirtió.

Nadie le hizo caso.

Todos se acercaron a la puerta, a sus rescatadores.

—Esperad…, esperad… —insistió.

Era como uno de esos sueños que había tenido tantas veces desde que murió su hija. Ella gritaba pidiendo ayuda, pero su voz no era lo bastante fuerte y nadie la oía. Pero Hannah sabía que no estaba soñando. Estaba muy despierta.

Intentó levantarse del suelo.

Para cuando lo consiguió, ya habían apartado el frigorífico.

Nick Aguta, el médico en prácticas del departamento de Hannah, entreabrió la puerta para echar un vistazo.

—Es Tyler —anunció al ver a sus salvadores por el estrecho resquicio. Entonces abrió la puerta de par en par.

Tyler oyó un ruido que llegaba desde la sala de descanso, el de un objeto grande arrastrado por el suelo.

Hizo una señal a su equipo para que fuera en esa dirección.

Cuando se acercaron, la puerta se abrió un poco.

Y después lo hizo de par en par.

Ferro salió corriendo de la sala de descanso.

Fue hacia Tyler.

Tenía los brazos extendidos.

Los ojos desorbitados.

La bata de hospital colgaba, hecha jirones cubiertos de sangre, de su cuerpo desnudo y huesudo.

Abrió la boca y soltó un grito como el de una *banshee*. Sus manos, que eran como garras, fueron a por él.

Por puro instinto, Tyler levantó el arma y disparó directamente a la cara enloquecida de Ferro, que no dejaba de gritar. La bala salió por detrás de la cabeza y ella cayó al suelo, inerte.

¡PUM!

Hannah vio la bala salir por la nuca de Nick Aguta, llevándose consigo un buen trozo de cráneo. Se quedó con la boca abierta por la total confusión mientras veía que los regueros de sangre manchaban la pared beis, un trozo de masa cerebral caía al suelo y el cuerpo del médico en prácticas se desplomaba hacia atrás.

En cierto modo, Hannah sabía perfectamente lo que las Antenas habían hecho y seguían haciendo. Pero, como un disco duro roto, su mente exhausta no dejaba de dar vueltas, sabiendo que, aunque la respuesta estaba oculta en alguna parte, era inaccesible para ella. Por eso, durante esos segundos cruciales, solo se quedó mirando, como todos los que estaban en la habitación, quienes habían asumido que había ocurrido un accidente.

Algunos trabajadores levantaron las manos porque debieron de creer que un guardia asustado había disparado el arma por error y que lo más seguro era no moverse.

Todos se quedaron allí de pie sin hacer nada.

La puerta se abrió de nuevo.

Tyler pasó por encima del cadáver de Nick Aguta.

Tyler pasó por encima del cadáver de Ferro y miró al interior de la sala de descanso.

—¡Aquí! —gritó a sus hombres—. ¡Están aquí!

La sangre empapaba el interior de la sala. Había cuerpos tirados sobre las mesas y las sillas. Todas las Antenas estaban allí, atacando a los trabajadores. Clavaban las uñas en el abdomen de alguien, hundían los dedos en los ojos de otro, le arrancaban el brazo al siguiente.

Los que seguían vivos gritaban por la agonía cuando les arrancaban las extremidades y las tiraban a unos montones enormes.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos! —ordenó a sus hombres.

Todos entraron en la sala.

Hannah, como todos los demás, se había quedado inmóvil en su posición.

El equipo de seguridad se desplegó por la habitación, con las armas en alto y listas para disparar. Hannah les vio los ojos tras las máscaras. No eran las expresiones confiadas de unos rescatadores; tenían los ojos muy abiertos por el shock que les causaba lo que presenciaban. Las pupilas no paraban de moverse, descubriendo nuevos horrores en cada esquina. Se les había acelerado la respiración en el poquísimo tiempo transcurrido desde que habían entrado en la sala y se les veían las caras cubiertas de sudor bajo las máscaras.

Esos hombres estaban aterrorizados.

Mientras todos los demás trabajadores se quedaban donde estaban, mudos, Hannah se tiró al suelo y se escondió bajo una mesa. Al instante…

¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM! ¡PUM!

Una ráfaga de balas de media docena de rifles de asalto barrió toda la sala. Impactaron en hombres y mujeres: médicos, celadores, ingenieros y limpiadores. La lluvia de disparos se desató con tal rapidez que algunas personas recibieron tres, cuatro, cinco o seis impactos antes de que la gravedad hiciera caer los cuerpos al suelo. Incluso entonces, otra ráfaga remató los cadáveres con una precisión mortal y certera.

—¡Parad! ¡Parad! —gritó Hannah mientras los cuerpos se desplomaban a su alrededor.

Vio la expresión en la cara de sus colegas al caer: el shock y la confusión, que fueron sustituidos de inmediato por el dolor y el miedo.

—Tyler, ¿qué estás haciendo? —chilló tras recuperar la voz.

Los disparos seguían arrasando la sala, concentrándose en los grupos de gente que intentaban correr o esconderse. Las balas no tardaban en encontrar su objetivo.

—¡ES UNA ALUCINACIÓN! —chilló la doctora.

Tyler oyó el grito de Hannah, pero fue incapaz de procesarlo.

Miró a su alrededor. Sus hombres disparaban contra lo que parecía una multitud de Antenas. Pero, cuando miró al suelo, todo lo que vio fueron los cuerpos de sus compañeros, cosidos a balazos, que gritaban y suplicaban, aterrorizados.

—¡ALTO EL FUEGO! —gritó Tyler—. ¡ALTO EL FUEGO!

Los disparos se ralentizaron.

El sonido rebotaba en el estrecho espacio de hormigón. Tardó unos segundos en detenerse del todo. Una fina capa de pólvora flotaba en el aire y tardó un poco en despejarse.

Cuando desapareció, vieron la realidad.

No había ni una Antena en la sala. Solo hombres y mujeres, muertos o agonizantes, tirados en el suelo.

Ejecutados por Tyler y sus hombres.

# 30

—El gas se está disipando, papi. El dolor volverá pronto.

Incluso en plena oscuridad, Joe reconoció la voz, que era la de Riley. Tenía esa entonación distante, pero a esas alturas él ya no recordaba el tiempo en que su voz tenía vida. Sabía que alguna vez la tuvo. Era una niña festiva y muy enérgica. Incluso en las malas épocas, o tal vez sobre todo en ellas, Riley siempre mantuvo esa alegría en su voz y en sus gestos. Incluso en su forma de andar.

Joe apenas recordaba a esa Riley.

—Abre los ojos, papi. Ya puedes ver.

Sus párpados se abrieron despacio. Una luz cegadora le atravesó los ojos, obligándolo a cerrarlos de nuevo.

—No pasa nada —continuó la voz—. Mira ahora. Quiero hablar contigo, antes de que empieces a sentir de verdad el dolor.

Joe se obligó a abrir los ojos otra vez.

Había mucha luz, demasiada para distinguir formas y colores.

Pero empezó a reducirse. A pesar de que su campo de visión estaba lleno de zonas difusas de luz y sombra, distinguió que seguía boca arriba sobre el suelo acolchado, mirando al techo blanco de una de las celdas.

Las sombras que lo rodeaban no eran eso, en realidad, sino hombres y mujeres que estaban ahí de pie, observándolo. Las

Antenas. Se balanceaban y se retorcían. De vez en cuando, a alguna le daba un espasmo violento en el brazo. Pero, en general, se limitaban a quedarse ahí de pie, mirándolo.

Sus ojos se adaptaron y vio las batas rotas y manchadas de sangre. Todas excepto una. Una de ellas no tenía sangre en la ropa. Tenía el pelo largo y castaño, no la cabeza rapada, como el resto. Y mientras las demás se balanceaban y se sacudían, esa mujer —o esa chica— estaba de pie, quieta y muy erguida.

Era Riley.

Pero Joe sabía que no era ella.

Le dedicó una sonrisa amable cuando él logró fijar la vista lo suficiente para mirarla. Las Antenas que tenía al lado también hicieron una mueca que podía describirse como una especie de sonrisa.

—¿Ya lo sientes? —preguntó—. El dolor.

Joe giró la cabeza hacia un lado y miró hacia abajo para mirarse.

—No mires. No te va a servir de nada —recomendó ella.

Lo hizo de todas formas. A pesar de que todo estaba borroso, vio su cuerpo convertido en una carnicería roja y sanguinolenta. Le habían arrancado la ropa. Y la piel le colgaba de las piernas, de los brazos y del pecho. Le habían dejado la carne al aire, con mucho cuidado de no profundizar demasiado. No le habían arrancado los órganos ni los nervios, como les habían hecho a los demás. Habían rodeado las arterias sin romperlas. A pesar de que había mucha sangre, no se iba a desangrar. Estaba vivo. Muy vivo.

Ver la imagen de su cuerpo mutilado pareció reconectarlo con los receptores del dolor. Sus terminaciones nerviosas intactas volvieron

a enviar señales al cerebro. Los espasmos lo consumieron, lo desbordaron, lo debilitaron. No podía gritar ni llorar. Era demasiado.

Su cuerpo y su mente se desactivaron.

Como si apagara un interruptor, regresó a la cómoda oscuridad de la inconsciencia.

Pero solo pudo ocultarse en ese lugar libre de dolor durante un segundo.

Las caras pálidas y curiosas de las Antenas aparecieron en la oscuridad. Esas caras retorcidas y descarnadas abrieron la boca y chillaron. El grito fue tan agudo que reverberó en su subconsciente y le atravesó el cerebro hasta que volvió a abrir los ojos y de nuevo despertó.

El dolor lo inundó, como si varias presas reventaran en su cuerpo. Se tensó e intentó resistirse.

Mientras lo hacía, Riley no dejaba de sonreírle.

—No puedes dejarte llevar por el sueño para huir de nosotras —aseguró—. Podemos encontrarte. Siempre te encontraremos. Así que quédate aquí, con nosotras.

Joe se mordió el labio mientras intentaba contener las convulsiones que le recorrían la piel deshecha.

—Gracias por liberarnos —continuó ella.

Y entonces, como unos faros que se aproximan por una carretera en plena tormenta, un pensamiento logró atravesar su agonía. Lo comprendió. Mientras ese pensamiento le ocupaba la mente, el dolor, por insoportable que fuera, le parecía casi tolerable. Sintió que la paz se instalaba en su cuerpo, como una manta que reducía la marea ardiente que le subía y bajaba por la piel.

—¿Por qué sonríes? —preguntó ella.

Él no era consciente de que lo estaba haciendo.

—¿No… no me puedes leer la mente? —contestó, intentando mantener la voz tranquila.

Ella negó con la cabeza.

—Hemos visto lo mismo que tú. Y podemos hacerte ver lo que queramos que veas. Bishop construyó un portal en el fondo de tu mente, un lugar por el que entra lo que percibes del mundo. Cuando ella se fue, nos dio la llave. Vemos muchas cosas, pero no vemos lo que hay dentro de tu mente. Así que, dinos, ¿por qué sonríes?

—Riley —contestó.

—¿Qué pasa con Riley?

—Era una alucinación, ¿verdad? Nunca estuvo ahí fuera. La conversación en la camioneta… nunca sucedió.

—No.

—To… todo lo que pasó con ella… Lo de los ojos… Lo de morderse la lengua… Todo lo hicisteis vosotras, ¿no?

—Sí.

La respiración de Joe se volvió más fácil y tranquila. Ya podía morirse tranquilo. Lo habían manipulado. Habían jugado con su mente. Ya podía morirse, porque sabía que su hija estaba a salvo. Debían de haber implantado las mismas visiones en Hannah. O tal vez todas esas conversaciones con ella también fueron alucinaciones. Si le preguntaba a Hannah, a la de verdad, sobre su charla con Riley en su casa la noche anterior, ella lo miraría sin entender nada y le juraría que no había habido ninguna interacción.

¿Hasta dónde llegaban sus mentiras?

¿Cuánto tiempo llevaban manipulando sus percepciones?

¿De verdad había llamado el director del instituto de Riley para decirle que Kate estaba muerta?

¿Estaba muerta en realidad?

¿De verdad había ido al pueblo donde vivía para recogerla en casa de su amiga?

Todos esos archivos que Chuck le había enviado sobre el suicidio de Kate… ¿Estaba todo en su cabeza, sin más?

Pero ya nada de eso importaba. Lo único importante era que, en su casa de Linville, Kate seguramente acababa de sacar la cena del microondas y la había llevado a la mesa. Riley acabaría de llegar del entrenamiento de sóftbol, muerta de hambre y cansada. Unos mechones se le escaparían de las trenzas y se le pegarían al sudor seco de la cara y del cuello.

Mientras cenaban, tendrían una breve conversación en la que Kate solo podría sacarle un par de respuestas a Riley. Unos días después, se enteraría de que su padre había muerto en un accidente laboral. Habría un funeral. Lloraría por él. Y después, con la ayuda de su madre, seguiría con su vida e iría a la universidad.

Los ojos de Joe se llenaron de lágrimas. Notaba la oscuridad que venía a por él, la vida abandonando su cuerpo, como si no fuera más que un charco de agua que se filtraba en la tierra. Había muchas cosas que le habría gustado decirle a Riley, pero había perdido su oportunidad.

Al menos estaba a salvo.

Entonces decidió decírselas a quienes estaban en esa celda, con la esperanza de que los sonidos y los pensamientos que había detrás de esas palabras acabaran llegándole a su hija.

—Riley… —Su voz sonaba cada vez más baja—. Lo siento mucho. Por todo. Debería haber pasado más tiempo contigo. Haber sido mejor padre. Pórtate bien con tu madre. Te quiere mucho. Que te quedes con Kate es lo mejor. Ella…

—Pero ¿qué es lo que crees que ha ocurrido? —preguntó la persona que se parecía a Riley—. Tu mujer está muerta —contestó con voz monótona—. Se suicidó.

La visión de Joe empezó a emborronarse de nuevo. No sabía si había soñado lo que ella acababa de decir. Mientras la fuerza y la vida se le escurrían entre los dedos, intentó desesperadamente aferrarse a la conciencia, bloquear el dolor y aguantar lo suficiente para obtener algunas respuestas.

—Tu hija está donde la dejaste esta mañana —continuó la mujer —. En el sofá de tu casa.

Todo había sido real.

Riley había pasado por un infierno. Por culpa de Joe.

—¿Por qué? —dijo con dificultad—. ¿Por… por qué le habé… habéis hecho es… esto a ella?

La que se parecía a Riley se agachó.

—Bishop vio cuánto querías a tu hija. Y le recordó a una hija que tal vez ella tuvo también. Una que no recordaba, pero que todavía quería. Riley era una forma de llegar hasta ti. Tú eres quien controla este sitio. Eras el único que podía liberarnos.

—Pero podría… haberse colado en mi mente. ¿Por qué Riley? ¿Por qué torturarla a ella? ¿Y por qué Kate?

Joe parpadeó.

La visión de Riley desapareció.

Solo quedaron las Antenas.

—¿Por qué? ¿Por qué hacerle esto a Riley? —repitió.

La respuesta no salió de una sola boca; fue un coro que sonó en la cabeza de Joe:

«El dolor físico es fugaz. La mente lo bloquea todo lo que puede. Pero hay dolores más profundos. Que permanecen. Se quedan contigo en la oscuridad y la mente no puede desconectarse de ellos. Un dolor como el que te produce ver sufrir a tu familia. O el de saber que han sufrido por tu culpa. Ese dolor no te abandona nunca —dijeron todas las voces al unísono—. No lo consideres un castigo, sino un don. El dolor será tu ayuda para mantenerte a flote en la oscuridad. Será tu luz. Utilízalo para encontrar tu camino, Joe Gerhard».

Las Antenas dejaron de balancearse y se quedaron quietas. Cerraron los ojos y levantaron la cabeza. Era como si estuvieran anticipando algo con ganas.

Algo que estaba a punto de ocurrir.

Tyler y sus hombres salieron de la escalera y avanzaron por el pasillo del nivel dos. Comprobaron que la mayoría de las celdas estaban vacías, aunque ya no confiaban en lo que veían sus ojos.

Avanzaban en un grupo compacto. Dos de ellos iban caminando hacia atrás para vigilar la retaguardia. Ese avance con tanta cautela era dolorosamente lento. Iban barriendo cada centímetro con los ojos y las armas.

Cuando se acercaron a la celda de Ferro, Tyler miró por la ventana y vio que todas las Antenas estaban dentro, con los ojos cerrados y la cabeza hacia arriba.

Les hizo un gesto a sus hombres para que lo siguieran.

La puerta estaba abierta. No encontraron resistencia. El jefe de seguridad dirigió a sus hombres a través de la cámara de sellado hasta el acceso a la celda, que tampoco estaba cerrado.

En el suelo vieron a Joe. Todo el cuerpo, del cuello para abajo, lo tenía desollado y abierto, pero todavía se movía y lo oyeron gemir.

Tyler se paró en la puerta. Todas las Antenas giraron la cabeza, abrieron los ojos y lo miraron, pero ninguna hizo ni el más mínimo movimiento para ir hacia él. No había nada agresivo en su postura.

—Joe —dijo Tyler para romper el silencio—, ¿eres tú de verdad?

Esperaba que esas palabras sacaran a las Antenas de su inmovilidad y así le dieran una excusa para ejecutarlas a todas. Pero siguieron allí inmóviles.

—¿Qué hacemos, señor? —preguntó uno de sus hombres. Notó el temblor de su voz.

—¿Gerhard? —dijo el jefe de seguridad de nuevo.

—¿Crees que es el de verdad? —preguntó alguien.

Lo que quedaba de ese hombre que estaba en el suelo miró a Tyler. Sus ojos tenían una expresión triste. Sí que parecía Joe.

—Mátalas —dijo el supervisor con un hilo de voz—. Mátalas a todas.

Tyler no estaba seguro de si la voz era de Joe o se la habían implantado en la cabeza, pero, de pronto, lo único que le parecía real eran las balas de su arma.

No dijo nada, solo disparó.

Disparos aislados. Controlados. A la cabeza.

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

Joe vio las salpicaduras de sangre.

Y a las Antenas cayendo, una por una.

Las miró a los ojos cuando los cuerpos caían al suelo.

Llenos de paz.

Agradecidos.

Liberados.

Enseguida todas las Antenas quedaron en el suelo junto a Joe. Ninguna se movía.

El coro de voces volvió a colarse en su mente justo cuando estaba a punto de perder la conciencia.

«Adiós, Joe Gerhard».

Y desaparecieron.

# 31

Riley estaba sentada, inmóvil, en el sofá de cuero.

El sol había empezado a ponerse ahí fuera. La noche volvía a caer sobre la casa. Riley había perdido la cuenta de los días que habían pasado desde que su padre salió por la puerta. Hacía mucho tiempo. Había conseguido soportar una noche entera sola en ese sofá. O tal vez ya habían pasado dos o tres. Los recuerdos y la realidad se mezclaban para formar una masa informe en su mente.

Descubrió que, si no bebía agua, no tenía que ir al baño. Así tenía que pasar menos veces por los puntos ciegos de la casa y se presentaban menos oportunidades de ver cosas. Y de acabar matándose. Así que ignoró la sed. Y el hambre. Y también la imperiosa necesidad de dormir.

No había visto nada fuera de lo normal desde que su padre se marchó, fuera cuando fuese. Pero para ella solo tenía sentido que tal vez no había visto nada porque no se había movido del sofá. Si ese era el caso, no tenía intención de cambiar de estrategia. Así que siguió sentada en el sofá e intentó distraerse con lo que fuera que dieran en la televisión.

La principal noticia de los telediarios era que Estados Unidos había abatido a un importante traficante de armas en Estambul. Se trataba de un ruso que abastecía a numerosos grupos terroristas. Al parecer,

lo habían localizado solo momentos antes de que completara la venta de veinte misiles teledirigidos, de los que pueden derribar un avión de pasajeros. Y así habían evitado un gran atentado, incluso varios.

Los presentadores debatían si cometer un asesinato en un país extranjero era legal o rozaba la ilegalidad. A Riley le daba igual. El mundo era un lugar más seguro sin… ¿cómo se llamaba? Victor no sé qué. Un apellido ruso.

Estados Unidos se había coordinado con el Gobierno mexicano para detener al líder de un cártel. El hombre había escapado de la prisión y llevaba escondido tres años. También habían realizado un ataque con drones en Irak que había acabado con la vida de un tío que mantenía una web de propaganda terrorista.

Aunque Riley nunca veía las noticias, le parecía que ese día habían pasado muchas cosas importantes.

En la entrada, el picaporte giró y la puerta se abrió. La alarma emitió un pitido, pero alguien introdujo la clave y la silenció.

Riley levantó la vista, pero no se movió. Era el primer sonido anormal que oía desde hacía tiempo, así que no sabía si creérselo o no.

Varios hombres con pinta de duros entraron en la casa. Algunos fueron directos a donde estaba Riley, en el sofá. Lo rodearon y se plantaron delante de ella, como si estuvieran custodiándola. Ella no se movió. Solo observó sus movimientos con los ojos cansados.

Los demás hombres se desplegaron por la casa. Oyó que caminaban de un lado a otro, abrían puertas y revisaban habitaciones y armarios.

—¡Despejado! —gritó alguien.

Ella siguió mirándolos.

Los hombres que rodeaban a Riley relajaron la postura. Formaron una especie de pasillo para que un hombre bajito, que parecía un topo y llevaba traje y gafas, entrara en la casa. Él miró alrededor, examinando el lugar. Sus ojos tomaron nota de la presencia de Riley antes de seguir inspeccionando el resto del espacio.

Cuando pareció satisfecho de que todo estuviera en orden, giró la cabeza hacia la puerta abierta y se dio una palmada en el muslo.

—Ven, chica, vamos —llamó.

Uno de los hombres le pasó una correa por la puerta. El bajito de las gafas la cogió y le dio un tironcito.

Riley vio a una labradora negra que le resultaba familiar entrar vacilante en la casa. La perra tenía el lomo arqueado, un gesto de miedo. Riley lo reconoció. Si Moby estaba emocionada, como cuando veía una ardilla por la ventana, levantaba la cabeza y estiraba la cola. Si tenía miedo, como durante las tormentas, hundía la cabeza y metía el rabo entre las piernas temblorosas.

A Riley le quedó claro que Moby estaba aterrorizada por tener que entrar en la casa. Tenía el cuerpo un poco girado, a punto de salir corriendo si la maldita correa no se lo impedía.

—Mira quién está aquí —dijo el hombre a la perra señalándole a Riley.

El animal levantó la cabeza. Vio a la chica en el sofá. La emoción se impuso al miedo y entró en la casa tirando de la correa hasta que el hombre la soltó. Entonces Moby, cuyas patas se movían tan rápido que resbalaba y derrapaba en el suelo de madera, fue corriendo con Riley.

Subió las dos patas delanteras al sofá e intentó ponerle la cabeza en el regazo.

Riley notó el contacto cálido de la cabeza peluda, pero casi ni reaccionó. Su mente exhausta no podía distinguir si se trataba de otro engaño. Empujó un poco a Moby para que bajara al suelo y siguió mirando al hombre de las gafas.

Él se acercó y sonrió con amabilidad.

—La encontraron los de la perrera —aclaró el hombre, señalando a Moby—. Han tardado un par de días en leerle el chip. Llamaron a tu padre al trabajo hace un rato. Dicen que la encontraron a ocho kilómetros de aquí. Se ha dado un buen paseo.

Giró la butaca de su padre y se sentó.

—Hola, Riley —saludó el hombre con educación—. Perdona que te hayamos dejado aquí, sola, durante tanto tiempo. Han sido un par de días muy complicados y todavía estamos en proceso de solucionarlo todo. Atando los cabos sueltos. Me llamo Javier Aguirre, pero mis amigos me llaman Javi. Trabajo con tu padre.

Parecía estar examinando a Riley, como si esperara una respuesta o algún gesto por su parte. Pero ella no hizo nada.

—Puedes relajarte. Soy uno de los buenos.

Se quitó las gafas y se las limpió con la camisa.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí sola? —preguntó.

Riley se lo quedó mirando sin decir nada.

—Eres un poco tímida, ¿eh?

No respondió.

—Tengo que darte una notica bastante trágica —anunció él, y fijó la vista en el suelo.

Debió de darse cuenta de que había hecho una transición muy repentina, porque arrugó la frente y frunció los labios. Incluso con el cansancio, Riley notó que esos gestos de supuesta lástima eran falsos.

—Ha habido un accidente en la oficina de tu padre. Ha muerto mucha gente. Entre ellos, él.

Riley no reaccionó.

—¿Me has oído? Tu padre está muerto. Lo siento mucho.

—Hannah —susurró Riley—. ¿Puedo ver a Hannah?

—La doctora Chao también ha muerto. De verdad que lo siento —repitió.

Ella por fin lo miró a los ojos.

—Todos estamos muy afectados por la muerte de tu padre —continuó—. Después del fallecimiento de tu madre, sé que estás atravesando un momento muy estresante. He venido para solucionar este lío. Quiero arreglar las cosas hasta donde yo pueda. ¿Crees que podemos conseguir eso entre los dos?

Riley asintió levemente.

El señor Aguirre sonrió. Metió la mano en una bolsa que llevaba colgada y sacó una tableta. Escribió unas cuantas notas y miró a Riley.

—Tu amiga, Silvia Vargas, y su madre están muy preocupadas. No han sabido nada de ti desde hace días y se han puesto en contacto con la policía local para asegurarse de que te encuentras bien. Mira, debes entender que el trabajo que hacía tu padre era muy delicado. Creo que lo mejor para todos sería dejar atrás estos últimos días y no involucrar a las autoridades. Las investigaciones policiales solo

ralentizan las cosas y no solucionan nada. Me parece lo mejor y lo más fácil para todos, ¿no estás de acuerdo conmigo?

Riley no contestó, pero eso no pareció ser un problema para el señor Aguirre.

—Veo que todavía tienes a tus abuelos maternos. Por lo que he leído de ellos, parecen personas sencillas y fiables. Creo que te cuidarán bien. ¿Te gustaría ir a vivir con ellos?

Tampoco respondió a eso.

—En mi opinión médica, esto es un caso de estrés y nada más. Lo único que necesitas es dormir bien una noche entera.

Volvió a meter la mano en la bolsa y sacó un frasquito sin etiqueta. Se lo tendió a Riley y lo agitó un poco. Las pastillas que había dentro traquetearon.

—Si te tomas una cada doce horas durante los próximos tres días, dormirás como un tronco, te lo garantizo. —Sonrió—. Uno de los efectos secundarios es que tu memoria a corto plazo puede volverse un poco borrosa. Y que se te olviden los detalles de los últimos días. Lo que ahora recuerdas parecerá algo salido de un sueño y desaparecerá enseguida. Nada malo, créeme. Hemos avanzado mucho en nuestra comprensión del cerebro humano. La ciencia no deja de mejorar. En pocos días, se te habrá olvidado toda esta experiencia y te sentirás mucho mejor.

Riley miró el frasco y luego la cara sonriente del señor Aguirre. Esa sonrisa era tensa. Tenía la frente cubierta de sudor por los nervios. No hizo ademán de coger el frasquito.

—Hay otra opción, por supuesto —continuó Aguirre, tras dejar de sonreír—. Gracias al seguro de salud de tu padre, podemos enviarte a un centro especializado. Sin coste alguno. Yo conozco varios.

Ofrecen una atención excelente las veinticuatro horas. Podemos mantenerte en observación y profundizar en lo que está pasando ahí dentro —dijo señalando la cabeza de Riley—. Informaremos a los Vargas, a tus abuelos y, por supuesto, a las demás personas importantes en tu vida. Les diremos que estás… descansando. Intentarán ponerse en contacto contigo y puede que haya un poco de revuelo, pero nos aseguraremos de que no te molesten. Nos ocuparemos de que tengas paz y tranquilidad. Lo que tú quieras. Personalmente, creo que esta otra… —dijo mientras volvía a agitar el frasco— es la mejor opción para todos. Pero es tu decisión.

Fue entonces cuando Riley lo oyó.

Una voz.

Pero no era la de la mujer.

Era de hombre.

La voz de su padre.

No eran palabras, en realidad, sino más bien un impulso, o una emoción, que hablaba dentro de su cabeza y atravesaba toda la maraña de pensamientos a medio formar que no hacían más que dar vueltas ahí dentro. La voz alejó la neblina de su mente cansada y la sustituyó por una claridad que Riley había olvidado que existía.

Sintió que le suplicaba, que le rogaba. Notó su terror, su desesperación y su tristeza. Pero Riley se negó a confiar en esa voz y se concentró en volver a silenciarla.

Entonces emergió en su mente un recuerdo tan claro como si alguien acabara de encender un proyector para reproducir una película ante sus ojos. No podía apagarlo, apartarlo ni ignorarlo.

Era un recuerdo de despertarse en una cama grande. A su lado estaba su madre, que soltó un gruñido sin llegar a despertarse y se

acurrucó un poco más bajo las mantas. En esa imagen, el mundo parecía extraño y distorsionado. Reconoció la casa y la habitación de sus padres, pero la veía de forma diferente a como la había visto siempre. Entonces entendió que ese recuerdo no era algo que hubieran visto sus ojos, sino los de su padre.

A través de ellos vio el recorrido de puntillas desde el dormitorio y por el pasillo. Cuando llegó al comedor, se vio a sí misma, con cinco años y la cara cubierta de pecas, dando vueltas con un vestido de fiesta brillante mientras pegaba un saltito, emocionada por la mesa de desayuno que había preparado, en la que también esperaba una tarjeta que decía: «¡Feliz día del Padre!».

En ese recuerdo, Riley notó que le ponían una mano en la cintura. Al volverse, encontró a su madre. Llevaba una camiseta vieja y unos pantalones de pijama rojos que siempre se ponía para dormir. El pelo largo y oscuro, despeinado, le caía sobre los hombros con una belleza natural y elegante.

Su madre sonrió y abrazó a su padre.

—Feliz día del Padre —exclamó.

Riley sintió que la inundaba una sensación de felicidad. Como una olla que llevaba mucho tiempo al fuego y por fin rompía a hervir, las emociones salieron de ella en forma de lágrimas, que empezaron a caer lentamente. Enseguida se convirtieron en sollozos en ese sofá ante el que montaba guardia una docena de hombres armados.

La voz, tan suave como una brisa entre las ramas de los árboles, dijo: «Coge las pastillas. Olvídalo todo, por favor, Riley».

Era su padre; ya no tenía duda. La voz la llenó de un amor mucho más profundo y real que cualquier horror o pesadilla.

Dirigió la mirada a Moby, que estaba sentada en el suelo, observándola. Tenía las orejas levantadas y la cabeza ladeada. Parecía que ella también había oído algo, pero no percibió miedo en su reacción, solo familiaridad.

Estiró la mano y acarició la cabeza del animal, sintiendo el pelo suave y limpio. Creía que era el perro que conocía desde hacía años. Y también que la voz que había oído coincidía con la que le era familiar.

Así que tomó el frasco de pastillas de la mano de Aguirre.

Abrió la tapa, cogió una y se la metió en la boca.

Quería levantar la vista para ver cómo reaccionaba Aguirre y descubrir si su rostro delataba alivio o indiferencia. Pero se le cerraron los ojos y se quedó dormida al instante, allí mismo en el sofá.

# 32

«Riley Gerhard», anunció la megafonía.

Subió los escalones y fue hasta el centro del escenario. El director Green le entregó un diploma, o al menos la funda vacía de uno, porque el de verdad llegaría por correo una semana más tarde. Ella le estrechó la mano, se volvió y se detuvo un momento para que…, ¡clic!, el fotógrafo le hiciera una foto.

«Justin Greggory».

Y en un abrir y cerrar de ojos, el momento de Riley terminó. Siguió hasta el otro extremo del escenario mientras la gente aplaudía a Justin.

Su mirada se dirigió al público mientras caminaba. Sus abuelos estaban allí, aplaudiéndole…, a no ser que hubieran tenido que ir al baño. Su amiga Silvia y la señora Vargas también habían asistido para celebrarlo con ella. Aparte de ellos, Riley no tenía muchos amigos en esa graduación.

La «tragedia», como se había acostumbrado a llamarlo cuando hablaba con su terapeuta, le había hecho perder un curso. Cuando volvió al instituto para terminar el último año de secundaria, tuvo que hacerlo con los chicos que iban un curso por detrás. A sus espaldas, la llamaban «Esquizo», un mote que, con el tiempo, pasó

a ser «Esquizy Gerhard». Al final, cuando la inteligencia no les dio para más, se quedó en «Esquizy G».

No habría sido un mal apodo —le parecía que sonaba a nombre de rapera— si no hubiera encerrado una pizca de verdad. Porque, sí, Riley había tenido una crisis nerviosa. Y todo el mundo lo sabía. Ella no recordaba gran cosa de lo ocurrido durante la semana en que murieron su madre y su padre. Todo ese episodio de su vida estaba difuso, solo salpicado por algunos sueños vagos pero aterradores.

Bajó del escenario y volvió a su asiento. Sola. A su lado, otros graduados felices vitoreaban a sus compañeros de clase. Riley no conocía a ninguno. Y le daba exactamente igual.

Cuando llegó el momento, giró la borla de su birrete a la vez que el resto de su clase, lo lanzó al aire y gritó con los demás. Pero ese entusiasmo era forzado y vacío.

Luego se fue a comer con sus abuelos y con Silvia. Ella había sido una buena amiga, pero Riley notaba que la distancia entre ambas no hacía sino crecer. No tenían mucho de que hablar y Riley tampoco tenía ganas de hacer el esfuerzo. Además, Silvia ya se había ido a la universidad y tenía un grupo de amigos nuevos y un montón de experiencias por descubrir. Cada vez que quedaban, Riley sentía que era porque le tenía lástima.

Cuando acabaron de comer y Silvia regresó a su residencia de la Universidad de Virginia, Riley les pidió prestado el coche a sus abuelos. Aunque tampoco se iban a enterar, porque todas las tardes se echaban una siesta de dos horas. Pasar ese rato sentados en el auditorio del instituto ya los había dejado sin fuerzas.

Moby se subió al coche con ella. Aunque era una perra mayor, siempre estaba dispuesta a ir a cualquier parte si así podía estar con

Riley. Juntas fueron al lugar favorito de la chica, el único en el que últimamente se sentía cómoda.

Tomó la autopista que ascendía hacia la montaña Shenandoah.

Junio era un buen mes, porque los días eran soleados y el mundo se teñía de un verde intenso; todavía no había empezado a amarillear por el calor del verano, que estaba a la vuelta de la esquina. Cuanto más avanzaba, más tupida era la cobertura de los árboles, que acababan formando un verdadero dosel que cubría la carretera. El sol se colaba a veces por los agujeros entre las ramas y creaba un reflejo que volvía peligrosas algunas de las curvas cerradas.

Pero merecía la pena por esas vistas.

Cuando se acercó al punto más alto, salió de la carretera y aparcó en un mirador con suelo de gravilla. El aparcamiento estaba vacío, como a ella le gustaba. De un tiempo a esa parte, prefería estar a su aire. Irónicamente, se sentía menos sola cuando nadie la acompañaba.

Sacó a Moby en brazos del viejo Buick de su abuelo y las dos juntas cruzaron el aparcamiento y se dirigieron al High Knob Trailhead. Joe siempre le señalaba el sendero cuando hacían el trayecto entre las casas de sus padres. Él siempre quiso ser guarda forestal o jefe de boy scouts, o dedicarse a algo que le permitiera estar al aire libre en el bosque. Siempre le hablaba de que tenía muchas ganas de coger su mochila y sus bastones y hacer esa ruta.

Pero no pudo ser.

Y con el tiempo se había convertido en el lugar favorito de su hija. Siempre que caminaba a solas por el sendero, se sentía más cerca de sus padres.

Era una caminata corta y casi toda cuesta arriba. La montaña se extendía a ambos lados de la frontera entre Virginia y Virginia Occidental, y a lo largo del sendero, de vez en cuando, se abría entre los árboles una vista espectacular de los valles de los dos estados.

—Hola, soy yo —saludó a los árboles y al camino de tierra.

Le gustaba hablar mientras caminaba. Siempre lo hacía con su madre y su padre. Les contaba cosas de su vida, de sus estudios, de sus amigos. De las leves señales de demencia de la abuela y de que su abuelo se negaba a dejar de comer azúcar y carbohidratos pese a tener la diabetes tipo 2 descontrolada.

Y siempre les decía cuánto los echaba de menos.

—Acabo de salir de mi graduación —les contó ese día mientras caminaba, oyendo la gravilla crujir bajo sus pies—. Y necesito consejo sobre la universidad. —Se quedó callada un momento para recuperar el aliento, porque el sendero era muy empinado en esa zona—. Creo que no me apetece ir a la Universidad Gonzaga. Está muy lejos. Hace frío y allí no conozco a nadie.

Siguió caminando unos minutos en silencio. Solo oía el tintineo de las chapas que colgaban del collar de Moby, que iba trotando a su lado.

—Silvia me ha dicho que podría tomarme un año sabático y después volver a solicitar plaza en la Universidad de Virginia. También es una buena universidad. Está cerca, así que podría venir mucho a ver a los abuelos. Y a cuidar de Moby. Y… tengo muchos amigos aquí. —Aunque, en el fondo, sabía que ya no eran tan amigos—. Es que… no quiero…

Riley no terminó la frase, aunque sabía lo que quería decir. Deseaba que todos esos amigos —o sea, sus antiguos amigos— vieran que no era más que una universitaria normal y corriente, y demostrarles a ellos, y también a sí misma, que no estaba loca. Que no era Esquizy G.

Pero no quería reconocerlo en voz alta.

Ni siquiera ante sus padres muertos.

Giró en un recodo y caminó los últimos metros cuesta arriba. Los árboles quedaron atrás y ante ella se abrió una vista de las suaves y verdes colinas de Virginia en plena tarde brumosa y gris. En ese claro rocoso había una vieja torre de vigilancia contraincendios. Se elevaba seis metros sobre el suelo y estaba construida con granito gris y negro para que se fundiera con el paisaje.

Fue hasta la base. Subió por la escalera de madera marrón que rodeaba la torre. Sus botas resonaban sobre las tablas. Moby subía los escalones uno a uno, justo detrás de ella.

Al llegar a lo más alto, Riley se apoyó en una barandilla de madera medio rota y deteriorada por los elementos. Moby, a quien no le interesaban las vistas, se tumbó a los pies de Riley y aprovechó ese momento de descanso para lamerle la parte interna de la pierna.

Ella cerró los ojos, se inclinó hacia delante y dejó que la suave brisa le acariciara la cara y se le colara entre el pelo. Entonces le llegó esa voz, como le pasaba muchas veces cuando recorría ese camino hablando en voz alta.

—Vete. Vete lejos —le dijo.

Ya estaba. Iría a Gonzaga.

Abrió los ojos y miró a Moby. La perra dejó de darle lametones. Estiró las orejas y ladeó la cabeza, como si hubiera reconocido la voz

que había llegado con la brisa.

—Vale. Gracias —contestó Riley.

La voz nunca era vaga. Sonaba dentro de su cabeza con total firmeza y claridad. Las palabras siempre eran breves. Una palabra corta o dos de vez en cuando. A veces poco más que un sí o un no.

No se atrevía a contarles a sus amigos ni a sus abuelos lo de esa voz. Solo provocaría más cotilleos sobre Esquizy G. Y mucho menos se lo iba a decir a su terapeuta. Gracias al seguro de vida de su padre, tenía cobertura sanitaria de por vida; el único requisito era que tenía que acudir a unos profesionales específicos. No le gustaba demasiado el terapeuta que le habían asignado desde el trabajo de su padre. Y no confiaba en él. Había algo en ese hombre que le ponía los pelos de punta, como si alguien la estuviera observando o espiando.

Tal vez la voz tenía razón. Tal vez lo mejor era abandonar esa parte del país. Podría empezar de nuevo en Gonzaga, lejos de todos esos médicos y terapeutas de las sonrisas falsas.

Haría caso a la voz. Nunca le había aconsejado mal.

Después del funeral con el ataúd cerrado de su padre, aparecieron varios abogados de su empresa con acuerdos de confidencialidad y documentos de descargo de responsabilidad. A cambio de su firma y de la promesa de que nunca hablaría del trabajo de su padre ni de las circunstancias de su muerte, le ofrecieron una cuantiosa indemnización. Suficiente dinero para vivir cómodamente toda la vida.

Dudó antes de firmar. Todavía le quedaban preguntas sin respuesta. Demasiadas. ¿Cómo había muerto? ¿En qué trabajaba exactamente? ¿Por qué no le dejaron ver su cadáver?

Entonces también oyó la voz. Le dijo que firmara. Que cogiera el dinero. No que preguntara.

Lo hizo. Y parecía que todo había salido bien. El dinero apareció en su cuenta y no volvió a tener noticias de la Compañía.

La voz era su secreto. Suponía que se trataba de su subconsciente, que la guiaba para tomar decisiones más racionales y mejores. Tenía sentido. Pero le gustaba pensar que se trataba de algo más. Un ángel de la guarda. Sus padres se habían ido al cielo —o dondequiera que fuera la gente cuando moría— y la protegían desde allí.

Mientras tuviera a su ángel, jamás se sentiría sola. Siempre que necesitaba consejo, estaba ahí. Y eso la reconfortaba.

—Ten cuidado —dijo la voz de su padre—. Sé prudente.

Asintió, satisfecha, y se dio la vuelta y bajó los escalones, con Moby pisándole los talones.

No sabía cómo iban a ser las cosas en la Universidad Gonzaga. Ni siquiera tenía claro qué quería estudiar. Pero tenía tiempo de sobra para pensarlo mientras se divertía un poco e iba a unas cuantas fiestas. Era su oportunidad de empezar de cero, de reinventarse, y lo sabía.

Y también sabía que había tenido unos padres que la querían. Nunca se lo dijeron con esas palabras, pero no hacía falta porque lo sentía.

Y eso era suficiente.

Sonrió.

—Te quiero, mamá. Te quiero, papá.

Una leve respuesta le llegó desde las colinas.

La voz dijo:

—Igualmente.

Riley caminó de vuelta al coche. De repente se sentía muy emocionada ante esa nueva oportunidad y esa aventura en la vida. Una vez tomada la decisión, Riley estaba determinada a aprovecharla al máximo.

# Epílogo

Javier Aguirre entró en el centro de control.

La supervisora de la Planta, Janet Hawthorne, cerró la puerta tras él y le señaló a los dos hombres sentados en los puestos de control.

—Seguro que te acuerdas de Adrian, nuestro operador de control. Y él es Phillip, nuestro experto en química —los presentó ella.

Los hombres se giraron e hicieron ademán de levantarse para estrecharle la mano.

El señor Aguirre les sonrió amablemente y les hizo un gesto para que siguieran sentados.

—No quiero distraeros. Solo he venido a ver una sesión.

Janet le señaló la plataforma que presidía la sala.

—¿Quieres agua? ¿Café? ¿Un refresco?

—No, estoy bien, gracias.

Aguirre subió a la plataforma y se sentó. Sacó la tableta y empezó a tomar notas, fingiendo que no observaba con atención el procedimiento.

—Cargad los estimulantes del caso 31198 —anunció Janet.

—Cargando estimulantes del caso 31198 —respondió el hombre que manejaba los controles—. ¿Quién va a ser nuestra Antena?

El inspector miró la enorme pantalla, que tenía abiertas ventanas con imágenes de varias celdas. Las Antenas, que eran siete, estaban

tumbadas en el suelo, con sus batas de hospital. Los ojos hundidos miraban al infinito desde las cabezas rapadas. Las manos, envueltas en las manoplas, se agitaban en el aire.

Janet miró la pantalla.

—Vamos a usar a la Antena 307 —propuso.

El operador de control seleccionó una ventana y amplió la imagen de la Antena 307, una mujer asiática.

Mientras llevaban a cabo los preparativos, Janet fue a sentarse junto al señor Aguirre.

Él sintió que se lo quedaba mirando, a la espera de que surgiera la oportunidad de iniciar una conversación. Tal vez quería dejarle caer que su equipo no había librado ningún fin de semana ese mes. También que tenían mucho trabajo y seguía faltándoles personal. Y que todas sus solicitudes de equipamiento se perdían en el limbo de la central. Bla, bla, bla…

El señor Aguirre no apartó la vista de la tableta. Le agradaba Janet. Hacía bien su trabajo. Sus colegas la respetaban. Era una de esas empleadas que iban ascendiendo porque era más fácil cubrir los puestos con alguien de dentro, igual que había pasado con el supervisor de la última Planta, el Emplazamiento B. Con suerte, si lo veía muy ocupado, no querría molestarlo con esas cosas.

Echaba de menos la primera Planta, el Emplazamiento A. Estaba a solo una hora de su oficina de Washington D. C. Se produjeron muchos fallos en el sistema, que entonces aún era muy experimental. Nadie tenía ni idea de cómo hacer nada y todos estaban aprendiendo y resolviendo problemas sobre la marcha. No había tanta presión de los de arriba para conseguir interceptaciones claras y tan rápido. Se podían tomar su tiempo y hacer las cosas

bien. Por entonces, Javier Aguirre se sentía parte del equipo. Y consideraba a esa gente sus amigos.

Fue una pena que tuvieran que cerrarla y hacerla desaparecer.

Cargó el archivo de la supervisora de aquella Planta. Le gustaba de verdad. Era pura dinamita. Muy lista y con gran iniciativa. Graduada en West Point. La mejor supervisora con la que Aguirre había trabajado. La echaba de menos.

Miró su foto. El pelo largo y negro y los rasgos fuertes.

Estaba muerta. Se llamaba Claire Thompson.

Pero tenía que admitir que el nombre de «Bishop» le pegaba más.

Le parecía que había pasado mucho tiempo desde el Emplazamiento A.

Aunque la verdad era que también parecía que había pasado una eternidad desde el Emplazamiento B, el de Virginia Occidental. El tiempo en ese trabajo pasaba superlento o superrápido; los días y las semanas se hacían largos con tanto viaje y tanto informe, siempre teniendo que ser el malo para los supervisores; pero los años pasaban volando. No se podía creer todo lo que habían logrado en tan poco tiempo.

También le asombraba que ya estuvieran en el Emplazamiento C. Ahora tenía que viajar hasta Carolina del Sur para asistir a las sesiones de sintonización. Pronto empezaría a supervisar la construcción de los Emplazamientos D y E. Y ya estaban buscando ubicaciones en Florida y en Nuevo México. Nunca había dinero para contratar personal ni para hacer mejoras, pero sí presupuesto de sobra para expandir, expandir y expandir.

Y eso significaba que iba a tener que viajar aún más.

Pasaba muchas horas en la carretera.

Pero, bueno, la verdad era que le gustaba viajar.

Mientras todo se organizaba a su alrededor, Aguirre dio un toque en la pantalla para ver la foto del perfil del supervisor del Emplazamiento B, Joseph Allan Gerhard.

Joe era un buen tío. Amable, profesional. Bueno, eso era antes de que lo golpeara con una pantalla de ordenador en la cabeza y lo atara a una silla, claro. Capullo.

Se preguntó cómo le iría a Joe.

—Vamos a utilizar a la Antena 301 —propuso Aguirre y levantó la vista de la tableta.

Todos los del centro de control dudaron.

—Eh… No me parece una buena idea —dijo Janet, la supervisora.

—¿Por qué no?

—Lo utilizamos mucho. Me preocupa la sobrecarga. Es cierto que Feliz nos proporciona las interceptaciones más claras y más detalladas…

El señor Aguirre ladeó la cabeza.

—¿Feliz?

Janet tragó saliva y carraspeó, porque se dio cuenta de que había metido la pata.

—Eh…, sí. Cuando llegan aquí, vienen solo etiquetados con un número. Eso hacía que la comunicación entre los miembros del equipo médico resultara un poco confusa. Así que les hemos puesto identificadores.

—Ya veo. Y ese identificador, «Feliz», ¿de dónde ha salido?

—Bueno, son siete, así que…

—Los siete enanitos, claro. Muy ingenioso. ¿Y por qué habéis elegido Feliz para la Antena 301?

—Porque…, a pesar del alcance de sus lesiones…, siempre está sonriendo.

—¿Puedo verlo?

En la pantalla ampliaron la imagen de la Antena 301. No llevaba bata de hospital, como las otras, sino que tenía el cuerpo cubierto de vendajes. La carne que asomaba por debajo de esas vendas tenía cicatrices largas e irregulares. En muchos sitios se veían tres o cuatro paralelas, del mismo grosor y separadas por la misma distancia, como si fueran producto de unas garras al arrancar la piel.

A pesar de ese estado lamentable, las comisuras de la boca de la Antena 301 se elevaban para mostrar una sonrisa. Como si supiera que la estaban observando, ladeó la cabeza y miró directamente a la cámara. Los ojos no daban vueltas, como los de las otras Antenas. Estaban fijos.

Y la sonrisa no desapareció.

Resultaba natural y rejalada, no una de esas muecas siniestras y retorcidas que aparecían en la cara de las otras Antenas. Transmitía satisfacción.

Era la sonrisa que un padre orgulloso le dedicaría a una hija que acababa de graduarse en el instituto y que iría a una estupenda universidad privada. Una hija que había tenido que soportar muchas cosas y, sin embargo, las había superado con una fuerza y una seguridad en sí misma extraordinarias. Una hija que tenía todo el derecho a compadecerse y a sentir remordimientos atroces, pero que se negaba a dejarse llevar por esos sentimientos. Una hija cuyo padre le había fallado; pero, pese a esos errores, se había convertido en una persona mejor y más fuerte de lo que él fue jamás. Una hija

a la que él amaría siempre, más allá de las barreras físicas que le impusiera la realidad.

Siempre encontraría a su hija y la cuidaría, como le había prometido a su madre. La querría y la protegería hasta su último aliento.

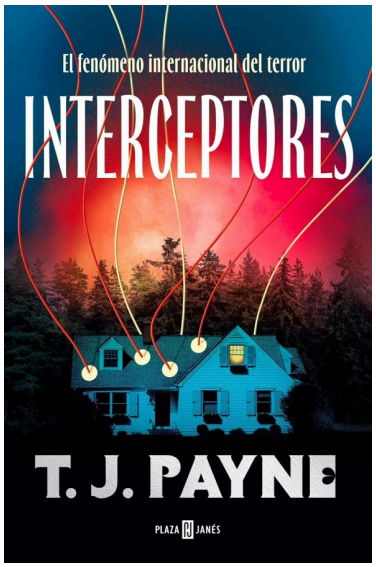
Por eso su sonrisa era de pura felicidad.

El señor Aguirre tuvo que dejar de mirar a la Antena sonriente. Esa sonrisa lo ponía nervioso. Dejó la tableta en la mesa, se quitó las gafas y agachó la cabeza. Después se masajeó las sienes y la nuca.

Tal vez era por haberse quedado mirando fijamente a la Antena sonriente en la pantalla, porque trabajaba mucho y dormía poco, o por el estrés del trabajo; no lo sabía, pero notaba una especie de presión detrás de los ojos.

Confiaba en que se le pasara pronto, porque estaba sufriendo el peor dolor de cabeza de su vida. Qué raro.

**Creó el arma perfecta y ahora se ha vuelto en su contra.**
**Sabe dónde vive y conoce a su familia.**




Joe Gerhard dirige una instalación gubernamental secreta donde seres humanos convertidos en cobayas son sometidos a una privación sensorial extrema. Una tortura que convierte sus mentes en un arma capaz de interceptar información, a cambio de convertirlos en seres violentos e impredecibles. Son las Antenas.

El gobierno está orgulloso de Joe. Su conciencia está tranquila, siempre que su hija Riley no descubra nunca a qué se dedica en realidad. Pero cuando una de las Antenas rompe el control, Riley comienza a sufrir visiones tan reales como aterradoras.

Mientras el proyecto se derrumba y el gobierno decide eliminar cualquier rastro, Joe deberá enfrentarse al monstruo que ayudó a crear… incluso si eso significa perderlo todo.

**«Aterradoramente real. Payne equilibra el terror y la ciencia ficción con un dominio absoluto de ambos géneros y demuestra que las instalaciones gubernamentales ocultas pueden ser mucho más terroríficas que cualquier casa encantada».**

**A. M. SHINE**

**T. J. Payne** nació y se crio en Portland, Oregón, y se trasladó a Hollywood con la intención de escribir comedias románticas, pero, a medida que perfeccionaba su oficio, sus historias fueron derivando hacia territorios más oscuros. Finalmente encontró su voz en el terror. Hoy explora las profundidades de la crueldad humana, con la esperanza de que sus personajes logren pequeñas victorias en un mundo sombrío. Vive en Los Ángeles con quien fue su novia del instituto y hoy es su esposa.



Título original: *Intercepts*

Primera edición: septiembre de 2026

© 2026, Cape Lookout Inc.
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, María del Puerto Barruetabeña Diez, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial basado en el diseño original de Greg Heinimann para Raven Books
Ilustración de portada: © Greg Heinimann. Composición fotográfica a partir de imágenes de © Arcangel Images y © Adobe Stock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Ninguna parte de este libro puede ser utilizada o reproducida con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial. PRHGE se reserva expresamente la reproducción, la extracción y el uso de esta obra y de cualquiera de sus elementos para fines de minería de textos y datos y el uso a medios de lectura mecánica u otros medios que resulten adecuados (art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
En caso de necesidad, contacte con: seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 978-84-01-04088-7

Compuesto en Comptex&Ass., S.L.

Facebook: penguinebooks
X: @penguinlibros
Instagram: @plazayjanes
YouTube: penguinlibros
Spotify: penguinlibros
TikTok: penguinlibros

**«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».**

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

# Índice

Interceptores
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Epílogo
Sobre este libro
Sobre T. J. Payne
Créditos